JAZMÍN RIERA

CAMBRIA

LOS GUARDIANES

Planeta

Cambria

Jazmín Riera

Cambria

Los guardianes

Índice

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14

Riera, Jazmín
Cambria / Jazmín Riera. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2021.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-7295-2
1. Novelas Románticas. 2. Narrativa Infantil y Juvenil Argentina. 3. Narrativa Fantástica. I. Título.
CDD A863.9283

© 2021, María Jazmín Guggiana

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Ilustración de cubierta: Claudio Aboy

Todos los derechos reservados

© 2021, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: febrero de 2021
Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-7295-2

A witch ought never to be frightened in the darkest forest, because she should be sure in her soul that the most terrifying thing in the forest was her.

Una bruja nunca debe tener miedo en el bosque más oscuro, porque debe estar segura en su alma de que lo más aterrador del bosque es ella.

TERRY PRATCHETT

PRÓLOGO

Francia
Año 1400

Un relámpago se abrió paso entre los cielos dejando un manto entre rojizo y violáceo; el cielo se tornó del mismo color que la sangre.

Los gritos de los ciudadanos en el mercado central no se hicieron esperar.

La basílica recibió un rayo cuya descarga eléctrica prendió fuego el edificio. Las llamas pasaron de violeta a amarillo y, por último, a rojo. El fuego se esparció con gran velocidad al igual que los gritos de la gente, que intentaba alejarse del peligro.

—Feu! Feu! —se escuchó.

El rey se bajó del carruaje y observó cómo avanzaba el fuego.

—Un homme! —gritó un niño señalando la explosión.

La sombra se hizo visible entre las llamas de la basílica. Un hombre que vestía harapos y estaba envuelto en fuego caminó hacia adelante; arrastraba una espada y tenía la cabeza gacha. El fuego se tornó aún más rojizo y los truenos explotaron como bombas de guerra. A sus lados otras sombras aparecieron: dos en forma de mujer y tres en forma de hombre. Eran seres derretidos que comenzaban a armarse. Los seis se pararon ante los ojos anonadados del pueblo.

Un trueno estalló con violencia mientras el fuego seguía esparciéndose con rapidez. Enrique, el rey, los observó con el rostro lleno de pánico y ordenó que los detuvieran. Una sonrisa de lado se vio en la cara del joven de las llamas, el primero que había aparecido; su rostro estaba levemente inclinado hacia abajo, su cabello negro caía desprolijo por su frente y su cuerpo era el de un guerrero. Las sombras reían con los ojos inyectados en sangre. Con agilidad y una fuerza nunca antes vista por Enrique, lograron acabar con los guardias que lo protegían.

—*Vive Henri IV. Vive ce roi vaillant. Ce diable à IV, a le triple talent* —cantó por lo bajo el joven de cabello oscuro todavía sin moverse.

Las sombras atacaron al rey Enrique IV como hienas hambrientas y lo arrastraron hacia el joven líder que se sostenía en su espada sin dejar de cantar. De rodillas, el rey imploró frente a él, ofreciéndole todo el oro y las mercancías posibles. El joven levantó su rostro y lo observó. Enrique nunca había visto a un hombre de ese tipo; sus ojos grises como el hielo parecían adentrarse en su alma.

—*Que Dieu maintienne, en paix ses descendants…* —cantó el himno

lentamente y luego sonrió de lado. Sus ojos lanzaban chispas.

La cabeza del rey cayó al piso con un solo movimiento de la espada del joven líder. Los ciudadanos a su alrededor gritaron por sus vidas y comenzaron a correr lejos del fuego y la sangre.

Las llamas se tornaron monstruosas mientras los seis guardianes, con sonrisas y excitación, observaban el infierno que se desataba frente a ellos.

El joven líder, en cambio, volvió a ocultar su rostro en la oscuridad.

Sauvez-vous si vous le pouvez.

CAPÍTULO 1

Cambria
Actualidad

—¡Tab Jones! —Lucrecia entró al despacho con las hojas impresas de mi historia—. Esto es exquisito. —Se sentó frente al escritorio.

La observé luego de dar un sorbo a mi café.

—Me alegro de que te haya gustado, casi me cuesta una demanda —comenté y ella sonrió.

—Se publicará la semana que viene. —Me miró fijamente detrás de sus anteojos con forma gatuna—. Tráeme más de esto y verás cómo asciendes hasta los cielos —vaticinó antes de dedicarme una última sonrisa y retirarse.

El teléfono sonó.

—Tabatha Jones —contesté.

—Eres una hija de la mierda, no tienes cer… —Corté la comunicación y caminé fuera de la oficina.

—Isabella —llamé a la joven estudiante de periodismo que se encontraba escribiendo algo en la computadora. Su cabello lacio y castaño caía por sobre su camisa blanca; tenía un mechón rosa fluorescente, un *piercing* en la mitad del labio inferior y un delineado grueso en los párpados. Me miró con atención—. ¿Quién era el del teléfono? —pregunté.

—Tu tío… —contestó con rapidez.

—Mi tío Robbie está muerto —repuse levantando una ceja.

—Yo pensé que… —habló con rapidez—. Me dijo…

—¡Chequeá siempre la información, Isa! —le sugerí y salí al pasillo en busca de un nuevo café.

—¡Tab! —Gail salió de su oficina con rapidez—. Me enteré de la historia del vendedor de drogas —comentó divertido—. Lucrecia debe sentirse frente a una mina de oro.

—Todavía no llego a superarte con la trágica historia de amor de la señora Papriska —repuse mientras caminábamos juntos hacia la cafetería.

—¿Acaso crees que nos estén haciendo competir? —preguntó con voz divertida mientras me servía un café.

Gail tenía treinta y pico de años, tez morena y llevaba el cabello afeitado. Era uno de los periodistas estrella de la editorial y su engreído culo lo sabía.

El diario central de Cambria me había abierto las puertas desde

hacía poco menos de un año y había regado mi maldita sangre para darle las mejores historias; era mi primer trabajo luego de terminar la universidad y quería hacerlo bien.

—Es bueno tener a alguien con quien competir —confesó mirándome de arriba abajo antes de pasar a mi lado y retirarse—. Solo ten cuidado de no terminar como tu antecesor; supe que te estás metiendo con el caso Morgan —fue todo lo que dijo y se perdió por el pasillo.

Nuevamente en mi oficina, el aroma a café invadió el espacio. Observé la ventana en lo alto; el cielo estaba nublado. El sospechoso suicidio de Simon Cartier, el periodista de investigación, había dejado un caso sin resolver. Sabía que estaba bajo la mira al estar ocupando su lugar temporalmente, pero todo indicaba que estaba haciendo un buen trabajo como para sustituirlo y, además, cobraba dos veces menos que él… lo que era una ventaja para el diario.

No tanto así para Cartier.

Me senté en la silla detrás del escritorio y mi mirada fue hacia un estante con una caja de color azul Francia; contenía los casos en los que había trabajado Cartier. No había tocado sus cosas desde que había llegado al diario, casi como si fuese algo prohibido. Me moví con la silla hasta el gran ventanal.

—¿Qué escondes, Cambria? —susurré observando la ciudad desde lo alto.

Corrí bajo la lluvia torrencial de la noche; en una mano llevaba bolsas con víveres y en la otra un nuevo libro. A los pocos minutos ya me encontraba entrando por la puerta del departamento. Una música *indie* retumbaba con fuerza y Diana se besaba con un tipo completamente tatuado arriba del sillón.

—Didi, te dije que la música tan fuerte…

Miré los dos cuerpos entrelazados en el sillón del living.

—¡Tab! —la voz de Diana resonó a la vez que me miraba sorprendida—. Te presento a…

—Paul… —contestó el joven algo cohibido mientras intentaba alcanzar sus bóxers del piso.

—Paul, ella es Tab. —Mi hermana sonrió.

—Baja la música, no queremos que se quejen de nuevo los vecinos.

Caminé hacia la cocina.

—Te ha llegado una carta —me avisó Didi.

Me serví en un plato los restos de comida china que había en la heladera, agarré mi *laptop* y caminé hacia la habitación sin olvidarme de tomar la carta en el camino.

Me había mudado con Didi, mi hermana menor, un año atrás, al

mismo tiempo que me habían ofrecido el empleo en el diario central. A ella le había parecido una excelente idea para alejarse de casa.

El departamento era amplio y antiguo pero con mala distribución, lo que lo hacía parecer pequeño. El olor a humedad ya nos resultaba familiar y las goteras se hacían cada vez más grandes cuando llovía; algo constante ya que en Cambria raramente sale el sol. Tal vez por eso el carácter taciturno de sus habitantes.

Los gritos y las risas en el living sonaban lejanos en la habitación. Abrí la *laptop* y revisé las últimas noticias.

«Queman templo espiritual en España en señal de protesta».

—¿Quién mierda sigue quemando espacios…? —susurré.

Años atrás había habido una moda en la que todos parecían estar en contra de la religión, fuera cual fuera. Un grupo que se hacía llamar los *subos* había quemado todo lo que tuviera algún símbolo religioso.

—¿Quién será mi próxima víctima? —pregunté al aire y cerré la *laptop*.

Iba a tomar el libro que había dejado por la mitad cuando me detuve en la carta que llevaba mi nombre escrito en el frente.

«Mantén la boca cerrada o te quemaremos» era el mensaje.

La hice un bollo y la tiré en el basurero. Sería la quinta vez que debería acercarme a la policía para asentar una denuncia por amenazas. Nunca ocurría algo serio, pero entendía que había gente que quería mantener sus oscuros secretos lejos del diario central y mis narices metiches.

—Ey. —Didi apareció luego de un rato por la puerta de la habitación llevando un buzo grande y el cabello rubio despeinado.

El chico ya se había retirado hacía tan solo minutos.

Didi era delgada como un escobillón, parecía una modelo; tenía veintitrés años y su cabello rubio platinado y su flequillo un poco más arriba de las cejas le daban un aspecto dulce que contrastaba con su rebeldía. Didi había comenzado a ocultar su cabello castaño con tintura desde temprana edad, por lo que rápidamente se había diferenciado de mi cabello negro azabache y las curvas que había heredado de mi madre. Siempre fui voluptuosa, lo que me trajo muchos problemas para ser tomada en serio en un mundo tan superficial y en el que abundan las conductas machistas. Didi, en cambio, era una belleza clásica, con sus piernas largas y esbeltas.

Prendió un cigarrillo mientras se apoyaba en la puerta de la habitación.

—¿Nuevo chico? —pregunté sin levantar la mirada del libro.

—Toca en una banda —comentó divertida antes de largar el humo —. ¿Qué tal la carta?

Levanté mi rostro frunciendo el ceño.

—Nada especial, una advertencia.

—¿Quieres que vayamos a la policía de nuevo? —Frunció el ceño al verme preocupada.

Negué con la cabeza quitándole importancia al asunto y se retiró al living.

Caminé por las calles sintiendo el viento golpear mi cara. Estaba húmedo y frío. Me detuve al escuchar el sonido de la campana de la catedral más cercana; era extraño que alguien hiciera sonar las grandes campanas de la vieja catedral. Mi celular vibró al instante; era Gail.

«¿Te has enterado? Han matado al sacerdote. George. Dejaron una nota».

Con rapidez me dirigí a la redacción. Al entrar, todos se estaban mostrando algo en sus celulares. Caminé con rapidez hacia la oficina de Lucrecia. Gail me abrió dejándome pasar.

—Es un caos. ¿Qué ocurrió? —pregunté mientras me sentaba.

Lucrecia, mi jefa, era una mujer de unos cincuenta años. Llevaba anteojos gatunos y con su rostro aniquilador me mostró una foto en la que aparecía el cuerpo del sacerdote con el cuello ensangrentado en el piso de la catedral. No me consideraba una persona cristiana ni religiosa, pero debía admitir que la foto era impactante.

—¿Qué tiene en la frente? —pregunté agarrando la foto para verla mejor.

—Pintura negra —contestó Gail, que estaba sentado a un lado.

Un círculo de pintura negra estaba marcado en la frente del cura.

—¿Quién haría algo así? —pregunté sin poder creerlo mientras me sentaba.

—Ryan Platt —respondió mi jefa ahora mostrándome unas fotos donde arrestaban al joven con las manos marcadas con pintura negra —. Entró y le hizo un corte en el cuello en plena confesión. El lugar estaba lleno de testigos, de gente inocente. Parece que buscaba que lo vieran.

—¿Por qué lo asesinaron? ¿Se sabe? —indagué dejando a un lado la foto, pues algo en mi estómago se revolvía ante la imagen—. Era un hombre respetado y querido en Cambria.

—Bueno, de eso no estoy tan segura —aclaró Lucrecia con su clásica forma distante—. Lo más interesante es que al parecer el joven ya tiene un amigo poderoso que lo está ayudando… —prosiguió.

—¿Él? —pregunté observando la foto donde detenían al joven y señalando al hombre de traje que estaba a su lado.

Tenía el cabello negro y llevaba las manos escondidas en los bolsillos de su pantalón; a juzgar por su rostro no parecía nada

contento. Bueno, ¿quién lo estaría? Habían asesinado a alguien. Su porte, su rostro y su forma de vestirse eran tan llamativas como las de un personaje de una revista antigua. Claramente no era de Cambria.

—Einar Lucson —contestó Gail a mi lado.

Mi piel se erizó de tan solo escuchar su nombre. Einar, dueño de la empresa Custodes y del viñedo Plaisir Éternel.

Por algún motivo, en los últimos años estaba empedernido en defender a asesinos y culpables. Cada vez que aparecía en el medio de un crimen, el delincuente se salía con las suyas. No quité mis ojos de él; era la primera vez que veía su rostro.

—¿El empresario? —pregunté levantando una ceja—. No podía imaginarme a alguien mejor en esta situación. Es la primera vez que veo su rostro.

—Apuesto un dineral a que Platt no terminará en la cárcel. —Gail parecía divertirse con el caso.

—En buenas noticias, ya mandamos a impresión el caso de Penélope Garld. Sale el jueves —comentó ahora Lucrecia mirándome fijamente. Asentí.

Había escrito ese artículo un mes atrás, pero Penélope por algún motivo me había negado la publicación hasta el día anterior.

—Prepárate para atacar al toro —susurró Gail ahora con una ceja levantada.

—¿Quiénes son sus próximos objetivos? —preguntó Lucrecia haciendo caso omiso al rapado.

—Bueno, empecé con u… —comenzó Gail.

—No me interesa —cortó la morocha tajante—. Tengo encima a la central de Nueva York —habló mirándonos de pie y con las manos apoyadas en el escritorio—. Quiero una historia diferente, algo que haga parar el mundo —gruñó lentamente.

—El caso de Morgan y Garld está poniendo en riesgo mi pellejo… —comencé.

—Sí, dulce. Eso es estupendo, la gente delirará —apuntó rápidamente restándole importancia—. Pero quiero otro nivel. Tráiganme algo que los haga tocar las estrellas y seré la primera en impulsarlos a subir a la central más grande de esta empresa.

—Nadie es tan importante aquí como para que una noticia le interese a los de afuera —habló Gail con el ceño fruncido—. Cambria es una ciudad olvidada y pequeña, ¿lo recuerdas?

—¿Por qué no nos dices tú? ¿A quién quieres que investiguemos? —pregunté.

—No lo sé, sean creativos. —Lucrecia se movió por su oficina—. Hay tantos nombres que se me pasan por la cabeza en este momento… —suspiró— Parnech, Loris, Reindez… —enumeró lentamente.

—Todos esos son criminales de alto rango. ¿Acaso quieres que

terminemos como Cartier solo por un artículo? —preguntó Gail serio.

—Son periodistas. ¿Quieren mantenerse en un sitio seguro? Entonces este no es su lugar… —susurró Lucrecia—. Elijan uno y hagan lo que saben hacer. Investigar —sentenció mirándonos con sus ojos oscuros.

Ambos nos paramos dispuestos a retirarnos.

—¿Qué hay de Einar Lucson? —pregunté antes de salir.

Mi jefa, que ahora estaba sentada frente a su escritorio, me miró por arriba de los anteojos; una sonrisa se deslizó por sus labios pintados de bordó oscuro y sus ojos brillaron de codicia.

—Oh, dulce, si me traes una nota de ese hijo de puta haremos historia —dijo en un tono grave.

Caminé por los pasillos junto a un Gail, que parecía molesto.

—Nos están exprimiendo por dos dólares —gruñó.

—Creo que puede ser una buena oportunidad para salir a explorar algo más ambicioso —comenté con tranquilidad.

—¿Ambicioso? No sé tú pero mi buzón está lleno de amenazas e insultos por meter las narices donde no nos llaman —habló el rapado. Se detuvo y bajando el volumen para que los demás no nos escucharan, dijo—: Ahora nos tiran a los lobos grandes para que nos mastiquen. ¿O acaso piensas que Cartier realmente se suicidó? —preguntó mirándome fijo.

—Pienso que tienes miedo —susurré y él sonrió de lado.

—Cuando te quieras dar cuenta, linda, tendrás a un tiburón detrás —comentó tocando la punta de mi cabello negro. Quité su mano—. Iré por Parnech —agregó.

—Yo por Lucson —respondí de forma rápida hinchando mi pecho; él rio con ganas.

—La chica nueva quiere destacarse. Tal vez sea mejor que vuelvas a escribir artículos sobre animales extintos. Lucson será un hueso difícil para una novata —fue todo lo que dijo antes de dedicarme una mirada.

Bueno, por lo menos ahora sabía que los idiotas eran universales. Estaban en cualquier lado, incluida esta ciudad sin sol.

—Tabatha, cuando lancen el artículo de Garld y Morgan, haz que eleven el nivel de seguridad para tu despacho. Sé que Cartier te hubiese aconsejado eso… —susurró sin más y se retiró a su oficina mientras yo sentía cómo el frío corría por mi espalda como una navaja.

La casa de mi madre, en el pueblo donde nací, Pardillo, quedaba a algunas horas de distancia de Cambria y agradecía tener aquella camioneta que le habíamos comprado a una expareja de Didi. Era

antigua y cada tanto se quedaba a mitad de camino, pero servía; como en Pardillo no hay mucho más que casas separadas por largas distancias, nadie sale sin vehículo.

—Y me dijo que no le interesaba… —comentó mi madre todavía con el ambo de enfermera mientras comía un sándwich.

—Es que no le interesaba… —respondió mi abuela sentada a un lado.

—Tú no lo sabes… —mi madre habló con su típica aceleración; el *biper* enganchado en su cinturón empezó a sonar.

Lo observó y luego lo apagó.

—Debo ir al hospital, vuelvo en unas horas —comentó—. ¿Terminarás la tarea? —le pregunto a Luke, mi hermano menor, quien se encontraba frustrado frente a unos ejercicios de matemáticas.

—Sí —contestó.

—No seas perezoso y no te duermas tarde. —Le dio un beso en la cabeza y luego me abrazó.

—Ven más seguido, tu abuela y yo te extrañamos —fue todo lo que dijo antes de perderse por la puerta.

—Está trabajando más que nunca —comenté sentándome a la mesa.

Mi abuela Betiana me observó.

—Está en un duelo interno, sus dos hijas se fueron lejos —repuso burlona.

—E imagínate cuando se vaya el pequeñito —dije mirando al niño castaño que hacía su tarea.

—Leí tu último artículo —comentó mi abuela bajando el volumen de la televisión de fondo.

—¿Qué te pareció? —contesté para luego beber de mi taza de café.

—Fuerte, violento y maravilloso. Tus artículos son siempre impecables, pero debo decirte que extraño los de animales.

—Es más interesante jugar a ser espía —contesté observando la ventana.

Escuché su risa ronca por la cantidad de cigarrillos que había fumado a lo largo de su vida.

—Tengo miedo de que te metas en problemas. ¿Alguien te está cubriendo las espaldas con estos artículos? —preguntó mirándome.

—No, pero estoy contando la verdad. Eso no tendría que traerme problemas.

—Hay gente que no quiere que se sepa la verdad, Tab —afirmó mirándome.

Betiana llevaba el cabello completamente gris, su expresión siempre era de amabilidad y calidez. Había sido periodista y autora de distintos libros que en su época habían causado gran revuelo y eso la había puesto cerca de la muerte unas cuantas veces.

—No suenes como todos los demás, Beti. Tú no —susurré.

Ella se quedó en silencio unos segundos.

—Las palabras son necesarias para decir la verdad, pero debes tener cuidado. Porque también pueden ser un arma. Las palabras tienen peso, Tab —agregó.

—Por eso debes aprender a leer bien —me burlé de Luke en un intento de cambiar la atención.

—¡Yo sé leer! —dijo molesto.

Me reí.

—Solo cuídate, dulzura —insistió Betiana.

—No es lo mismo que en tus tiempos, abuela. La gente está mucho más abierta a la información —comenté.

Ella rio con muchas ganas.

—Oh, cielo, es igual de difícil que en mis tiempos, pero ahora la gente lee más y con la tecnología todo está en manos de cualquiera en tan solo minutos. Rezaré a nuestros ancestros para que cuiden de ti —comentó. Se puso de pie y sus diferentes collares sonaron con el movimiento—. ¿Quieres más café? Iré por agua —preguntó y desapareció por la puerta.

Ya sola en mi departamento me senté frente a la *laptop*. Didi había ido a un bar con sus amigos. Una lluvia torrencial había comenzado a caer en la noche fría.

Escribí el extravagante nombre de Einar Lucson. Los distintos portales virtuales me llevaban a asuntos de su compañía, pero no podía encontrar nada referido a él.

Clickeé en las imágenes y me maravillé al ver las fotos de distintos lugares del mundo que se vinculaban a eventos de prestigio. Agrandé una foto en particular.

El hombre de cabello negro, ojos claros, mandíbula dura y una belleza intimidante miraba al frente con una pequeña sonrisa. Lucson pasaba su mano por la cintura de una mujer con el cabello caoba corto y una sonrisa ancha tan preciosa que por un segundo me sentí demasiado normal.

Me frustré al saber que eso era lo único que había recolectado luego de más de media hora investigando en las redes. Parecía que habían limpiado cualquier dato que hablara de él o nunca había existido tal información. Había solo números de teléfono de su empresa, pero sabía que apenas llamara no pasaría de su secretaria.

Mi corazón se congeló por un segundo; observé unas imágenes de él vestido de negro saliendo de una casa fúnebre a lo lejos. Conocía ese lugar y sabía qué día había sido ese evento ya que había estado allí. Pero no comprendía qué estaba haciendo él, no tenía recuerdo de haberlo visto.

¿Habría conocido a Florence?

Rápidamente cerré la página en un intento de no rememorar esa situación.

Prendí un cigarrillo al sentir que mi garganta se cerraba y observé la tormenta por la ventana.

—¿Cómo te encuentro, Einar? —pregunté observando la pantalla abierta en la única imagen que había quedado. Parecía un bar.

Estaba vestido formal pero no tanto como en las otras fotos y a su lado había un hombre lleno de tatuajes y *piercings*.

«Einar Lucson en la inauguración del bar Liberium», al pie de la foto.

Si mal no recordaba, era un bar que había abierto a unos minutos de casa en el centro. Un lugar donde no solía ir, principalmente porque no era una zona muy transitada, y porque no era mi estilo.

Un relámpago iluminó el living con fuerza y luego un trueno resonó.

—Tal vez debería buscar a otra persona para investigar, este tipo es hermético —susurré echándome hacia atrás.

Gruñí para luego apagar el cigarrillo en el cenicero y rápidamente me vestí con unos jeans y una chaqueta. Iba a intentarlo, tal vez con un poco de suerte podía encontrar algo de información. Si no encontraba nada esta noche, cambiaría el caso. Quedaría en manos del destino, al igual que había sucedido con el caso Morgan.

—Todo para que el idiota de Gail no me gane de mano. Vamos, destino, no me falles —susurré mientras cerraba la *laptop*. Luego apagué las luces.

CAPÍTULO 2

El bar Liberium estaba exactamente a veinticinco minutos de mi departamento. Cuando llegué, observé la fachada mientras me resguardaba bajo el paraguas. Madera y cemento, y un cartel rojo que llevaba el nombre del lugar. Con rapidez, entré.

El lugar era amplio: piso de madera oscura, una barra antigua que se desplegaba a un costado y dejaba ver distintas botellas de colores brillantes, sillones, mesas de pool y una escalera que llevaba a otro piso.

Había unas cuantas personas y todas parecían responder al estereotipo de fanáticos del rock pero manteniendo un estilo algo pasado de moda.

Cerré el paraguas y caminé hacia la barra.

—¿Qué te sirvo? —preguntó una mujer. Llevaba el cabello negro rapado a un lado y un mechón verde sobresalía al frente. Llevaba una musculosa oscura que mostraba sus brazos decorados con distintos tatuajes.

Carraspeé por arriba de la música de rock.

—Me gustaría hacerle algunas preguntas —solicité con rapidez cuando tuve su atención.

Ella congeló su mirada oscura sobre mí.

—Si eres poli, será mejor que te vayas, Megan Fox de cotillón —me sugirió mientras comenzaba a secar un vaso.

—Quiero una cerveza, por favor —contesté. Me miró, agarró un vaso de mala gana y me sirvió la cerveza.

Me senté en la barra a observar el lugar, que me daba la impresión de ser un bar que había sido popular décadas atrás. El ambiente era pesado, por un segundo me sentí fuera de lugar aunque nadie parecía estar atento a mi presencia.

—Estoy buscando a Einar Lucson —le dije a la cantinera que estaba preparando unos tragos.

Ella me miró fijo unos segundos, su mirada era dura y de repente sentí como si un hielo recorriera la piel de mi espalda.

—Toma tu cerveza y deja de hacer preguntas —respondió dura para luego seguir con su accionar y darse vuelta para acomodar algunas cosas.

Observé su nuca, tenía un tatuaje de un número.

—Tengo un caso para presentarle al señor Lucson. Necesito su ayuda —mi voz sonó directa.

Ella se dio vuelta con el ceño fruncido; sin más miró hacia un

costado con brusquedad e hizo una seña. Me tensé sin quitar mis ojos de ella.

—¿Qué? —preguntó un hombre acercándose a la barra.

Lo observé, era el mismo de la foto de Google. Cabello corto, delgado, pálido, alto, con un *piercing* en una esquina de la boca, otro en la nariz y un tercero en una oreja. Tenía los brazos completamente tatuados, y algún que otro tatuaje en su rostro. Ese tipo daba miedo. Mis ojos se posaron en el arma en su cintura.

—Está buscando a Dag —comentó la mujer.

El hombre me miró y sentí mi sangre helarse. Apreté con fuerza el vaso de cerveza en mi mano.

¿Dag era Einar?

—Vengo a hablar de trabajo. Nos conocemos —mentí con rapidez —. Perdí su número y me dijo que solía venir aquí cuando estaba en la ciudad —hablé con rapidez manteniendo un tono neutro.

Los ojos del hombre chispearon con diversión y por un segundo vi su nariz moverse casi como si me oliera. Bebí de la cerveza con el fin de mojar mi garganta que se había secado del miedo. Tal vez no había sido buena idea venir sola a un bar desconocido.

—Si no está aquí, quizás podrían darme su número —insistí al no tener respuesta.

Una sonrisa se esparció por la boca del hombre, dejando ver una dentadura chueca y algo descuidada; era una de esas sonrisas que no dan un buen augurio. Miró a la chica que parecía aburrida de la situación mientras secaba unos vasos.

—¿Quién eres? —preguntó el hombre con un acento marcado y apoyó una mano sobre su arma dispuesto a sacarla.

—Soy una vieja amiga —mentí nuevamente sintiendo mi cerebro hecho un lío—. Está bien, lo contactaré de otra manera —repuse sacando unos billetes y dejándolos en la barra.

Me di vuelta abrumada hasta chocar mi cuerpo con otro. Einar Lucson. Mi corazón se frenó por completo y mi estómago dio un vuelco. Llevaba una camisa negra y un pantalón de traje del mismo color. Sus facciones eran muy llamativas: mandíbula apretada, nariz respingada, ojos grises y cabello completamente negro. Una suave sonrisa de lado se esparció por su boca lentamente y sus ojos brillaron con diversión.

—Lamento no reconocerla, vieja amiga —se disculpó serio.

Su voz era más grave de lo que me había imaginado.

Tampoco lo había imaginado tan alto, eso hacía que me sintiera aún más cohibida. Extrañamente, el ambiente que hasta ahora había sido helado comenzaba a tomar calidez.

—Señor Lucson —salió de golpe de mis labios y di un paso torpe hacia atrás.

Él estiró su mano.

—¿Señorita? —preguntó con sus ojos fijos en mí.

—Sarah Martty —me presenté diciendo el nombre de una ex compañera de universidad, agradecía esa rapidez mental. Estreché mi mano con la suya.

Tacto suave, mano grande y firme, con un anillo en su dedo anular. Una descarga de electricidad recorrió por completo mi brazo ante ese simple toque.

El hombre de los *piercings* se acercó para decirle algo en un susurro.

—Está bien, yo me encargo. Ve a chequear arriba, Tucson, por favor —le ordenó sin levantar sus ojos de mí.

Evité su mirada sintiendo que algo me estaba quemando por dentro; de repente, me encontraba sudando y demasiado nerviosa. Casi como si estuviera por rendir un examen. Algo extraño en mí, ya que siempre había mantenido el control en los momentos límite.

—Lo lamento, señorita Martty. Pero no tengo recuerdos de conocerla —su forma de hablar era formal y podía detectar un leve acento.

No estaba segura qué decir, era como si mi mente se estuviese derritiendo.

—Soy una fanática de su trabajo —mentí rápidamente.

—¿De mi trabajo? —preguntó levantando una ceja.

Mi corazón estaba latiendo con fuerza; el hombre era imponente.

—¿Es estudiante de empresas? —insistió frunciendo el ceño.

—Sí —respondí.

—Permítame invitarle un trago, parece acalorada —dijo y sus ojos brillaron de diversión.

—Pam, un whisky, por favor. Y para la señorita Martty… —Me miró y rápidamente miré a la chica.

—Otra cerveza estaría bien —respondí—. Mi intención no era mentir, no sabía cómo contactarme con usted —confesé mirándolo.

—Toda presentación empieza con una mentira. ¿En qué la ayudo? —contestó con voz ronca.

Parecía no tener mucho más de treinta años. Su porte era elegante y fuerte.

—En realidad, quería consultarle sobre su último apoyo al caso de… —comencé, pero al instante me detuve al ver que no había sido una buena introducción.

Él me miraba como si me analizara y eso creaba una sensación extraña en mí. Tucson volvió a aparecer para decirle algo a Einar cerca de su oído, quien frunció el ceño y luego se aclaró la garganta.

—Lamento no poder ayudarla en estos momentos, tengo otros asuntos de los que ocuparme. Deberá disculparme —comentó agarrando el vaso de whisky—. Gracias, Pam —le dijo a la cantinera

—. Ha sido un placer conocerla, disfrute de su cerveza. —Me dio una última mirada antes de darse vuelta.

—¡Necesito un teléfono! —grité casi como si algo me hubiese pinchado en el cuerpo. Tucson y Einar se dieron vuelta—. Si no es mucha molestia, me gustaría llamarlo; estoy haciendo una monografía para la universidad y usted es un gran referente para mí —dije de forma rápida.

Una sonrisa de lado, oscura y peligrosa, se esparció por sus labios, casi como si estuviese ocultando un pensamiento. Miró a Tucson, que con una seña, se retiró de la escena.

—Señorita Martty, como se imaginará soy una persona que no comparte datos personales con la facilidad que se hace en estos tiempos. Estoy seguro de que podrá encontrar a otro profesional que pueda ayudarla con su… monografía —bajó su tono de voz, cosa que hizo que se me erizara la piel. De repente el trato se sentía más íntimo —. Por su bien, creo que será mejor que se retire de aquí, no todos se sienten cómodos con una reportera presente —su voz sonó ronca y privada. Fue todo lo que dijo antes de retirarse hacia las escaleras.

Me sentía una imbécil; claro que sabía que era periodista.

Observé las escaleras por unos minutos. El ambiente volvió a ser helado sin su presencia, observé a la gente jugando al pool. No me había dado cuenta de que estaba completamente tensa.

¿Por qué sentía que me estaba metiendo en la boca del lobo?

—No te contestará ninguna pregunta. —La voz de la cantinera, Pam, sonó atrás—. Corre de aquí, ovejita —susurró divertida. Luego sirvió un trago a otra persona.

Estaba en blanco. El encuentro con Einar me había dejado un gusto amargo en la boca, tanto que me molestaba no haber sido más rápida. Tal vez si no le hubiese mentido él se hubiera sentido seguro de darme un tiempo para hacerle preguntas. Mi cerebro había sido agua, por primera vez en muchos años. Había creado una reputación de ser una periodista fría a la hora de mis entrevistas, pero mi coraza pareció bajar automáticamente al verlo. Había vuelto al bar varias noches seguidas, pero nadie parecía abierto a hablar y Lucson brillaba por su ausencia.

«Tan solo cambia de persona para el artículo». Esa voz que aparecía en mi mente, maldita sea.

Marqué el número que tenía anotado en el cuaderno.

—Se ha comunicado con Custodes. En breve un representante se comunicará con usted —anunció una voz grabada.

—Hola, ¿qué tal? Mi nombre es Tabatha Jones. Necesito contactarme con el señor Lucson —respondí con voz neutral cuando

me dio tono mientras observaba por el gran ventanal de la oficina.

El día estaba mejor y las nubes se habían esfumado.

—Lo lamento, no puedo comunicarla con el señor Lucson. Pero puedo ayudarla con lo que necesite… —se excusó formalmente.

—Einar y yo somos grandes conocidos desde hace tiempo. Y lamentablemente perdí su número —mentí.

Claramente no funcionó. Corté sintiéndome tonta por pensar que funcionaría.

Llevé mis manos a mi cabeza en un intento de aplacar el dolor que comenzaba a aparecer por la ansiedad y observé la cantidad de pilas de historias con información para futuros artículos. Podría simplemente tomar uno de esos casos al azar y sacarles el jugo. Me estaba comenzando a obsesionar con el misterioso empresario, y eso no era bueno.

—¿Cómo me ves trabajando en lo alto de una oficina en Nueva York? —La voz de Gail hizo que levantara mi rostro.

—¿Cómo ves tocar la puerta antes de entrar? —pregunté ácida.

Por su risa sincera, le dio gracia lo que dije.

—Tuve una gran entrevista con la mujer del momento… Parnech me atendió sin problema y me contó todos sus sucios secretos como si fuera un primo lejano. La veré nuevamente el jueves —comentó con una sonrisa—. Ya está, nena. Olvídalo. Tendré el mejor artículo —afirmó sentándose frente al escritorio—. ¿Sabes por qué? Porque cuando uno tiene trayectoria es más fácil…

—Gail, ve a fanfarronear a otro lado —bufé.

No había podido dormir bien, me habían atacado las pesadillas, muy similares a las que tenía cuando era pequeña.

—No tienes nada, ¿eh? —preguntó divertido.

—Me paré por horas fuera de la fiscalía donde se presenta el caso de Platt, pero al parecer Lucson se escabulló. Lo busqué por cada rincón y nada. Vamos dos semanas y… lo máximo que logré saber es que es realmente alto y que le gusta el whisky —bromeé.

Y que huele exquisitamente bien.

—Estás yendo tras el hombre incógnito, ¿sabes la cantidad de periodistas que intentaron atraparlo? —preguntó divertido.

Prendí un cigarrillo lentamente ignorándolo y luego tiré mi cabello hacia atrás. Lo tenía largo, con unas ondas sin forma en las puntas. Él me observó.

—Eres sexy —aseveró suavemente.

Levanté una ceja mirándolo.

—Digo… —Y se detuvo—. Bueno, tú lo sabes. Eres inteligente y tremendamente sexy. Podrías utilizar esas armas a tu favor —comentó con lentitud.

—Gracias, Gail. Hace una década atrás no hubieses sido

considerado sexista.

—Su socio, Robert Monet, está en la ciudad por el fin de semana, y es un gran apasionado del Club Foreste. Sé que habrá un evento exclusivo allí, tal vez puedas acercarte y sacarle algo de información. Puede ser más viable que Lucson —largó.

—¿Estás intentando ayudarme? —Levanté una ceja y lo observé ponerse de pie.

—Tómalo como… alguien que te pedirá un favor de vuelta. —Sonrió de lado.

Gail no hacía nada desinteresado. Esto dolería, de seguro.

—Por cierto, he leído el artículo del caso Morgan. Le has sacado el jugo a Penélope Garld de una forma tenaz —aseguró divertido.

—Si eso significa que te gustó el artículo… entonces gracias —mi voz sonó directa.

—Eres más fría de lo que pensé —disparó achinando los ojos y dándome una última mirada—. Cuida tu espalda, porque lo que salió es una bomba que muchos intentarán que no explote —fue todo lo que dijo y se retiró.

—Club Foreste —susurré mirando a la ventana.

Un golpe a mi puerta me sorprendió; allí estaba Isabella con una taza de café.

—Te traje un café, a esta hora ya lo empiezas a necesitar —me dijo apoyándolo en el escritorio.

Sonreí de lado.

—Gracias, Isa —respondí.

—¿Te has enterado? —comentó—. Morgan está detenido luego de la salida de tu artículo y tuviste cinco llamadas de otros… familiares —informó con suavidad.

Levanté una ceja.

—¿Lo detuvieron? ¿En serio? —pregunté con rapidez mientras entraba a Internet—. Pero no me han llamado para testificar ni nada…

—Al parecer encontraron suficientes pruebas en el departamento que compartían con Penélope —aclaró lentamente—. ¿Deseas que le mande un mensaje?

—No, tranquila. Ahora me comunicaré con ella para ver cómo está. Gracias, Isa.

Isabella era una chica aplicada, fresca y rebelde. Contra lo que uno podía pensar por su estilo gótico era muy cálida y accesible.

—Si necesitas algo más, ya sabes —comentó retirándose.

—Isa —la llamé—. ¿Conoces el Club Foreste? —pregunté levantando una ceja.

Ella sonrió divertida.

—No sé qué tienes en mente, pero tal vez tenga algo que te ayude…

Caminé por unas vigas en altura sintiendo vértigo. El viento se agitaba con violencia y mis pies descalzos se congelaban al contacto con el hierro. Dejé caer mi cuerpo y de repente me encontraba en un tumulto de gente.

Una mujer de cabello corto y armadura de acero corría frente a lo que parecía una tropa de hombres.

—Brûlez le! —*coreaba la gente.*

Mi cuerpo se desvaneció y cuando me quise dar cuenta estaba cayendo nuevamente por la viga. Un grito salió de mi boca con fuerza hasta impactar contra el agua helada.

—Mierda —susurré al abrir los ojos en la oscuridad de la habitación.

Intenté calmar la respiración, tenía una sensación extraña, como si alguien estuviera dentro de la casa. Un ruido resonó en la cocina.

Observé la cama de al lado, Didi no estaba. Otro golpe sonó. Me levanté y caminé hacia la puerta de la habitación.

—¿Didi? —pregunté.

El departamento estaba en completa oscuridad.

—¿Didi? —volví a preguntar.

Observé el lugar vacío gracias a la luz de la luna que se filtraba por la ventana. Didi no había llegado. La cocina estaba en orden… De pronto sentí mi cuerpo tensarse al escuchar unos golpes en la puerta.

—¿Quién es? —pregunté.

—Soy yo —una voz masculina sonó.

Abrí la puerta y alcancé a ver al hombre del otro lado.

—Tienes un sueño muy pesado, polilla —comentó con una sonrisa de lado.

—Finn —suspiré.

El morocho me observó con una sonrisa, sus ojos estaban rojos por la marihuana. Había conocido a Finn gracias a Didi. Piel morena, sonrisa amplia y ojos marrones. Era un encanto que se aparecía cuando quería. Sin dar vueltas besó mis labios.

«Se ha comunicado con el teléfono de Penélope Garld, si quiere dejar un mensaje hágalo después de la señal, gracias».

Otra vez el contestador. Penélope claramente estaba evitando mis llamadas y eso no era nada bueno. Por más que estaba segura de que ella había chequeado el artículo, algo en mí me decía que tal vez estaba en peligro por toda la información que había salido a la luz.

—Buenos días —comentó Didi sentándose frente a mí con el rostro algo hinchado por la resaca y el cabello despeinado.

Dejé a un lado las anotaciones de la información sobre Einar.

—¿Cómo estuvo ayer? —Bebí mi café. Ella sonrió, levantó sus

manos y comenzó a hacer la señal de cuernos con sus dedos meñiques y pulgares.

—¡Increíble! —exclamó con pesadez—. Era un bar pequeño pero divertido.

—¿Quién tocaba? —pregunté.

—Un amigo.

Su mirada fue al piso. Rio con ganas mientras levantaba un cinturón de cuerina y me miraba con una ceja alzada.

—Creo que no fui la única que lo pasó bien —comentó divertida dándole una pitada a su cigarrillo—. ¿Finn? —preguntó.

—¿Cómo sabes?

—Porque es el único tipo con el que te acuestas —se burló—. Pensé que te aburría…

—Sí, todavía sigue haciéndolo —comenté mientras comía unos cereales de la caja.

—¿Y el sexo? —preguntó.

—Sigue… igual, pero es un buen chico —respondí sin ganas y encogiéndome de hombros.

—Claro, Tabatha «la chica rebelde» Jones, necesita de un hombre que le dé nalgadas —bromeó divertida golpeando el cinturón en el piso como si fuera un látigo.

—Mi trabajo me da unas lindas nalgadas, no necesito que venga una persona a hacerlo. Por otro lado, ese término de dar nalgadas a las mujeres es un concepto…

—Lo sé… —me interrumpió con pesadez—. Solo disfruta de unas buenas nalgadas sin pensarlo tanto, Tabatha. El sexo también es juego. Por otro lado, Finn todavía no sabe que tú sabes de la aventura que tuvo cuando salían, ¿no? —preguntó y me reí a la vez que negaba con la cabeza.

Mi hermana abrió la boca en una fingida sorpresa.

—*My milkshake brings all the boys to the yard* —canturreó mientras golpeaba el cinturón al piso. Reí—. *And they're like, it's better than yours…* —siguió divertida mientras bailaba—. Ugh, esta resaca… —Volvió a sentarse con pesadez.

De repente mi celular comenzó a vibrar y a recibir distintas notificaciones de llamadas perdidas. ¿Qué? ¿Acaso había estado sin señal? Tenía llamadas perdidas de números desconocidos, un mensaje de Lucrecia y otro de Gail. Con rapidez llamé al último.

—Ay, ay, ay, querida Tabatha. Dime que ya te enteraste —me contestó Gail del otro lado con voz burlona.

—¿De qué hablas? —pregunté de repente.

—Canal 10 —indicó lentamente y se escucharon algunos sonidos de fondo.

Sintonicé la televisión.

—No —susurré al ver las imágenes.

—¿Ese no era el ministro de Economía? —preguntó Didi con el ceño fruncido.

Estaban llevando preso a Morgan por las declaraciones de Penélope en mi artículo.

—Pensé que solo lo detendrían, pero no que lo encontrarían culpable —susurré.

—La gente está consumiendo esto como un circo, gracias a tu artículo. Pidieron justicia —añadió Gail del otro lado.

Morgan estaba siendo detenido mientras la multitud lo perseguía acusándolo.

—Solo pon a alguien que se ocupe de tu seguridad. Porque estos tipos no deben estar nada felices —comentó—. Y espera a que tu próximo artículo destaque, porque ni siquiera creo que Lucrecia pueda salvarte de esta —fue todo lo que dijo.

Corté la llamada sin dejar de ver las imágenes.

—Estoy jodida —susurré.

Si mis noticias se volvían un circo mediático, mi reputación como periodista estaría perdida.

El Club Foreste era uno de los lugares más exclusivos para personajes de elite, a los que les gustaba aislarse en su mundo de golf y habanos.

—No quiero que pienses que perdí la fe en ti, pero estamos hace más de media hora y está por llover —le dije a Isa.

Me refugié en mi abrigo y miré el cielo nublado; esta ciudad estaba encantada. Observé las grandes canchas de golf que se desplegaban por el lugar. Era un club tan tradicional que aún hoy solo aceptaban hombres con cargos poderosos.

—Me dijo que esperemos —comentó Isa tirando el cigarrillo al piso.

Estábamos en la parte trasera del club y a lo lejos dos hombres de seguridad nos miraban con simpatía. La noche estaba cayendo y varios autos lujosos se encontraban estacionados dentro del predio, lo que nos daba la seguridad de que ya había comenzado el evento desde hacía un buen rato.

—¡Ahí está! —exclamó Isa.

A lo lejos vi a una chica hacer señas, caminamos hacia ella pasando una de las rejas mientras ella le decía algo a los de seguridad.

—¡Al fin llegan! ¿Acaso piensan que pueden venir a la hora que quieren? —espetó la chica. Tenía el cabello completamente enrulado y dos clips a cada lado le despejaban el rostro.

El hombre de seguridad nos observó.

—¿Tarjeta de identificación? —preguntó mientras nos frenaba con la mano.

Las tres nos quedamos en completo silencio.

—¡Por Dios! ¿Acaso no se da cuenta de que dentro hay un evento? —preguntó la chica molesta—. Necesito a estas dos mozas trabajando ¡ahora! —ordenó mirándolo fijamente.

—No puedo darme el lujo de perder el trabajo —supliqué siguiendo la corriente.

El hombre nos miró pensativo y luego nos dejó pasar.

Sin más entramos por la puerta trasera del gran establecimiento.

—¿Mozas? —pregunté.

La chica que nos había hecho pasar nos entregó dos trajes.

—Nos conocimos en una clase de teatro —habló divertida Isa mientras ambas agarrábamos los vestuarios.

—En cinco minutos deben estar con las bandejas llevando comida a esta gente, si no, mi jefe se dará cuenta de que algo anda mal —comentó mirándonos.

A los pocos minutos nos encontrábamos cambiándonos la ropa por unos pantalones con un chaleco.

Me observé en el espejo y até mi cabello negro azabache en un rodete prolijo.

—¿Esto ayudará a un ascenso? —preguntó Isa mientras se acomodaba el cabello.

Saqué de mi bolso los anteojos de lectura y la observé levantando una ceja.

—Debía intentarlo… —Sonrió sin más.

Me puse los anteojos.

—No sabía que tenías problemas en la vista —habló confundida.

—Tanto tiempo frente a una *laptop* puede hacer muy mal. Y sirven para ocultar un poco mi rostro —comenté mientras salía del baño—. ¿Recuerdas la cara de Monet?

Isabella asintió y salimos de allí.

El gran salón principal estaba iluminado y decorado de una manera exquisita. Una banda tocaba música suave y los invitados se paseaban de un lado a otro mientras conversaban.

Mesas con *appetizers* se encontraban a un lado; por otro, había una gran barra elegantemente decorada con botellas de marcas que nunca había visto en mi vida.

Sostuve la bandeja con copas de champán de forma poco profesional, mientras el resto de los mozos mantenían el porte y se movían sosteniendo la plataforma metálica con una sola mano. No iba a ser el caso. Me habían dicho que me quedara quieta a un costado, para que aquellos que quisieran tomar algo tuvieran mejor acceso. Ya había pasado un buen rato y no tenía rastros de Robert Monet a la

vista.

Necesitaba moverme pero sin que me viera mi supuesto jefe. Caminé entre la gente en un intento de que la bandeja no cayera estruendosamente.

—¿Champán? —susurré con una leve sonrisa. Necesitaba que tomaran las copas, para que la bandeja no pesara tanto.

El evento se extendía en los exteriores, bajo una construcción de hierro. Isa se encontraba allí, lo que era bueno, ya que podíamos abarcar más posiciones. Mis ojos hicieron un paneo del lugar, hasta que observé a un hombre de traje y cabello rubio oscuro.

—Monet —susurré con los ojos fijos en él.

No estaba segura de qué le diría, pero de alguna manera u otra le sacaría información de Lucson. El empresario se encontraba hablando con otros hombres; parecía una conversación acalorada ya que no tenía una expresión muy amigable. Debía rondar los cuarenta y cinco años.

Cuando me quise dar cuenta, ya estaba frente al grupo de tres hombres que me miraron cortando la conversación.

—¿Champán? —pregunté con voz suave.

—No, gracias —dijeron al unísono para luego seguir hablando.

Necesitaba su atención.

—Es francés —agregué.

Los hombres me volvieron a mirar sin entender.

«¿Por qué dices que algo es importado si son millonarios? Les da igual».

—Es uno de los mejores, tiene propiedades muy buenas para el cuerpo además de ser delicioso —comenté. El hombre revoleó los ojos y luego agarró una copa al igual que hicieron los otros dos.

—Gracias —dijo en un intento por despacharme.

—Si quieren algo, pueden preguntarme —hablé suave.

—Estamos manteniendo una conversación privada —espetó de mala gana uno de los hombres con anteojos.

—Claro, me retiro. Con permiso —fue todo lo que pude decir antes de darme la vuelta.

Mi corazón se heló al ver a Einar Lucson frente a mí. ¿Cómo podía ser? Había encontrado la lista del evento y él no había confirmado su asistencia.

—Mi gran amiga —se burló con una sonrisa de lado—. Lindos anteojos.

Su cabello negro estaba peinado levemente para atrás, llevaba una camisa negra que dejaba ver su bien formado cuerpo y unos pantalones de paño grises que le daban un aspecto retro.

Sentí la bandeja deslizarse por mis manos, pero él la detuvo impidiendo que todo cayera y fuera un desastre.

—Cuidado.

—Señor Lucson, ¿champán? —pregunté sintiendo mis mejillas arder.

Una sonrisa pasó por sus labios y no dejó de mirarme.

—¿Qué la trae por aquí, señorita Martty? Creí que debía hacer una monografía para la universidad —comentó levantando una ceja; su voz era grave e hipnótica.

Estar frente a él al parecer generaba algo en mi cuerpo que no podía controlar. Sus ojos grises me siguieron. Era como si alguien hubiese prendido una maldita fogata a mi lado.

—¿Eso? Ya lo terminé —mentí.

—¿Ah, sí? —Parecía que estaba reteniendo las ganas de sonreír; bebió un poco de su copa—. ¿A quién ha elegido como referente entonces? —preguntó.

—Robert Monet —dije rápidamente.

Genuinamente sorprendido, miró ahora por arriba de mi hombro.

—¿En serio? —preguntó con voz suave volviendo sus ojos a mí—. Déjeme presentarla entonces —sugirió antes de que pudiera decir algo.

Einar ya estaba en la ronda de los tres hombres.

—No es nec… —no llegué a terminar la frase que ya nos estaba presentando.

—Robert, déjame presentarte a la futura empresaria Sarah Martty —anunció abriendo paso hacia mí.

«Recordaba mi nombre… falso».

Robert me miró con el ceño fruncido.

—Lo lamento, no sabía que era conocida de Lucson —se disculpó mirándome.

Aun así, se notaba que solo se excusaba para ser cordial.

—No hay cuidado —susurré sintiéndome incómoda.

—Con la señorita Martty nos conocemos desde hace muchos años… somos viejos amigos. —Einar parecía divertirse con la mentira.

—Si me disculpan, seguiré trabajando —dije y me liberé de la situación.

Debía irme, no sacaría información de Einar de esta manera, él sabía que mentía y que estaba ahí por él. Tenía que retirarme lo antes posible.

—¿A dónde vas? Ve a buscar más copas, tienes la bandeja vacía —me ordenó uno de los gerentes.

Caminé hacia el área de la cocina sintiendo el deseo de revolear todas las copas. Dejé la bandeja ante el lío de cocineros y ya cerca del pasillo del baño aproveché que no había nadie para escribirle a Isa.

Al levantar mi rostro, allí estaba Einar de brazos cruzados y el cuerpo apoyado en el elegante empapelado de la pared.

—¿Qué cree que hace? —preguntó con el rostro serio.

Mi estómago dio un vuelco.

—Este es un lugar para el personal autorizado —señalé.

En realidad estábamos en la mitad de un pasillo de circulación libre para cualquier persona.

—¿En serio cree que la dejaría entrar en mi vida con tanta facilidad? ¿Tan accesible parezco? —Su voz era más grave y por un segundo quise correr lejos de él.

Su forma de hablar era suave, al igual que su acento, pero sus ojos transmitían hielo.

—Sé quién es, señorita Jones —dijo incorporándose y pasando sus manos por los bolsillos de su pantalón.

De repente me sentí amenazada; su altura, su forma de mirarme… Caminó lentamente hacía mí y pude absorber por completo su aroma.

—Usted no sabe quién soy —susurré mirándolo.

Una sonrisa corta ocupó sus labios.

—No se apresure —contestó con voz baja, tanto que hizo que se me erizara la piel.

—Lo que sea que esté escondiendo, lo encontraré y lo mostraré a la sociedad —le aclaré y di media vuelta.

—¿Al igual que con Penélope Garld? —preguntó de repente—. Arruinar a alguien por un caso de infidelidad, muerte y pasión. ¿Todo por un artículo? —insistió—. No seré su próximo mono de circo, por lo menos no de la manera en que usted piensa —dejó en claro.

Me di media vuelta haciéndole frente.

—Usted se cree la gran cosa, ¿verdad? —dije escupiendo las palabras. Intenté irme pero su mano se posó en mi brazo enviando electricidad a todo mi cuerpo. Podía sentir el calor de su tacto a través de mi camisa.

—Acompáñeme a Liberium, tal vez podamos llegar a un trato —invitó su voz suave cerca de mi oído. Una voz peligrosa y oscura.

CAPÍTULO 3

El bar Liberium se encontraba zambullido en una nube espesa de cigarrillo, que ya parecía formar parte del ambiente. Varias personas jugaban al pool y bebían cerveza. La música rockera sonaba de fondo casi como una marca del lugar. Me sentía particularmente incómoda entrando al lado de Einar, ya que las miradas fueron hacia nosotros.

Me había escapado del evento sin que el gerente me viera y eso incluía que había tenido que dejar mis cosas en el evento. Así que aquí me encontraba, en un bar de motociclistas, vestida de moza; a excepción de Einar, no parecía ser bienvenida.

—Dag —saludó la mujer de la otra vez.

Me miró con el ceño fruncido, llena de confusión.

—Pam, dos cervezas, por favor —le pidió Einar. Me miró fugazmente y observó el lugar.

Él no iba con el ambiente. Se destacaba con su elegante porte, como una figurita de otro mundo. Y eso me hizo preguntar qué le gustaba tanto de este lugar. Pam nos sirvió las dos cervezas. Einar caminó hacia el fondo del bar, donde el bullicio era menor, y saludó a alguna que otra persona por el camino.

Dejó las cervezas al borde de una mesa de pool y cerró una gran cortina negra que separaba el bar del lugar en el que estábamos, aislándonos.

—¿Y eso? —pregunté mirándolo.

—Para que no haya testigos —comentó dándose vuelta con una sonrisa burlona.

Eso no había sonado nada divertido, pero él no perdía el encanto.

—Trata de relajarte, Jones. —Me tendió una cerveza—. Lo hago para estar cómodos, no creo que quieras chismosos.

Agarró un palo de pool de una pared de ladrillos con incrustraciones que parecía de un estilo mediaval.

—¿Sabe jugar al pool? —preguntó mirándome luego de dar un trago a su cerveza sin quitarme los ojos de encima.

—No puedo desvelarme, mañana debo ir a la oficina… —comencé pero él no me dejó terminar.

—Claro, claro. A la redacción del diario Central. —Acomodó las bolas de colores sobre la mesa de pool—. ¿Con qué propuesta? —preguntó levantando una ceja—. Le estoy haciendo una oferta aquí, Jones —dijo como el que no quiere la cosa.

—Puedo escribir de lo narcisista que parece ser. Realmente no me encanta la idea de jugar con usted —comenté mirándolo directo.

Él se rio francamente divertido y me tendió uno de los palos.

—Oh, créeme, le gustará jugar conmigo, *mon chérie* —sugirió con voz íntima y sentí mi vientre vibrar.

Tomé el palo de pool mientras él acomodaba la mesa; luego di un sorbo a la cerveza, tenía la garganta seca.

El hecho de estar apartados con Einar me hacía poner los pelos de punta.

—¿Cómo descubrió que era reportera? —pregunté mientras miraba cómo comenzaba el juego. Dio un ágil golpe a la pelota blanca haciendo que el triángulo se rompiera.

Einar agarró su cerveza y bebió con tranquilidad.

—No dejo entrar a personas desconocidas a mi bar —comentó—. La mandé a investigar —comentó como si nada mientras caminaba y observaba las posiciones del juego.

Se sentía extraño saber que él sabía cosas de mí. Di un tiro directo para pegarle a una bola rayada y emboqué una en el camino. Volví a tirar pero esta vez fallé.

—Es un hombre difícil de contactar —dije para luego dar un trago largo de cerveza.

Lo observé inclinarse en la mesa de pool; se había quitado el saco, dejando ver su camisa que se amoldaba perfectamente a su cuerpo fuerte. De un ágil y preciso movimiento tiró la bola blanca y metió dos pelotas lisas en uno de los agujeros.

—Observé que en las redes hay información escasa sobre usted. ¿Desde hace cuánto posee la compañía Custodes? Leí algunos archivos pero la fecha de apertura es algo confusa —pregunté formalmente.

Terminó su tiro y bufó.

—Jones, por favor, deje sus preguntas profesionales para otra ocasión —solicitó mirándome—. Le daré la información que necesite, pero no mientras jugamos al pool, es mi juego favorito. Déjeme disfrutarlo —su voz sonó suave e hipnótica.

Sus ojos me capturaron por completo, tanto que sentí por un segundo cómo mi cuerpo entraba en un calor que pocas veces había sentido.

La partida estaba pasando rápido y lentamente comenzaba a relajarme bajo la presencia de Einar.

—¿Qué encontró en mi investigación? —pregunté luego de que Pam llegó con otras dos cervezas.

Me quité con rapidez el chaleco negro y me posicioné para tirar.

—Una joven proveniente de Pardillo. Veintiséis años, periodista del diario Central de Cambria hace un año. Gran logro, consiguió trabajo rápido luego de terminar la carrera, gracias a sus notas con un promedio de nueve —relató con tranquilidad mientras se apoyaba en la mesa y me miraba—. Dos hermanos menores, madre enfermera y

padre comisario de abordo. La internaron en el hospital de Nueva Montana cuando tenía quince años por apendicitis. —Su acento extranjero y su voz lo hacían sonar elegante.

Lo observé desde mi lugar levantando una ceja.

—Eso es ilegal —susurré y luego tiré, sin asestar.

—Muy parecido a difamar a una persona y exponerla en un artículo de un diario con una llegada de al menos cinco mil personas. Sin tener en cuenta la difusión a través de Internet. Lo que estoy diciendo es información pública —aclaró con una sonrisa de lado.

Me enderecé, él caminó para acomodarse pasando por detrás de mí y sentí mi sangre arder.

—Parece realmente molesto con mi artículo sobre Penélope Garld. ¿Acaso es conocida suya? —pregunté mirándolo fijamente.

Einar sonrió de lado.

—Conocida —dijo sin más—. Aun así no estoy diciendo que hayas mentido. ¿Y cuándo vas a tutearme?

—Cuento lo que el entrevistado quiere expresar, ella fue honesta, yo simplemente transcribí sus palabras —le aclaré mirándolo con firmeza.

Él levantó una ceja casi como si estuviese divertido con la situación.

—¿Lo haces? ¿O intentas salvar al mundo con tus artículos, Jones? —Achinó los ojos—. ¿Chequeas la información? ¿O solo te dejas llevar crédulamente por lo que te dicen? —preguntó frunciendo el ceño.

—Lo hago, busco diferentes fuentes para chequear la información. Mi artículo sobre Penélope Garld… Solo ella sabe su verdad —ataqué —. Y por lo menos intento ayudar al mundo de alguna manera. Por lo poco que sé de usted hasta el momento es que gasta dinero en buscar información sobre gente como yo y ayuda a criminales con intolerancia religiosa —me defendí levantando el mentón sin dejar de mirar al frente mientras Einar caminaba detrás de mí pasándole tiza al palo de pool.

—Con la diferencia de que yo me hago un festín con tu información en privado, en cambio tú abres un circo mediático para satisfacer tu propio ego. ¿No te parece? —su voz sonó en un susurro detrás de mí.

—Creo que me da mucho más poder del que tengo, señor Lucson —respondí en un susurro sintiéndolo todavía detrás; apreté mis manos en el borde de la mesa de pool, mi respiración se volvió lenta y pesada.

¿Era yo o hacía mucho calor? Podía sentir el sudor en mi cuerpo, casi como si fuera pleno verano. De repente sentí que mi cabello se desataba y caía sobre mi espalda.

—¿Me ha soltado el cabello? —pregunté mirándolo; él me tendió la gomita del cabello rota.

—Se ha soltado solo —susurró divertido y se alejó de mí.

Era una gomita de pelo realmente desgastada; bebí la cerveza sintiendo la frescura del líquido entrar en mi cuerpo en un intento de enfriar mis órganos.

—¿Qué hace? —pregunté al ver cómo dejaba el palo sobre la mesa y comenzaba a desprenderse los puños de la camisa para luego arremangarlos en su antebrazo.

—Se averió la refigeración hoy por la mañana, todavía no pudieron venir a arreglarla. Tengo calor —comentó divertido sin mirarme.

Observé con sorpresa la tinta en su piel; tenía los antebrazos tatuados, madre mía.

—Tiene tatuajes —la frase salió disparada de mi boca.

—¿No te gustan? —Se acercó a la mesa para jugar nuevamente.

Hice mi mayor esfuerzo para no quedarme mirando sus antebrazos; la piel bronceada y la tinta lo hacían aún más explosivo. Aproveché a echarle una mirada, llevaba un elegante reloj de pulsera y un anillo plateado grueso en su dedo anular. ¿De qué era eso? Parecía de casamiento, pero antiguo.

—Pensé que hombres como usted no se hacían tatuajes —dije mientras miraba cómo se posicionaba para hacer su jugada.

Dio una tirada a la mesa de pool. Ganó el juego, se enderezó y me miró con sus ojos grises oscurecidos.

—No sabía que mi cargo laboral me lo impedía. —Sonrió de lado, pero esta vez era una sonrisa que escondía algo más—. ¿Tú tienes?

—No —contesté—. Nunca encontré algo tan interesante como para tatuármelo.

—Una pena. De seguro… encontrarás algo interesante para tatuarte. No tardará mucho en llegar, la tinta es una adicción a la expresión —vaticinó para luego beber cerveza y dejar la botella vacía a un lado—. ¿Quieres la revancha? —preguntó con una leve sonrisa asomándose por sus labios.

Sus ojos chispeaban con algo más, casi atrayéndome hacia él. Pero debía irme.

—Ya es tarde, debo volver —respondí luego de beber lo que quedaba de cerveza.

—¿Acaso vas a perder la opción de salir victoriosa de aquí? —Me miró fijamente.

—No todos somos dueños de nuestras propias empresas… —repuse directa.

—*Poule* —exclamó con un perfecto acento francés.

—¿Disculpe?

—Gallina —tradujo—. Me gustaría hablar seriamente contigo y como te habrás dado cuenta tengo mejor humor mientras juego.

—Veo que es aficionado al pool —comenté al ver cómo comenzaba

a armar nuevamente el juego.

—Te estoy dando información para anotar en tu libreta azul —largó sin dejar de jugar.

«¿Cómo sabía que tenía una libreta azul?»

—¿Cómo lo sabe? —pregunté.

Caminó hacia una pequeña heladera un poco más alejada y sacó dos latas de cerveza frías.

—Sé más de ti de lo que piensas —susurró mientras me miraba fijo y me tendía una lata. Sin quitarle los ojos de encima, la agarré.

—Podrás usar de título que tengo una adicción al pool —comentó —. O tal vez puedas hablar sobre mi debilidad por las mujeres de cabello negro que me juzgan en silencio —espetó levantando una ceja.

Sentí mi sangre arder; abrí la lata y le di un trago.

—Estoy segura de que debe tener debilidad por cualquier par de piernas que pase por su lado, señor Lucson —me burlé. Fui directo a tirar e iniciar la nueva partida.

Me observó con mirada de acero y las manos apoyadas en la mesa.

—No nos conocemos tanto como para que puedas afirmar eso, Jones. Yo podría decir lo mismo de ti —comentó lentamente.

La pelota blanca se deslizó por el paño verde y golpeó el triángulo con mayor confianza; un pequeño estruendo sonó y una bola rayada cayó en uno de los agujeros. Levanté mi rostro triunfante; volví a golpear la pelota blanca y a embocar en uno de los agujeros otra bola rayada.

—Veo que tienes suerte con las rayas —comentó divertido.

—No es suerte… —indiqué mientras miraba la próxima jugada. Me incliné para tirar—. Es práctica —comenté para luego dar con la bola blanca y acercar otra rayada.

Había ido a varios bares junto a mi hermana el último tiempo, suficiente para aprender a jugar bien al pool.

—Mmm, la preciosa soberbia, un gran pecado capital poco valorado —susurró suspirando. Luego sonrió de lado mientras se acomodaba para tirar.

—¿Es religioso? —pregunté luego de beber un poco de cerveza.

Hizo un tiro ágilmente sin lograr llegar a ninguna pelota y por dentro aplaudí por la satisfacción de verlo fallar.

—Mi religión es el ser humano —comentó lentamente.

—¿El ser humano? —pregunté levantando una ceja.

—Creo en el humano —respondió como si fuese algo normal y luego bebió.

Me acomodé para mi turno.

—Nunca conocí a nadie tan ateo —dije divertida.

Knockin' on Heaven's Door comenzó a sonar de fondo en el bar.

—No soy ateo, Tabatha —comentó mientras observaba mi tiro, que

logró llevar otra bola al hoyo.

Mi nombre en sus labios sonó casi como si hubiera dicho algo mágico. Nuestras miradas se encontraron y él parecía desafiarme con la suya.

—Me estás dando una paliza. Tal vez lo mejor sea que me siente a ver cómo terminas conmigo. —Pasó una mano por su cabello negro y lo peinó hacia atrás analizando la jugada.

Lo observé fugazmente y eso me alcanzó para darme cuenta de que el hombre era tremendamente atractivo, eso no se podía negar. Pero tenía algo más, no era simplemente un tipo lindo y ya. Había algo interesante en él y estaba dispuesta a averiguar qué era. Volví a sentir mis mejillas arder.

—La pereza también es un pecado capital, así que será mejor que no haga eso —me burlé tirando una vez más. Él carcajeó.

El juego continuó y logré vencerlo entre burlas.

—Bien, creo que ya he dado mi punto aquí —comenté. Colgué el palo—. Me retiraré. —Sabía que era de madrugada y no iba a ser nada bueno cuando la alarma sonara dentro de unas horas.

—Espera, espera. No corras tan rápido —comentó dejando el palo sobre la mesa y apoyándose en ella.

Lo imité y quedamos enfrentados con la mesa de pool en el medio.

—Me gustaría ofrecerte algo —anunció mirándome.

Sus ojos grises eran algo que nunca había visto.

¿Eran reales? Parecían tener una especie de magia magnética conmigo.

—La quiero conmigo —susurró con voz ronca.

Mi vientre vibró y mi corazón palpitó con fuerza. De repente sentía todo el lugar demasiado caluroso, casi como si estuviera frente a un fogón.

—¿No le parece un poco posesivo, señor Lucson? —respondí en un intento de evadir el calor que estaba subiendo por mi cuerpo.

Él retuvo una sonrisa mirando hacia un costado.

—Lo lamento, tienes razón. Eso no ha sonado bien —se retractó—. Tus mejillas están coloradas —comentó—. ¿Te estás imaginando cosas indebidas, Jones?

Hijo de la mierda.

—¿Va a ofrecerme algo? —pregunté algo dura para ocultar lo avergonzada que me encontraba.

—Me gustaría aportar a tu investigación —indicó con seriedad. Levanté una ceja sin entender.

—Pensé que no quería que escribiera sobre usted.

—No, no quería. Cuando me enteré hace unos días quién eras, estaba completamente negado. Más luego de ver cuál parece ser tu forma de trabajo —dijo lentamente.

Quise reprochar, pero decidí dejarlo seguir, sabía que se refería al caso de Penélope.

—Pero luego leí algunos artículos que me parecieron realmente interesantes. Creo que tienes un gran potencial para contar historias; tu escritura es atrapante, fresca y honesta. Y me gustaría aceptar tu petición de escribir sobre mí —relató lentamente.

—Bajo su supervisión —agregué lo obvio de manera ácida.

—No pensarás que luego de lo ocurrido con la señorita Garld pueda darte completa libertad sobre mi imagen. Esa sería una de las condiciones. Lamentablemente como sabrás llevo varios años de carrera en los negocios como para dejar todo en manos del azar. Y más ahora, que siento que tienen todos los ojos encima de ti —dijo —. Te sumergiré en mi mundo a tal punto que sentirás que te estás ahogando. —Esta última frase sonó como una promesa; su expresión era seria y parecía ser un hombre que se encontraba haciendo negocios.

—¿Y qué pasa si escribo algo que no le gusta? —pregunté cruzándome de brazos.

—Imposible que escribas algo que no me guste —comentó divertido —. Sorpréndeme, Jones. Quiero que seas honesta y cruda, al igual que lo eres en tus artículos.

La forma en que hablaba era casi hipnótica y entendí de repente cómo había llegado a ser una de las personas más importantes y poderosas del momento.

—¿Alguna otra condición? —pregunté sintiendo que lo que me estaba ofreciendo era demasiado bueno como para que él sacara provecho de alguna manera.

—No salgas corriendo —susurró luego de unos segundos.

—¿Qué? —pregunté.

—No salgas corriendo cuando sientas que te ahogas —susurró evitando mi mirada.

Mi piel se erizó; él escondía más, algo grande. Pero parecía no tener miedo de mostrarlo.

—¿Por qué yo? Tantos años de periodistas persiguiéndolo, aparezco en un bar y me ofrece esto… —cuestioné sin entender.

Por sus ojos pasó un pensamiento, pero pareció esconderlo.

—Me das confianza, no haces esto por el dinero o por poder. Realmente quieres informar y contar historias. —Se encogió de hombros y por un momento pareció estar evitando una respuesta honesta.

—Me gustaría pensarlo, podemos reunirnos la semana próxima —sugerí formalmente.

Él lentamente sonrió como un lobo a su presa sin mostrar los dientes.

—Me parece excelente, señorita Jones —dijo levantando su mano y dejándola suspendida en el aire.

La observé por un segundo, su mano grande y prolija; un poco más arriba en su muñeca, un reloj negro brillaba. Sin más, levanté la mía y la estreché con la suya.

—Gracias, Einar —susurré sintiendo mi garganta seca.

—El placer es mío, Tabatha —dijo mirándome fijamente con su acento marcado.

—Quiere sexo. —Didi se encontraba sentada frente a mi escritorio jugando con el cubo rubik de mi oficina.

—Diana, por favor… ¿puedes pensar en otra cosa? ¿Qué? ¿No me puede ver como una buena periodista y ya? —pregunté mirándola.

—El tipo que nadie logra atrapar, llegas tú y… Oh, vamos, Tab. Eso es extraño. Con esto no estoy diciendo que no eres buena en lo que haces, eres excelente. Solo que es raro… —dijo con la mirada y la atención puestas en el cubo.

—Fue convincente y es conveniente —comenté mientras acomodaba el papelerío de las salidas de las nuevas publicaciones.

—Por eso, tú eres la experta —suspiró para luego apoyar el cubo sobre el escritorio—. Odio ese cubo de mierda, nunca lo puedo solucionar —susurró molesta.

—¿No ibas a buscar trabajo hoy? —pregunté.

—Sí, pero lo volví a pensar y la verdad no voy a poder. Ya tengo suficiente con la universidad —dijo rápidamente.

—Didi —susurré—. No sé cuánto tiempo más podré pagar todo —comenté mirándola—. Y no le podemos pedir a mamá, ya tiene suficiente.

En algunos aspectos, Diana era alguien tremendamente madura, pero por otro lado, parecía querer mantener todo de una manera fácil. Ya no estábamos en Pardillo y no podía seguir manteniéndola.

—Está bien, buscaré algo que me permita hacer las dos cosas. Pero si baja mi rendimiento en los exámenes, lo dejaré —respondió con seriedad.

—Muy bien, hagamos el intento.

—¿No estarán buscando a alguien aquí? Puedo hacer algún trabajito —propuso interesada.

Isa tocó la puerta.

—Permiso, Tab —dijo con unas carpetas en las manos—. Te dejo el artículo que sale la semana que viene para que chequees que todo esté correcto —comentó tendiéndome las hojas—. Lo leí, me encantó —dijo lentamente y la observé.

—Luego de lo de Morgan y Penélope intento que este artículo sea

lo más tranquilo posible —suspiré.

—Te han llegado cosas, pero… me encargué de tirarlas, hablé con el hombre de seguridad —dijo Isa.

—Sí, he hablado con la policía y Penélope no atiende mis llamados desde hace varios días —comenté por arriba.

—¿Cómo te ha ido con Lucson? ¿Has logrado sacarle información? —preguntó Isa cruzándose de brazos.

—¿Si le ha sacado información? —comentó divertida Didi. Revoleé los ojos.

Isa y Didi eran casi de la misma edad y se conocían bien porque Diana había salido un tiempo con el primo de Isa. Didi incluso le había avisado sobre la búsqueda de asistente en el diario.

—Todavía estoy pensándolo, hay algo de su trato que no me huele bien —respondí dura.

Ambas chicas compartieron una mirada.

—Hablando de eso… La otra noche cuando nos estábamos yendo tuve una breve plática con Monet —relató Isabella lentamente—. Él estaba algo borracho, salía del baño y lo ayudé a encontrar la salida hacia su auto —comentó—. Le pregunté cómo había pasado la noche y alguna que otra cosa… —suspiró—. Hasta que le mencioné a Einar Lucson. No sabes la cara que puso —dijo sorprendida.

—¿Cómo? ¿Estaba disgustado? —preguntó Didi.

—Más que eso. Parece odiarlo. No le entendí muy bien ya que balbuceaba, pero dijo algo como… que esperaba «deshacerse de ese maldito pronto». Esas fueron sus palabras exactas —dijo frunciendo el ceño y algo confundida.

—Tal vez tuvieron una discusión antes del evento —comentó Didi.

—Es extraño, ambos tienen suficiente dinero como para trabajar solos. No entiendo por qué trabajan juntos si no se agradan —dijo Isa sin entender.

—Es que no creo que Monet tenga acciones en Custodes, por lo que investigué el único que aparece es Lucson y un porcentaje de una mujer. No sé bien cuál es su acuerdo. —Fruncí el ceño sin entender.

—Vaya, esto es difícil —dijo Didi suspirando—. Me iré a seguir disfrutando de mi día libre.

—Tú vives de días libres —comenté divertida. Mi hermana no pudo más que reír.

—¿Vamos por un helado? —me preguntó Didi.

—Estoy trabajando —corté seca.

—¿Tú? —Diana miró a Isa.

—Diana, vete —hablé revoleando los ojos.

Ambas chicas se retiraron al poco tiempo y me encontré sola en mi oficina. Negué con la cabeza y miré la pequeña tarjeta de color negro que había evitado hasta el momento.

«Einar Lucson - CEO Custodes»

El nombre estaba escrito en un blanco marfil que contrastaba con el fondo opaco y oscuro. Dejé la tarjeta junto al resto de los papeles.

—Me alegra saber de ti —dije con honestidad.

—Creo que eres la única de todo el país que se alegra —dijo Penélope en una nube de humo de cigarrillo y observó con rapidez la puerta del café.

Sus ojos estaban rojizos, tenía ojeras y el cabello oscuro algo despeinado. Se veía muy diferente a la prolijidad con la que la había conocido, claramente no estaba durmiendo bien.

Nos encontrábamos en una cafetería antigua, la oscuridad de la noche ya estaba cayendo en las calles de Cambria. Por ende, éramos las únicas que estaban allí; supuse que era el mejor lugar para encontrarme con ella sin miradas curiosas.

—La policía quiere que testifique —anuncié con mi libreta azul frente a mí.

—¿Qué tendrías que testificar si no estuviste allí? —dijo mirándome con firmeza.

Llevaba un fuerte delineado; otro dato que contrastaba con la Penélope que había conocido.

—¿Cree que su exesposo lo mató? —pregunté directa.

—No quiero seguir hablando de Morgan —habló de mala gana la mujer después de expulsar una bocanada de humo.

Observé los moretones en sus brazos.

—Lo sé, pero… —dije sin terminar.

—Sabes que esto me está arruinando la vida, ¿no? Sé que agregaste cosas al artículo que no te permití divulgar —habló con la mirada fija en mí.

Sus uñas eran largas y estaban pintadas de un rojo sangre al igual que el labial de su boca. Su cabello corto la hacía ver desafiante y su mirada oscura todavía más.

—Solo anoté específicamente las cosas que usted me dijo —suspiré y decidí cambiar el ángulo—. ¿Cree que el señor Morgan impidió que usted sea una bailarina? —pregunté de repente.

Sabía que el gran sueño de Penélope había sido ser bailarina clásica, pero el contexto no había ayudado.

—Me faltaba técnica —susurró sin mirarme.

—¿Lo extraña? —pregunté haciendo referencia a su esposo, quien había matado a su amante.

—¿A quién? —preguntó evitando mi mirada nuevamente.

—A cualquiera de los dos.

—A Morgan no, lo veo en las visitas al centro penitenciario —

contestó mientras seguía fumando.

—¿A Namir? —Ese era el nombre de su amante.

Esta vez ella me miró y sus ojos brillaron levemente casi con sorpresa de escuchar su nombre.

—No —contestó.

Claramente lo extrañaba.

—¿Lo amaba? —pregunté.

Ella se tensó.

—No —contestó y sus ojos volvieron a brillar aún más.

Mentía.

—Si pudiera irse lejos en este momento, ¿lo haría? Dejando atrás a Morgan y todo lo que ocurrió —insistí.

—No, nunca me iría del lado de Morgan —habló casi como si fuese un guion.

La miré con firmeza.

—¿Esperará hasta que salga? ¿Cree que al ser él el ministro de Economía eso condiciona sus respuestas?

—Él es inocente.

—¿Por qué lo llamó esa noche que se encontraba con su amante?

—Porque me di cuenta de que lo que hacía no era correcto. Era la primera vez que le era infiel a mi esposo y no me sentía bien —contestó rápidamente.

De repente sus respuestas parecían armadas y muy alejadas a lo que me había relatado antes. Ella me había sugerido que habían tenido una larga relación de amantes a espaldas de su marido.

—¿Está juntando información para seguir arruinando nuestras vidas? El caso Morgan ya está terminado y pasará el resto de su lamentable vida en la cárcel. Y nunca más podrá ejercer su puesto en el gobierno —comentó luego de dar una pitada.

—¿Por qué lo llama caso Morgan? Él no era el protagonista, ¿o sí? —pregunté rápidamente.

Ella pestañeó con nerviosismo.

—Claro, llámalo como quieras… así lo están llamando todos —susurró algo extrañada.

—¿Usted quería que Namir muriera? —pregunté luego de escribir —. ¿Qué esperaba que fuera a pasar cuando su esposo llegara?

—¡Claro que no quería! —contestó molesta.

—Entonces ¿por qué lo llamó? ¿Qué esperaba? —insistí con mis ojos fijos en los de ella.

—Me iré —decidió de repente apagando lo que quedaba de su quinto cigarrillo.

Agarró su bolso.

—¿Qué esperaba, Penélope? —pregunté nuevamente y ella me miró.

Parecía como si de repente estuviera afectada.

—Esperaba que el arma estuviera descargada. Era un juego —susurró.

—Tengo un bonus del artículo que puede ayudar a limpiar la imagen de ambos, Isabella seguro se lo reenvió… —comencé.

—No se te ocurra publicar nada más. Tú me hiciste creer que podía confiar en ti, me abrí y te aprovechaste —me acusó mirándome a los ojos.

—Tú me diste la información para poder denunciar a alguien violento como lo era Morgan contigo —dije tuteándola—. Nunca me importó su poder. Alguien falleció aquí, Penélope, y tú fuiste clara. Querías que se supiera la verdad. Cuando me llamaste, estabas muy angustiada —intenté mantener mi tono de voz delicado y directo.

Lo mejor en estas situaciones era ser lo más clara posible.

—No te metas más, Tabatha. Ya estamos en suficiente peligro —gruñó y se retiró con brusquedad.

Me quedé viéndola irse, el humo del cigarrillo había invadido todo el pequeño bar. Le hice una seña al mozo para que me trajera otro café.

El hecho de estar durmiendo poco gracias a las pesadillas que me atormentaban no dejaban que mi mente funcionara correctamente. Anoté en la libreta una frase de Penélope que me quedó resonando: «Esperaba que el arma estuviera descargada. Era un juego».

La observé por un largo rato sintiendo que podría descifrar una pista secreta de tan solo nueve palabras.

—Ella lo mató —una voz masculina habló frente a mí.

Levanté mi rostro. Casi tiro el café que me había traído el mozo minutos atrás. Sus ojos grises me miraban divertidos.

—Lucson —susurré algo quedada.

—Lamento asustarte, Jones —dijo burlón haciendo una seña para que le trajeran un café.

Su cabello oscuro estaba peinado hacia atrás; llevaba una camisa blanca y un saco azul marino oscuro.

—¿Me está siguiendo? —pregunté con el ceño fruncido y cerrando la libreta, pues tenía información valiosa allí.

Rio divertido; el mozo dejó una taza de café para él.

—Soy un hombre demasiado atareado como para espiar a alguien —comentó divertido.

—¿Entonces? —pregunté levantando una ceja.

—El café de aquí es delicioso —susurró con una pequeña sonrisa que parecía que buscaba problemas.

El café era una mierda.

—Deje de mentir —hablé molesta.

—Estaba con un cliente en un bar cercano —explicó relajado—. Iba

hacia mi auto cuando Penélope Garld me chocó a la salida de este café. Estaba muy molesta, por cierto. Miré por la ventana por curiosidad y no me llamó la atención encontrarte —finalizó y bebió su café sin quitar los ojos de los míos.

Podía sentir una calidez recorrer mi cuerpo, casi como si alguien hubiese encendido fuego cerca de mí o si la fiebre estuviese dominando mi cuerpo.

—Grandes casualidades —ironicé guardando mi libreta azul en el bolso.

—¿Por qué no me has llamado? ¿Acaso soy tan poco interesante que no estoy ni al nivel de Penélope Garld? —preguntó mirándome con fijeza.

Sí, Lucson era un millón de veces más interesante, al igual que peligroso. Habían pasado dos semanas de nuestro encuentro y todavía le estaba dando vueltas a la manera de asomarme al caso.

—Estoy retrasada con mi último artículo. Por el momento pospuse por unas semanas nuestro artículo —le aclaré.

Él frunció el ceño haciendo una mueca.

—¿Me pospusiste? —preguntó levantando una ceja—. Me pospusiste —repitió ahora más serio.

—¿Le parece algo tan terrible? —pregunté.

—Me parece terrible el poco interés que tienes en mí —su voz sonó directa y sentí que mi estómago daba un vuelco.

¿Por qué había sonado tan íntimo?

—¿Es la primera vez que alguien no le presta el interés que desea? Estoy atrasada, debo ir a otro lado —anuncié a la vez que me ponía de pie y dejaba un billete sobre la mesa.

Salí de la cafetería junto a él y busqué con mi mirada la camioneta.

—No es la primera vez —la voz de Einar sonó a mi lado.

—Debo retirarme, lo llamaré —corté en un intento de salir de la situación.

Había algo de él que me generaba sentimientos extraños en el cuerpo.

Giré para verlo y de repente me pareció más alto y fuerte.

Mis ojos viajaron a su rostro tan… exótico. Sonrió de lado casi como si pudiera escuchar cómo me derretía lentamente en mi mente.

—Recibí una llamada en mi oficina hoy —comentó poniendo las manos en los bolsillos del pantalón; su expresión era seria. Y me sentí tan atraída como si no pudiera controlar mi propio cuerpo.

—Estoy segura de que debe recibir muchas llamadas, señor Lucson —me burlé.

—Gail Rauch —su voz masculina y grave sonó.

¿Qué? ¿Gail lo había llamado?

—Se ofreció a escribir el artículo, creo que me inclinaré hacia él —

informó—. Así tú podrás concentrarte en los casos que tienes por finalizar —comentó relajado—. Es una pena. Que tengas una buena noche. —Me dio la espalda elegantemente y sentí mi piel erizarse al verlo retirarse en un auto de colección a los pocos minutos.

El frío recorrió mi espalda, casi como si de repente mi cuerpo se hubiese enterado de que era una noche de invierno. Y me sentí insegura, desprotegida: observé la calle vacía a mi alrededor. Caminé hacia la camioneta en un intento de no pensar. Pero solo sabía una cosa con certeza… Iba a matar a Gail.

CAPÍTULO 4

—Tab, ¿Penélope mató a su propio amante? —preguntó Lucrecia con el ceño fruncido.

—Esperaba que el arma estuviera descargada —repetí la frase que ella me había dicho—. Usó un calibre 38 especial, un arma pequeña, conocida por ser utilizada por el género femenino debido a su practicidad —informé.

—¿Y? —preguntó mi jefa.

—Penélope estaba enojada con Namir porque no había cumplido en su contrato de exclusividad. Eso lo expresó entre líneas en varios encuentros —relaté rápidamente—. Lo amenazó, pensando que el arma no estaba cargada ya que nunca la había utilizado y le disparó en un ataque de ira, dándole justo en el pecho —concluí el relato lentamente.

—¿Y por qué su marido, un reconocido ministro de Economía, está preso? —preguntó sin entender.

—Llamó a su esposo en el momento en que el cuerpo del amante se estaba quedando sin vida. Al llegar a la escena del crimen, Morgan prefirió hacerse pasar por el asesino, por amor a Penélope —informé —. Por eso ella cada vez que habla de él lo hace casi como si fuese una roca que la hunde en el mar.

—Lo entiendo y sería una gran historia si fuera cierta. Pero no hay manera de probar esto… —comentó dejando el borrador a un lado.

—Necesito anular la edición donde sale el artículo —comencé.

—Claro que no —dijo Lucrecia—. Eso es imposible, no hay manera de que lo aprueben en la sede central. Esconde esta información y deja esas historias en tu cabeza —exhortó rompiendo las hojas que había escrito—. Tienes un gran potencial, pero no estamos jugando a los espías… —siguió mirándome con molestia—. Tráeme algo que valga la pena antes de fin de mes, dulzura. De lo contrario tendré que decirte adiós.

—¿Qué? Pero hace días estabas felicitándome por mi trabajo —alegué.

—¿Sabes la cantidad de periodistas capacitados que darían todo por estar aquí? —preguntó levantando una ceja.

Me retiré sin más luego de unos minutos. Me serví un vaso de agua; cada vez que hablaba con Lucrecia mi garganta comenzaba a doler como si hubiese gritado por horas. Observé a Gail hablar con otro empleado a lo lejos, me acerqué.

—Gail —le dije.

El moreno se dio vuelta y sonrió.

—Tab —me saludó—. ¿Cómo viene el caso Morgan? Por la mañana hubo varios periodistas de televisión buscándote abajo —comentó cruzándose de brazos.

Bebí un poco de agua.

—Nada de que preocuparse —respondí relajada.

—Me alegro entonces —asintió distraído.

Di un paso hacia adelante para acercarme a él en un intento de que no me escucharan los demás.

—Sé que llamaste a Lucson para que trabaje contigo —susurré con dureza mirándolo, su expresión se volvió seria—. Si sigues haciendo cosas así, me encargaré de que tu carrera se haga añicos y te claves a ti mismo el aguijón de escorpión que tienes.

—Simplemente me ofrecí por si me necesitaba. Pero déjame decirte: no debes ser tan buena si decidió aceptar mi propuesta. —Se encogió de hombros con arrogancia—. Luego de mi llamada del lunes, su secretario se comunicó conmigo para anunciarme que el contrato me llegaría en unas horas —me informó.

Me quedé completamente pasmada.

—Lameculos —susurré molesta y me retiré.

—Relájate, Tab. Es una competencia sana —se burló.

Le hice *fuck you* sin darme vuelta.

—Hola, mi nombre es Tabatha Jones. Vengo a hablar con Einar Lucson —me anuncié al hombre de recepción.

El lugar era tremendamente grande y elegante.

—¿Tiene una reunión con él? —preguntó el hombre.

—Sí —mentí.

Había intentado llamarlo, pero no conseguía respuesta y muy en el fondo me parecía que tal vez Einar estaba evitando mis llamados luego de aceptar la propuesta de Gail. Me sentía estúpida por haber puesto mi energía en salvar la situación de Penélope.

El joven chequeó algo en su computadora.

—Permítame consultarlo —dijo y habló en voz baja con otra recepcionista.

Caminé con lentitud lejos de la recepción, me adentré en la empresa en un intento de no llamar la atención. Me moví con rapidez hacia donde creía que estaban las oficinas; el lugar era realmente grande. ¿Cómo es que nunca lo había visto? Observé la recepción; el joven me buscaba con la mirada. Volví a mirar al frente hasta que mi cuerpo chocó con otro mucho más grande.

—Hmm —dije mirando al hombre de seguridad.

Barba colorada, calvo y grande. Aspecto irlandés y nada amable.

—¿A dónde cree que va, señorita? —preguntó con acento.

—Tengo una reunión con el señor Lucson. Me derivaron y me perdí —relaté con toda la confianza fingida que encontré.

—El señor Lucson no está, le pido que se retire, por favor —sentenció mirándome fijamente.

Sus ojos eran de un marrón oscuro.

—Me dijeron que estaba… —mentí.

—Ey —una voz sonó de otro lado.

Observé a Tucson, el amigo de Einar, aparecer con una pequeña sonrisa. Ese tipo no me daba buena espina pero parecía que iba a ser mi auxilio. Sus tatuajes estaban ocultos con una camiseta de manga larga y unos jeans.

—¿La conoces? —preguntó el grandulón.

—Es una vieja amiga de Dag —dijo sin dejar de mirarme—. Suéltala, Olaf.

No me había dado cuenta de que me tenía agarrada del brazo.

—Él no está aquí —comentó el hombre, ahora conocido como Olaf.

—Vamos, te acompaño a la puerta —dijo Tucson a mi lado bajo la mirada del hombre de seguridad.

—Necesito hablar con él… —le dije cuando caminábamos hacia la salida.

Los recepcionistas me miraron de mala gana cuando pasé y evité sus miradas. Tucson encendió un cigarrillo ya fuera del lugar.

—Si tanto necesitas hablar con él, sé que ahora está en un evento… —comentó—. Viaja a la noche a París por una semana —me informó.

Sus ojos eran completamente negros; tenía el cabello corto y una pequeña espada tatuada cerca del pómulo. También una corona de pinches del mismo tamaño sobre la ceja perforada con un *piercing*. El tipo era realmente intimidante, parecía que no comía desde hacía meses, era muy delgado y me generaba lo contrario a Einar: frío, mucho frío.

—¿Tienes la dirección? —pregunté directa. Rio y pasó su lengua rápidamente por su labio inferior mientras me miraba.

—¿Por qué debería pasártela? —dijo levantando una ceja y luego dando una pitada.

—Porque es urgente que hable con él. —Necesitaba hablar con él antes de que Gail firmara el contrato y se lo enviara al abogado.

—Sigo sin tener una justificación —consideró mientras tiraba su cigarrillo—. Pero te la diré, solo porque soy amable. Será nuestro secreto —susurró mirándome a los ojos. Al parecer quería sugerir otra cosa.

Se acercó a mí tanto que hice un esfuerzo grande para no alejarlo de un sopetón.

—Está en Viramil —me informó al oído. Me alejé rápidamente.

—¿Viramil? ¿El bar que está a las afueras? —pregunté—. Pensé que

habías dicho que se encontraba en un evento. Pensé algo más corporativo.

—Sí, Dag siempre se encuentra en eventos. Más si hay alcohol y mujeres —fue todo lo que me dijo. Me guiñó un ojo y caminó hacia el edificio.

No dudé ni un segundo en ir hacia allí, por más que quedara a kilómetros; necesitaba verlo, no iba a perder mi trabajo.

—Quédese con el cambio —le dije al taxista cuando bajé frente a un bar que parecía abandonado. Era literalmente un lugar fantasma.

Sabía que el bar Viramil había cerrado sus puertas años atrás por un tiroteo de una banda de delincuentes, el lugar era ideal, estaba alejado del centro de Cambria así que los policías llegaron cuando ya todo era un desastre. A los pocos días se había incendiado de una manera misteriosa; habían dicho que era un mensaje mafioso para alguna de las bandas. Así fue como Viramil quedó fuera del radar.

Una puerta con revestimiento de piedra bloqueada junto a un cartel de «No pasar» indicaba que el lugar no se usaba desde hacía varios años.

Observé en el piso de tierra rastros de madera y hierro quemados. Tiradas a un costado vi colillas de cigarrillo recientes. Había pasado gente por aquí. No quería quitar de mi mente la posibilidad de que tal vez Tucson me hubiese mentido; intenté espiar por la pequeña ventanita con reja de la puerta, pero era imposible divisar algo.

—Tan solo genial —susurré separándome de la puerta hasta que unas risas que sonaron en la parte de adentro me alertaron.

Había gente.

Sin pensarlo mucho más empujé la puerta pero no hubo caso, no cedió; como había analizado previamente, estaba cerrada. Caminé alrededor del lugar en búsqueda de una entrada alternativa mientras levantaba una polvareda de tierra a cada paso que daba; todos los bares en Cambria tenían más de una puerta.

«Bingo». Observé una puerta de metal junto a un vertedero con basura reciente: botellas, cajas, paquetes de comida y ¿condones usados?

«Qué elegante», susurré y con lentitud entré por la puerta que, para mi sorpresa, cedió sin problema.

Ingresé a un lugar que claramente había sido una cocina. Estaba incinerada y era imposible de usar; lo único que parecía haber sobrevivido era un fregadero de metal. Escuché voces que procedían de la parte principal del lugar y un rock en un idioma extraño proveniente de una radio. Caminé con lentitud y me agaché para cruzar un gran agujero en la pared que al parecer era la conexión con

el lugar principal.

El frío recorrió mi cuerpo y el olor a carbón llenó mis sentidos.

—Habías dicho que Cambria era nuestro. —La voz de una mujer sonó dura mezclándose con la música y los gritos de algunos que bailaban.

—Cambié de parecer. —Si no había escuchado mal, ese era Einar.

Me asomé por la puerta de la cocina para observar el lugar: piso oscuro, paredes de piedra y decoraciones con símbolos extraños. Parecía pertenecer a una secta o a una religión extraña. Observé un gran paredón con armas de todo tipo: escopetas, cuchillos y otras que no supe identificar pero me daban la impresión de ser medievales.

¿Qué carajo pasaba aquí? Mi cuerpo tembló del miedo. Einar me estaba dando la espalda junto a una mujer de cabello pelirrojo claro. Otras personas estaban sentadas junto a ellos mientras a lo lejos otros bailaban y bebían.

—Hay un olor extraño —dijo un joven que bailaba con una chica de cabello teñido de violeta.

La mayoría estaba vestida en tonalidades muy claras o muy oscuras. Einar llevaba una camisa gris clara y unos pantalones negros.

—No puedo seguir aceptando este tipo de trato —le dijo la mujer a Einar hablando con un tono tan suave como el terciopelo.

Él le contestó algo que no pude escuchar.

—Aguárdame un segundo. —Einar se puso de pie y atravesó el hall.

—Creo que viene de ahí —comentó el joven con la chica de pelo violeta y caminaron hacia la cocina.

Me moví con rapidez en un intento de escapar de la situación y me metí como pude en uno de los gabinetes completamente teñidos de negro por el fuego. Tapé mi nariz ante el olor cuando cerré la puerta; la bisagra estaba desgastada y era antigua, por lo que la puerta quedó entornada y algo caída. Me abracé a mis rodillas sintiendo los pasos de los jóvenes.

—¿No lo sientes? —preguntó el chico caminando por la cocina.

—No, salvo el olor a rancio habitual. —Se rio la chica con voz aguda—. Tengo hambre —habló.

—Ah, sí… —susurró el chico divertido y observé cómo este la agarraba de la cintura y tonteaban.

Llevé la mano a la nariz en un intento de tapar el olor hediondo que salía del lugar. Al ver a mi lado una rata muerta, que se notaba llevaba un buen tiempo allí, mi estómago se trabó. Intenté no hacer ruido y contuve el aire.

—¿Has escuchado algo? —preguntó la chica de pelo violeta.

—Nah —dijo el chico volviendo a besarla.

No podía despegar mi mirada de la rata, pero para mi sorpresa había algo más y sentí que me descompensaría allí mismo. ¿Eso era

una mano? Una mano llena de tatuajes yacía a un lado de la rata semicomida por los gusanos; el aire se escapó de mi boca y sentí que estaba por perder la conciencia.

—Aquí hay algo —habló la chica caminando hacia donde me encontraba—. Ratita, ratita, ven —canturreó.

—No gastes balas —le dijo divertido el chico.

«Carajo».

—Retírense —una voz masculina y dominante sonó.

Me quedé en silencio escuchando si había algún movimiento luego de los pasos de los dos jóvenes retirándose de la cocina, pero nada. Hasta que nuevamente un sonido de pasos volvió a resonar; esta vez era un caminar más lento. Antes de que pudiera hacer cualquier cosa la puerta se abrió y sentí cómo alguien me impulsaba hacia afuera por las solapas de mi chaqueta.

Einar me tenía sujeta y su rostro no denotaba felicidad. A pesar de eso, agradecía haber sido sacada de allí.

—¿Qué crees que haces aquí? —preguntó en un susurro.

Me quedé completamente en blanco, no tenía justificación y solo podía pensar en la mano que había visto. Él observó la puerta que daba a la sala principal y sacó unas llaves de su bolsillo.

—Ve a esperarme al auto —me susurró con el rostro de piedra, caminó hacia la puerta trasera y la abrió.

—Yo… —comencé pero realmente no sabía qué decirle.

—Largo. Y que nadie te vea —susurró sin dejar de mirar hacia dentro.

Caminé lejos del lugar y busqué con la mirada los autos estacionados pero nada, nuevamente di la vuelta. Hasta que me detuve al escuchar gente fuera del bar.

—Se cree tan importante —susurró un tipo vestido con una camiseta de mangas cortas blanca y un par de jeans.

—Ya llegará nuestro momento —contestó su compañía.

Con rapidez miré a mi alrededor hasta que las luces de un Dodge Charger de 1970 azul oscuro se iluminaron.

Madre mía, qué autazo; con rapidez corrí hasta allí levantando tierra. Recé porque no me vieran y esconderme dentro de este. Respiré hondo al sentir el olor a cuerina, auto antiguo y… Einar. Delicioso. Con rapidez agarré mi celular y la llamé a Didi.

Observé por una franja de la ventana polarizada, no quería tener problemas y no me sentía segura allí afuera. Didi no me respondió, pero observé cómo Einar salía del bar y caminaba hacia el auto. Me sentí agradecida y a salvo cuando él se subió.

—Tú no sabes el riesgo al que te expusiste —susurró ya cuando estuvimos alejados del bar.

—Fue una confusión, pensé que estabas en un evento… —respondí

por fin tuteándolo.

Estar en un mismo lugar encerrada con Einar me hacía sentir cosas extrañas y nuevamente volvía sentir la calidez en mi cuerpo. Él se mantuvo en silencio, no estaba contento.

—¿Qué era ese lugar? —pregunté luego de unos minutos.

—Un bar.

—¿Qué clase de bar? No parece abierto para todo el público —insistí.

—¿Por qué de repente el interés, Jones? Y si no era abierto para todo público, no debiste forzar la entrada. Era una reunión privada.

Su voz ahora sonaba más tranquila, como si la distancia lo relajara.

—Había una mano cortada —dije de repente.

Él no se inmutó ni levantó su mirada de la carretera.

—Debería llamar a la policía —susurré agarrando mi celular.

—Nadie te creerá —bufó.

—Explícalo —susurré mientras miraba su perfil.

—Venden armas, tienen maniquís de prueba para tiros —me informó—. Lo que seguro viste es la mano de un maniquí bien decorado por alguno de los tiradores.

Yo sabía lo que había visto y el olor a putrefacción era real. Pero sabía que Einar lo negaría.

—¿A qué has venido? —preguntó serio sin mirarme.

Había vuelto a la distancia.

—Quiero postularme formalmente para escribir tu artículo —respondí rápidamente.

Él frenó en un semáforo y todo su rostro se iluminó de rojo por el auto de adelante.

Me observó por primera vez en todo el viaje.

—Rauch lo escribirá —dijo directo—. Debo ir a un cóctel y luego tomar un vuelo —informó.

—Me gustaría hablar contigo —insistí.

Respiró hondo.

—Tabatha, no tengo tiempo para esto —habló honestamente.

Nuevamente mi nombre sonaba como una promesa en sus labios.

—Bien, te acompañaré a donde vayas entonces —mi voz salió disparada—. Si no te molesta.

Estaba tomando una actitud caprichosa, muy impropia de mí, pero no quería que Lucson se me escurriera de las manos. Necesitaba que me escuchara.

—Bien —susurró y luego giró en la siguiente cuadra.

Entré junto a Einar a uno de los hoteles centrales más prestigiosos, no estaba segura de qué hacía allí, pero tan solo necesitaba unos minutos de su atención para convencerlo.

Mi celular vibró cuando entramos.

—Espérame un momento, debo hacer algo antes —me susurró en el oído haciendo que mi piel se erizara.

Sin más se perdió entre la gente, saqué mi celular.

«¿En cuánto vendrás? ¿Puedes comprar una pizza de camino?»

Mierda, me había olvidado. La cena con Finn.

—Ven, te presentaré a algunas personas —la voz de Einar sonó frente a mí.

Luego le respondería a Finn, guardé mi celular en el bolsillo trasero. Agradecí estar vestida con la ropa del trabajo, me daba un aspecto elegante. Me tendió una copa de vino.

—Supuse que te gusta el merlot —sugirió suave.

Sonreí de lado, una clara habilidad de Einar era leer al otro. Ambos caminamos entre las personas hasta un grupo de hombres y mujeres de unos cuarenta años que hablaban de algo. Lentamente fuimos pasando de grupo en grupo; Einar me iba presentando a distintas personas desconocidas para mí o que simplemente había escuchado de nombre. Era una buena compañía, hacía reír a la gente y los demás parecían querer su atención. Manejaba una calidad de encanto social admirable.

—Iré por más vino, ¿quieres? —preguntó en un susurro a mi lado.

Asentí, el vino estaba delicioso y estaba a gusto a su lado.

—Me gustaría hablar contigo a solas —le dije.

—Busco unas copas y conversamos —fue todo lo que dijo para perderse entre la gente.

—Me resultas familiar —comentó un hombre de unos setenta años al mirarme. Cabeza calva, anteojos y algo pequeño de estatura.

—Tabatha Jones —dije tendiendo una mano.

El hombre frunció el ceño negando con la cabeza.

—Te estuve observando y me pareció reconocerte —comentó—. Tú escribiste una columna a principio de año sobre mi hija —dijo con suavidad.

—¿Su hija? —pregunté algo confundida.

—Soy Arthur Posleman —se presentó mirándome con los ojos como dagas.

—Posleman. Es el padre de Marie Posleman —deduje. Volví a intentar estrechar mi mano con él pero no lo aceptó.

—Es una vergüenza lo que le hiciste a mi familia, deberías estar presa —me recriminó molesto.

—¿Yo debería estar presa? —le pregunté rápidamente.

—Sabes que es una chiquilla enferma y ensució a toda mi familia con sus mentiras. —Marie Posleman había sido la protagonista de mi primer artículo, una joven que denunció a su medio hermano por reiterados abusos.

Recuerdo haber pasado un mes entero, dos veces por semana,

reuniéndome con Marie para poder ser lo más honesta a su historia; ella misma me había dado la confirmación de la publicación luego de leer el artículo, pero también recordaba que nadie de su entorno lo sabía y así lo había querido ella.

—No hago nada sin autorización previa —le informé al hombre enfadado, su rostro estaba aún más arrugado, parecía como si sus ojos estuvieran hundiéndose del odio.

—Has destruido por completo a mi familia —gritó llamando la atención de unas cuantas personas a nuestro alrededor.

Sentí un vuelco en el estómago.

—Usted ha arruinado a su propia familia —concluí.

—Me encargaré de que no puedas abrir la boca nunca más, Tabatha Jones —gruñó el hombre; sus ojos eran oscuros como el océano de noche y por un segundo me pareció ver pequeñas venas alrededor de ellos. Casi como una pesadilla.

—¿Todo en orden? —preguntó Einar entrando en la conversación.

Observó al hombre con el ceño fruncido; este se dio media vuelta y se retiró rengueando.

—¿Por qué a ti te tienen respeto y a mí me gritan? —pregunté molesta mirando al hombre perderse.

Einar me tendió una copa sin dejar de mirar al hombre, casi como si analizara algo.

—No es respeto, es otra cosa —aclaró y dio un sorbo—. Aunque mi altura ayuda. Los hombres todavía funcionan con un sistema cavernario —contestó en un intento de sonar amable—. ¿Te encuentras bien? ¿Te dijo algo inapropiado? —preguntó.

—Nada que no haya escuchado antes —respondí para luego beber de mi copa. Lo dije con ligereza, pero la verdad era que algo se había instalado en mi estómago—. A veces las historias vienen a mí, pero el entorno de ese personaje no quiere saber la verdad. Por ende, yo soy la imagen gráfica del diablo —ilustré haciendo un paneo del lugar. La presencia de Einar me hacía sentir aliviada y cómoda.

—¿El diablo, eh? —preguntó divertido—. No pensé que fueras cristiana.

—Padre judío, madre cristiana —contesté.

—Créeme que eres más bella que el diablo —se burló luego de dar un sorbo al vino—. Y mucho más inteligente… —susurró.

—No quiero molestarte más, no después de que prácticamente te obligué a traerme —dije burlona.

Sonrió de lado. Y por primera vez en la noche lo vi de frente; carajo, qué ojazos. ¿Serían reales o eran lentes de contacto? Era un hombre digno de contemplar.

—Soy todo oídos, me gusta tu estilo —comentó galante con una mano en su bolsillo y la otra sosteniendo la copa de vino.

—Quiero escribir un artículo sobre ti. Antes me dejé llevar, pero si me das la chance seré honesta y daré todo lo que me queda de sangre por ello —le confié mirándolo a los ojos—. Vivo de esto y me atrevo a decir que soy la persona indicada para contar tu historia —susurré. Lo miré con firmeza y por un segundo la conexión de miradas fue intensa.

Una sonrisa juguetona se esparció por sus tentadores labios.

—¿Estás segura, Jones? Mira que no soy fácil —susurró divertido y sentí mi bajo vientre vibrar.

Woha, hacía mucho que no sentía este tipo de sensaciones. Mi celular sonó nuevamente.

—Atiende tranquila —musitó cortando la conexión visual.

—Lo lamento, es un segundo. —Saqué el celular para atender la llamada.

—¿Dónde estás? —preguntó Finn del otro lado.

—Finn —dije sorprendida bajo la mirada de Einar. Me separé en un intento de hablar en privado—. Lo lamento, llegaré tarde.

—¿En serio? —preguntó molesto del otro lado y bufó.

—Lo lamento. Estoy trabajando ahora mismo —me excusé.

—Claro, llámame —su voz sonó seca.

Corté la conversación.

—¿Tu novio? —preguntó Einar cuando me acerqué a él nuevamente.

—No, más bien un amigo. Es complicado —respondí.

—Uhm, Jones es complicada entonces, lo anotaré —se burló mientras miraba a la gente del lugar.

—A lo que iba, el artículo para mí sería… —No pude seguir ya que me interrumpió delicadamente.

—Está bien, Tabatha. Es todo tuyo —decidió sin más.

—¿En serio? —pregunté con sorpresiva emoción y me miró con una ceja levantada.

—Sí —contestó—. Estás liberada para ir a la cena —repuso.

—¿Cómo sabes que era una cena? —pregunté frunciendo el ceño.

¿Estaba siendo paranoica? También sabía de mi libreta azul.

—Porque son las diez de la noche y me imaginé que había una cena de por medio —comentó con tranquilidad, su acento era atractivo.

—Tienes un vuelo que tomar, ¿no? —pregunté, él bebió de su vino.

—Lo atrasé —comentó relajado.

—¿Para más tarde? —dije sin entender.

—Para mañana…

—¿Por qué? —pregunté.

Él respiró hondo y supe que no iba a ser honesto con la respuesta.

—Porque no me gusta correr, *mon chéri.* Además, pocas veces tengo una buena compañía en estos eventos aburridos —respondió

mirándome con una pequeña sonrisa.

De repente ahí nos quedamos, mirándonos el uno al otro. Sus ojos eran algo hipnótico; todo en él me atraía o tal vez era el vino o el calor que parecía desprender mi cuerpo ante su cercanía.

—Me voy —susurré de repente.

—No puedo retenerte por más que quisiera —dijo para luego beber de su copa y cortar la conexión visual.

Madre mía, su perfil era tan varonil; su mandíbula, su manera de beber de la copa… Estaba perdiendo la cabeza, nunca en mi vida había sido tan observadora. Pero cada vez que lo veía era algo nuevo.

—Gracias por presentarme a todas esas personas y confiar en mí —le agradecí.

Él me miró algo quedado.

—La confianza en ti es lo último que perderé —dijo suavemente y pareció una promesa. Casi como si estuviese hablando de algo más.

—Mañana te mandarán el contrato —agregó de manera formal mientras ambos caminábamos hacia la salida.

—No es necesario un contrato —dije rápidamente.

—Te ayudo. —Se ofreció a darme una mano con mi abrigo.

—Te daré la libertad que quieras, pero me gustaría dejar en claro que chequearé los últimos borradores. Me aseguraré de esa manera que no puedas difundir información privada y… —comentó evitando mi mirada y mirando hacia la calle oscura—. No vayas tan rápido —sugirió mientras bajábamos las escaleras y nos acercábamos a la calle—. ¿Quieres que te lleve? —preguntó suavemente.

Negué con la cabeza, prefería tomar un taxi. Mi mente parecía agua cuando me encontraba cerca suyo.

—Tienes miedo —repliqué y me miró.

—¿Cómo dices? —preguntó con el ceño fruncido.

—¿Tienes miedo de mí y lo que pueda llegar a escribir? ¿O tienes miedo de lo que puedo llegar a pensar acerca de tu vida? —pregunté mientras me miraba con firmeza.

Se veía aún más imponente bajo la luz de la luna.

—¿Tengo que temerte? —preguntó dando un pequeño paso hacia mí.

Sentí mi piel arder.

—Me hago la misma pregunta, Einar. Lo que pase en tu vida de ahora en más también estará bajo mi mirada. Espero que no te arrepientas —contesté juguetona levantando levemente la cabeza para quedar a su altura.

—No me puedo arrepentir de algo que permití.

Con suavidad pasó un mechón de mi cabello por detrás de mi oreja, gesto suficiente para quemar por completo mi anatomía.

—Que tenga una hermosa velada, señorita Jones —se despidió con

voz ronca, suave y baja. Se inclinó y besó mi mejilla tan cerca de la comisura de mis labios que sentí que mi cerebro entraba en colapso.

Mi mente viajó por distintas fantasías en los segundos que duró ese beso.

A los pocos minutos ya me encontraba alejándome en un taxi pero continuaba en mi corazón esa linda sensación.

Madre mía, casi le había pedido de rodillas un beso, sin pensar lo que pasaría al otro día. Iba a empezar a trabajar con Einar, no podía arruinarlo desde un primer momento.

Debes relajarte, Tabatha.

Caminé por unas vigas lentamente, sintiendo el frío hierro debajo de las plantas de los pies. Podía escuchar un grito de fondo. Sin más me dejé caer sintiendo cómo el peso de mi cuerpo se volvía tan liviano como una pluma. Rápidamente noté que mis pulmones se quedaban sin aire, me estaba ahogando.

—¿Un grabador? —pregunté levantando una ceja—. ¿Sabes que existen los celulares? —le pregunté a Lucrecia.

—Sí, pero esas cosas se quedan sin batería y si los pones en la cartera ya no se escucha. En cambio, esta grabadora es lo mejor que puedes utilizar —comentó divertida—. Me la regalaron hace unos años y la usé solo una vez con mi exmujer. Me ayudó mucho en el juicio de divorcio.

Levanté una ceja. Siempre se había mostrado como una mujer distante y sin problema de pisar la cabeza de cualquiera por mantener su trabajo.

—¿Por qué lo grabaría? Tengo oídos…

—Porque las emociones y los momentos a veces engañan. Siempre es bueno volver a escuchar la información y quiero escuchar las cosas de su propia boca esta vez. —Se cruzó de brazos.

—¿Desconfías de mi criterio para seleccionar la información? —pregunté levantando una ceja.

—No, pero un grabador nos ayuda a avalar la información que recolectes. Lo único que falta es tener otra denuncia, con esto estamos seguros.

—¿Tienes algo personal con él? —pregunté de repente.

—Tengo algo personal con los hombres poderosos que hacen cosas ilegales, Tab. Mandémoslo a volar —rio fuerte y con los ojos brillosos.

Volví a observar el pequeño grabador y suspiré.

—Quiero que me entregues un borrador cada quince días, de esta manera podré seguir tu trabajo y evaluar si vale la pena —ordenó

mirándome fijamente.

Un golpe en la puerta nos interrumpió.

—¿Permiso? —preguntó Gail.

—Vete de aquí, hasta que no superes a tu compañera no podrás ni siquiera venir a mi oficina —se burló ácidamente del moreno, que la miró sin entender y luego se retiró—. Tráemelo de rodillas, Tab —susurró con ojos brillantes.

Tipeé las condiciones en el mail para el abogado; ya la tarde había pasado y todos se estaban retirando de la oficina.

—¿Necesitas algo más, Tab? —preguntó Isa.

—No por el momento. Gracias, Isa.

Apreté enviar y luego observé la ciudad a oscuras, me gustaba que en invierno la noche caía antes, aunque Cambria se estaba convirtiendo en un pueblo fantasma. Desde lo alto, las luces se extendían lejos y todo parecía tener control.

Hoy había sido un día productivo, ameno y para mi sorpresa sin amenazas. Mi celular comenzó a vibrar. Número desconocido.

«Canté victoria demasiado rápido», pensé.

—¿Hola?

—Jones —una voz masculina sonó del otro lado.

Mi corazón palpitó con fuerza.

—Lucson —dije en un suspiro de sorpresa.

—Recién leí las condiciones del contrato —informó—. ¿Te molestaría que las discutiéramos por aquí? Me siento más cómodo escuchando la voz del otro —explicó.

—¿Te sientes más cómodo o es más fácil medir a tu enemigo? —pregunté.

—Hmm, no te colocaría entre mis enemigos, no por el momento… —susurró divertido haciendo que toda mi piel se erizara.

Eso había tenido un efecto sorpresivamente gratificante.

—Primera condición: entregar un borrador cada quince días en un lapso de dos meses —comentó lentamente—. No es necesario, puedes entregarme directamente el borrador final. Si es que te parece más cómodo.

—Trato —dije rápidamente.

—Por otro lado, el hecho de que te niegues a trabajar en mis oficinas… —susurró lentamente.

—Me siento más cómoda en mi oficina —comenté con tranquilidad.

—Bueno, puedo dejarte una oficina en Custodes por si quieres usarla, ya que pasarás un buen rato aquí —ofreció.

—Trato —repetí.

Él carcajeó.

—Las llamadas extra fuera del horario de trabajo… ¿Por qué te niegas? —preguntó y no pude evitar sonreír burlona sabiendo que él no me veía.

—No me parece ético —dije lentamente.

—Ético. Qué invento tan desastroso del ser humano. Bueno, te ofrezco algo —comentó lentamente—. No te llamaré en horas fuera del horario laboral, pero dejo la posibilidad de que tú sí puedas llamarme. Ya sabes, por si tienes alguna pregunta o algo por resolver —aclaró con ese acento que lo hacía aún más interesante.

—Trato.

—¿Puedes dejar de decir «trato»? —preguntó burlón.

—Trato —repetí mientras retenía una carcajada.

—Respecto de la confidencialidad y los derechos de privacidad. ¿Tienes alguna queja? —preguntó.

—No —contesté—. Sí la tengo respecto de la multa. Nunca podría pagar un millón de dólares —dije lentamente.

—Entonces, no rompas el acuerdo de confidencialidad sobre los temas especificados.

De repente mi mirada fue al grabador sobre la mesa.

—No lo haré.

—Lo sé, solo estoy jugando un juego para tenerte cerca —susurró y de repente todo quedó en silencio. Había sonado muy honesto.

—¿Alguna otra duda? —preguntó ahora.

—Me gustaría tener doble copia del contrato firmado originalmente por ti también. Para guardar, por las dudas… ya sabes.

—Trato —dijo él.

Retuve otra vez una carcajada mordiendo mi labio inferior.

—Está bien, señorita Jones —dijo formal.

—Gracias —respiré hondo—. Esto se considera una llamada extra fuera del horario de trabajo —me burlé.

—En mi defensa, todavía no firmaste, así que estoy hablando con una simple ciudadana —dijo lentamente.

Observé la ciudad con lentitud y mi mirada se dirigió hacia el lado donde estaba su empresa. Me lo imaginé en su oficina vistiendo un traje oscuro.

—*Repos, chérie* —su voz sonó suave y ronca del otro lado.

—¿Qué significa? —pregunté.

—Descansa, cariño —tradujo haciendo que un subidón de adrenalina corriera por mi sangre—. ¿Te incomodan los apodos? Es una manía que tengo, no los usaré si así lo deseas —dijo con amabilidad.

—Me gusta el francés —susurré.

En el fondo, esa pequeña frase había hecho estragos en mi cuerpo.

Él rio suavemente.

—Adiós, Tabatha —se despidió.

—Buenas noches, Einar —corté la conversación.

Debía mantener una distancia profesional o esto sería una tragedia. De repente la mano y la rata vinieron a mi mente; con rapidez agarré mi libreta y lo anoté para no olvidarme.

CAPÍTULO 5

Cuando era chica solía olvidarme de algunas cosas que ocurrían en mi vida, no de las importantes o eso suponía. La psicóloga del colegio me había aconsejado llevar una libreta en mi mochila y anotar todo aquello que me llamara la atención. Eso ayudaba a no olvidarme lo importante del día y, por otro lado, había hecho que sintiera interés por el mundo del periodismo, que luego terminaría siendo mi amada profesión.

—¿Has ido a visitar a mamá? —le pregunté a Didi luego de darle un sorbo a la cerveza.

—Más bien a la abuela y a Luke. Mamá estaba en el hospital —dijo mientras masticaba los maníes que nos había dejado la moza.

Didi había maquillado sus ojos de un modo extravagante: el amarillo se mezclaba con un rosa chillón y algunos brillos dándole un tono fresco y arriesgado. Además, llevaba un top hermoso; algo que nunca me atrevería a usar debido a mis curvas. Me había llevado muchos años aceptar mi cuerpo, y si bien ahora lo hacía, había prendas con las que no me sentía cómoda.

—¿Qué pasó con ese tipo? Paul.

—¿El de Tinder? —preguntó divertida—. Nada, fue un momento divertido.

—¿Y el último examen? —insistí.

Ella me miró y revoleó los ojos.

—¿Acaso me estás investigando para tu próximo artículo? —acusó con una pequeña sonrisa.

Sabía que estaba evitando la pregunta, pero no tenía muchas ganas de indagar acerca de si mi hermana estaba cursando las materias como había prometido que lo haría.

—Lo lamento, es la costumbre —dije para luego beber de mi vaso.

Una banda de jazz amateur sonaba de fondo.

—Iré al baño, así ese muchacho que no para de verte… se acerca —comentó de repente Didi.

—¿Qué? ¿Qué muchacho? —pregunté pero ella solo me guiñó el ojo y se dirigió hacia otro lado.

Diana y sus maneras de que conozca hombres… Di un trago largo a mi cerveza cuando mi celular vibró.

«Se incendió una de las plantas petroleras de Lucson».

Sin más guardé el celular dispuesta a pararme y dejar dinero sobre

la mesa.

Me di vuelta para ir en búsqueda de Didi pero mi cuerpo se detuvo al ver a un hombre a mi lado. Tenía el cabello rubio ceniza revuelto, ojos marrones y una sonrisa ancha.

—Hola —saludó—. Espero que no te estés yendo… —dijo con una sonrisa de lado.

—Afirmativo —respondí.

—¿Podemos hablar hasta que tu amiga vuelva del baño? —sugirió sentándose en el lugar de Didi.

Sus facciones eran dulces y suaves. Llevaba una camiseta gris claro debajo de una camisa abierta de jean y pantalones oscuros.

—No te pude sacar los ojos de encima desde que entraste por la puerta —dijo lentamente y supe que el tipo de seguro hacía esto todas las veces que iba a bares. Buscaba alguna chica y gracias a su atractivo debía irse acompañado la mayoría de las noches. No era que lo culpara, yo haría lo mismo.

—Escucha, no quiero ser dura, pero vine aquí con mi hermana. No me interesa conocer a nadie en estos momentos —lancé lentamente.

—Está bien, entonces simplemente pediré otra cerveza y nos mantendremos en silencio hasta que tu hermana llegue. O… me puedo ir —comentó y le hizo una seña a la moza.

Necesitaba ver lo que estaba ocurriendo con la planta petrolera de Lucson, pero una parte de mí sabía que debía relajarme, no cambiaría nada ver las noticias a medianoche o a la mañana.

El rubio escuchó la banda con tranquilidad. Se quitó la camisa de jean y observé que llevaba un tatuaje en la parte interna de su bíceps.

—Soy Oliver. —Sonrió.

Dos cervezas estaban ahora sobre la mesa. ¿Cuánto tardaría Didi?

—Tabatha —dije suave.

—Lindo nombre. ¿Estudias por aquí? —preguntó y respiré hondo.

—Soy camarera en el club de Santa Mónica —mentí.

—Yo soy carpintero —dijo.

—¿Eres carpintero? —pregunté impresionada.

—Lo soy. Y uno de los pocos de Cambria —comentó con una pequeña sonrisa.

Su presencia era amena, no parecía mal muchacho.

—Ya sabré a quién llamar si tengo problemas en mi departamento y créeme… siempre los tengo —dije divertida.

—Yo me encargo de un poco de todo, así que si tienes algún problema, de seguro lo podré solucionar. —Sacó su billetera marrón y me tendió una tarjeta de contacto.

Didi apareció junto a la mesa con una pequeña sonrisa.

—Ya no te retengo más —habló Oliver poniéndose de pie—. Espero volverte a ver, Tabatha. Me pasaré por Santa Mónica de seguro —fue todo lo que dijo y se retiró.

Didi se sentó mirándome con una expresión de confusión.

—¿Por qué se pasará por «el Mónica»? —preguntó.

—Porque trabajo ahí —me burlé guardando su tarjeta en el bolsillo del jean.

Observé las preguntas por última vez y caminé por los pasillos del edificio de Custodes. Sabía que era una semana difícil luego del incendio. Contemplé la vista desde el lugar, la noche caería en cualquier momento; vi mi reflejo y acomodé el rodete y los pantalones de vestir. El grabador ya estaba andando en mi bolso. Sin más me acerqué a la puerta y di un golpecito que me hubiese gustado que fuera un poco más firme.

La puerta se abrió de sopetón; Tucson, con cara de pocos amigos, me miró.

—Buenas tardes —saludé.

—*Allez réparer ce que vous avez fait* —Einar le dijo algo en francés y el hombre sin más se retiró cerrando la puerta tras de sí. Su francés era exquisito.

Observé a Lucson sentado en su gran oficina. Al fondo, una bellísima vista panorámica de la ciudad. Llevaba la camisa negra arremangada hasta los codos dejando ver la tinta de su piel y su cabello estaba peinado hacia atrás. Me recibió con una sonrisa de lado.

—Buenas tardes, Jones —saludó.

Observé con rapidez la gran oficina: madera oscura, decoraciones de estilo gótico y elegante. Era como si parte de la decoración fuese de otros tiempos. El ambiente desprendía una fragancia embriagante. Me senté frente a él sintiendo cómo mi cuerpo comenzaba a entrar en calor. Una parte de mi cerebro disparó esos pensamientos de manera automática.

—¿Cómo te está tratando Custodes? —preguntó.

Lo miré directo a los ojos grises. Mi corazón latía con fuerza. ¿Qué le estaba ocurriendo a mi cuerpo? Era como si su sola presencia creara esas sensaciones.

—Bien, son todos muy amables y abiertos a contestar —comenté con la garganta seca.

—Espera —indicó mientras se ponía de pie para ir a buscar unas botellas de alcohol caro y una jarra con agua con limón. Sirvió un poco en un vaso y me lo tendió; él se sirvió uno de whisky y tomó asiento.

Bebí del agua casi como si estuviera en el desierto; el ácido del limón le daba un toque especial.

—Fue un día largo —me excusé dejando el vaso.

—Lo fue —respondió—. Me han dicho que ya te estás por quedar sin gente que entrevistar en la empresa —habló lentamente.

—Sí, me pareció bueno adelantarme mientras estabas fuera —dije.

—¿Encontraste información interesante? —preguntó y sus ojos parecieron quemarme aún más.

Carraspeé.

—Solo generalidades de la empresa que me sirven para sentar las bases del artículo —aclaré.

Él asintió. La realidad es que nada de lo que había encontrado era específicamente de Einar. Se trataba de una empresa demasiado grande y no todos los empleados tenían trato con él. De cualquier manera, todos parecían valorar la amabilidad y el respeto con que se manejaba su dueño.

—Bien, si no te molesta empezaré con algunas preguntas —introduje—. ¿Hace cuantos años existe Custodes? —pregunté seria.

—Veinte años.

—¿Es una empresa familiar? —dije.

—Se puede decir que sí, familiar —dijo lentamente.

Anoté en mi libreta con rapidez.

—¿Tienes pensado ampliar los terrenos de explotación? —pregunté.

—No por el momento.

—¿Por qué has elegido a Cambria como sede? Es una ciudad con una población muy acotada —dije.

—Siempre me atrajo Cambria —su voz sonó suave y calculada—. Solía venir en mi adolescencia y hay terrenos que pueden ser de buen provecho para la empresa. Y está devaluado, por ende es económico comprar terrenos e invertir.

Einar estaba hablando con formalidad; era como si tuviera todas las respuestas estudiadas o estuviera dando un discurso frente a la prensa.

—¿Qué opinas de lo ocurrido con el derrame hace días? —pregunté con seriedad y él levantó una ceja.

—¿Qué puedo opinar sobre eso? —dijo mirándome fijamente—. Una de las válvulas se quebró y el personal se dio a la fuga —relató.

—¿Entonces crees que fue intencional? —pregunté con interés.

—No es casualidad, deben suceder una serie de eventos para llegar a un derrame de petróleo. Sabes que es una situación poco frecuente —comentó.

—¿Y ahora qué harás? —pregunté.

—¿En serio te interesa? —repuso acomodándose en la silla y apoyando los codos en el escritorio—. Puedo aturdirte con palabras si así lo deseas —comentó roncamente.

Se veía imponente, fuerte y levemente irritado. Era mejor girar e ir hacia otro rumbo.

—¿Podrías hablarme sobre tus padres? —dije de repente.

—Mis padres tenían una granja en las afueras de París, así que mi crianza fue aburrida, plana y normal —respondió con más tranquilidad—. Cuando fallecieron vendí todo —dijo.

—¿No te quedaste con nada de tu infancia? —pregunté con el ceño fruncido.

—En realidad, sí. Con un viñedo —su voz era hipnótica y grave; era un placer escucharlo hablar.

—Por lo que tengo entendido, lo vendiste y luego creaste el Plaisir Éternel —comenté.

No se me pasó su risa al escuchar mi pobre pronunciación de francés.

—Sí, a los pocos años de la muerte de mis padres me dediqué a mi propio viñedo —dijo lentamente.

—Te has enamorado de Cambria por lo que veo… —dije con una pequeña sonrisa mientras escribía algunos datos en mi libreta.

—No tienes idea de cuánto… —Suspiró en un susurro que hizo que mi espina dorsal se erizara por completo.

Levanté mi rostro para verlo.

—¿Tienes hermanos? —pregunté.

—No sabría decírtelo con solidez —dijo lentamente ahora con el rostro serio—. Fui adoptado.

De repente sentí la conversación demasiado íntima; me imaginé a un pequeño chico solitario en Francia. ¿Cómo habrá sido Einar de niño? Sus manos sostuvieron una lapicera y mi mirada fugazmente observó el anillo.

—¿Estás casado? —pregunté de repente.

Una sonrisa de lado corrió por sus labios haciendo que todo en mí temblara.

—Lo estuve —respondió mirándome a los ojos.

—¿Hace cuánto tiempo? —pregunté.

—Parece que hace unas décadas —dijo divertido.

Si él seguía usando el anillo de una relación pasada, significaba que de seguro seguía enamorado de esa mujer.

—¿Sigues enamorado? —Las palabras salieron solas de mi boca.

Él sonrió.

—¿Eso es para el artículo o para tu archivo personal? —preguntó y sentí mis mejillas arder.

—Lo lamento, no quise incomodarte —susurré mirando la libreta en un intento de frenar el calor que estaba subiendo por mi cuerpo.

—Me gustas —dijo con voz ronca.

Levanté mi rostro para verlo.

—¿Disculpa? —pregunté sin entender.

—Jones, me gustas —suspiró y comenzó a caminar alrededor de su escritorio.

Lo observé desde mi lugar.

—No sé a qué te refier… —dije pero no llegué a reaccionar ya que tomó mi mano poniéndome de pie con agilidad y pegándome a su cuerpo que ahora parecía estar en llamas.

Podía sentir su perfume. Pasé mis manos sobre sus brazos sintiendo sus músculos bajo la tela suave.

—No creo que esto sea lo correcto —susurré con su rostro cerca del mío.

Su altura y la forma en que agarraba mi cuerpo me hacían sentir protegida.

—*Belle,* yo no hago cosas correctas —reconoció y pasó la punta de su lengua por mi labio inferior.

Sentí todo en mí vibrar con fuerza.

Abrí los ojos y observé que seguía sentada frente a Einar en su oficina.

—Madre mía —suspiré.

Él me estaba mirando fijamente mientras bebía de su whisky.

—¿Te encuentras bien, Tabatha? —su voz era oscura.

Toda esa secuencia había pasado por mi mente, sentía las mejillas a punto de explotar del calor.

—Sí, sí —repuse sintiendo mi frente sudar.

—Me da la impresión de que estás dejando fluir tu imaginación —se burló mirándome fijamente con una pequeña sonrisa mientras jugaba con su pulgar y dedo medio en el borde del vaso.

—Debo estar algo mareada, si te parece continuamos otro día —dije de forma rápida mientras guardaba la agenda en la cartera.

—¿Quieres contarme qué está pasando por tu mente? Tal vez pueda ayudarte —preguntó levantando una ceja; podía ver cómo se estaba divirtiendo con esto. Sus ojos, que ahora parecían más oscuros que otras veces, escondían algo.

—Es un bajón de presión, nada más —me disculpé ya lista para partir—. Gracias por este tiempo. Lamento tener que irme de esta manera —anuncié, pero al darme vuelta me encontré a Einar parado en la puerta.

Caminó lentamente hacia mí con tranquilidad y seguridad. Sus ojos fijos me hicieron pensar en una pantera que está por cazar su presa.

—Santa mierda —susurré y mi bolso cayó al piso—. ¿Cómo es posible?

—¿Por qué no me dices qué te estás imaginando? —sugirió en voz baja encerrándome entre el escritorio y su cuerpo.

—Esto no es real —susurré viendo sus ojos normalmente grises

ahora oscuros.

—Esto es real si tú quieres que lo sea —su voz ronca parecía llevarme al espacio y traerme de vuelta.

Sentí sus manos calientes tocar la piel de mi mejilla y apoyar su palma en mi mandíbula. Rozó con el pulgar mi labio inferior mientras sus ojos miraban mi boca fijamente; estábamos tan cerca. Su cuerpo estaba pegado al mío y podía sentir el calor de su piel nuevamente a través de la tela.

—Estás disfrutando de esto ¿o me equivoco, Tabatha? —dijo suave en mi oído y mordió mi cuello descubierto. Sentí mi corazón latir con fuerza—. Háblame —susurró con una sonrisa ancha. Sonrió y me pareció la sonrisa más hermosa que alguna vez pude ver—. ¿Por qué los seres humanos tienen tantas restricciones con el deseo? —preguntó suavemente.

Me sentía sin voz, su cercanía me absorbía por completo. Pasé una mano por su pecho nuevamente sintiendo sus músculos.

—Me estás dejando jugar con tu cabeza con tanta facilidad, debemos trabajar en eso… —susurró roncamente con su boca pegada en mi mejilla.

Un suspiro salió de mis labios.

—Jones —me llamó.

Volvía a estar parada en la puerta. Al igual que antes. Él se encontraba sentado en su silla. Mi imaginación me estaba jugando un mal momento.

—¿Necesitas que llame a un enfermero? —preguntó divertido desde su lugar.

Agarré mi bolso, que estaba en el piso.

Era como si él supiera lo que estaba ocurriendo en mi mente. Mi corazón latía con fuerza y sentía mi cuerpo en llamas.

—Te puedo ayudar si así lo necesitas… —se ofreció poniéndose de pie con ojos brillosos y una sonrisa de lado que no podía contener.

—No —hablé con rapidez sintiendo mis piernas como gelatina.

Ya no estaba segura de si era mi imaginación o la realidad.

—Tengo la presión baja, iré por azúcar. Gracias, Einar —dije sin más. Me fui lejos de allí. Podía sentir el ambiente alivianarse y recuperar la temperatura normal del cuerpo.

¿Qué había sido eso? Mi mente me había jugado una muy mala pasada.

—¿Qué haces? —preguntó Didi sentándose en la silla del comedor mientras le daba un mordisco a una manzana.

—Paso en limpio una entrevista—dije mientras seguía escribiendo en la libreta.

—¿Con el señor caliente? —preguntó.

—¿Quién?

—Einar Lucson. Ese tipo es atractivo —Dio otro mordisco a la manzana—. ¿Qué es esto? —preguntó agarrando el grabador.

—Un grabador.

—¿No es más fácil que escuches las respuestas y las tipees en la computadora? —preguntó.

—Sí, pero… —no proseguí, no sabía cómo explicarle el silencio cuando me había quedado fantaseando con Lucson.

—Quiero oír su voz… —dijo poniendo *play*.

De repente, sonaba en alto mi voz. Saludaba y luego Einar decía algo en francés a Tucson.

—Tiene una voz sexy —acotó Didi sonriendo.

Revoleé los ojos. Abrí la *laptop* para transcribir algunas anotaciones. Didi fue adelantando las preguntas solo para escuchar la voz de Einar.

—¿Este tipo no es el que pone dinero para dejar en libertad a criminales? —preguntó mi hermana.

—Lo es —dije mientras tipeaba.

—Aparte de tener voz sexy es un hombre malo. —Sonrió—. ¿Está soltero? —preguntó levantando una ceja.

—Me da la impresión de que es mejor mantenerse alejado de alguien como Lucson —comenté.

—¿Mantener a todos alejados para quedártelo? Me parece una excelente idea —apuntó divertida.

Volví a revolear los ojos.

—¿Y aquí qué pasó? —preguntó ante el silencio. Retrocedió hasta lo último que se había escuchado «Lo lamento. No quise incomodarte». Se escuchaba una leve interferencia que antes no se contemplaba.

—¿Se desmayaron o qué? —preguntó divertida.

—Estaba tomando anotaciones —mentí arrebatándole el grabador.

—Buah, qué aburrida. —Se puso de pie—. Me iré a bañar, tengo una cita. Aprovecharé el momento para pensar en el señor caliente —se burló sonriendo y desapareció.

Volví a retroceder la cinta. «Lo lamento. No quise incomodarte», se escuchaba con claridad en la grabación. Luego silencio y una interferencia similar al ruido que hace la lluvia en un televisor. Pero me pareció escuchar algo más. Conecté unos auriculares al grabador y subí el volumen a todo lo que daba.

«Lo lamento. No quise incomodarte», mi voz sonó demasiado alta y me insulté por el volumen. De repente oí un susurro. Parecía como si Einar estuviese diciendo algo, volví a retroceder. Sí, estaba diciendo algo en un idioma que no era el nuestro. Debía suponer que era

francés. «¿Por qué estaría hablando en otro idioma mientras yo estaba en silencio? ¿Cómo no lo escuché?»

Volví a escuchar la grabación varias veces más, pero me era imposible entender qué es lo que decía más allá del ruido de una interferencia que solo aparecía en ese momento haciéndome la tarea más difícil.

Con rapidez agarré la *laptop* y tipeé «hipnosis». ¿Era posible que Lucson me hubiera hipnotizado? «Estás delirando», susurré, cerré la *laptop* y observé por la ventana.

Es extraño. Einar parecía tener el poder de apagar mi mente. Busqué en Google sobre los crímenes en los que había estado vinculado Einar como voluntario, y habían sido varios. Observé las distintas imágenes de los criminales, pero no había a simple vista nada especial en ellos. Distintos géneros, edades, etnias. Pasé las fotos hasta llegar a las víctimas. Al agrandar la imagen algo llamó mi atención. Manchas. Cada víctima tenía una mancha de pintura negra en alguna parte del cuerpo; la mayoría en la frente pero otras en el dorso de la mano. ¿Por qué? ¿Qué conectaban los casos en los que ayudaba Einar?

«La religión», susurré de repente. «Todos eran atentados contra la religión», dije casi como si las fichas cayeran una en una. Einar escondía algo con la religión y estaba segura de que estos atentados no eran casuales.

—Tab, hay alguien que vino a verte —dijo Isa asomándose por la puerta de la oficina.

—¿Quién?

—Penélope Garld —dijo con ojos atentos.

—Hazla pasar —suspiré mientras tapaba con una manta el pizarrón en el que anotaba la información sobre Einar en un mapa. Lo dejé a un costado y me senté en la silla.

La mujer de cabello oscuro y corto entró con andar seguro. Esta vez se encontraba más arreglada y entera que la última vez, lo que me recordó a la Penélope que había conocido.

—Pensé que no me atenderías. —Se sentó frente a mi escritorio.

Aproveché a guardar las hojas sobre el nuevo artículo.

—¿Por qué pensarías eso? —pregunté mirándola a los ojos.

—¿Puedo fumar aquí? —preguntó con ojos rápidos.

—Preferiría que no. —Me miró por unos segundos para luego guardar el paquete de mala gana.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunté.

—Le han pegado un tiro a Morgan —dijo de repente.

Abrí mis ojos asombrada.

—Eso es horrible —susurré—. Lo lamento mucho.

—No me digas que lo lamentas, lo hicieron los mismos familiares de Namir — indicó mirándome fijamente.

—Discúlpame, Penélope, no quiero ser irrespetuosa pero no te sigo… —repuse confundida—. Morgan estaba preso. ¿Cómo pudieron matarlo? Esta información no salió en los medios.

—Si llegara a salir en los medios sería una maldita guerra. Esto es un ajuste de cuentas y la policía no lo cubrió —aclaró lentamente mirándome con los ojos abiertos—.Todo es tu culpa. Me quedé sin mis dos amores —me reprochó apretando su mandíbula.

—Lo lamento tanto, no sé cómo ayudarte —susurré realmente apenada.

—¡TODO ESTO ES TU CULPA! —gruñó.

—Te di el borrador y tú accediste a la publicación —me defendí mirándola fijamente.

—Quiero toda la información que recolectaste —exigió mientras se paraba.

Automáticamente también me puse de pie.

—Eso es mío, lo único que puedo ofrecerte es una promesa de que esa información no saldrá de aquí. Y así será —aseguré mirándola fijamente.

—Te romperé los huesos. —Pude ver en sus ojos cómo perdía completamente la cordura.

—No acepto amenazas —dije dura.

—Te mataré en nombre de Morgan, todo es tu culpa. Desde que te metiste en nuestras vidas las destruiste por un estúpido artículo —dijo mirándome con odio en sus ojos.

Sentí mis manos temblar al igual que mis piernas. Caminé hacia la puerta y la abrí.

—Vete —sonó mi voz seca.

Del otro lado Isa, que estaba sentada en su escritorio, observaba atenta la escena.

—¿Todo bien aquí? —preguntó Gail en el pasillo con el rostro serio.

—Sí, la señorita Garld se estaba retirando —contesté mirándola fijamente.

La mujer agarró su bolso. Tenía la mandíbula apretada.

—Te metiste con las personas equivocadas —sentenció y se fue sin más.

Los tres la observamos irse por el ascensor.

—No la dejaré pasar más —comentó Isa mirando con el rostro serio.

—Avísale a los de seguridad de abajo, por favor —fue todo lo que dije y cerré la puerta.

Observé mis manos, estaban temblando. ¿Qué había sido eso? Tan

solo había publicado lo que ella me había dicho. ¿Por qué ahora era la culpable de todo?

—Cambria se está volviendo un lugar de delincuentes —comentó Betiana mientras dejaba de lado el libro que estaba leyendo.

—¿Qué? —pregunté.

—Parece que Cambria se está llenando de delincuentes —repitió y marcó la página del libro con un separador.

—¿De dónde sale esa reflexión? —indagué poniéndome de pie.

Miré el libro que leía; Betiana solía leer sobre temas místicos.

—No creo que de este libro… —comenté ojeándolo.

Ella rápidamente lo cerró con fuerza dejándolo de lado.

—¿Abuela, te encuentras bien? —pregunté.

Ella respiró hondo.

—Sí, cielo, serviré algo de comer. —Se puso de pie.

—Yo quiero una chocolatada —dijo Luke sin despegar su mirada de la televisión.

—Enano, ya estás grande como para hacértela tú, ¿no? —le señalé revolviéndole el cabello.

Él rio con ganas.

—Pero no hay chocolatada como la que hace la abuela —comentó entre risas y en un intento de escapar de mis manos molestas.

—Qué bueno es escuchar eso —dijo Betiana desde la cocina.

—Empecé un nuevo artículo —informé dejando en paz a mi hermano menor.

—¿Ah, sí? ¿De qué tratará esta vez? Espero sea sobre el gorila de montaña, deseo ver información de eso desde hace un buen tiempo —sugirió desde la cocina.

Me asomé por la puerta de la cocina con los brazos cruzados.

—Sabes que no escribo más sobre animales —aclaré divertida observando cómo hacía el té y una chocolatada.

Robé una masita dulce de las que le gustaba comprar de la panadería cercana.

—Entonces ¿sobre quién escribirás esta vez? —preguntó mientras vertía agua caliente en un termo.

—Einar Lucson —dije.

Mi abuela pareció perder el equilibrio. El termo de metal casi cae sobre la mesada, esparciendo el agua descontroladamente.

—Te ayudo —dije accionando rápido.

Betiana dio un paso hacia atrás algo torpe; con rapidez apoyé un trapo en el gran charco intentando frenar la catarata que caía de la mesada al piso.

—¿Te quemaste? —pregunté al ver que no se movía y agarraba su

mano.

—¿Qué pasó? —Luke apareció por la puerta de la cocina.

—Luke, ve a buscar la crema que te da mamá cuando te quemas las rodillas con la patineta —dije rápidamente—. Ya. —Apoyé una bandeja con el termo con agua caliente, dos tazas, la caja de té, la chocolatada y las masitas.

—Qué torpe —se reprochó Betiana sentada en la silla del comedor.

—Ponte esto —hablé tendiéndole una bolsa con hielo.

Luke se sentó en una de las sillas y comenzó a beber su chocolatada.

—Gracias, cariño —le dijo a Luke por haberle traído la crema.

—Así que Einar Lucson… —comentó mientras servía dos tazas de té.

—¿Quién? —preguntó el rubio mientras mojaba una masita en su infusión.

—Einar Lucson, un empresario francés —respondí con suavidad.

—¿Qué tiene de interesante ese hombre? —preguntó mi abuela pasándome el té.

—Primero, es uno de los hombres más poderosos en este momento y se encuentra en Cambria. Por ende, es accesible. Y segundo, por algún extraño motivo parece ayudar a personas con problemas en la ley y eso resulta llamativo. Es un hombre interesante —relaté—. Así que estoy investigándolo de cerca.

—¿Y él te deja hacerlo? Digo, teniendo en cuenta la magnitud de su imperio debe ser difícil contactarlo —dijo Betiana mirándome a través de sus anteojos.

—Al principio parecía reacio, pero luego llegamos a un acuerdo —dije lentamente.

—Ay, Tab… —susurró Betiana.

—Estará todo bien, Beti. Ya verás que te gustará el artículo —traté de calmarla.

Ella no se mostraba nada feliz y sus ojos cálidos por primera vez parecían algo distantes.

—Me gustaría tenerlas conmigo —le dije a Lucrecia.

Ella parecía realmente ocupada de un lado para otro con unos papeles. Gail a un costado contestaba algo en su celular.

—A medida que las vaya escuchando te devolveré las grabaciones, quiero reescribirlas para que no se nos pierda nada —explicó observándome.

Llevaba un rodete con un gancho en lo alto y anteojos con el marco azul oscuro. Se notaba cansada y algo alterada con tanto trabajo. Las arrugas de su frente se marcaban con fuerza.

—Dime que estás avanzando a pasos agigantados con Lucson —dijo limpiando los anteojos y apretando el puente de su nariz.

—Lo veré hoy y seguiré con la investigación —repuse lentamente.

—Gail, acompáñala —ordenó Lucrecia.

Ambas la miramos con sorpresa.

—¿Con qué fin? —preguntó Gail.

—Con el fin de que sean dos periodistas, quiero tener todo contra Einar. ¡Necesito ese artículo! —contestó.

—Tienes las grabaciones y a mí. No es necesario agregar a alguien más, ya hemos creado un buen vínculo —insistí.

—¿Ya tuvieron sexo? —preguntó Gail burlón.

—No necesito tener sexo para sacarle información a mi entrevistado, tal vez puedas intentarlo de esta manera. —Revoleé los ojos.

—¿Ah sí? No me digas que se encontraran en un bar… —susurró divertido regalándome una sonrisa.

—Sí, me puedo encontrar en un motel. Pero eso no significa que me acostaré con él —aclaré poniéndome de pie—. Antes de que este tipo me acompañe a un caso, prefiero renunciar —fue todo lo que dije para luego retirarme sin olvidarme de agarrar el grabador, ahora vacío.

Últimamente me sentía desconfiada y agotada. Algo estaba atacando mi sistema y no estaba segura de qué era.

—Vengo a ver a Einar —anuncié a la cantinera del bar Liberium; si mal no recordaba, su nombre era Pam.

—Tú de vuelta —susurró molesta.

Esta vez tenía el cabello atado, mostrando la piel rapada a un lado. Llevaba una pequeña rosa de espinas tatuada en el cuello, al igual que sus brazos cubiertos en tinta.

—Sí, sí, la Megan Fox de cotillón —dije recordando su insulto—. ¿Dónde se encuentra? —pregunté directo a los ojos.

No estaba de humor para lidiar con nadie. Debía entregar por la noche el primer borrador. La morena me hizo una seña con la cabeza.

Observé a Einar que, vestido con una camisa blanca y pantalones negros, hablaba con una mujer a lo lejos. Parecían estar discutiendo en voz baja. La mujer estaba vestida con ropa suelta, algo desgastada y se aferraba a un bolso.

—Ni un paso —susurró Pam detrás de mí cuando quise acercarme a él—. Te recomiendo que te quedes aquí hasta que termine —dijo de mala gana—. Toma —me tendió un vaso de cerveza.

Liberium no estaba concurrido, tal vez porque era miércoles por la noche. Tan solo había un grupo jugando al pool y un hombre bebiendo una cerveza mientras mandaba un mensaje por el celular.

—¿Tucson? —pregunté.

La mujer levantó la mirada y su rostro se volvió más severo mientras secaba unos vasos.

—No está —contestó.

—¿Hace cuánto trabajas aquí? —pregunté sacando la libreta.

Pam apoyó el vaso que se encontraba secando con fuerza.

—Cállate o te destripo —susurró inclinándose hacia adelante con los antebrazos apoyados en la barra.

—No me callaré así que si quieres ir a buscar un cuchillo filoso te espero… —contesté mirándola fijamente.

Ella bufó molesta para luego dejar de lado el repasador y salir de la barra. Caminó hacia donde se encontraba Einar y le dijo algo. El morocho la frenó con una mano; claramente no le había gustado que lo interrumpieran. Miró hacia mi lado fugazmente. Le dijo algo a la mujer y esta lo miró sin entender.

Pam volvió a su puesto detrás de la barra y la mujer que hablaba con Einar se marchó con rapidez.

—Señorita Jones, ha llegado más temprano de lo estipulado —comentó Einar acercándose. Su sola presencia hizo que sintiera el cuerpo extraño.

—Tengo un compromiso más tarde —respondí.

Me observó por unos segundos, casi como si me estuviera analizando.

—¿Me aguardaría un momento, por favor? —preguntó luego de hacerle una seña a Pam. Asentí acomodándome en el taburete alto.

Aproveché que Einar se había alejado junto a la cantinera para acomodar las preguntas y observaciones. Pasé por alto las hojas con los cuentos cortos que se me habían ocurrido, eran historias fantásticas. Volví a las preguntas, no quería quedarme pasmada como la última vez. Una música suave sonaba de fondo; bebí la cerveza que me habían servido.

—Muy bien —comentó Einar sentándose mi lado.

Su cercanía me abrumó. Observé que el grupo de jugadores de pool se retiraba, dejando la sala vacía. Pam, con un morral negro colgado del hombro, salió de detrás de la barra.

—¿Necesitas algo más? —le preguntó a Einar.

Escaneé su vestimenta, llevaba un vestido negro con volados; le quedaba estupendo y dejaba ver sus piernas musculosas.

—No, Pam. Gracias —le respondió Einar; era como si hablara con un familiar, había mucha intimidad entre ellos. Pero de un modo fraternal.

Esta sin más se retiró. Observé ahora el lugar completamente vacío.

—¿Qué ocurrió? —pregunté mientras advertía que incluso se había ido el hombre de la barra.

—Me pareció adecuado cerrar el bar si hablaremos de cosas importantes —explicó rodeando la barra—. ¿Quieres algo de beber? —preguntó.

—Tengo una cerveza, gracias —respondí.

Él carcajeó desde su lugar.

—Déjame prepararte algo mejor. De seguro estás en una semana de mucho trabajo. ¿Colaboras en otros artículos además de los tuyos, verdad? —dijo apoyando sus antebrazos sobre la barra. Mi vista pasó fugazmente a sus brazos tatuados y asentí.

—¿Has cerrado el bar para que te siga entrevistando? —pregunté levantando una ceja.

—He cerrado el bar para tenerte atrapada conmigo —dijo con voz ronca y divertida.

—¿Por qué me querrías tener atrapada? —dije mientras escribía en mi agenda.

—Para saborearte mejor —aventuró roncamente.

Levanté mi rostro y vi cómo me observaba con una mirada intensa. Luego lanzó una carcajada. Se estaba burlando de mí.

—Te agradezco la intimidad, pero me parece innecesaria —aclaré.

—Nada es innecesario, Jones —dijo mientras seguía con sus acciones—. Además, tenemos un bar para nosotros solos; diviértete, esto es algo inusual —dijo mientras tomaba unas copas.

—Mi diversión va de la mano con hacerte preguntas que tú contestas —dije mirándolo fijamente.

—Bien, entonces dispara.

—¿Por qué ayudas a criminales que van contra la religión? —pregunté de repente.

Él levantó su mirada y sus ojos grises me tomaron por completo.

—Pensé que en la carrera de periodismo lo primero que enseñaban era hacer las preguntas banales para distender al entrevistado —dijo achinando los ojos, parecía levemente divertido.

—No quiero perder el tiempo contigo —lancé sin levantar la mirada.

—No te preocupes, no lo perderás. —Su voz sonaba levemente más baja—. No defiendo a criminales —respondió luego.

—Entonces ¿qué me dices de Ryan Platt? —pregunté.

—Es el hijo de unos amigos —aclaró mientras apoyaba sus manos en la mesada.

—Irina Malek.

—Trabajaba en mi empresa.

—Demian Plob.

—Un amigo de la infancia.

—Kaia Corban —insistí.

—¿Ex pareja? —dijo divertido.

—No estás siendo honesto —objeté con dureza.

—¿Qué quieres que diga, Tabatha? —repuso suspirando.

—La mayoría de ellos atentaron contra la religión. Todas las víctimas tienen una marca de pintura negra. ¿Qué significa, Einar? Estoy segura de que lo sabes —sugerí.

Apretó la mandíbula y por un segundo sentí que había dado en la tecla.

—Eres buena —susurró con una sonrisa—. No contestaré eso —puntualizó serio.

—¿Cuál es tu religión? —pregunté—. Y esta vez no permitiré que me digas que la de los humanos.

—No entenderías mi religión —consideró con una pequeña sonrisa llena de sarcasmo.

—No necesito entenderla, necesito describirla en un artículo.

—Para describirla tendrás que entenderla —retrucó.

—¿Tienes un fetiche con la gente practicante? —pregunté levantando una ceja.

Él rio roncamente.

—Estuve en esos casos por Monet.

—¿Robert Monet, tu socio? —pregunté.

Einar no parecía ser de los que hacen cosas por el otro. En todo el tiempo que había pasado con Einar, no me había vuelto a cruzar a Monet ni a escuchar de él.

—Como bien sabes, Robert tiene una firma de abogados, por ende, cuando me veas con criminales, simplemente estoy acompañando a mi socio —aclaró lentamente.

—Eso es estúpido.

—Bueno, no puedes juzgar la respuesta del entrevistado, *mon chéri*. —Su voz ahora sonaba suave—. ¿Has tenido un mal día? —preguntó con ojos divertidos.

Había pasado por distintos tipos de interrogatorios básicos para empezar a crear el mapa llamado Einar Lucson. Si no tocaba ningún tema sensible, él parecía bastante dado a contestarlas sin problema.

—¿No lo probarás? —preguntó.

—¿A qué? —pregunté.

—El trago, lo tienes ahí danzando como un muñeco de estacionamiento —comentó y dio un trago largo.

—No acepto tragos que no vi cómo fueron preparados y menos de desconocidos —repuse luego de observar la copa que contenía un líquido casi parecido a la sangre.

Él me miró con una ceja levantada.

—Me conoces, Jones —dijo con los ojos achinados.

—¿Lo hago? —Levanté una ceja.

Él sonrió de lado y sus ojos destilaron diversión. Sin más, arrebató

mi vaso y lo llevó a su boca; de un trago bebió todo el contenido.

—Bien, entonces, en cinco segundos moriré —anunció mirando su reloj pulsera. Fue contando los números con los dedos y me observó. Llevó su mano a su cuello como si se asfixiara.

—¿Te encuentras bien? —pregunté realmente preocupada sintiendo mi corazón latir con fuerza.

Detuvo su accionar y sonrió ampliamente. Idiota.

—Te prepararé otro mientras me haces una nueva pregunta, pero esta vez observa cómo lo hago. Vamos por la pregunta ¿cincuenta? —dijo galante.

—Fueron quince —corregí.

Esperé un segundo y suspiré. Debía cambiar el enfoque.

—¿Crees en el amor? —disparé y cerré la agenda.

Observó de reojo el movimiento.

—¿A qué viene esa pregunta extracurricular? —repuso mientras me servía el trago rojo sangre.

Bebí un sorbo. Dulce, pero no demasiado.

—Hemos hablado de que has estado casado, es una pregunta importante. Define mucho a la persona. No sé, pareces un hombre tan… —dije lentamente mientras observaba cómo rodeaba la barra.

Sentí la conversación ponerse íntima.

—¿Poderoso…? —dijo burlón—. ¿Divertido? —comentó mientras caminaba hacia las mesas. Lo seguí con la mirada y me acomodé en la silla.

—Solitario —indiqué.

Él frunció el ceño con sorpresa.

—¿Solitario? ¿Por qué lo dices? —preguntó realmente interesado.

—Supongo que debe ser difícil encontrar momentos para relajarse. —El hombre trabajaba como un condenado—. Es muy común en quienes realmente nos apasionamos con nuestro trabajo —dije suave.

Einar me observó con sus ojos grises.

—¿Tú no te sientes sola? Presiento que la soledad es parte de la esencia del ser humano. Así vienen y así se van —su voz sonó casi lejana y con profundidad—. Por lo que veo trabajas arduamente y debes tener ese sentimiento frecuentemente —agregó.

Me tomé el tiempo para pensarlo. Sí. Con la única que pasaba tiempo era con Didi pero porque era mi compañera de departamento; y cada tanto veía a Finn. A decir verdad, no cuento con muchos amigos.

—Sorpresivamente, también me ocurre —respondí luego de dar un trago largo.

Estaba delicioso. *Vienna* de Billy Joel comenzó a sonar por los parlantes reemplazando la balada rockera que había sonando antes.

—Las relaciones se ponen difíciles —suspiró evitando mi mirada.

—Viajas mucho por trabajo, eso a veces se puede volver un conflicto —insistí en un intento de sacar más información.

Rio a la vez que observaba su vaso.

—No, *mon chéri*. Los viajes no liquidaron mi relación —suspiró con su mano al frente observando su anillo. Claramente no le gustaba hablar de esto o le traía malos recuerdos. —Trabajo para poder transitar la vida, para llenar la cabeza —dijo y luego bebió todo el contenido de su vaso de golpe.

Curiosa frase. «Trabajo para poder transitar la vida». Un mechón de cabello negro cayó suavemente por su frente y, como si fuese algo automático, pasó sus dedos por su cabellera tirándola para atrás, ajeno a mi mirada. Por un segundo, vi un dejo de vulnerabilidad en su ser.

—¿Cómo fue tu matrimonio? —pregunté.

Él se puso de pie y regresó a la barra. Por alguna extraña razón estaba interesada en saber sobre la persona que había conquistado a este hombre que escondía una buena cantidad de secretos.

—Soy extremadamente vanidoso, pero no creí que seguiríamos hablando de mi vida —comentó mientras servía whisky en su vaso.

—Debo admitirlo, eres un hombre interesante —dije y dejé mi vaso vacío sobre la barra.

Escuché una carcajada de su parte.

—¿Cuánto me costará ese halago? —consideró divertido tendiéndome mi vaso—. Mis relaciones nunca fueron buenas, debo adelantarte —aclaró mientras se apoyaba en la mesa—. Pero ella es… —dijo evitando mi mirada—. Todo lo que tengo —comentó.

Bebí intentando que el líquido pasara por mi garganta seca. ¿Dónde se encontraba ella?

—Creo en el amor, para contestar a tu pregunta —dijo mirándome —. Y por eso estoy aquí. Pero no le cuentes a mis pares, porque harán que arda en el lago —susurró.

—Nunca hubiese imaginado que eras un romántico —contesté.

Respiró hondo pensando las palabras que utilizaría.

—Hay varias capas en las relaciones de los seres humanos, no podría asegurar si cualquier persona puede sentir amor hacia otro ser. Me siento condenado y afortunado en poder sentirlo.

El gris de sus ojos parecía traspasar los míos a la distancia; el calor volvió a mi cuerpo casi como si alguien hubiese puesto la calefacción. No era un calor sexual, era algo más… como si solo la presencia de Lucson fuese fuego.

—¿Qué hay de ti? —preguntó con suavidad.

—Más que nada relaciones casuales. —Me encogí de hombros intentando no posar mis ojos en él.

—¿Nunca has estado en pareja? —insistió con una mirada amable.

Sabía que en la sociedad en la que vivíamos el no haber estado en

pareja no era bien visto. Como si un hombre o una mujer juntos de por sí reforzaran el valor personal. Bueno, estaba claramente en contra de eso.

—Solo he tenido un novio oficial en el instituto, duró como mucho un mes —recordé divertida—. Paso tanto tiempo concentrada en la vida de los demás, armando historias y uniendo puntos, que perdí un poco el registro de mi vida. Aun así no me arrepiento de haber elegido mi carrera. —Él asintió lentamente, parecía que entendía lo que decía.

—Así que somos dos desastres amorosos —reflexionó con una pequeña sonrisa. Reí con ganas—. ¡Brindo por ese novio afortunado que te tuvo para él solo durante todo un mes! —No sabía si era sarcasmo u honestidad.

En sus labios había una pequeña sonrisa, pero no podía darme cuenta de la intención de sus palabras. Así que simplemente dejé fluir una risa, que brotó de mi pecho al recordar al chico del instituto.

—Siento que me abrí demasiado —suspiró divertido—. Ahora quiero que me cuentes algo vergonzoso de ti —propuso lentamente—. Solo para equiparar…

—No tengo nada vergonzoso en mi vida… —repuse haciendo círculos de tinta en las hojas en un intento de evitar su mirada, que me quemaba a la distancia.

—Oh, vamos, *belle.* Cuéntame algo extraño, algo único que no puedas decir en voz alta —insistió divertido.

Algo vino a mi mente, me mordí el labio en un intento de que no saliera de mi boca pero me sentía cómoda y quería compartirlo.

—Cuando estaba en la universidad tenía un… cliente por teléfono… —confesé rápidamente sintiendo mis mejillas arder. Evité su mirada.

—¿Y eso qué significa? ¿Un cliente? —preguntó sin entender con un dejo de diversión.

—Un hombre me pagaba por tener sexo telefónico —aclaré rápidamente.

Una sonrisa lenta apareció en su cara y luego estalló una carcajada.

—*Merde*, eres una fetichista —dijo divertido.

—Claro que no, lo hacía porque pagaba muy bien y solo debía decir algunas cosas que él quería escuchar —dije con una sonrisa.

—¿Y dónde lo conociste? —preguntó.

—En un bar —relaté—. Era bastante mayor y pagaba muy bien —dije divertida.

—Bueno, ahí tienes tu relación amorosa más larga —se burló con una sonrisa ancha.

—Eso es triste.

—¿No lo disfrutaste? —preguntó de repente—. Digo, no es algo malo. Puede ser excitante —dijo juguetón.

—No, la realidad es que lo veía más como un trámite engorroso. Tal vez estaba viendo una película y él me llamaba… —dije sin dejar de sentir mis mejillas arder.

Una canción lenta y vieja comenzó a sonar de fondo.

—¿Quieres bailar? —preguntó poniéndose de pie y dejando el vaso en la mesa.

—Si alguien llega a entrar sería bochornoso, además ya es tarde y debería irme a casa —repuse al ver que se acercaba y tendía su mano.

—Nadie tiene por qué enterarse, estamos nosotros solos. Vamos, chica de la línea caliente —susurró con sus ojos hipnóticos.

—No lo sé —dudé divertida.

—Sé que quieres bailar… —se burló.

Me armé de valentía, mi corazón palpitó con rapidez y mi estómago dio un vuelco lleno de adrenalina.

Él pasó sus manos por mi cadera, mientras las mías llegaron a sus hombros. Su altura se veía aún más imponente de cerca; pude sentir un perfume que parecía ser una mezcla de madera, menta y alguna flor exótica. Mis manos me temblaban, evité su mirada con algo de nerviosismo. Sentía como si una llama de fuego estuviese en mi estómago.

—¿Por qué no me miras? ¿Acaso te parezco monstruoso? —preguntó divertido con voz suave.

—No —respondí levantando mi rostro y encontrándome con sus ojos grises.

—Puedo serlo si así lo deseas —comentó y por un segundo parecía estar hablando en serio.

Su rostro era peculiarmente exótico, tan llamativo y hermoso que lo veía como irreal.

—¿Usas lentes de contacto? —susurré.

Einar retuvo una sonrisa.

—No, nací así —contestó.

Pude mirar su bello rostro de cerca.

—Nunca vi ojos grises. Son especiales.

—Tú eres especial, Tabatha —contestó y nos dejamos de mover.

Simplemente nos quedamos allí, parados en la mitad del bar, con mis manos sobre sus hombros y él con las suyas sosteniendo mi cadera como si no me quisiera dejar ir.

—Tengo algo de calor —susurré.

—Sí, eso pasa cuando nos acercamos —comentó con una sonrisa ancha y los ojos brillantes de diversión.

Su sonrisa era hermosa, como si Einar estuviese hecho para la pura tentación.

—Te acostumbrarás, en los días muy fríos puedo ser de gran ayuda —bromeó tan cerca de mí que hacía que mis piernas temblaran.

Unos golpes fuertes y violentos resonaron en la puerta.

—¡SAL DE AHÍ! —una voz masculina se escuchó del lado de afuera.

Mi corazón palpitó con fuerza viendo cómo Einar observaba la puerta con el ceño fruncido.

—Escóndete —me ordenó soltándome.

Con rapidez agarró algo de un cajón y caminó hacia la puerta.

—¿Qué buscas? —la voz de Einar sonó más grave y dura luego de abrir la puerta.

Me mantuve detrás de la barra.

—Oh, señor, no sabía… Estaba buscando a Tucson, normalmente cuando el bar está cerrado… —La voz del otro hombre disminuyó y no pude escuchar lo que estaban hablando.

Pero no era nada bueno. Intenté observar pero Einar tapaba casi toda la abertura de la puerta.

—*Sors d'ici, connard* —fue lo último que escuché hasta que la puerta se cerró.

Me encontraba de pie observando a Einar, que me miraba con seriedad.

—Ha comenzado a llover, será mejor que me vaya —anuncié caminando para agarrar mis cosas en un intento de hacer como si nada hubiese pasado.

De repente un escalofrío recorrió mi cuerpo y el ambiente se volvió helado. Intenté aplacar los pensamientos en mi mente mientras me envolvía en mi abrigo dispuesta a retirarme.

—Espere, señorita Jones. Si tienes más preguntas, puedes hacerlas cuando apagues el grabador. —Su voz sonó atrás de mí en un susurro tan frío como si el bar fuese de hielo.

Mi estómago saltó, me di vuelta para mirarlo de frente. Sus ojos grises estaban congelados y su expresión no era feliz. De repente me sentí completamente amenazada.

—No uso grabadores —mentí en un intento de defenderme.

Metió su mano en mi bolso, que descansaba sobre la barra, y sacó el grabador; las cintas giraban como evidencia.

—Tabatha Jones es una mentirosa —dijo con la voz cerca del micrófono sin dejar de mirarme. Luego apretó un botón y cortó la grabación.

—Es por protocolo —me defendí.

—Otra mentira —añadió dejando el grabador en el bolso.

—Espera —susurró cuando tomé mis cosas dispuesta a retirarme. Frunció el ceño como si oliera algo y dio una rápida mirada al lugar.

—Coordinamos por mail otro encuentro —dije sin más.

—Aguarda —solicitó con una expresión seria y escudriñando alrededor como si buscara algo en especial.

Un trueno sonó y pensé que me costaría encontrar un taxi, eso era

seguro. Cambria con lluvia y de noche parecía volverse un pueblo fantasma.

Di un paso dispuesta a retirarme hasta que la luz del lugar se apagó por completo dejándonos a oscuras y en silencio. Mi corazón palpitó con fuerza.

—¿Se ha cortado la luz? —dije en un intento de que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad.

—Chequearé el panel eléctrico —dijo Einar para luego caminar hacia un sitio donde no alcanzaba a verlo. La luz de la calle alumbraba suavemente. Mis ojos comenzaron a acostumbrarse, corrí una cortina y miré al exterior. Toda la calle estaba en plena oscuridad.

—Ha sido un apagón general —dije rápidamente.

En Cambria suele haber apagones de ese tipo, más cuando las tormentas son fuertes. Didi debía estar gritando del miedo; odiaba cuando se cortaba la luz. Saqué rápidamente mi celular. *Sin servicio.* Genial.

—Einar —lo llamé mientras intentaba alumbrar sin éxito con la pantalla del celular.

Didi me había aconsejado que lo reemplazara por uno mejor, pero por el momento este me servía, aunque la pantalla no tenía casi luz.

—Aquí —dijo saliendo de la cocina—. No ha saltado la térmica, debe de ser un corte externo —informó—. Tal vez debamos esperar a que pare la lluvia para poder manejar, será difícil ver la carretera —sugirió.

—Qué frío —dije abrazándome a mí misma.

Por alguna extraña razón la presencia de Einar no me alarmaba, pero algo hacía que me sintiera incómoda.

—¿Sientes frío? —preguntó extrañado.

—¿Tú no lo sientes? —dije mirándolo a través de la poca luz que se filtraba.

Sus ojos se veían aún más llamativos, tenía el ceño fruncido como si algo le preocupara. Un trueno resonó con fuerza casi como una explosión cercana.

Volvió a escudriñar el bar mientras parecía oler algo.

—¿Te encuentras bien? —pregunté.

—Iré a buscar unas luces móviles —dijo desapareciendo nuevamente por una puerta y dejándome sola en la parte principal del bar. El lugar parecía aterrador.

—¡¿Hola, hay alguien?! —La voz de una mujer sonó en la parte de arriba.

—Sí —contesté rápidamente caminando hacia la escalera. ¿Cómo había alguien y Einar no lo sabía? O mejor dicho: ¿cómo no la habíamos escuchado antes?

—Estaba en el baño y se apagó la luz. No sabía que habían cerrado.

—La mujer estaba algo asustada.

El frío era insoportable, cerré mi chaqueta en un intento de traer el calor de hacía tan solo minutos atrás.

—No veo la escalera. Está todo demasiado oscuro —dijo afligida.

—Te ayudo, espera. Aquí está más iluminado por las ventanas y las luces de emergencia —le informé mientras subía por la escalera de madera que crujía bajo mis pies. Levanté el celular para alumbrar los escalones en un intento de no caer rodando.

—Qué suerte que te encontré —susurró la mujer mientras me encontraba. Observé el final de la escalera, el piso de arriba estaba completamente oscuro.

—¡Tabatha! —La voz de Einar sonó con alarma.

De repente sentí que me tiraba hacia atrás haciendo que cayera sobre él.

—Hay una mujer arriba —dije poniéndome de pie.

—No hay nad… —estaba diciendo cuando los focos verdes de las salidas explotaron con gran estruendo. Una ventisca helada corrió por el lugar haciendo que las cortinas se cerraran. Sentí a Einar agarrarme.

—Hay que salir —dijo alarmado.

—Pero… —dije asustada golpeando mi cadera con una de las mesas de pool.

Mi celular había quedado en la escalera. Observé cómo la pantalla iluminada crujía rompiéndose.

—¿Qué car…? —pregunté sintiendo cómo mi cuerpo se tensionaba por completo. Mis músculos se volvieron de hierro y no me podía mover. El frío era insoportable, quise gritar pero mi garganta estaba cerrada, como si alguien estuviera asfixiándome.

—Mierda —susurró Einar hasta que escuché una explosión; era una bengala de auxilio. Einar levantó en alto la pequeña antorcha que tiraba una llama roja.

—¡LUX! —gritó el moreno estirando su brazo.

Mis ojos observaron lo que ahora se reveló frente a mí: un ente estaba a tan solo centímetros. Era completamente negro y flotaba alrededor de un humo espeso; tenía dientes afilados y ojos blancos, era como si fuese un cráneo de un animal teñido de negro junto a un cuerpo envuelto en una capa difuminada. El grito se atoró en mi garganta y la desesperación hizo que mi cuerpo pareciera explotar. Me encontraba completamente paralizada sin tener la posibilidad de moverme.

—¡Lejos! —gritó Einar.

El monstruo comenzó a temblar.

—*Loin, il y a de la lumière!* —exclamó Einar.

El monstruo dio un grito tan aterrador y agudo que pensé que mis

oídos explotarían, y sin más se disolvió. Mi cuerpo cayó con fuerza al piso y golpeé mi cabeza quedando completamente inconsciente.

Abrí los ojos y sentí la cabeza latir con fuerza, la garganta irritada y la boca completamente seca. Como una resaca de una noche de alcohol.

Estaba acostada en una cama, tenía el cuerpo pesado y me sentía sin fuerzas, pero de todas maneras me moví. Observé la habitación; la cama de Didi estaba desordenada.

—Didi —susurré sin poder mover mis músculos—. ¡DIANA! —volví a decir pero las palabras estaban atoradas en mi garganta.

Respiré hondo intentando calmarme. Llené mis pulmones de aire.

—¡DIAANAA! —mi voz salió en un grito fuerte.

Sentí los pasos urgentes de mi hermana del otro lado.

—¿Qué pasa? —dijo abriendo la puerta de la habitación.

—No me puedo mover —dije asustada.

Mi respiración estaba agitada.

—Cómo te vas a poder mover, Tabatha —dijo en un intento de suavizar la situación—. Tu cuerpo debe de estar dormido aún.

Intenté calmarme y mover las piernas, que lentamente respondían. Era como si todo mi cuerpo estuviese en cámara lenta.

—¿Mejor? —dijo Didi sentándose en su cama. Asentí—. Noche agitada, ¿eh? He conocido al conde de Hermosuralandia —dijo divertida.

Intentaba no perder la cabeza. Me senté y sentí que lentamente mis músculos respondían.

—¿A quién? —pregunté agarrando el vaso de agua de mi mesita de luz.

—Einar Lucson —dijo divertida—. Es más, él me aconsejó que te dejara un vaso de agua al lado —comentó sonriendo.

Tomé el vaso con urgencia.

—Me ha dicho que han tomado varios tragos, llegaste completamente desmayada. No te ponías así desde la adolescencia —comentó—. Te traeré más —dijo agarrando el vaso vacío y desapareciendo por la habitación.

Observé la hora, era tardísimo y no había ido a la oficina. Pasé mis manos por la cabeza en un intento de aplacar el dolor; era tan intenso que sentía que mi cerebro explotaría.

—Dijo que pasaría a verte —acotó Didi tendiéndome un vaso de agua.

—¿Quién? —pregunté sin entender.

—Lucson, tonta. Dijo que pasaría cuando termine de trabajar. Parece muy atento —dijo con ojos juguetones.

Bebí el segundo vaso como si de eso dependiera mi vida.

—¿Sigue lloviendo? —pregunté.

—Sí y está pronosticado tormenta eléctrica para todo el día —contestó Didi al salir de la habitación.

Comencé a recordar lo ocurrido la noche anterior y todo se presentaba confuso.

—¿Te has asustado con el apagón de anoche? —pregunté al salir de la habitación.

—¿Apagón? —preguntó mientras comía un sándwich—. Estuvimos mirando películas toda la noche con una amiga —dijo—. Hasta que llegaste en brazos del Hércules de pelo negro y mirada asesina. —Sonrió juguetona con la boca llena.

—¿Sabes? No puedo recordar nada de ayer —comenté sentándome frente a ella.

—Se llama alcohol —dijo divertida—. Toma. —Me dio un pedazo de su sándwich.

Didi se fue a un recital con una amiga. La tarde había empezado a caer y todavía no podía unir los flashes de la noche anterior. Me había vestido con una camiseta holgada que solía usar de pijama luego de haberme dado una larga ducha, gracias a la cual mi cuerpo se sentía renovado, aunque todavía sentía como si hubiese corrido una maratón. A todo esto no encontraba mi celular.

El timbre interno sonó, abrí la puerta y allí estaba Einar Lucson para mi sorpresa.

—¿Cómo has pasado la puerta de abajo? —pregunté sin entender.

Llevaba una botella con algo naranja y un ramo de rosas negras.

—¿Me permites pasar? —preguntó mirándome con sus intensos ojos grises que hicieron latir con fuerza mi corazón.

—Sí, pasa —dije moviéndome de la puerta.

Einar pasó relajadamente a mi pequeño departamento y su aroma adictivo llegó a mis sentidos. Cerré la puerta y me crucé de brazos.

—Te he traído jugo de naranja fresco para la resaca —dijo dejando la botella sobre la mesa. Debía de ser la botella con el jugo más caro que había visto en mi vida.

—Nunca había visto rosas negras —comenté.

—Tienen un aroma peculiar —suspiró poniendo sus manos en los bolsillos de su pantalón de traje—. Pensé que te gustarían.

Esta vez llevaba una camisa azul oscuro y el cabello negro peinado hacia atrás y algo mojado por la lluvia.

—¿Qué ocurrió ayer? —pregunté dura mirándolo.

—¿Mucho alcohol? —sugirió levantando una ceja.

—Me has drogado, ¿verdad? —insistí.

Por algún extraño motivo di un paso atrás y apoyé mi espalda en la puerta de entrada.

—¿No recuerdas nada? —preguntó con el ceño fruncido, como si realmente le interesara. Dio un paso hacia adelante y yo me apreté contra la madera. No porque le temiera, sino porque parecía que mi cuerpo respondía de una manera poco peculiar a su cercanía.

—Solo que bebimos, hablamos, luego recuerdo a alguien gritando y el corte de luz —enumeré rápidamente—. Me desmayé —susurré mientras lo miraba caminar lentamente hacia mí. Había evitado el baile y la forma en que casi me derretía en sus brazos.

Ya frente a mí, se veía imponente, fuerte; me observó con el mentón elevado. Apoyó las manos a cada lado de mi cabeza, sosteniéndose en la puerta cerrada, se inclinó hacia mí y llevó su rostro a mi pelo.

—Tienes el cabello húmedo —susurró—. Huele delicioso —ronroneó las palabras con tal delicadeza que hizo que mi cuerpo reaccionara. Pegué mi torso al de él casi con un movimiento suave e instintivo.

Dejó libre su cuello desnudo y respiré hondo intentando llenarme de su fragancia, de su calor. Su cuerpo parecía brindarme una calidez que me hacía sentir cómoda, reconfortada. Observé algo brillar en su pecho, era un collar con una medalla. Einar tomó mi mandíbula y me miró directo a los ojos, mi estómago dio un vuelco.

—*In memoriam revocat* —susurró y sus ojos se nublaron.

Escenas de la noche anterior pasaron como una película refrescando mi memoria al extremo, llevándome por completo a todo lo ocurrido, eyectándome por completo del presente. Mi corazón palpitó con miedo. Una sombra apareció frente a mí y sentí un grito agudo.

Einar me impulsó hacia atrás y la conexión se cortó. Apoyó sus manos en la mesa, casi como si necesitara uno segundos para reponerse.

—¿Qué mierda fue eso? —dije temblando del miedo—. ¡Vete de mi casa! —grité aterrorizada.

Einar me daba la espalda.

—La mente del ser humano es extrañamente llamativa, olvida cosas que la aterran o que no puede explicar. Las reprime. El cerebro los protege de sus propios traumas como si fuesen tesoros a los que aferrarse —comentó divertido—. Algunos dirán que es una gran creación, pero para mí, los debilita, los encierra en una mentira que se transforma en pesadillas de la adultez —susurró.

—Habla. —Las palabras salieron disparadas—. ¿Qué fue eso? ¿Por qué nos atacó?

Se dio vuelta y me miró a los ojos. Se cruzó de brazos con

tranquilidad mientras mantenía su clásico porte seguro y se apoyaba en la mesa, aunque su rostro estaba más pálido de lo normal.

—Te atacó a ti —contestó y abrió luego la botella rápidamente. Estiró su brazo para tendérmela—. Bebe. Te ayudará a reponerte —dijo serio.

—¿Cómo sé que estás diciendo la verdad? —pregunté sin moverme.

—Porque todavía ni empecé a hablar y soy el único que estuvo contigo.

Agarré la botella, sentía mis músculos tensos y me encontraba alerta. Einar se apoyó en la mesa.

—Bien, periodista, escucho tus preguntas. Es mucha información para procesar de primera —dijo.

—¿Había una mujer en el piso de arriba? —pregunté.

—No.

—Eso era un animal, ¿verdad?

—No.

—¿La voz salía de esa cosa monstruosa?

—Sí —contestó relajado.

—¿Qué era eso? —pregunté temerosa por la respuesta y por mi salud mental. No podía creer estar pensando que eso era posible.

—¿Has leído alguna vez un libro de mitología? —dijo lentamente.

—Solo uno, en el colegio, creo —respondí.

A Betiana le gustaba leer libros de mitología griega y romana.

—Lo que viste fue lo que llamamos sombra —explicó luego de un suspiro.

—¿Una sombra? —pregunté.

Tenía que estar bromeando.

—Las sombras son muertos vivientes que se forman en las tinieblas y drenan la fuerza a los seres vivos.

—Es un chiste, ¿no? —Reí nerviosa—. Me estás tomando el pelo… —susurré.

—El contacto frío hace que se entumezcan las articulaciones del humano dejándolo paralizado y haciendo que pierda los sentidos. Algunas víctimas mueren antes de llegar a ser drenadas por completo y, entonces, son abandonadas por la sombra —relató lentamente—. Son seres de inteligencia baja, sin embargo, tienen una excelente movilidad, por lo que pueden levitar a voluntad y pasar desapercibidas en la oscuridad. La luz las quema.

—Pero yo escuché una voz… —dije con los ojos descolocados.

—Pueden imitar sonidos humanos para atraerlos. Son ciegas, no pueden verte, pero a través del movimiento y el sonido atrapan a sus víctimas. Cuanto más grandes, más poderosos. Y las más antiguas pueden utilizar tu memoria de corto plazo para sacar recursos —finalizó sin moverse.

Sentía que me iba a desmayar nuevamente.

—No me siento bien… —susurré cayendo pesadamente en el sillón.

Fue a la cocina y regresó con un vaso; agarró la botella de mi mano y sirvió el líquido naranja.

—Bebe, te hará bien —ofreció arrodillándose frente a mí.

Casi de forma automática y porque sentía mi garganta seca, llevé el líquido a mi boca.

—Es amargo —susurró.

Bebí el vaso de golpe y sí, era asquerosamente amargo.

—Esto no es jugo de naranja —bufé.

Él carcajeó. Mi estómago hizo ruidos extraños.

—No, no lo es. Es jugo de Efedra. Pronto te sentirás mejor —susurró mirándome fijamente.

—Supongamos que creo toda esta mierda —dije luego de lograr que pasaran por mi garganta algunos tragos más de ese jugo asqueroso —. ¿Por qué me atacó? —pregunté sintiendo mi cabeza explotar.

—Honestamente no lo sé y estoy investigándolo. Suelen atacar a humanos, pero no sé cómo entró al bar —dijo poniéndose de pie y caminando por el lugar—. Las sombras no son inteligentes, pero bien guiadas pueden representar un arma poderosa. Descubriré qué pasó —comentó, se sentó en la silla y apoyó sus codos en la mesa. Me observó desde allí.

—Era horrible —susurré intentando borrar la imagen; llevé mis manos a mi rostro.

—Lo imagino, dicen que son poco agraciadas.

—¿Tú no lo has visto? —pregunté levantando una ceja.

Él negó con la cabeza lentamente, como si no estuviese seguro de seguir.

—Mi raza no los ve porque no nos pueden atacar. Solo puedo olerlos, por eso me tomó unos minutos darme cuenta. En realidad pocos seres humanos pueden verlas —susurró lentamente.

—¿Raza? Solo hay una raza y es la del ser humano —dije rápidamente.

Él sonrió de lado.

—¿Estás segura de eso? —preguntó con voz oscura.

Todo quedó en silencio.

Algo en mí cayó como un hielo por mi espalda.

—No eres humano —susurré.

Me impuse como si mi vida dependiera de ello y dejé caer el vaso mientras observaba fijamente a Einar. La tensión se sintió. Tenía segundos para correr hacia la puerta antes de que me pudiera atrapar. Mi pecho latió con fuerza del miedo. Me lancé a correr, con una velocidad poco vista. Einar se adelantó y chocó contra mi cuerpo. Grité con desesperación.

—¡¿Quién eres?! ¡Suéltame! —exigí intentando separarme.

—No tan rápido, periodista. —Sus ojos se tornaron negros—. Mírame —gruñó agarrando mi mandíbula—. ¡Mírame! —dijo y el agarre de su mano se volvió más firme. Observé sus ojos oscuros como su cabello. Y sin más todo se volvió borroso.

CAPÍTULO 6

El aroma a tierra fresca, flores y madera llegó a mis sentidos. Abrí los ojos con pesadez. Los recuerdos de Einar corriendo hacia mí hicieron que me tensara. Me senté con rapidez en una cama. Toqué las sábanas llamativamente suaves y brillantes, parecían de seda. Observé el lugar sin comprender, una gran habitación se desplegó ante mí. Paredes claras, piso de madera cubierto por una alfombra persa y un sillón amplio más dos individuales del mismo color que se acomodaban un poco más lejos. Las flores exóticas decoraban el lugar y lo inundaban con su perfume. Observé la gran pieza de arte colgada en la pared. «*El nacimiento de Venus* de Botticelli», susurré contemplando la imagen. Debía de ser una copia, no podía ser la auténtica. Puse mis pies en la suave alfombra sin entender si alguien me había transportado a un palacio antiguo. Tomé una bata de seda blanca que se encontraba tendida en el sillón junto a unas pantuflas blancas, que dejé de lado.

Busqué mi ropa o mis zapatos. Pero fue inútil. Me tomé el tiempo necesario para caminar por la habitación. La madera oscura de los muebles, la densidad de la tela de las cortinas, todo parecía de otra época.

Abrí la puerta y caminé por un pasillo cuyas paredes estaban cubiertas por un empapelado bordó intenso y más cuadros de época. No entendía qué ocurría ni dónde estaba, pero por algún extraño motivo mi mente absorbía toda la experiencia sin darse cuenta del peligro al que me podría estar enfrentando.

¿Einar es un vampiro? No creo que existan los vampiros, pero ya estábamos hablando de cosas extremadamente raras. O quizás algo más mundano, como un asesino al que le gusta jugar con la mente de sus víctimas. Eso respondería a por qué está tan cerca de criminales.

Voces masculinas sonaron a lo lejos. Caminé descalza lentamente sintiendo la suavidad de una nueva alfombra.

—*L'ombre la cherchait directement* —la voz de Einar sonó como si le hablara a alguien.

—*Vous méfiez-vous de quelqu'un?* —preguntó la voz de otro hombre.

—*Non. Que personne ne sache qu'elle est là!* —Lucson no sonaba nada feliz.

Caminé en un intento de observar el lugar sin me que vieran. Estaba en un gran living decorado al igual que la habitación. Madre santa. Madera oscura para el piso, dos alfombras persas se desplegaban a lo lejos, cuadros, flores, esculturas. Todo tenía tanta información y elegancia que sentí que me desmayaría.

Einar estaba junto a Olaf, el tipo de seguridad. Se perdieron por una puerta que conducía a la salida. Estaban completamente ajenos a mi presencia. Me tomé unos minutos para observar el lugar. A un lado un gran ventanal de vidrio conducía a un jardín de invierno que tenía las flores exóticas más bellas que alguna vez había visto. Por otro lado, se encontraba un piano de cola. Toqué la superficie suave y brillosa.

—*Bel endroit. Non?* —escuché una voz masculina por detrás.

Me di vuelta con alarma y retuve el aire. Einar Lucson se encontraba con las manos en los bolsillos de su pantalón de traje negro. Vestía una musculosa que dejaba ver perfectamente sus brazos tatuados. Llevaba el collar que había visto antes. Su cabello negro estaba peinado hacia atrás y gracias a la luz del sol que se filtraba por las ventanas parecía aún más hipnótico que de costumbre.

Sonrió de lado y tomó una camisa que colgaba en el respaldo de una de las sillas que rodeaban la mesa.

—¿Qué hago aquí? ¿Dónde estamos? —dije sosteniendo detrás de mi cuerpo un abrecartas de plata que había encontrado sobre unos de los muebles minutos atrás.

—Te has puesto la bata, te queda estupenda —comentó mientras se abotonaba la camisa.

Sin más develé mi arma de plata.

—No me siento cómoda con esta situación —gruñí.

Sonrió como si se divirtiera.

—Eres periodista, ¿no te interesa saber la verdad? Relájate: en verdad no te encuentras aquí —dijo mientras se acomodaba los puños de la camisa con tranquilidad—. Creía que habías aceptado esto de conocerme sin tapujos: hay mucho por conocer y entender. La mayoría te aterrará, así que prepárate —dijo lentamente.

—No firmé ningún contrato para aceptar que me secuestren ni me droguen —dije mirando a mi alrededor—. ¿Qué es este lugar?

—Era un palacio vacacional del rey Humbelt VII, luego pasó a sus herederos que lo han destrozado y dejado en la ruina —me informó lentamente—. Lo he encontrado casi derrumbado cuando llegué, algunos de los muebles son los originales del lugar —relató.

Me pregunté si no había alguien que tal vez estuviera escuchando esto.

—¿En qué parte de Cambria estamos? No he visto nunca un palacio así —dije en un intento de saber dónde me encontraba.

—En las afueras, cerca de Darmallo.

—Presiento que eres un hombre muy ocupado como para pasar tiempo de calidad en una casa tan grande como esta —me burlé ácidamente.

Bajé el abrecartas.

—Veo que estás entrando en confianza —se burló.

—¿Qué pasó ayer? —pregunté mirándolo fijamente.

Él respiró hondo.

—Te estás adelantando unos cuantos capítulos —dijo luego de beber otro trago.

—Me atacó un monstruo flotante y el hombre al que estoy investigando al parecer… —Me frené sin saber qué decir.

—¿No es humano? —completó la frase.

Mi respiración se acortó y por un segundo quise correr lejos de allí.

—Yo no dije eso —susurré.

—No, yo lo dije —reconoció dando otro paso. Levanté mi arma de plata—. Tabatha, ¿confías en mí? —su voz sonó ronca y sus ojos estaban fijos en los míos.

—¿Por qué debería? Me encuentro en un lugar desconocido, con un hombre que no conozco y que afirma no ser humano. Claramente tienes serios problemas psiquiátricos —susurré.

Sonrió.

—Dentro de ti, confías en mí —acotó acercándose a mí hasta que la punta del abrecartas estuvo en su pecho.

Mi respiración se agitó.

—No —susurré.

Había una parte de mí que desconfiaba plenamente, pero otra, en cambio, sentía la cercanía de Einar acogedora y protectora.

Sus ojos grises eran intrigantes. Su porte, su forma elegante de moverse y sus secretos me cautivaban sin que pudiera evitarlo. Tomó el abrecartas, pero mi mano no lo soltó.

—¿Hay alguien? —Oí la voz femenina que había escuchado en el bar. Mi estómago dio un vuelco—. El monstruo está ahí —susurré observando el lugar.

Einar aprovechó para bajar mi arma.

—No, *mon chéri*. Estás dejando que los miedos circulen por tu mente. No escuches el miedo, solo quiere que vayas a la oscuridad —contestó.

Lo observé.

—Concéntrate aquí —instruyó dando otro paso y quedando a solo centímetros de mí.

Mi cuerpo ardió, mi estómago estaba estrujado como si el mismísimo peligro estuviera frente a mí. Y de repente solo podía sentir su cuerpo cerca del mío brindándome calor y contención.

—Ay, Tabatha —suspiró apretando la mandíbula—. Tuve una vida tan larga como para darme cuenta de que eres el peor pecado que puedo consumir. Siempre vuelves para quemar el último gramo coherente que me queda —susurró y de repente vi el dolor en sus ojos.

Di unos pasos hacia atrás en un intento de recomponerme.

—Estás loco —dije sintiendo mi espalda rozar una de las paredes.

Einar cortó la distancia nuevamente pero esta vez dejándome sin escapatoria.

—¿Loco? —preguntó con voz suave.

Acercó su cuerpo al mío, mi respiración se acortó por completo y sentí su perfume.

—Me encantaría ser honrado con la locura, pero no tuve el placer. Estoy tan cuerdo que duele —carcajeó ácidamente—. A veces en mis más oscuros pensamientos deseo que también te vuelvas tan cuerda, que debas pedirle al cielo que pare tu sufrimiento. Y que por fin padezcas un gramo de lo que sufro. Pero luego recuerdo lo perdido que me siento sin ti y lo último que quiero es que sientas dolor. No quiero que estés ni cerca de padecer mi cordura —confesó con su rostro cerca del mío.

Acarició mi mejilla con lentitud. Me quemaba. Me encontraba volando de fiebre. Y solo podía pensar en cuánto me gustaba su cercanía. Sus dedos bajaron por mi cuello, suspiré ante el contacto; su caricia se deslizó por mi clavícula tirando levemente la bata hacia un costado para luego frenar en el escote. Respiró hondo cerrando los ojos y apretó la mandíbula, lo siguiente que hizo fue dar un fuerte golpe de puño cerrado a la pared, sin cortar ahora el contacto visual. Pude ver su mirada llena de dolor. Sus labios estaban cerca, apenas un poco más arriba por su altura; él observó mi boca fugazmente.

—Un hombre que calla guarda cientos de dolores —susurré.

Sonrió de lado con ironía y sin más sentí sus labios sobre los míos. Su boca abarcó la mía con perfecta sincronización, nuestros cuerpos se acoplaron: una mano en mi nuca me impulsó hacia él. Mi mente y mi cuerpo se encendieron. Llevé mi mano a su cabello y lo sentí suave. Quería todo de él, como si de repente hubiese probado el mejor dulce del mundo y lo quería consumir sin respirar. A mis sentidos llegó el olor a madera quemada. Einar pasó sus besos a mi mandíbula mordiendo con fuerza. Abrí los ojos viendo cómo todo el living por completo se prendía fuego, las llamas se esparcían por el lugar dejando salir un humo negro y espeso.

—Fuego —susurré.

Solo podía concentrarme en la boca de Einar en mi piel y en su cuerpo brindándome la confianza y calidez que nunca había sentido en otro. Rio con su boca pegada en mi piel.

—Ve a la biblioteca central y busca el libro 125 en el estante D —indicó en mi oído y me besó detrás de la oreja.

Gemí al abrir los ojos y observé la botella naranja en mi mano. Estaba en mi departamento. Einar se encontraba sentado un poco más

alejado, al lado de la mesa del comedor. Tenía los brazos cruzados. Con rapidez se tocó la nariz, que sangraba.

—¿Qué fue…? —Largué el aire de golpe y llevé mi mano al pecho sintiéndolo palpitar con fuerza.

Eso había sido muy real; el lugar, el olor, sus besos, el fuego.

—¿Qué fue eso? —pregunté mirando cómo Einar se limpiaba la sangre con un pañuelo—. Tú… tú ya has hecho esto antes. En tu oficina. Me estás hipnotizando —lo acusé.

—Una visión —susurró mirándome, parecía algo débil. Sus ojos no brillaban, su rictus estaba serio y su piel algo pálida.

—¿Fue toda una ilusión? —pregunté—. Solo yo pude ver eso, ¿no? —dije poniéndome de pie.

Él sonrió de lado, todavía algo quedado.

—No, Jones. Yo también las vivo. Luego te lo explicaré mejor, debo partir. Descansa —dijo y se retiró del departamento dejándome con aún más preguntas.

Me moví a través de los estantes llenos de libros con olor a madera, hojas usadas y café. De niña iba a la biblioteca pública de Pardillo, solía quedarme largas tardes cuando lograba zafarme del instituto. Observé el letrero con una D en violeta algo desgastado, busqué los números indicados hasta llegar al 125.

—No lo creo… —susurré agachada viendo cómo el lugar señalado con ese número estaba vacío.

—Disculpa —le dije a la joven bibliotecaria atrás del escritorio.

—¿Sí? —preguntó dejando de lado lo que se encontraba haciendo.

—Estoy buscando el libro 125 del estante D. ¿Podría saber si alguien lo retiró? Así sé cuándo podría venir a buscarlo —solicité.

Ella rápidamente chequeó en la computadora la información. Frunció el ceño.

—Me aparece que el libro no fue retirado —indicó—. Tal vez alguno de los presentes lo esté leyendo —comentó con tranquilidad.

—Me fijaré, gracias. —Caminé hacia la gran mesa.

Allí había tres personas: un joven con una computadora, una chica un poco más alejada leyendo atentamente lo que parecía una enciclopedia y un chico de cabello rubio. Agarré el primer libro que tenía a mano, me senté cerca del chico y fingí estar leyendo mientras observaba la tapa del libro. Para mi sorpresa, llevaba una pequeña etiqueta con el número que estaba buscando. El joven levantó la mirada y me observó con el rostro confundido; con rapidez volví a centrar mi mirada en el libro que tenía en mis manos. El rubio se levantó e intenté mantener mi papel.

—Tú eres la camarera de Santa Mónica —susurró el tipo

sentándose mi lado.

—¿Qué? —pregunté sin entender.

—Soy Oliver, nos conocimos en un bar. Estabas con tu hermana —me informó.

Su cabello rubio despeinado y sus ojos marrones me resultaron familiares.

—Ah, sí —dije algo quedada.

—¿Así que te interesa… la física cuántica? —comentó mirando mi libro. Fruncí el ceño al ver la tapa.

—Sí, me encanta saber sobre temas variados —contesté sin más—. ¿Y tú? —aproveché la situación para echar una ojeada al libro, la tapa era completamente negra y opaca y llevaba el título *Secretorum de mythologia* en letras rojas.

—Mitología —susurré algo quedada.

—Sí, creo que me lo llevaré. Me resultó realmente interesante —dijo encogiéndose de hombros—. A veces vengo aquí en búsqueda de algún libro y este lo encontré en el cajón de las devoluciones —relató —. Ese es mi secreto para encontrar buenos libros. —Sonrió ampliamente.

El tipo era atractivo, casi como un deportista simpático, pero algo me molestaba.

—Soy fanática de la mitología. Me han recomendado este libro… —dije deslizando mi mano para agarrarlo pero él puso la suya sobre el libro frenando mi accionar.

—Te puedo avisar cuando lo devuelva entonces —sugirió mirándome fijamente.

—¿Te molesta si me lo llevo primero? Luego lo traigo y lo podrás tener —ofrecí rápidamente, él sonrió de lado.

—Lo lamento, pero quiero leerlo yo —comentó poniéndose de pie con el libro en la mano.

—De verdad quiero leerlo —supliqué de pie con el rostro serio.

Oliver me llevaba varios centímetros así que no me encontraba tan segura en esta posición.

—Sal conmigo entonces —dijo con una sonrisa de lado.

—Solo quiero el libro —gruñí.

Alguien en el fondo chistó para que nos calláramos.

—Acepta tomar un café conmigo y te lo llevas —sugirió levantando el libro con una sonrisa.

Ese rostro de clásico mariscal de campo de las series norteamericanas lo hacía ver aún más irritante.

—Bien, el jueves. Búscame en el restaurante —las palabras salieron duras. Él sonrió de lado tendiéndome el libro.

—Perfecto. Oye, camarera, iré con unos amigos el viernes a El Marquerer…

—Claro —dije casi sin escucharlo.

Sin más retiré el libro y me fui directo a la oficina.

—Pensé que harías algo con Finn —comentó Didi mientras caminábamos por la oscuridad de la noche.

Le había pedido que me acompañara al bar donde Finn trabajaba de cantinero. Desde lo ocurrido con *la sombra,* como le decía Einar, me sentía insegura al salir sola de noche. Todavía no lograba entender cómo lo había visto, ni por qué me había atacado. Pero las pesadillas parecían más frecuentes luego del encuentro con esa criatura.

—Quise hablar con él pero no contesta el teléfono —dije mientras me cerraba la chaqueta.

El frío de la noche era letal.

—Era hora. —Didi sacó un cigarrillo y lo prendió—. Lo estás evitando hace semanas, no entiendo para qué lo vuelves a buscar. Ni que estuvieras enamorada, el tipo es un idiota —consideró largando el humo.

—Simplemente quiero pedirle disculpas, le cancelé varios planes y quiero terminar con él de buena manera —expliqué lentamente.

—Creo que estás exagerando las cosas y solo quieres emborracharte con tu hermana menor. —Sonrió chocándome juguetonamente con su hombro.

Le saqué el cigarrillo con una carcajada y le di una pitada.

—Puede ser, el trabajo está quemando mi cabeza —comenté.

Entramos al pequeño bar invadido de personas; definitivamente, no era mi tipo de lugar.

—¡Dos cervezas! —le dije al cantinero en la barra.

Estaba sudado y se movía de un lado para otro. Asintió con la cabeza mientras iba a buscar nuestro pedido. Observé a los cantineros, pero no había pistas de Finn por ningún lado.

—Está atestado de gente —observó Didi con el ceño fruncido.

—Debe ser por el *happy hour* —informé—. Iré por Finn así vamos a otro bar —le dije por arriba de la música cuando nos entregaron las cervezas.

Caminé entre la gente con la botella en la mano.

—Con permiso —le dije a una pareja que parecía estar discutiendo —. ¿Tienes idea de dónde está Finn? —le pregunté a uno de los cantineros.

—Creo que atrás, buscando hielo —comentó haciendo una seña a la puerta trasera.

Esperé unos minutos para ver si salía, pero el olor a transpiración y el calor de la gente lo estaba haciendo insoportable. Con rapidez me moví entre las personas para poder pasar bajo la barra. Los cantineros

estaban tan ocupados que pasé desapercibida. Atravesé la puerta de madera y me adentré en una cocina sin uso llena de botellas vacías.

—No puedes estar aquí —dijo una mujer de cabello corto que lavaba unos platos y vasos de una bandeja.

—Estoy buscando a Finn —comenté.

—Está afuera, es su tiempo de descanso. Dile que ya terminó y que vuelva a la barra. Es un infierno allá afuera —respondió mientras seguía limpiando.

Con rapidez caminé hacia la puerta de metal que daba a una salida; al abrirla me encontré en un callejón repleto de cajas, botellas vacías y bolsas negras con basura del bar. Finn se encontraba contra una de las paredes y se besaba frenéticamente con una mujer de cabello rosa pastel. Me tomé un momento para respirar el aire frío; mi mente no parecía reaccionar.

—Oye —dije tranquila. Ambos me miraron; Finn soltó a la chica—. Dice la chica de pelo corto que entres porque es un infierno allá dentro. Terminó tu tiempo de descanso —le informé y entré nuevamente al bar.

A los pocos minutos logré encontrar a Didi con su cerveza ya terminada.

—Larguémonos de aquí, sé a dónde podemos ir.

El Marquerer era un lugar de rock metal. Al entrar, un hombre nos observó de mala gana.

—Genial, somos muy bienvenidas aquí —objetó irónica Diana mientras pasábamos lo que parecían ser tiras rojas.

El ambiente era espeso, el humo invadía el espacio con violencia. Una banda sonaba fuerte, pero para mi sorpresa había menos gente que en el bar anterior; unas luces rojas mantenían la vibra del lugar.

—*Woha*, no sabía que te gustaban este tipo de bares —comentó Didi divertida.

Estaba decorado con calaveras, cabezas de animales disecadas y las paredes se encontraban algo rotosas. Algo me hizo acordar a Liberium. Pero por algún extraño motivo no me sentía cómoda, algunas miradas se posaron en nosotras y el frío me llegó a la espalda como si alguien estuviera pasando la punta de un cuchillo por mi espina dorsal.

—Sentémonos ahí —dijo Didi señalando una mesa libre a un costado.

Colillas de cigarrillos y cervezas vacías estaban regadas por la mesa. Había bastante gente bailando con la banda que todos parecían adorar. Al fondo, las mesas se encontraban casi abandonadas.

—¿Tab? —dijo mi hermana mirando hacia el escenario.

Observé la banda formada por una baterista completamente rapada

y tatuada, un hombre en el bajo al que poco se le veía el rostro gracias a una mata de cabello castaño que lo tapaba, una mujer en el piano y un cantante de cabello negro desprolijo que llevaba una musculosa negra que dejaba ver sus bien formados brazos tatuados, jeans del mismo color y una cinta con calaveras que sostenía la guitarra eléctrica rojo sangre. La voz de Einar llegó a mis oídos: grave, limpia, profunda y hermosa mientras tocaba la guitarra como una leyenda.

—Einar —susurré sintiendo cómo el calor me abrazaba.

«A veces me hago daño, ¿es demasiado aterrador para ti?»

—Madre mía. Ese tipo —susurró Didi con una pequeña sonrisa sin quitarle los ojos de encima.

«Mírame tomar algo bueno y joderlo todo en una noche».

Había escuchado este tema antes, pero saliendo de la voz de Einar era otra cosa completamente diferente; había algo en el hecho de verlo tan salvaje y libre. Se notaba que se estaba divirtiendo y era increíble.

«Atrápame, soy el que huye de los faros».

El tema terminó y nosotras dos simplemente no pudimos hablar. Nos quedamos allí, viendo cómo Einar bebía de una botella de agua completamente sudado bajo los aplausos y gritos de la gente; rio de algo que le dijeron y bajó del escenario. Me sentía completamente atraída, como si me hubiese puesto un hechizo.

—¡Camarera! —Una voz nos sacó del encantamiento.

Oliver estaba a un costado; llevaba una camiseta blanca y unos jeans azules que lo destacaban del resto del bar.

—¡Oliver! —saludé algo sorprendida, me había olvidado por completo de él.

Agradecí que Einar hubiera desaparecido, haciendo que mi corazón latiera nuevamente de manera regular. La gente que estaba amontonada ahora se comenzaba a esparcir en las mesas.

—Esta es mi hermana Diana —la presenté.

La rubia sonrió.

—¿Les traigo unas cervezas? —ofreció amablemente.

—Por favor, estoy sedienta —respondió Didi. Cuando Oliver desapareció, agregó—: Luego de ese espectáculo.

Me reí con muchas ganas.

—Esta mesa está ocupada —dijo un tipo de unos sesenta años. Tenía el cabello largo y sucio, y llevaba una cicatriz que le cruzaba la mejilla. Era delgado e iba completamente vestido de negro. Debía de haber un código de vestimenta al que nosotras no estábamos siguiendo.

—Hay otra mesa vacía por allí —le dijo Didi al chico.

—Esta es nuestra —reclamó una chica.

Su cabello rojizo enrulado me llamó la atención, al igual que la

barra de *piercing* que le atravesaba por arriba del tabique.

Observé que ya casi todas las mesas estaban ocupadas. En ese recorrido, mi mirada se topó con alguien que me resultaba conocida. Pam, la cantinera de Liberium, estaba allí sentada sobre el regazo de Tucson con otras personas. Su mirada chocó con la mía y de repente borró su sonrisa para decirle algo al chico.

—Váyanse a otra mesa, antes de que no sepan qué pasó aquí —gruñó el hombre acaparando nuevamente mi atención.

No parecían nada amigables y no me sentía así desde el colegio. El frío recorrió mi cuerpo y sentí como si algo estuviese tirando de mí.

—Llegamos antes, ya se habían ido —dijo dura mirándolos Didi.

Diana siempre había sido más rebelde y contestataria. Yo también lo era, pero sabía que estos tipos podían partirnos el maldito cráneo.

—Tranquilos, perros. Son mis amigas —calmó Oliver con una sonrisa.

Apoyó las cervezas sobre la mesa y los observó arrogante.

Oliver claramente era diferente al resto, en especial por su cabello y su forma de vestir.

—¿Nos dijo perros? —se burló la chica sin poder creerlo. Ahora dio una vuelta dando un chiflido hacia un grupo.

Observé rápidamente su nuca, tenía grabado un número; me hizo recordar a Pam. ¿Acaso esto era una secta?

—Crees que él te cuidará de todo, ¿no? —dijo el hombre dando un paso y quedando cerca de Oliver con los ojos fijos de él.

¿A qué se refería? ¿Quién lo cuidaba?

Observé cómo el rubio todavía no quitaba su pequeña sonrisa, casi como si la situación le diera gracia y realmente no le importara lo que pasaba.

Y de repente todo fue silencio: la música sonaba baja y todos parecían atentos a la escena.

—Nos cambiamos de lugar y ya —tercié mientras me ponía de pie.

De un tirón Didi me volvió a sentar.

—Quieta —susurró al mirar la escena. Me hizo una seña; el tipo llevaba un cuchillo en el cinturón junto a un arma gastada.

—No estamos molestando a nadie —susurró Oliver.

—A mí me molestas, sabandija con brillos —susurró el tipo mostrando sus dientes amarillentos y descuidados.

—En serio, no es necesario. Es una maldita mesa —dije dura parándome con envión nuevamente.

Con rapidez el tipo sacó su arma y me apuntó dejándome completamente helada.

—Yo no haría eso —dijo Oliver sin dejar de mirarlo.

Sentía que algo malo estaba por pasar.

—¿Qué ocurre aquí? —una voz sonó de fondo.

Todos menos los dos hombres enfrentados observaron a Einar acercarse con lentitud, parecía destilar poder, casi como si fuese el dueño del lugar. Su porte era grande y fuerte. Sus ojos se detuvieron en los míos y pude ver cómo su mandíbula se tensaba por la sorpresa.

—Baja el arma —ordenó con voz grave.

El hombre dejó caer su mano y el aire volvió a mi cuerpo por un segundo.

—Señor, es nuestra mesa —exigió el hombre mirándolo a Einar.

—¿Qué haces con ella? —susurró a Oliver con la mandíbula apretada.

El lugar seguía tenso, las personas no nos quitaban los ojos de encima; era como si estuviesen esperando el más mínimo movimiento para que algo ocurriera.

—Es una amiga —le contestó con aire burlón.

Se notaba que Einar no estaba para nada feliz; apretó ambos puños como si estuviera conteniéndose y por primera vez pude ver sus tatuajes al completo. Eran tan llamativos que podría pasarme horas contemplándolos.

Tucson, un poco más alejado, miraba con el rostro lleno de desaprobación la escena junto a Pam.

—Haré que te maten y te coman —le susurró el pelinegro.

Podía sentir cómo la atención estaba puesta en nosotras.

—No entiendo qué está ocurriendo —susurró Didi.

—¿Señor? —preguntó el hombre de cabello largo nuevamente.

—¿Qué pasa, Stun? —increpó Einar sin dejar de mirar a Oliver.

—¿Hulls aquí? —preguntó ácido—. Creo que se le está yendo la cabeza —dijo cruzado de brazos.

Todo era silencio, Einar mantuvo el rostro casi aburrido y luego se dio vuelta. Era unos centímetros más alto que el tal Stun. De repente Tucson caminó hacia Stun y se paró detrás de él. El pelinegro sacó lo que parecía ser una daga con curvas y con un mango verdoso.

—Disculpa, no te he escuchado. ¿Por qué no lo repites? —le dijo Einar al hombre; su voz sonaba aterradora.

Stun rio todavía burlón.

—Oh, vamos, Dag. Deshazte de ellas —comentó mirándolo.

Einar por un segundo me observó de reojo y todo se volvió negro. Solo escuchaba un pitido, estaba sumergida por completo en la oscuridad. Sentí una mano en mi brazo, era Didi que me estaba agarrando con fuerza.

—¿Qué carajo? —dije asustada.

De golpe todo se encendió, pude ver borrosamente. Einar tenía agarrado a Stun del cuello, le decía algo mientras lo rodeaban entre otros. Observé a Didi a mi lado, estaba con los ojos abiertos pero

parecía simplemente no estar viendo mientras me hablaba. No podía escucharla. Oliver observaba la situación, me miró y frunció el ceño, casi como si le sorprendiera algo. Me preguntó algo y no pude escucharlo, el pitido era fuerte y las voces sonaban lejanas. Einar dejó caer a Stun, que fue agarrado por los demás; entonces Lucson pasó la daga por el cuello del hombre. Oliver rápidamente me agarró, tapó mis ojos haciéndome volver a la oscuridad.

Abrí los ojos y nos encontrábamos nuevamente en el bar.

—¿Qué fue eso? —preguntó Didi a mi lado algo asustada—. Se ha ido la luz por un momento, ¿no? —dijo mirando al lugar.

—Problemas de fusibles —comentó Einar con una pequeña sonrisa. Todos los demás seguían sentados en sus posiciones y Stun no estaba entre ellos. Tucson me observó con los ojos inyectados en sangre.

Einar apoyó ambas manos en la mesa; evitó mi mirada y observó a Didi.

—Diana, cariño, qué suerte que viniste. ¿Te molesta si te acompaño hasta tu casa? —le dijo el morocho a mi hermana.

¿Qué?

—¿Yo? —preguntó mi hermana con las mejillas coloradas.

Él evitó mi mirada, como si no existiera, y algo en mí estaba muy molesto por eso.

—Oliver, lleva a tu amiga. Creo que ha tenido suficiente —dijo mirando seriamente al rubio, quien ahora sonreía como si eso le pareciera divertido.

—Vamos. Al parecer tú eres mi pareja —dijo el rubio mirándome.

Me paré y fruncí el ceño.

—No dejaré a Diana sola —aseguré sin entender.

—Yo me encargaré de tu hermana, tranquila —dijo Einar sin hacer contacto visual, casi como si hubiese algo mal conmigo.

—¿Verdad que nosotros dos nos divertiremos? —le susurró Einar a Diana mientras le corría un mechón de su cabello tras su oreja. Mi hermana estaba completamente encantada, sonreía ampliamente asintiendo, como si mi presencia hubiese sido borrada de la faz de la Tierra.

—Vamos —dijo Oliver en un intento de que siguiera caminando hacia la salida.

Observé cómo Didi se paraba y Lucson, bajo la mirada de los demás, le tendía la mano. Diana, algo sorprendida, la tomó. Había algo que no estaba bien.

—¿Qué fue eso? —La pregunta salió disparada ya en el auto de Oliver.

Él todavía parecía divertido y algo aburrido. Mis músculos me dolían por la tensión de hacía tan solo minutos.

—Lo lamento, pensé que no vendrías —comentó relajado mientras

manejaba.

—No entiendo absolutamente nada —balbuceé—. Lo que ocurrió con ese tipo…

—Lo has visto, ¿eh? —preguntó mirando al frente—. Es una lástima que hayas visto eso —dijo con un dejo amargo.

—¿De dónde conoces a Einar? —pregunté de repente.

—De toda la vida —comentó tranquilo—. No estés celosa. No harán nada que no quieran. Montó ese numerito para ayudarlas, el ambiente estaba difícil y les hubieran cortado el cogote si no había una justificación de por qué estaban allí.

—¿De qué hablas? —dije—. Solo quiero que mi hermana menor llegue a casa sana y salva —agregué.

—Sí, tranquila —dijo sarcástico—. No serías la primera en querer decapitar a otra persona por la mirada de Einar. Es la lujuria en persona, cómo no perder la cabeza por él. —Revoleó los ojos irónicamente.

Diana me preocupaba, quería saber que ella estaba bien pero no tenía cómo… no tenía celular luego del incidente en Liberium. Y sería estúpido no admitir que no me sentía nada cómoda con la atención de Einar hacia mi hermana menor. Algo se había atascado en mi garganta.

—Es aquí —dije indicándole el edificio.

Detuvo el auto.

—Te noto inquieta. ¿Quieres que suba a hacerte compañía por un momento? —su pregunta sonó honesta.

Y creo que era la primera vez en la noche que Oliver dejaba de lado su tono burlón.

—No, está bien —contesté.

—Lamento lo de hoy, en serio, camarera. Realmente no te esperaba —comentó sonriente.

—Sí, claro. Te veo en Santa Mónica —fue todo lo que dije, bajé del auto y entré al edificio.

Todo estaba oscuro, Diana no había llegado y no me sentía bien estando sola. ¿A dónde estarían? ¿Se encontraría bien?

El tiempo pasaba y seguía intranquila. Con el televisor de fondo, en pijamas y comiendo confites de chocolate intentaba aplacar el paso del tiempo.

«Maldita sea», observé a través de la ventana cómo comenzaba a llover. «Diana, ¿dónde mierda estás?», susurré mientras caminaba de un lado a otro.

De repente todo se volvió negro nuevamente. La luz se había ido por completo y algo en mí se paralizó. El miedo me atacó con fuerza, casi como si sintiera que algo malo iba a ocurrir; busqué con rapidez una de las linternas de emergencia. Vivir en Cambria era saber que

debes tener velas y linternas para los momentos de corte. Cuando logré posicionar la cuarta vela prendida, un golpe sonó en la puerta. Agarré con fuerza la linterna y respiré hondo. Otro golpe volvió a sonar y todo en mí tembló con temor.

Cuando era chica, recordaba que en Pardillo siempre había apagones; mis padres trabajaban largas horas de noche, así que solíamos dormir solas. Cada vez que había un apagón lo sabía porque mi lámpara «espantadora de monstruos» se apagaba y todo en mí se congelaba. Recuerdo una vez haber sentido tal miedo que había bajado a la cocina con tan solo doce años para agarrar un cuchillo; estaba dispuesta a pelear con la oscuridad y el miedo. Estaba tan asustada que no recordaba cómo había hecho para encender el fuego del hogar a leña, que me permitió iluminar por completo el lugar. Mis padres me encontraron frente a unos troncos viejos ya consumidos en la mitad del living durmiendo plácidamente, casi como si ese fuego, ese calor, hubiese apagado todos los miedos.

—¿Quién es? —pregunté.

—Tu ángel —la voz burlona y grave de Einar sonó del otro lado.

Con rapidez abrí, alumbrando directo en su cara. Sus ojos grises me observaron y de repente de un envión estampé mi mano en su mejilla con fuerza dando un gran estruendo.

—¿Dónde está mi hermana? —exigí saber con angustia en la voz.

—La dejé en un bar con un tal Paul —contestó con la mandíbula apretada por el impacto.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, sus ojos me observaron. Tenía una mezcla de sentimientos encontrados.

—Está bien —susurró. Estiró su mano, tomó mi muñeca y me tiró hacia él para abrazarme.

Era como si esa chimenea se hubiese encendido nuevamente.

Tenerlo cerca me llenaba de calidez, de seguridad y cosas que no podía describir.

—Está todo bien, *mon chéri* —susurró en mi cabello luego de un rato de abrazarme con fuerza. Cerró la puerta tras él y miró mi rostro sin soltarme.

—Estaba aterrada —susurré.

—Como para no estarlo. ¿Acaso viste al tipo al que se enfrentaron? Era horrible —dijo burlón en un intento de cambiar el aire a algo más divertido.

Carcajeé soltándolo e intentando reponerme de mi momento de angustia. Sequé mis lágrimas.

—Quiero explicaciones —dije. Cayó pesadamente en el sillón luego de haberse quitado la chaqueta. Por un segundo recordé verlo arriba del escenario, tan salvaje, y mi cuerpo vibró. La camiseta de una banda de rock de los sesenta y los jeans negros lo hacían ver como un

hombre de otra época que buscaba problemas, pero su rostro denotaba agotamiento. Tenerlo en el departamento, sentado como si fuese su casa, me hacía experimentar un sentimiento poco familiar, pero cálido.

—Y yo debo dártelas —dijo juguetón para luego pasar su lengua por su labio inferior.

Debía saber lo que había ocurrido hacía segundos. Me dejé atrapar por la escena de un libro de cuentos encantados: la oscuridad como manto, solo con la luz de la luna entrando por la ventana y las llamas de las velas que iluminaban pequeñas partes.

—No era un bar seguro para ustedes —contestó.

—¿Por qué?

Lucson me observó con mirada atenta; las sombras y las luces de las velas lo hacían ver aún más misterioso.

—Ustedes son humanas, ese no era un bar apto para humanos o *hullas* —susurró con sus ojos atentos a mí.

¿Un bar para humanos? Nuevamente con eso. Sorpresivamente ya el hecho de que Einar me hablara de cosas extrañas no parecía sorprenderme. Y yo estaba dispuesta a seguirle el juego.

—¿Quién eres? ¿Qué eres? —pregunté recordando cómo Sturn hacía minutos atrás lo había llamado «señor».

Él negó con la cabeza cortando la conexión visual.

Einar pasó una mano por su cabello negro tirándolo para atrás, casi como si la pregunta lo estuviera atormentando. Evitó mi mirada.

—¿Me lo pregunta la periodista o Tabatha? —suspiró ignorando mi pregunta.

—No puedes tener a una sin la otra —gruñí sintiendo que me tomaba por tonta—. Vi lo que pasó —dije algo quedada levantando una ceja.

Él frunció el ceño sin entenderme.

—Agarraron a ese tipo de pelo largo cuando la luz se cortó. ¿Solo por nosotras? —susurré.

Einar abrió sus ojos levemente sorprendido. Me acerqué a él y lo enfrenté, mientras que él siguió mirándome fijamente desde el sillón.

—Tab —susurró.

—¡¿Quién eres, Einar Lucson?! —grité ahora agarrando su camiseta y tirando de ella con ira.

Einar me tomó de la nuca mirándome con ojos grandes.

—No puedo decírtelo —dijo duro—. Esto se acabará y son mis momentos felices —susurró suave y pude ver el sentimiento en su voz raposa.

—Dime quién eres. ¿Qué eres si no eres humano? —dije con premura.

—Déjame disfrutarte un poco más, por favor —susurró mirándome

desde abajo.

Mi piel se erizó por tenerlo tan cerca, estaba sentada a horcajadas de él; su palma estaba en mi nuca y mis manos en su antebrazo, casi como si lo intentaran apartar.

—Einar, esto no tiene sentido. Tú nunca quisiste que te entrevistara como periodista, ¿verdad? —susurré.

—Nada tendrá sentido, y menos cuando sepas todo. Necesito que confíes en mí —contestó serio para luego acercar su rostro al mío suavemente; no me había dado cuenta de que también me había acercado a su rostro apoyando mi frente en la de él.

—No juegues con mi cabeza, sé que esto no está pasando —dije con los ojos cerrados.

—Estoy aquí —dijo con voz suave pasando ahora una mano por mi espalda con lentitud.

—No, seguro estás hipnotizándome desde algún otro lado. Disfrutando de cómo me derrito en tus brazos —dije con ojos cerrados. Besó mi mejilla y carcajeó.

—No es gracioso.

—¿Así que te derrites en mis brazos? —preguntó con voz juguetona.

—Deja de jugar con mi mente. No dejaré que me vuelvas a hipnotizar —susurré llevando mis manos a mi cabeza y cerrando los ojos con fuerza.

Sentí el calor cerca, sus manos se posaron en mi espalda baja y la calidez de su piel traspasó la tela. Pasó con suavidad sus manos por debajo de mi camiseta tocando mi espalda lentamente. El tacto de Einar era suave, seguro, y hacía que mi estómago diera un salto.

—No necesito hipnotizarte para besarte —susurró en mi oído, mi cuerpo reaccionó a la perfección a su tacto y su voz.

Abrí mis ojos para mirarlo, lo tenía completamente a mi merced, sentado en el sillón de mi departamento conmigo en su regazo.

—¿Quién eres? —susurré nuevamente.

Acaricié su mejilla sintiéndola suave, él cerró sus ojos como si disfrutara de la caricia. Pasé mi dedo índice lentamente por su mandíbula hasta su labio inferior y abrió los ojos para observarme y sonreír.

—Ya sabes quién soy —dijo con voz ronca.

Sentí de repente latir mi corazón con fuerza y mi respiración volverse pesada. Estaba encantada con lo que él me podía hacer sentir.

—Soy un portador de oscuridad —susurró con sus labios en mi mandíbula.

—¿Qué? —No podía pensar en lo que me estaba diciendo, era casi como si estuviera bajo un encanto. Acarició su nariz con la mía.

—Las heridas, los temores, las angustias, la ira, los engaños, las

mentiras… —susurró lentamente mientras observaba mis labios fugazmente para luego subir a mis ojos. El color gris que normalmente tenía en sus ojos ahora era más oscuro—. La pasión y la lujuria —susurró divertido pasando la punta de su lengua por mi mandíbula lentamente—. Soy eso. —Cerré mis ojos sintiendo su voz y sus besos en mi cuello que dejaban pequeñas y adictivas huellas de ardor. —Por eso no te puedes concentrar ahora —susurró divertido.

—¿Qué? —dije algo perdida.

—Estoy jugando con tu mente —dijo en mi oído perdiendo su rostro en mi cuello.

—¿Por qué usaste tus encantos con mi hermana? —pregunté al recordar esa escena.

—Porque no quiero que sepan que tú eres mi punto débil, eso te convertiría en un blanco fácil —explicó con el rostro escondido—. No podría cometer ese error nuevamente. —Su voz sonó con un fondo atormentado—. No te quiero lastimar, periodista.

De repente la energía volvió lentamente a mí y las cosas eran un poco más claras.

—¿Un punto débil? ¿Cómo el talón de Aquiles? —pregunté.

—Paris mató a Aquiles clavándole una flecha envenenada en el talón, se dice así por eso. ¿Lo sabías? —respondió y todo quedó en silencio.

Nos miramos como si hubiese algo más que una simple conexión. Pasé mis dedos por su cabello suave tirándolo hacia atrás; respiré su delicioso aroma y me sentí protegida envuelta en sus brazos. Había querido tocarlo desde que nos conocimos; era casi como si mi alma estuviera completamente atraída hacia él.

—Eres hermoso —susurré a pocos centímetros de su rostro.

—Fui hecho según los gustos del humano —dijo lentamente.

—No hablo solo de tu belleza física —dije y atrapé su labio inferior; su boca me recibió a la perfección.

Einar apretó su cuerpo aún más contra el mío haciendo que la calidez se esparciera por mi sangre. Nuestras lenguas se entrelazaron en un beso lento, profundo, misterioso y salvaje. Era exquisito, como un beso que nunca había recibido de nadie.

—La lujuria no te está dejando pensar con claridad; no estás procesando la información que te estoy transmitiendo. Estarás aterrada mañana —agregó por arriba de los besos.

—Solo bésame.

Siguió mi orden. Nos besamos sin remordimientos, con juegos lentos, tomándonos el tiempo de saborear al otro. Einar besaba de forma deliciosa; su lengua se entrelazó con la mía en un juego tan intenso que sentía mi cuerpo temblar.

Un sonido de llaves sonó a lo lejos en la puerta.

—Didi —susurré sintiendo como si mi cabeza de repente se volviera más clara.

Einar cerró los ojos y apretó la mandíbula. Me aparté poniéndome de pie.

—¿Tab? —preguntó Diana; Einar sentado en el sillón la observaba con los brazos cruzados. Las velas seguían llameando creando sombras en las paredes y haciéndolo ver intimidante—. Señor Lucson —dijo con sorpresa Didi—. No sabía que estaba aquí, ni que… —comentó cerrando la puerta detrás de ella.

—Vine a ver cómo se encontraba tu hermana —dijo Einar con una fachada de tranquilidad que envidié—. Y está bien —aclaró burlón. Me retiraré entonces. Que descanses, Jones —me dijo.

Para mi sorpresa tomó mi mano y besó el dorso delicadamente. Guiñó su ojo y se dirigió a la puerta.

—Diana —fue todo lo último que dijo y se retiró.

Didi se quedó inmóvil mirándome y luego sonrió ampliamente.

—Tienes cara de loca, respiración agitada y ojos brillosos —puntualizó divertida—. Madre mía, eso es estar caliente. —Rio ante mi imagen.

Mientras reía caminé algo inestable, este era el efecto que tenía en mi cuerpo Einar. Busqué agua fresca en la heladera.

—¿No podías quedarte con tu amigo un rato más? —pregunté.

—Estaba aburrida. Además Einar me dio dinero y no quería gastarlo todo en cervezas —comentó divertida.

—¿Einar te dio dinero? —pregunté levantando una ceja luego de beber agua.

—Me dijo que era para enmendar lo ocurrido en el bar y para que me divirtiera. Pero no sabía que me estaba dando dinero para mantenerme alejada y que ustedes dos pudieran tener una aventura salvaje arriba del sillón —sugirió burlona.

—Cállate. —Revoleé los ojos.

De repente todo se iluminó. Me resultó extraño. ¿Cómo la luz volvía tan solo minutos después de que Einar se hubiera retirado? ¿Habría usado nuevamente sus poderes para hacerme creer que no había luz?

—Maldito pueblo sin luz —comentó Didi y observó los rincones del departamento—. Vamos a tener que arreglar esas goteras, ya son un asco.

—Sí, cuando tengamos dinero y tiempo extra buscaré a alguien que se encargue —le dije apagando las velas. Lo único que faltaba era ocasionar un incendio, casi como el que estaba pasando adentro mío por los besos y las caricias de Lucson.

Didi me contestó con un portazo de la puerta del baño. Mi mirada se detuvo en el libro de tapa oscura.

¿Quién eres, Einar Lucson? Había algo que me aterraba de tan solo pensar en saber su verdad.

CAPÍTULO 7

—Aquí tienes. —Le tendí un café a Isa.

Ella levantó la mirada de la computadora y me observó.

—Es el tercer café que tomas —comentó extrañada.

—Solo agradece que te traje uno a ti —me burlé caminando hacia mi oficina.

Había pasado una muy mala noche, las pesadillas parecían cada vez más vívidas; sentir que caía de las vigas era algo realmente aterrador.

Me senté en mi ahora solitaria oficina observando por un segundo el ventanal que mostraba a una Cambria gris y algo nostálgica.

Di una mirada rápida al pizarrón colgado de una de las paredes con el mapa conceptual de la historia de Einar.

Las palabras «no humano» y «sombra» se mezclaban en un tamaño pequeño entre los distintos papeles.

Sin más saqué de mi cartera el libro negro y lo coloqué frente a mí. *Secretorum de mythologia* se titulaba en finas letras rojas. Pasé mi mano por la tapa sintiendo las letras con relieve y algo en mi corazón se inquietó. Las hojas estaban levemente desgastadas, debía de ser un libro antiguo. Tenía ilustraciones de seres fuera de este mundo, mezcla de animales y criaturas horrorosas.

El libro se estructuraba en cuatro capítulos: terrenales, muertos vivientes, interplanares y lux-Bris.

No era un libro de mitología clásico, eso era claro. «¿Quién es el autor?», susurré buscando el nombre del creador del libro, pero nada. No había un nombre y eso era aún más raro.

Mi piel se erizó al ver de título «Sombra». Leí las palabras que seguían; era un poco más de información de la que Einar me había proporcionado y me quedé por un segundo mirando la ilustración de un lado. Era lo que había visto. Era ese mismo espécimen. «Mierda», susurré pasando varias páginas en un intento de alejarme de esa imagen. Hasta que mi mirada se detuvo en «Demonios: súcubos e íncubos».

«*El demonio íncubo es la contrapartida masculina del súcubo. Un hombre joven, extremadamente atractivo y fuerte, que seduce y atrae a cualquier espécimen humano que atormenta de la misma manera que suelen hacerlo los súcubos*».

«¿Qué?»

«Existe la teoría de que estos demonios son descendientes de lux caídos que han degenerado en succionadores energéticos. Se nutren de la energía vital del mortal, energía que también les permite mantener ese aspecto

joven y encantador. Tras el estado de inconsciencia, las víctimas pasan a un sueño profundo del que suelen despertar agotadas, deprimidas y con la sensación de haber vivido una horrible pesadilla; aunque si el íncubo se excede extrayendo energía es posible que no consigan despertar y acaben muriendo. Pueden controlar las imágenes que ve su víctima cuando lograron entrar en su sistema corporal».

Había más información pero fui a la ilustración. Había dibujados dos jóvenes, un hombre y una mujer. Con una belleza única, tan atractivos que parecían letales. En mi mente se plantó una imagen familiar: Einar.

Recordaba que Oliver la noche anterior había dado a entender que cualquier persona caía bajo el encanto de Einar. Entonces ¿él era un demonio?

Cerré el libro de repente sintiendo el miedo recorrer mi espina dorsal; mis manos empezaron a sudar. El golpe a la puerta me sacó del trance.

—Tab. —Se asomó Isa.

—Dime —contesté algo quedada.

—Te han dejado esto. No parece ser una amenaza —comentó algo divertida dándome un sobre negro.

Agarré el sobre que llevaba mi nombre y apellido escrito en una caligrafía cursiva blanca. Al abrirlo saqué un papel negro con letras en un dorado elegante.

SRTA. TABATHA JONES
La junta de Chareston de Cambria está complacida de invitarla a la 16ª edición de la celebración Rêves *de gala, la cena anual de caridad.*
La esperamos junto a un acompañante.

«Aider les autres à améliorer le monde».

La dirección, junto al horario, estaba un poco más abajo. Mi mirada reparó en dos firmas: la de la directora del Chareston y la de Einar Lucson. ¿Qué tenía que ver él con esto? ¿Y por qué yo recibía una invitación a una de las galas de caridad más prestigiosas de Cambria?

—Isa, comunícame con el despacho de Robert Monet, por favor —le dije por el intercomunicador.

Volví a observar el libro de mitología. Si Einar era un demonio íncubo, ¿por qué estaba detrás de mí? ¿Qué quería de mí? *Matarme o usar mi cuerpo.*

Sabía que había tenido más pesadillas de lo normal cuando él había aparecido en mi vida. Las características que había leído acerca de los íncubos eran prácticamente las de Lucson, pero no cerraba con su

empeño en ayudar a criminales vinculados a la religión.

Debía investigar aún más, pero sabía que Einar no era nada bueno y tal como había dicho me encontraba aterrada. Mis ojos se movieron hasta la caja azul que decía «Cartier» al frente. Debía sacar esas cosas del estante, pero por respeto a mi antecesor no lo hacía.

—¿Has hecho enojar a alguien? —pregunté mirando la caja—. Sí, yo también —suspiré y miré hacia la ventana.

Caminé por las calles de Cambria con las bolsas del mercado; agradecía que el clima estuviera un poco más seco, aunque no había indicios de que el viento apaciguara. Seguí caminando hasta que vi que un hombre mayor me observaba. Lo miré sin dejar de caminar. El frío recorrió mi espalda y me di media vuelta para ver si había alguien más. De repente me encontraba sola en las calles que antes estaban abarrotadas de personas. El silencio inundó de golpe la ciudad.

Volví a ver al hombre; sus ojos comenzaban a ponerse negros y de repente abrió su boca mostrando sus dientes filosos. Con fuerza se elevó y disparó contra mí. Mi respiración se trabó, y mi cuerpo se congeló por completo; dejé caer las bolsas y tapé mi rostro en un intento de protegerme del ataque.

—Camarera —la voz de un hombre sonó y luego tocó mi espalda.

Salté como si algo me hubiese impulsado. Abrí los ojos, me costaba respirar. Allí mismo se encontraba Oliver mirándome con el rostro serio; con rapidez observé a mi alrededor, la gente caminaba normalmente, como si nada ocurriera. Me encontraba en la mitad de la calle con las bolsas esparcidas en el piso. Miré a donde había estado aquel hombre; no había nadie.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Oliver con su mano en mi espalda.

Lo observé.

—Yo… —Estaba perdida, me sentía fuera de lugar.

Me miró con seriedad, casi como si me analizara. Su presencia me trajo algo de seguridad.

—Tranquila, te acompaño a tu casa —se ofreció agarrando las bolsas.

—Gracias —susurré.

Caminamos en completo silencio. Oliver volvió a poner su mano en mi espalda; no estaba segura de por qué, pero parecía tener una razón fuera de la lógica de reconfortarme.

—Estaba yendo a buscar unas maderas y te vi —comentó relajado.

—Me bajó la presión —me excusé ya frente al departamento.

Su cabello rubio estaba disparado para cualquier lado, como de costumbre, y sus ojos marrones no me dejaban un segundo.

—¿Te sientes bien? —preguntó.

Me costaba respirar, estaba mareada; debía entrar lo antes posible.

—Sí, sí. Gracias por la ayuda —dije arrebatándole las bolsas.

—Tabatha —me llamó.

Suavemente subió una mano a mi cuello para luego apoyar su dedo pulgar en donde se encontraba mi tráquea.

—¿Qué? —pregunté sin entender.

El oxígeno comenzó a transitar sin problema, casi como si hubiese quitado lo que estaba trabando el aire.

Dejó caer su mano como si nada y me regaló una pequeña sonrisa.

—Intenta respirar despacio, a veces la angustia y el miedo se alojan en la garganta —suspiró—. Nos vemos —saludó y dio media vuelta.

—Oliver —lo llamé—. ¿Quieres entrar por un café? —pregunté.

El rubio levantó una ceja.

—Además, me gustaría que veas unas goteras —dije rápidamente.

—¿Me invitas a pasar para que te arregle unas goteras? —preguntó levantando una ceja. Me encogí de hombros—. Acepto —dijo divertido.

Observé a un hombre con cabellera rubia oscura bajar de un auto lujoso y caminar con un portafolio hacia el despacho de abogados.

—Señor Monet —fui directo a su búsqueda.

El hombre me observó algo confundido, sus ojos estaban ocultos tras unos anteojos de sol.

—¿Nos conocemos? —preguntó.

—Mi nombre es Tabatha Jones, mi asistente lo estuvo llamando pero no logró comunicarse —dije rápidamente.

—Tu rostro me resulta familiar —dijo mirándome—. ¿No te conozco de un evento en el Club Foreste? —preguntó.

Tragué duro, esa no era una buena introducción.

—Ahora trabajo para el diario central de Cambria y me gustaría hacerle unas preguntas sobre el caso de Ryan Platt si no es mucha molestia —dije rápidamente.

—No tengo nada que ver con ello —se excusó. Dejó de mirarme y siguió su camino.

«¿Qué?»

—¿Cómo? —dije caminando a su lado—. Señor Monet, por lo que tengo entendido usted es un abogado que está involucrado en ese caso.

Respiró hondo, me miró y luego se quitó los anteojos.

—No sé quién te está brindando la información pero no tengo nada que ver con el caso Platt. Ahora si me permites… —cortó el diálogo.

—¿Cuál es su asociación con Einar Lucson? —pregunté haciendo

caso omiso a lo que me había dicho.

Frenó, suspiró y dio media vuelta.

—¿Estás obsesionada con Einar? —preguntó levantando una ceja.

—No sé de qué me habla, solo estoy haciendo mi trabajo.

—¿Tu trabajo es sobre el caso Platt o sobre Lucson? —inquirió mirándome a los ojos.

Me quedé en silencio.

—¿Mi recomendación? No te metas en ninguno de los dos casos —fue todo lo que dijo antes de entrar al edificio.

Maldita sea.

Terminé de tipear con rapidez y envié el e-mail a Lucrecia con el último borrador del artículo sobre Einar. Había dejado de lado muchas cosas que todavía no tenía manera de comprobar. Esperaba que el borrador no fuera lamentable.

«¿Por qué no hablas de su manera de hipnotizarte o crear cosas en tu cabeza?»

Porque cómo hablaría de algo así. Algo hacía ver este caso tan… íntimo, que de repente la idea de compartirlo con el mundo no me atraía.

«Eres una idiota», susurré pasando las manos por mi rostro.

Escuché la risa de Didi en la habitación, que salía junto a una chica de cabello negro.

—Nos vamos a un bar—dijo divertida.

—Diviértanse —fue todo lo que dije.

Didi siempre había sido la más sociable de la familia, también la más liberal respecto del amor. Solía fluir con las personas sin importar el género y eso era algo que me encantaba de ella. Admiraba a Diana desde que éramos pequeñas, no pensaba tanto las cosas. Por mi lado, me concentraba en analizar tanto que perdía la gracia. Recordaba a mi amiga Florence, en el colegio, decirme que debía fluir más, que así me divertiría con los detalles y no solamente con el resultado. La nostalgia se atoró en mi garganta. La extrañaba. Con tanto trabajo no había logrado pensar ni un segundo en ella desde su muerte.

Caminé hacia la cocina y agarré una botella de vino tinto. Con lentitud, me serví una copa y revisé el borrador en la *laptop*.

«Patético», susurré y di un trago.

—Esto es aburrido —dijo Lucrecia tirando el borrador sobre el escritorio—. Prácticamente estás dando información que puedo encontrar en una página web o hablando con alguien.

Sí, tal vez había hecho el artículo más suave teniendo en cuenta

que no podía decir que Einar era un demonio íncubo. Todo lo demás parecía tan pequeño que ya no me generaba diferencia sacar o poner cosas.

—¿Qué esperabas? Es un empresario, no un sicario —respondí en un intento de defenderme.

Lucrecia me observó con su clásica mirada matadora; cuando estaba enojada y se contenía era como si se quedara tildada mirando un punto.

—Tabatha, dejé que trabajaras con Lucson pensando que traerías historias jugosas. Pero simplemente me estás contando una historia tan estereotipada que parece una monografía de la universidad —comentó apoyando sus manos en el escritorio.

—Necesito un poco más de tiemp…

—¿Sabes? Si tú no me traes una historia digna de publicar en dos semanas, estás fuera de este tipo de artículos —sentenció mirándome a los ojos—. No, déjame corregirme: fuera del diario.

—Iré a fumar —le dije a Didi y a su amiga en el bar.

Había aceptado salir a beber algo simplemente para despejar mi mente; las pesadillas e ideas sobre monstruos mitológicos parecían invadir mi cabeza aún más, así que prefería no pasar tanto tiempo sola. La calle olía a humedad e invierno; acomodé mi abrigo y me dirigí el callejón al lado del bar. El piso estaba levemente mojado por la lluvia torrencial de minutos atrás. Prendí un cigarrillo observando el cielo con nubes grises que se movían con lentitud.

Debía encontrar algo atractivo para el artículo. Pero no estaba segura de querer develar lo sobrenatural, más aún cuando no sabía bien a qué me enfrentaba. La calidez se apoderó de mi cuerpo y mi corazón empezó a bombear con fuerza. Fruncí el ceño y miré a un costado. Einar estaba allí parado, vestido con camisa y pantalones negros, tan elegante como siempre, llevaba las manos en los bolsillos. Su cabello azabache estaba peinado hacia atrás; tenía una expresión seria y su mirada fija en mí.

—¿Qué haces aquí? —dije con sorpresa.

Mi estómago dio un vuelco cuando dio unos pasos hacia mí.

—No sé nada de ti desde hace unos días. Me cortas las llamadas y hoy vino tu agradable asistente, Isabella —comentó siguiéndome con sus ojos grises—, para traerme una copia del borrador. Parece que te sentías mal.

Su rostro serio me hacía ver que no estaba contento con esa idea.

—Ya me siento mejor —repuse tirando el cigarrillo al piso y pisándolo.

Absorbí por completo la presencia de Lucson. La idea descabellada

de que fuera un ser sobrenatural cobraba sentido.

—¿Qué ocurre, Tabatha? —su voz grave me trajo al presente.

—Tuve algunos problemas personales —susurré.

Me aterra que puedas entrar en mi mente.

—¿Puedo ser de ayuda? —se ofreció con las manos en los bolsillos. Casi como si estuviera demostrando que era inofensivo.

Algunos botones de su camisa estaban abiertos, como si no fuera pleno invierno. Pude ver un borde de la cadena que solía colgar de su cuello.

—Estoy teniendo problemas para dormir y eso me hace estar un poco distraída —expliqué sin moverme.

Lo vi caminar lentamente por el lugar hasta quedar frente a mí a una buena distancia.

—¿Problemas para dormir? ¿Pesadillas? —preguntó con interés.

Asentí.

—¿Qué ves en ellas? —quiso saber.

—Me veo huyendo de seres extraños que intentan atacarme —proseguí—. A veces estás allí —finalicé.

Sus ojos grises me miraron fijos, casi como si me estuviera analizando.

—¿Haciendo qué? —preguntó con voz tranquila.

Había tenido sueños de todo tipo con Einar, pero eran bastante confusos. Y a veces ni siquiera veía su cara, simplemente sentía su presencia.

—Tengo lagunas que no puedo recordar —comencé algo insegura.

—Inténtalo —contestó de forma automática.

—En el último que tuve, me encontraba escondiendo algo… —susurré—. No recuerdo qué, pero era muy importante y debía apurarme —relaté.

Su rostro estaba completamente serio. Observó por unos segundos a mis costados.

—¿Le has hablado a alguien de esto? —preguntó. Negué con la cabeza—. ¿Escribes los sueños?

—Sí; de chica lo hacía con más frecuencia. —Dio un paso hacia mí y sentí mi estómago cosquillear. Por un lado quería salir corriendo lejos de esos ojos grises y por el otro estaba disfrutando el simple hecho de su presencia.

Respiró hondo, dio dos pasos y se paró a centímetros de mi cuerpo. Su altura era imponente pero lejos de sentirme amenazada me sentía segura; sabía que cualquier otra persona se sentiría en peligro. Con tranquilidad, sacó una pequeña pulsera de su bolsillo; una gema roja brillaba con fuerza.

—Toma. —La puso en la palma de mi mano—. Esto te mantendrá a salvo por las noches —su voz era suave y seria.

—¿Esto? —pregunté mirando cómo la pieza brillaba en mi palma.

—Pensarán que no estás sola —susurró a centímetros de mi rostro.

El calor subió por mi sangre casi automáticamente, su mirada se detuvo unos segundos en mi boca.

—¿Tendré el honor de verte el sábado? —preguntó divertido con la punta de su nariz rozando la mía.

Estaba hablando de la cena de la junta de Chareston.

—Tengo que ayudar a Diana con algunas cosas —mentí.

Mi mente estaba completamente apagada y mis sentidos parecían estar al tope.

—¿A cuántos dioses tendré que implorar para que asistas? —dijo suave.

—Si terminamos a tiempo… —comenté sintiendo mi voz perdiéndose por completo en él.

—Promételo. —Sus labios rozaron los míos con lentitud.

—Lo prometo —contesté. Cerré los ojos y sentí sus labios juguetear lentamente con los míos.

—Me consumo en tu promesa, Tabatha. —El susurro sonó en el fondo de mi cabeza y Einar desplegó una sonrisa casi como si hubiese ganado una partida de pool.

—¡Tab! —Didi salió de la puerta trasera del bar—. ¿Qué haces? —preguntó— Nos estamos por ir.

Abrí mis ojos y de repente estaba sola. No había nadie, ni rastros de Einar. Casi como si su presencia no hubiese existido. Observé el cigarrillo tirado en el piso.

—Ahora voy —le dije algo quedada.

Didi volvió al bar y observé el callejón vacío. Metí mi mano en el bolsillo y saqué la pulsera que brillaba con fuerza. ¿Simplemente se había esfumado? ¿O había sido una recreación en mi mente? Debía confirmar quién era realmente Einar o mejor dicho… ¿qué era? Y por qué se metía con tanta facilidad en mi cabeza.

CAPÍTULO 8

—¿Te gusta? —le pregunté a Luke, quien se encontraba sentado comiendo galletitas, mostrándole el vestido.

Negó con la cabeza.

—Espera, espera. —Betiana rebuscó en una gran caja de madera que utilizaba de costurero—. Es un vestido que utilizó tu bisabuela en plena Segunda Guerra Mundial —comentó mientras buscaba en la caja.

—¿Por qué no te pones algo más actual? —preguntó mi madre luego de dejar de lado su celular. Sabía que debía estar peleando con mi padre por allí.

—Todo lo que tiene Diana no va con mi personalidad, es un evento elegante —respondí algo distraída mientras Beti hacía dobleces en la tela con alfileres.

—¿Dónde está Diana? No viene a vernos desde hace días —dijo mi madre.

—Dijo que necesitaba nadar y fue a la piscina climatizada de un hotel o algo por el estilo. Un amigo de ella trabaja allí de recepcionista —comenté distraídamente.

—¡Que divertido! —exclamó Georgina—. ¿Y por qué no la acompañaste?

—Tuve algunas pesadillas con el agua, puede sonar tonto pero… —relaté con tranquilidad.

—A mí también me da miedo el agua —dijo Luke.

—A ti no te da miedo el agua, solo no te gusta bañarte —me burlé.

—Mi madre era un poco más alta y luego de tantos años en un baúl la tela cedió. Era una época austera, no había dinero para materia prima. Pero verán que con algunos ajustes quedará como nuevo —comentó mi abuela centrada en seguir pinchando alfileres en la tela.

El vestido era antiguo, sabía que debía ajustarse aquí y allá, pero realmente me gustaba. Recordaba haberme quedado enamorada de ese vestido verde esmeralda cuando Betiana lo había sacado hacía tiempo de un baúl en su vieja casa.

—Te tomaré las medidas y verás que para el fin de semana te quedará como un guante —comentó entusiasmada mi abuela—. Hace tanto tiempo que quería arreglarlo… —suspiró encantada.

—Ustedes dos siempre tuvieron gustos similares —comentó mi madre—. ¿Cómo viene el artículo? —preguntó mientras se ataba el cabello, otra vez tenía que volver al hospital y las peleas a la distancia con mi padre no eran de ayuda.

—Ya entregué el primer borrador y fue catastrófico. A Lucrecia no le gustó —relaté.

—¿Y ella qué sabe? —dijo mi madre ahora con el ceño fruncido.

Siempre había sido una mujer de mucho carácter.

—Los artículos informan, no tienen por qué entretener —comentó Betiana mientras seguía haciendo pinzas en el vestido—. Quédate quieta, no quiero pincharte.

—¿Por qué no te vas de ese diario? —preguntó mi madre.

—Porque es lo que paga mi alquiler, mi vida y los caprichos de Didi.

—Oh, vamos, no necesitas de nadie para escribir. Solo una lapicera y un papel —dijo Betiana.

Ellas creían que me subestimaban en el diario, pero por mi lado no estaba lista para abandonarlo. Menos ahora que tenía a Einar entre mis manos.

—Me gusta el color —dijo Luke mirándome con la boca llena de migas. Sonreí.

—Sabía que te gustaría…

Caminé por el cementerio con lentitud, la niebla estaba espesa en el aire. Aprovechaba cuando venía a Pardillo para pasar por allí. Caminé por el camino húmedo por la lluvia de la noche y sentí el olor a tierra mojada. Me detuve en la lápida tan conocida por mis ojos.

Florence Denver.

«Lamento no haber venido antes», susurré. «Estuve con mucho trabajo», me excusé. Dejé una margarita junto a la lápida.

La muerte era algo que me aterraba desde pequeña, intentaba no pensar muy seguido en ella porque comenzaba a generarme ataques de pánico. Tres años atrás Florence había decidido partir y entonces supe que estar cerca de la muerte te deja dos opciones: volverte más fuerte y entender que es parte de la vida, o temerle aún más. Este último fue mi caso.

«Pardillo está hecho un asco, no es que Cambria sea mejor, pero en comparación… Tenías razón, este es un campo sin posibilidades», comenté con una pequeña sonrisa. «Te extraño», dije con las manos ocultas en los bolsillos de mi abrigo. La mañana estaba realmente fría y la bruma era espesa. «Volví a escribir mis sueños», informé relajada. «Hace un buen tiempo no apareces en ellos», indiqué con lentitud intentando evitar el sentimiento de angustia trabado en mi garganta. «Tengo una fiesta este fin de semana, en un lugar elegante…», suspiré. «Te vendré a ver en unas semanas nuevamente», concluí.

Odiaba los cementerios, la muerte me generaba tantos sentimientos horribles que no podía pasar sin salir conmocionada. Recordaba el día

del velorio de Florence; había sido un momento aterrador y angustiante. De repente mi mente viajó a la foto de Einar saliendo del lugar ese día; él había estado en esa misma fecha y no sabía cuál era la conexión entre ellos dos.

Sentí en mi espalda un frío intenso. Casi por instinto observé a mi alrededor hasta frenar en la imagen de un hombre a lo lejos.

«Santa mierda», susurré al reconocerlo.

Era el mismo hombre que se me había aparecido ese día en la calle de Cambria. Empecé a correr como si mi vida dependiera de ello, pero de repente me faltaba el aire, comencé a toser y sentí que el frío envolvía mi cuerpo. La desesperación tensó mis músculos. Miré hacia atrás y no había nadie.

Me detuve al llegar a la camioneta y entré dando un portazo. Al arrancar observé la salida del cementerio: el hombre estaba allí parado, con sus ojos negros y su mirada letal. Y lo reconocí, era Arthur Posleman, el mismo hombre que me había gritado en el evento con Einar. Sentí cómo mi cuerpo daba una sacudida de miedo. Me alejé rápidamente de esa escena. ¿Qué mierda estaba pasando? ¿Por qué ese hombre me estaba persiguiendo?

—Esto queda a una hora de viaje, pudieron haber mandado una nota avisándolo —susurró Diana mientras manejaba hasta que nuestra mirada fue a parar al gran castillo en la lejanía—. No me digas que…

—Es ahí —dije chequeando el mapa sin poder creerlo.

La noche estaba estrellada como nunca; por un segundo me sentí fuera de Cambria, donde las nubes lo inundaban todo. Le brindamos la llave de la camioneta al *ballet parking*, sin importarnos la cantidad de autos de colección que brillaban bajo la luz de los faroles. Caminé sintiendo el satén de la tela suave. Betiana había hecho un gran trabajo adaptando el vestido verde esmeralda a mi cuerpo, tanto que parecía hecho a medida.

—Si me llegan a preguntar, mi auto es ese —se burló Diana señalando un auto rojo último modelo, mientras caminábamos colina arriba hacia el gran lugar.

El viento soplaba fuerte, observé un poco más alejado un pequeño bosque en plena oscuridad.

—Nunca había estado por aquí —comenté tapándome con mi abrigo.

Atravesamos una pequeña colina hasta llegar a una gran entrada con escaleras, claramente era un castillo refaccionado; la estructura de piedra era antigua e imponente.

—Qué hermosura —suspiró Diana cuando entramos anunciando nuestros nombres.

El lugar estaba atestado de gente, pasamos entre las personas hasta el salón principal. En ese momento, un pensamiento me atacó con ferocidad: había estado aquí.

El gran ventanal de vidrio daba a un jardín de invierno. En el salón se veía un piano de cola y una gran chimenea con revestimiento de mármol. Un poco más arriba se encontraba una gran pintura de una mujer de espaldas completamente desnuda que olía una rosa de color negro. El marco era dorado y por un segundo pensé que tal vez fuera de oro. Dos grandes arañas soñadas colgaban del techo llenas de detalles.

—Madre mía —susurró Diana sin poder dejar de observar el lugar —. Ni sabía que existía un lugar así cerca de Cambria.

Un aroma a flores invadió todos mis sentidos.

—¿Vino? —Un hombre vestido formalmente nos ofreció una copa.

—Tab. —Me dio una copa Didi mirándome con extrañeza—. ¿Te encuentras bien? —preguntó.

—¡Jones! —Gail apareció entre la gente vestido elegantemente.

—Gail, ¿viniste a ver si puedes atacar a alguna estrella? —pregunté burlona.

—Vine porque nuestra jefa me invitó —dijo levantando una ceja—. Le entregué el anteúltimo borrador de Parnech y le ha fascinado —comentó mientras bebía de su copa con una leve sonrisa.

—Te presento a Didi, mi hermana —dije algo seca.

Él solo estaba presumiendo.

—Si me disculpan unos minutos… —me excusé y dejé a Didi y Gail conversar.

Caminé por entre la gente sintiéndome enferma, mi estómago cosquilleaba con fuerza de la misma manera que cuando ves algo que te causa miedo y adrenalina. Levanté el rostro y me encontré con Einar, quien me miraba de frente a lo lejos.

Llevaba un esmoquin negro y el cabello peinado hacia atrás. Por un segundo, unas imágenes pasaron por mi mente, y supuse que eran parte de mi imaginación. Pero sus ojos grises y la imagen que vi de un incendio me decían lo contrario.

—Tabatha —una voz me sacó de mi trance.

Observé a Lucrecia a mi lado. Cuando quise ver a Einar una vez más, él ya no se encontraba allí.

—Qué suerte que te encuentro —comentó mi jefa mirándome con una sonrisa—. Quiero presentarte a algunas personas…

Sabía que si Lucrecia se metía entre medio era porque quería sacar provecho de alguna manera. La velada pasó lenta e incómoda; la sensación de conocer profundamente ese lugar se acentuaba con el pasar de las horas. La comida era buena, al igual que el vino. Para mi sorpresa, Einar había desaparecido por completo, como si se hubiese

evaporado. Me sentía tan desconectada del presente que me costaba prestar atención a las cosas que ocurrían, como al discurso que había pronunciado la directora del Chareston o aquello de lo que me hablaba Didi. Me disculpé al ver cómo mi hermana hacía sociales y caminé hacia afuera. Agradecí el hecho de que el lugar estuviera vacío; todos se encontraban adentro terminando la cena. Me senté en uno de los escalones para observar el cielo estrellado y un poco más lejos el gran bosque oscuro.

¿De dónde conocía este lugar? Ya había estado aquí, estaba segura.

«Un palacio, esto es un palacio», susurré de repente con las ideas mezcladas.

—Veo que estás tan divertida como yo… —comentó Gail mientras interrumpía mis pensamientos y se sentaba a mi lado.

—Algo.

—No somos de aquí y se nota. Codeándonos con la elite, siendo unos simples periodistas. No sé cómo hacen pero parece que nos huelen —dijo divertido.

—¿Conoces este lugar? —pregunté mirándolo cómo se prendía un cigarrillo.

—Debe ser un castillo abandonado de algún rey o algo —suspiró—. Estoy en duda con mi artículo —dijo de repente.

—Hace un rato parecías contento regodeándote de él —le recordé dándole una pitada a mi cigarrillo.

Gail era un hombre difícil y era la primera vez que estábamos solos en una situación fuera de la oficina.

—Estoy confundido —confesó para luego largar el humo lentamente.

—¿Confundido? ¿Con lo que escribiste? —pregunté sin entender.

—Me enamoré —reconoció mirando hacia el vacío.

—¿De Parnech? —pregunté sin poder creerlo—. ¿No es una mujer mayor? —La empresaria era reconocida mundialmente, principalmente por haber tenido un revuelo con lavado de dinero dos años atrás.

—De su hija —aclaró y largó el humo.

—¿Y eso? —pregunté.

—Poly me dijo algunas cosas acerca de la madre que sumarían para el artículo y ya con eso estaba viendo mi puesto en el *Nueva York*. Pero… simplemente no puedo… —repuso con la mirada perdida.

—No quieres hacerle mal, te interesa —observé.

Sabía que Gail era un tipo frío, calculador y casi un robot del periodismo. Desde que había entrado al diario él era el único que había tratado el tema de Cartier como si él mismo se lo hubiese buscado y no como una víctima. Cualquier tipo de información que le llegara, él la usaría, sin importar si eso mancharía al personaje. Por

eso era la estrella del diario; él no tenía miedo, ni escrúpulos.

—No confío en Lucrecia —disparó—. No sé si quiero entregarle toda la información, yo no… —se enredó con las palabras.

—Si llegas al *Nueva York*, que sea por haber hecho un increíble artículo, no por haber destrozado a alguien —me despaché con dureza.

—Eres inteligente —me alabó con una pequeña sonrisa—. Y sexy —agregó divertido—. Hubieses sido un buen partido, salvo que debajo de esa fachada se esconde una sentimental —dijo lentamente—. Por eso te cuesta tanto con Lucson.

—Lucson es un tema aparte. —Di otra pitada y evité su mirada.

—Creo que está muy cerca de parecerse a lo mío… —replicó dando por finalizado el tema. Todo quedó por unos minutos en silencio.

Desde la sala principal comenzó a escucharse música.

—Ha empezado el momento del baile, al parecer —anunció Gail—. Tu hombre ha desaparecido desde el principio de la gala —comentó.

—Querrás decir mi entrevistado —aclaré parándome.

—Ven, vamos a bailar. ¿Has probado el vino? Es estupendo, no sé cómo hace pero el Plaisir es el mejor —acotó brindándome su antebrazo para sostenerme.

En la sala, una banda interpretaba una balada mientras la gente bailaba en parejas.

—Toma. —Gail me tendió una copa de vino.

Observé a Einar bailar con una mujer pelirroja mayor que él. Sus ojos me encontraron entre la gente mientras el violín y el piano se fusionaban en el aire. Bebí el vino; era maravilloso.

—En los momentos que vivimos es necesario festejar —comentó la mujer de cabello oscuro. Llevaba un vestido acampanado color hueso.

—¿Te sientes mejor? —preguntó.

Me encontraba recostada en una cama con sábanas blancas en una gran habitación donde otras mujeres de distintas edades tejían y leían.

—Necesito volver a mi casa —dije con debilidad.

—Estamos en pleno toque de queda. Será mejor que te quedes aquí. Iré por paños fríos para tu cabeza, es el estrés —me dijo la mujer mirándome fijamente con una sonrisa.

Había algo en su rostro que me era familiar, me senté en la cama sintiéndome adolorida y observé el vestido blanco que llevaba puesto y la gran mancha rojiza en el centro.

—Qué… qué es esto… —susurré mirando horrorizada la tela.

—Es normal —dijo con suavidad—. Te buscaré algo para que te cambies.

—Yo no… yo no puedo quedarme aquí —dije rápidamente.

—Tranquila. Ven, vamos a cambiarte. —La mujer tomó mi mano y me llevó a otra habitación; no había muebles y el lugar parecía nuevo.

—Veamos qué podemos encontrar. Sé que puede ser difícil… —dijo abriendo un placar rústico trabajado a mano.

—¿Dónde estamos? —pregunté con dolor en la parte baja de mi vientre.

—No sé con precisión a quién le pertenece, pero los dueños escaparon por la guerra hace un buen tiempo atrás —comentó con la cabeza metida en el ropero.

—¿Guerra? —pregunté.

Caminé lentamente hacia un espejo de pie roto; el reflejo me devolvió a una mujer de cabello rubio ceniza por los hombros y ojos marrones. Por un segundo diferentes sentimientos se atoraron en mi estómago. ¿Por qué me resultaba familiar verme así? Mis rasgos eran parecidos a algo que ya había visto.

—Sí, las tropas se acercan. Es la mejor decisión que pudiste haber tomado, ese bebé no iba a ser feliz —susurró mirándome con una mirada tierna.

El silencio se instaló entre nosotras y bajé la mirada hacia el gran manchón de sangre.

—Te quedará tal vez un poco flojo. Pero es hermoso —comentó brindándome un vestido verde esmeralda.

—El vestido —susurré sorprendida.

—Pruébatelo, te espero abajo —dijo con una sonrisa y se retiró.

Me quedé sintiendo el olor a polvo y tiza. Me volví a observar en el espejo, mi palidez era cruda, quité de mi cuerpo el vestido dejándolo caer.

Una venda envolvía la parte baja de mi vientre, estaba manchada de sangre; intenté sacarla pero el dolor era punzante. Esta herida no estaba bien. Con rapidez pasé el vestido por mi cuerpo sintiendo que la seda era una delicada caricia en mi piel, mi cabeza ardía y lo atribuí a una fiebre alta. Bajé las escaleras y seguí la música de una de las habitaciones; observé cómo unas veinte personas se adentraban a la pista a bailar con lentitud. Llevaban vestidos de satén, con colores opacos que contrastaban con sus cabellos desprolijos y desordenados. El lugar estaba casi vacío: latas vacías, vendas y medicamentos usados en un rincón, y un hombre con un golpe en su cabeza comía un trozo de pan mientras miraba a los que bailaban.

¿Dónde me encontraba?

—No sé qué está pasando —dije sin entender entre la gente.

—¿Escribir tanto te hizo mal? —preguntó divertida la mujer que me había ayudado antes—. ¿Has terminado la historia? Muero por leerla —dijo con una sonrisa mientras llevaba su mano a mi frente—. Estás volando de fiebre. Te traeré agua —dijo con el rostro teñido de preocupación.

Era hermosa, su cabello castaño estaba sujeto con diferentes hebillas en

su nuca.

Unos ruidos se hicieron presentes en otra de las salas y la música se cortó. Un joven entró dando tumbos.

—¡Desconocidos! —gritó y todo pareció volverse un caos.

La mujer a mi lado frunció el ceño, corrió hacia una de las puertas y se asomó por una de las ventanas que estaban tapadas con lo que parecía ser papel de diario; fui rápidamente junto a ella haciendo caso omiso al dolor desgarrador en mi vientre.

—Abran puertas —dijo la castaña.

Observé cómo unos hombres vestidos de verde que llevaban una bandera francesa como brazalete entraban con terror. Parecían heridos.

—Hay que ayudarlos —dijo la castaña corriendo hacia ellos—. ¡Cierren las puertas! —les gritó a unos más alejados, que corrieron a cerrarlas.

Un joven ayudaba a otro que tenía una herida que le recorría toda su pierna.

—Magda, son franceses —le dijo un hombre.

Eran en total cinco hombres y dos parecían estar delirando del dolor.

Un golpe a la puerta sonó fuerte seguido de un disparo a lo lejos haciendo que todos nos detuviéramos.

—No se muevan, no abran —exigió un hombre de civil con ojos alertas.

Los golpes volvieron a sonar con más rapidez, la persona estaba desesperada por entrar; del otro lado se escuchaba a alguien hablando en francés. Sin más me impulsé y corrí hasta la gran puerta del lugar.

—¡No! —gritó uno de los civiles.

Abrí la puerta con esfuerzo, un hombre de cabello rubio entró con urgencia; tenía el rostro lleno de sangre. Cerré la puerta sintiendo otro tiro a lo lejos. De repente un cuerpo me tiró al suelo. Se oyó un gran estruendo y la puerta explotó en pedazos. Todos se quedaron helados, el miedo me recorrió con fuerza.

—Calme —susurró el hombre en francés.

Lo observé y para mi sorpresa me topé con esos ojos grises.

—Einar —susurré sin poder creerlo.

—¿Tiana? ¿Estás bien? —dijo Magda caminando hacia mí y levantándome.

No podía quitar mis ojos de Einar. Su aspecto era el mismo, pero estaba con el cabello más corto y vestido con uniforme. Tenía las mejillas manchadas y la ropa agujereada.

—¿Qué está ocurriendo? —le preguntó Magda.

A lo lejos unos hombres se retorcían de dolor por las heridas, mientras algunos que ya estaban aquí los intentaban ayudar.

—Ils nous envahíssent —*contestó con su voz ronca poniéndose de pie.*

—No hablo francés —exclamó Magda.

Mi cabeza daba vueltas por la fiebre y por la confusión. Los

sentimientos eran abrumadores al igual que el dolor en la herida.

—Nos invaden. Hay que escondernos hasta que los alemanes se disipen —sugirió Einar con su voz baja en un acento marcado.

—Será mejor que nos traslademos al piso de arriba, urgente… Coronel —dijo Magda al ver su insignia.

Einar asintió con la cabeza y me miró con sus ojos fijos.

—¡Todos escaleras arriba! —ordenó el moreno.

Magda junto a los demás comenzaron a ayudar a los heridos y otro estruendo sonó a lo lejos.

—¿Einar? —pregunté.

Él frunció el ceño llevando su mano a mi mejilla casi como si me estuviese analizando.

—Vuelve —susurró.

Y sentí cómo una bola de aire se trasladaba por mi garganta.

Abrí mis ojos y estaba nuevamente en la gala de Chareston. La música era la misma que había sonado antes.

—¿Y? ¿Te gustó? —preguntó Gail a mi lado haciendo referencia al vino. La copa se deslizó por mi mano hasta caer al piso.

Einar dejó de bailar sin quitar la mirada de mí, y su nariz empezó a sangrar con lentitud.

—Tabatha —me llamó Gail.

Einar dio media vuelta disculpándose de la mujer y se perdió entre la gente. Caminé tras él en un intento de alcanzarlo. Siguió por uno de los pasillos con agilidad; esquivé a varias personas fingiendo tranquilidad para no llamar la atención.

—¡Einar! —lo llamé.

Entró en una de las salas que para mi sorpresa estaba vacía y por un segundo me atropelló la idea de que era la misma en la que había estado en mi visión. Me dio la espalda mientras sostenía un pañuelo en su nariz.

La música sonaba de fondo. Se quedó quieto en su posición un momento y luego se giró para verme.

—Este lugar… también estaba en la ilusión en mi casa —susurré observando la habitación.

Sus ojos me miraron fijo, no había miedo, no había absolutamente nada. Solo un hombre con porte seguro y mirada dura.

—¿Coronel? ¿Tiene algo que agregar? —pregunté poniendo mis manos en la cadera.

Él sonrió de lado.

—Sí —susurró mientras me miraba fijamente. Apretó su mandíbula.

Volví a sentirme mareada.

—No, no, no otra vez —susurré sintiendo cómo caía nuevamente.

Me encontraba en una cocina, el dolor en mi estómago seguía siendo punzante.

—Ugh, esta canción es adorable. Me encanta Lale Andersen. —Magda sonreía con una botella en su mano.

Había unas chicas bebiendo y bailando al son de la radio. El olor a madera llegó a mis sentidos; estaba encendida una chimenea. Era otro día, uno más feliz.

—Magdaaaa. —Un hombre rubio flacucho apareció por la puerta con un claro acento.

—Estás borracho, querido —comentó Madga sonriéndole al hombre que ahora la agarraba por la cadera.

Este balbuceó algo en francés haciéndola reír.

—Adrien, ahora que es tu último día aquí, ¿te sientes con suerte? —le dijo la mujer divertida.

Reí viéndolos, parecían felices mientras bailaban tontamente con la música; la diferencia de idioma los hacía ver aún más adorables.

Un carraspeo sonó desde una de las puertas, observé y allí estaba Einar apoyado en el marco de la puerta. Llevaba una camisa blanca, una corbata corta azul oscuro y unos pantalones con un corte alto en cuadrillé. Madre mía, eso era estilo. Su cabello estaba corto. Me hizo una seña para que me acercara. Madga levantó una ceja divertida.

—Tu coronel, cariño —se burló cuando pasé.

Caminé con dificultad por el dolor.

—¿Bailas? —pregunté.

Él asintió pasando una mano por mi cadera; mi piel se erizó por el simple contacto. Nos movimos lentamente con la canción. Sentí su tacto junto al mío, su maravilloso aroma, su familiar cercanía.

—Partiremos mañana por la mañana —me informó cuando estuvimos cerca.

Su acento era aún más marcado. Sus ojos eran los grises que tanto conocía.

—¿Qué año es? —pregunté.

—¡Tiana, coronel, vengan! —llamó Magda divertida mientras bailaba junto a Adrien.

Observé a Magda que reía mientras Adrien le decía algo; por su lado, Einar no me quitaba sus ojos de encima. Lo miré de frente. El dolor del vientre se esparció con fuerza haciendo que todo en mi cuerpo se tensionara; él me sostuvo.

—Ven, vamos a recostarte —me dijo ayudándome a caminar.

Me estaba costando respirar del dolor.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Magda—. ¿La herida? —preguntó mientras miraba mi vestido color café.

Observé cómo una mancha de sangre comenzaba a esparcirse.

—Oh, dios mío —se asustó Madga—. Ya no nos quedan más

medicamentos… —confesó preocupada.

—Yo me encargo —terció Einar.

El dolor era insoportable, lo siguiente que supe es que Einar me había tomado en brazos y que me había llevado escaleras arriba.

—Esto es… —intenté hablar retorciéndome del dolor. Estaba en una habitación sencilla del gran palacio; a un lado, sobre una silla pude distinguir el vestido verde esmeralda.

Einar subió la falda para ver la venda bañada por completo en sangre.

—Estás perdiendo mucha sangre —se inquietó mientras retiraba el vendaje. Tenía un corte y estaba infectado.

—Esto es muy doloroso —dije retorciéndome del dolor.

Grité con fuerza cuando Magda entró con rapidez y comenzó a limpiar la herida con paños y agua.

—¡No! ¡Déjame! —grité llena de dolor.

—Magda —la frenó Einar.

La castaña tenía los ojos llenos de lágrimas; un poco más alejado, en la puerta, Adrien junto a los otros veían la escena con angustia.

—Por favor —le susurró Einar sin quitarle la mirada.

Magda apretó su mandíbula y dejó a un lado los paños.

—Quiero saber el final de la historia, querida escritora mía —susurró.

—Ellos… ellos terminan juntos en un gran lago —respondí con dificultad.

—Eso es encantador —susurró antes de besar mi frente sudada. Con lágrimas, caminó hacia Adrien, quien la abrazó con fuerza.

Me retorcí en la cama sintiendo que mi cuerpo estaba en estado de shock por la fiebre y el dolor. Einar se sentó a mi lado y se inclinó hacia mí.

—Tengo miedo —susurré apretando mi mandíbula.

Él acarició mi mejilla con ojos grandes.

—Morirás. En breves minutos tendrás un paro cardiaco por la hemorragia —me informó en un susurro que solo yo pude escuchar.

Luego llevó su rostro cerca de mi oído. Las lágrimas se juntaron en mis ojos, la muerte se acercaba a mí. No quería morir; alguien que frenara el dolor, necesitaba dejar de sentir por un momento. Me aferré a él con temor.

—No tengas miedo, te esperaré. Estaré para ti. Azrael te tratará bien —susurró en mi oído.

—¿Qué año es? —pregunté con mi cuerpo temblando.

—1944 —respondió.

—No me quiero morir, no me dejes morir —supliqué apretando su brazo con fuerza.

—Voler haut *—me dijo al oído cuando mi cuerpo ya no podía más de la tensión. Un dolor sordo apareció en mi pecho; grité sintiendo cómo todo explotaba dentro de mí. Todo se volvió negro.*

Di un grito lleno de miedo, dolor y angustia. Abrí mis ojos, estaba en el presente nuevamente. Llevé mis manos a mi vientre sintiendo la seda y la ausencia del dolor. Mi cuerpo temblaba con fuerza; Einar al frente se encontraba sosteniendo el pañuelo ahora manchado con sangre en su nariz.

—Me vuelvo emocional —balbuceó y luego rio suavemente. Caminó sosteniéndose de una de las mesas, lo que hizo tambalear uno de los floreros—. Después de tantos años… —no pudo seguir.

—Que… que —mi voz estaba temblando.

Einar comenzó a reírse como si eso fuera de lo más gracioso.

—Eres un demonio —afirmé con lágrimas en los ojos.

Esas sensaciones habían sido tan intensas, que agradecía que mi cuerpo no estuviera padeciendo ese dolor.

—¿Qué? —dijo riéndose aún más, su cuerpo estaba claramente débil.

—Dime ahora —grité sintiendo mi cabeza explotar, esto no era real, no podía serlo.

—Dame una tregua, *mon chéri*. Tan solo unos segundos —pidió dándome la espalda con el rostro lleno de dolor.

Se tomó unos minutos sin moverse para recomponerse.

—Eres un demonio —susurré como si fuera un pensamiento—. Por eso me haces ver cosas…

—Un demonio —repitió riendo por lo bajo para luego darse vuelta.

Ahora parecía un poco más entero.

—Mírame —susurró.

Respiró hondo estirándose y plantándose en el lugar. Su expresión estaba seria y sus ojos fijos en los míos. Ya no había rastros de sangre.

—¿Te parezco un asqueroso demonio? —preguntó caminando hacia mí y por un segundo el miedo recorrió mis entrañas.

—¿Qué eres? Ayudas a criminales contra la religión, me hipnotizas, desapareces y apareces, me trasladas a… ¿la Segunda Guerra Mundial? Yo morí allí… ¡Lo sentí! —insistí desquiciada—. Leí sobre ti, eres un demonio, por eso… —balbuceé. Tocó la punta de mi cabello con suavidad ignorando mis palabras—. Quieres drenar mi energía y… —insistí en un intento de concentrarme en el hecho de que Einar era peligroso.

—Si fuese así, lo hubiese hecho antes de que murieras desangrada en una cama —dijo ahora con ojos furiosos y dolidos.

—¿Qué es esto? —exigí saber. Estaba asustada y no comprendía nada de lo que estaba ocurriendo.

—Bésame —exigió como si mis palabras no hubiesen existido.

Su voz sonó con un encanto oscuro.

—Tú… —dije.

—Solo bésame.

Como si hubiese sido impulsada, nuestras bocas con suavidad y lentitud se encontraron a la perfección. Pasé mis manos por su cuello atrayéndolo hacía mí; la música de fondo pareció sonar aún más fuerte y a mi cuerpo le llegó una oleada de tranquilidad. Como si el beso ayudara a apagar por unos segundos mi mente, distanciándome por completo de lo que había ocurrido hacía minutos. Su lengua jugó con la mía con suavidad.

Despegó su boca de la mía y me miró con sus ojos encantadores. Mis labios ardían como si el sol me hubiese dado de frente. Einar acarició mi mejilla con lentitud para barrer con su dedo pulgar una lágrima que caía. Caminó hacia atrás y me sentí abrumada ante la falta de su tacto cálido.

La puerta se abrió y me di media vuelta. Para mi sorpresa, allí estaba Gail.

—Oh —exclamó—, lo lamento, me preocupé. No sabía dónde te habías metido —agregó rápidamente el rapado—. Einar Lucson, soy Gail Rauch —se presentó Gail dando un paso para estrecharle la mano —. Hemos hablado por teléfono —dijo mi compañero en un intento de hacer sociales.

Einar no parecía estar en la misma sintonía.

—Lo recuerdo —asintió—. Espero que pasen una agradable velada, si me disculpan volveré al salón. Me alegro de que se encuentre mejor, señorita Jones —dijo elegantemente para luego retirarse de la sala dejándome con una sensación amarga.

Había escuchado a Gail antes de que este entrara al salón. ¿Cómo era posible? Llevé mi mano a los labios sintiéndolos tan sensibles como si algo hubiese arrasado allí, mi cuerpo seguía levemente tenso por las emociones vividas.

—Parece un tipo duro de tratar, me habían dicho que era más agradable… —observó el rapado viendo por donde se había ido.

—Debe estar abrumado con el evento —mentí sintiéndome agotada.

—¿Abrumado? Ese tipo no tiene sangre para abrumarse —repuso Gail con burla.

Las imágenes de la visión comenzaron a volverse confusas como un sueño que olvidas luego de un tiempo de haberte levantado.

—¿Te encuentras bien? Ha sido un revuelo lo de la copa —comentó Gail divertido—. Lucrecia quiere hablar contigo.

—Sí, solo fue un bajón de presión —volví a mentir—. Vamos —fue todo lo que dije para salir del salón todavía sintiendo el perfume adictivo de Einar en el ambiente.

Esa noche lo volví a ver de lejos solo una vez más, no estábamos destinados a estar juntos durante la velada. Mi cuerpo se sentía débil por tantas emociones y mi mente estaba agotada. Necesitaba pensar,

encontrar algo de lógica en toda esta locura.

CAPÍTULO 9

—¿Qué haces? —preguntó Didi al entrar por la puerta.

La observé; tenía el vestido negro arrugado, el maquillaje corrido y el cabello atado en una colita algo despeinada. Con rapidez cerré el cuaderno donde estaba anotando todo lo ocurrido la noche anterior; a un lado, el libro de tapa negra me acechaba. Me giré hacia ella que ahora caía agotada en el sillón.

—¿Tú me preguntas qué hago? Ayer desapareciste y no te volví a ver en todo el día. —Levanté una ceja.

Ya era de noche y Didi recién aparecía.

—Te mandé un mensaje, relájate —se excusó mirándome con pesadez desde su lugar—. Conocí a un hombre —confesó con una pequeña sonrisa—. Estoy pasmada, no sabes lo que es… Es tan inteligente… —suspiró.

—Apenas lo conoces —dije frenándola.

Didi además de ser muy abierta, también tenía un lado enamoradizo que era tremendamente peligroso.

—Es tan agradable y gracioso. Se llama Silas —anunció con diversión.

—Suena bien. Aunque es un nombre extraño —repuse.

—Nos reímos toda la noche. —Sonrió. Oh, conocía esa sonrisa y no era nada buena—. ¿Has podido sacar más información de Lucson? —quiso saber mi hermana mientras se estiraba a lo largo del sillón.

—Sí, estuve hablando de algunas cosas con él —comenté. Con un flash recordé todo. Sentí mi piel erizarse.

—Parecía bastante atento a ti ayer —dijo mirándome—. Teniendo en cuenta que era uno de los organizadores del evento estaba poco interesado en Chareston —rio.

—Nos llevamos bien, somos amigos —mentí.

—¿Amiga de un entrevistado? ¿Cuándo pasó eso? —Achinó los ojos mirándome—. Pensé que estabas en contra de alguien como Lucson —agregó con el ceño fruncido.

—No lo sé, Didi. Lo estoy conociendo y tengo que mantenerme cerca si quiero hacer un buen artículo —dije lentamente dándole una ojeada rápida al libro de tapa negra.

—Presiento que el artículo no es lo que más te interesa en este momento… —replicó—. Solo mantén los ojos abiertos, porque no he escuchado cosas buenas de él —me previno antes de perderse en la habitación.

¿Por qué ahora me decía esto? Volví a mirar el libro y pasé mi

mano por la tapa. Había tantos monstruos en esas páginas que ya no estaba segura de querer seguir leyendo.

Caminé sobre las vigas, mis pies descalzos se encontraban helados. Di algunos pasos en un intento de mantener el equilibrio; sentí mi corazón latir con fuerza y mi estómago rugir del miedo. Observé hacia abajo, la tierra se tornó roja, convirtiéndose en fuego; las llamas furiosas lanzaban chispas creando un gran círculo alrededor del piso.

Una sombra entre las llamas me observaba. Me dejé caer sintiendo toda la tensión liberarse de mi cuerpo. Caí con lentitud como si pesara lo mismo que una pluma mientras mi mirada se dirigía a la sombra que tomaba forma humana. Einar tenía los brazos abiertos y me atrapó en el mismo momento en que caí al fuego y nos hundimos en la tierra casi como si todo se hubiese deshecho.

Me moví encontrándome parada en una calle, de noche, mi pierna dolía y la angustia en mi garganta parecía destrozarme.

—¡Mi pierna! —grité entrando dificultosamente en una taberna.

Los hombres me miraron con desprecio. El olor a cigarro, comida rancia y sudor llegó a mis sentidos.

—¡Ayuda! —mi voz grave sonó con fuerza, observé el muslo tapado con un pantalón de lana manchado con sangre fresca. La desesperación creció por mi pecho.

Con ira mezclada con miedo, saqué un arma de mi cinturón y apunté. Los hombres del bar que escondían sus rostros en grandes sombreros rápidamente se pusieron de pie apuntándome con sus armas. Tenía la visión borrosa y el cuerpo sudado. Detuve la acción al ver mi mano: masculina y de piel oscura.

Una sombra salió entre los hombres, Einar se detuvo frente a mí; tomó mi muñeca armada y apoyó el arma en mi sien. Todo se volvió oscuro luego del disparo.

Me moví entre un gran pastizal, el sol se encontraba escondido detrás de unas nubes livianas. Observé el gran campo, una pequeña casa se veía a lo lejos. Caminé por un buen tiempo sintiendo la boca seca mientras el sudor empañaba el vestido de hilo. De repente sentí un olor familiar y mi estómago saltó de la emoción. Corrí por campos de maíz, yendo directo al corazón del gran laberinto. Mis pies se movieron con entusiasmo y ansiedad. Hasta que lo vi. Su cabello oscuro estaba algo más largo y naturalmente ondulado. Llevaba una camisa clara con cuello redondo, pantalones oscuros y una gran espada en su cinturón. Corrí hacía él, me atrapó con calidez y besé sus labios casi como si fuera lo único que me mantenía viva.

—Lo lamento, he tardado porque Frig estaba algo molesto —me excusé entre sus labios.

Me observó con sus ojos grises.

—Escápate conmigo —propuso.

—No puedo —contesté cerrando mis ojos ante el tacto de su mano cálida en mi muslo. Levantó mi vestido con suavidad.

—Varsovia no me necesita —repuso con voz suave y perdida en mi cuello.

Esto estaba mal, pero era él en quien solo podía pensar. Mi vida era mucho más que bordar y preparar la comida.

—Mi padre… él me necesita —repliqué.

—Le mandaré mis caballos, mis riquezas serán suyas —prometió mientras besaba mis labios y sus manos acariciaban mis muslos como ningún otro hombre lo había hecho.

Él era el único en mi vida y así sería. Sus besos descendieron por mi cuello hasta llegar a los pechos, que besó por arriba de la tela.

—Haría cualquier cosa por mi amor, pero no puedo dejarlos… —balbuceé sintiendo el cuerpo responder a algo nuevo y tan familiar a la vez.

Nos fundimos en el otro entre besos y caricias hasta llegar a lugares que nunca nadie había tocado.

Sentada sobre él, besó mi nuca y sentí cómo se llevaba con su último movimiento algo sagrado, volviéndome una mujer. Manchada por un amorío oculto, pervertido y secreto. Si tan solo supieran de mi amor por él, todo sería diferente.

—La noche está cayendo —anuncié mirando cómo el atardecer nos acechaba. Sus brazos me dieron un último apretón.

—Te volveré a buscar —prometió en mi oído.

Sonreí poniéndome de pie y tapando mi desnudez con el vestido. Me miró una vez más, agarró su espada del piso y acomodó su pantalón. Hice una leve reverencia en forma de burla.

—No hagas eso para mí —susurró con una pequeña sonrisa de lado—. Te volveré a buscar —volvió a repetir casi como una promesa.

Sabía que tenía su caballo del otro lado del pastizal, sin más me alejé de él. Miré donde habíamos estado y observé su espalda mientras se alejaba.

—¡Astrid! —un grito masculino rompió el silencio.

Frig, con su cabello rubio iluminado por el sol, estaba allí con ojos locos y una escopeta.

—¡NO! —grité cuando el disparo atravesó la espalda del rey. Este cayó desplomado a los pocos segundos y todo se volvió frío. Hasta que el fuego comenzó a brotar: la plantación de maíz a los pocos segundos era una gran humareda y el olor a quemado llegó a mis sentidos.

Abrí los ojos con urgencia y me encontré con la oscuridad de la habitación. Miré la pulsera brillante sobre la mesita de luz. El

ambiente estaba lleno de neblina densa. Cuando me quise dar cuenta, no era una simple neblina. Era humo.

—¡DIANA! —grité despertando a mi hermana.

Lengüetazos de fuego se veían aparecer por el living. Diana no se movió, parecía completamente inconsciente; en la oscuridad, comencé a moverla.

—¡DIANA, DESPIERTA! —grité. Con una gran exhalación abrió sus ojos.

La habitación estaba inundada de humo.

—Fuego —grité con el miedo atorado en mi garganta. Ambas nos movimos con rapidez.

Observé que nuestro living se encontraba completamente dado vuelta: el televisor roto, el sillón y la mesa fuera de lugar, las tazas rotas y el fuego estaba consumiéndolo todo. Alguien había entrado y había provocado un incendio.

—¡Salgamos! —gritó Diana aterrada agarrando alguna que otra cosa con rapidez.

—Ve a pedir ayuda —dije metiéndome nuevamente en la casa.

Con urgencia caminé hacia uno de los cajones de la cocina con el fuego llameando y saqué los billetes de ahorro.

—Mierda —dije sintiendo mi pierna arder por el fuego.

Tosí con fuerza por el humo. La visión se me estaba tornando cada vez más difícil ante tanta humareda, pero mi computadora no estaba en el radar al igual que el libro de mitología.

—¡Señorita, debo sacarla! —Un hombre con traje de bombero entró con urgencia.

Sintiendo mi piel arder corrí nuevamente a la habitación a la que el fuego ya había llegado; agarré mis cuadernos y el vestido verde esmeralda cuando reparé en algo que brillaba con fuerza: la pulsera que me había regalado Einar. Sin más la agarré sintiendo mi cuerpo empezar a marearse por la falta de oxígeno. Sentí cómo el bombero me elevaba para sacarme de allí.

—¿Tú me estás diciendo que te robaron y provocaron un incendio? —dijo Lucrecia con una ceja levantada.

—Sí.

—¿Tú quieres que yo crea que te robaron toda la información que tenías sobre Lucson y el borrador en el que venías trabajando? Y encima quemaron todo… —dijo. Su mirada no era nada amigable—. ¿Sabes cuántos periodistas me dieron pretextos como ese? Creo que te subestimé, Tabatha —suspiró—. Te transferiré de sección. No te echo solo porque estoy segura de que necesitas el dinero —comentó llevando su energía a algo más importante en la computadora.

—Lucrecia, puedo conseguir la información una vez más. Tengo datos anotados en cuadernos, eso lo salvé; además tengo contact… —me defendí pero de repente me interrumpió.

—¿Te piensas que no lo sé? —preguntó achinando los ojos—. Utilizaste el artículo para coquetear con un millonario. Sé lo que eres —acusó.

—¿Disculpa? —Levanté una ceja completamente ofendida.

—Tan solo me hiciste perder tiempo, Tabatha, algún otro periodista serio pudo haber tomado tu caso. Eres lamentable. —Revoleó los ojos molesta.

—Esto es una increíble falta de respeto y no pienso permitirla —me defendí con dureza.

—Retírate de mi oficina, por favor. Te enviaré en estos días las indicaciones del próximo artículo y créeme que estará al nivel de tus capacidades —concluyó.

—¿Piensas que incendié mi propio departamento por un artículo? —pregunté antes de retirarme dándole la espalda. Ella no me contestó, ni levantó su mirada—. Eso es enfermo —dije en voz baja mientras me retiraba con la garganta cerrada.

La tarde estaba oscureciendo con rapidez y caminaba en búsqueda del gran hombre de ojos grises. Había manejado por largas horas hasta llegar al gran viñedo Plaisir Éternel. Antes había dejado a Didi con Betiana. El clima estaba sorpresivamente cálido, aunque algo ventoso; me resguardé en la chaqueta de jean, una de las pocas prendas que habían sobrevivido al incendio. Observé encantada las grandes hileras de vides y las personas trabajando en ellas. Caminé y un aroma dulzón me envolvió.

¿Cuántas hectáreas tenía este lugar? Era enorme.

—*Bonjour* —saludó una mujer de cabello castaño claro por los hombros que apareció con unas planillas.

—Estoy buscando a Einar Lucson —anuncié manteniendo mi temple.

Ella achinó los ojos como si no entendiera del todo bien mi presencia allí.

—Está ocupado —repuso con formalidad. Tenía acento extranjero —. Puede darme sus datos para programar una reserva con uno de nuestros sommeliers…

—En realidad es algo urgente, necesitaría que le avisara que estoy aquí —informé.

Mi piel se erizó y sentí cómo algo en mi bajo vientre se movía.

—Lo lamento, no puedo ayud… —comenzó.

A un lado, vi a Einar caminar entre las hileras del viñedo, en

musculosa, con manchas de barro y jeans. Casi como si fuese pleno verano. Madre mía. Se acercaba limpiándose las manos con un trapo.

—Señorita Jones —saludó con una sonrisa de lado haciendo que mi corazón palpitara con fuerza.

—Le estaba comentando a la señorita que solo trabajamos con reservas… —repuso la mujer claramente apenada.

—No te preocupes, Loretta. Tabatha es una vieja amiga —dijo relajado.

Mi nombre en sus labios había sonado elegante.

—Veo que te has revolcado por el barro —bromeé cuando Loretta se retiró.

Me tomé el atrevimiento de observarlo, se podía ver su cuerpo bien formado junto a la tinta marcada en él. La musculosa blanca estaba manchada de barro al igual que algunas partes de sus antebrazos. Nunca lo había visto tan informal (a excepción de cuando lo vi cantar) y era algo muy refrescante de ver.

—Lamentablemente tuve un pequeño problema con una de las extractoras, así que eso confirma mi teoría de que la vendimia siempre es mejor a mano —comentó con buen humor—. ¿Qué te trae por aquí? No creo que estuvieras de paso —dijo mientras me observaba.

Sus ojos juguetones me hipnotizaban. Estar aquí me hacía olvidar por completo de que mi hermana y yo casi fallecimos en un incendio dos días atrás.

—En realidad vine a conocer el viñedo y a hacerte algunas preguntas más para el artículo —expliqué rápidamente.

Él asintió lentamente.

—Déjame decirte que el Plaisir se destaca por la noche. Cuando termine de caer el atardecer, se volverá mágico —dijo—. Deberás disculpar mi poca formalidad del momento —se excusó haciendo referencia a su vestimenta.

Las manchas y la informalidad lo volvían aún más atractivo.

—No te preocupes, me gusta ver que eres un ser humano —bromeé.

Levantó una ceja y emitió una carcajada ronca.

—Acompáñame. —Comenzamos a caminar juntos.

La brisa fría despeinó mi cabello mientras caminábamos entre las vides. Einar conocía los nombres de cada uno de los trabajadores.

—¿Por qué te has interesado tanto por los vinos? —le pregunté mientras caminábamos.

La noche ya había caído dejando ver el cielo estrellado.

—Crecí en Francia —se burló—. En el siglo XI los monjes franceses fueron los primeros en realizar estudios sobre la relación que se establece entre la tierra y el clima con el vino. Está en mi cultura —explicó relajado.

—Me has dicho que a tu padre también le interesaba —dije

recordando una de las conversaciones.

—Sí, fue un sueño de mi padre —dijo con nostalgia—. ¿Quieres probar? —preguntó arrancando un racimo de uvas. Observé el anillo que siempre llevaba en su dedo anular.

—Gracias —dije y tomé el fruto que me tendía.

Era una uva violeta oscuro.

—¿Qué tipo de vino hacen? —pregunté mientras seguíamos caminando.

—Cabernet Sauvignon —contestó en un perfecto francés.

Comí las uvas mientras recorríamos los angostos caminos entre las hileras de plantas. El dulzor invadió mi boca como una bomba frutal y jugosa.

—¿Ricas, eh? —preguntó con una pequeña sonrisa. Tiró una uva al aire y la atrapó con la boca. El tema lo ponía de buen humor.

—Deliciosas —respondí con honestidad.

—Antes de la cosecha no se pueden comer las uvas, pero será nuestro secreto. Tienes un campo entero para agarrar las que quieras —ofreció.

Me detuve y arranqué un racimo de uvas. Advertí que ya no había trabajadores.

—¿Qué ocurre de este lado? —pregunté.

—A medida que el viñedo creció, cada vez fue más difícil encontrar personal —relató tranquilamente—. Por eso una parte es cosechada a mano y otra con máquinas. También tuvimos algunos problemas con la calidad de la tierra. Así que el cultivo no fue el mismo durante un largo tiempo. Sin embargo, las últimas vendimias han estado a la altura de las primeras.

Llevé otra uva a mi boca saboreándola; madre mía, eran realmente deliciosas.

—Última, lo prometo —carcajeé sacando otra.

—Si fueras Eva, ya estarías lejos del paraíso —dijo mirándome con una pequeña sonrisa.

De repente el sueño de los prados vino a mi mente y por un segundo me sentí en esa situación tan íntima.

—Prefiero a Lilith —respondí.

Einar frunció el ceño cruzándose de brazos.

—La primera mujer de Adán. ¿Y eso por qué? —preguntó realmente interesado.

—Porque su historia es la de una mujer que se revela con lo que le impusieron, Eva proviene de una costilla de Adán por ende proviene del hombre. En cambio, Lilith era pura y exclusivamente ella. Era alguien distinto del estúpido de Adán —expliqué para luego comer otra uva bajo su mirada.

—Sabes que en la Biblia la consideran un demonio, ¿no? —

preguntó mirándome con ojos fijos.

—Sí, lo sé. Tampoco es algo nuevo, señalar como diabólica la desobediencia en la mujer —dije burlona.

Einar se quedó mirándome desde su lugar, la luna le brindaba una luz sobria y mágica. Alejados de la luz del viñedo que se centraba cerca de las plantas, la situación se volvía más reflexiva.

—No estaría tan seguro de eso —sopesó en voz baja. Dio un paso para acortar nuestra distancia.

Lo miré, sus labios eran muy tentadores.

—¿No crees que los aires de rebeldía están mal vistos?—pregunté y mi voz sonó en un susurro.

—Oh, *belle,* no soy el indicado para contestar esa pregunta —repuso con voz baja.

Pasé mis manos lentamente por su pecho sintiendo la tela de su musculosa caliente; la cadena que siempre colgaba de su cuello estaba escondida bajo su camiseta.

—Lo lamento —dije rápidamente quitando mis manos.

¿Por qué había hecho eso? Él sonrió de lado agarrando nuevamente mis manos con su tacto cálido y apoyándolas en su pecho nuevamente.

—No te lamentes por ser rebelde, Tabatha. Los dos sabemos que esa disculpa es fingida para retener la rebeldía de un impulso. Deja volar tu deseo, no te frenaré —su voz sonó como un poema.

Me sentía tan atraída hacia él que la cordura se iba por la borda cada vez que me acercaba.

—¿Has cometido muchos errores en tu vida? —pregunté divertida.

Pero él no sonrió.

—En esta vida y en muchas más… —dijo misterioso. Me abrazó y nuestros cuerpos quedaron pegados. El fuego comenzó a arder en mi cuerpo—. Me han desterrado por no seguir los mandamientos. —Pasé una mano por su mejilla sintiendo mi cuerpo temblar.

—¿De dónde? —pregunté.

Einar acercó sus labios a los míos, haciéndome sentir el dulzor de la uva aún más intenso. Era un beso lento, un juego de nuestras bocas; sentí cómo mi cuerpo subía de temperatura casi como si estuviera tan cerca del sol que podía quemarme. Él, dando una respiración larga, cortó el beso y llevó su boca cerca de mi oído. No podía concentrarme, había algo de su cercanía que me atontaba y me hacía solo desearlo.

—Donde se juntan las estrellas y los planetas —indicó haciendo que todo en mí se erizara por completo—. Tenemos un intruso —dijo ante de separarse de mí dejándome la respiración atorada en mi garganta.

—Señor Lucson. —La voz de Loretta sonó y luego dijo algo que no llegué a escuchar, pues mi mente estaba algo perdida.

Respiré hondo intentando relajarme; era como si Einar fuera una

droga alucinógena que me hacía perder el aquí y ahora.

—Está bien. Gracias, Loretta —le dijo amablemente.

—Jones, si te parece sigamos a la bodega —ofreció un poco más formal.

Nos dirigimos al lugar donde se procesaban las uvas. Allí se encontraba la máquina despalilladora, que separaba las uvas de las ramas, y una trituradora, que obtenía el jugo de uvas. Ambas funcionaban a toda marcha.

—Supongo que tienes sed —sugirió Einar al llegar a una sala oscura y fría de la bodega. Para mi sorpresa, allí había grandes barriles de roble—. En esas cavas están todas las botellas clasificadas por fecha. —Señaló un gran espacio donde se ordenaban las botellas de vino.

Era increíble el trabajo que había realizado Einar.

—¿Quieres elegir una para esta noche? —preguntó con los brazos cruzados. Asentí con una sonrisa.

Me tomé mi tiempo para elegir una de las botellas. Einar desapareció. Caminé luego hasta encontrarme con otra habitación de similares dimensiones. Las paredes eran de ladrillos y el piso de piedra. Me recordaba a esas cabañas de montaña que visitábamos con Betiana cuando estábamos de vacaciones.

Había una mesa con *appetizers* y dos copas. Loretta y Einar se encontraban sentados en la mesa riendo de algo. El morocho fue el primero en darse cuenta de mi presencia.

—Señorita Jones, Loretta nos ha preparado algo para variar el sabor dulce de las uvas que tanto le gustaron… —Sus palabras sonaron formales pero para mí tuvieron otro sentido.

—Solo he conseguido alguna que otra cosa —comentó la mujer.

—Tú también tienes acento —hablé sentándome frente a Einar, mientras que la mujer se encontraba en la punta.

—Loretta es una amiga de Francia, nos conocimos en *En-Vau* —dijo tendiéndome su mano para que le pasara la botella, pero ignoré el gesto para agarrar el abridor y destapar el vino.

—Era la primera vez que veía a alguien tirarse desde esas rocas —comentó riendo—. Debía conocer al hombre suicida; realmente pensé que quería acabar con su vida —comentó.

Ambos rieron. Quería encontrarme a solas con Einar, tenía muchas preguntas por hacerle, pero Loretta también iba a ser una gran fuente de información si lo conocía desde hacía tiempo. Destapé de un movimiento el vino bajo la mirada de Einar mientras la morena seguía compartiendo anécdotas.

—Nunca podría tirarme desde allí, creo que es ilegal —comentó antes de beber de su copa de vino. La imité dejando que el vino suave pasara por mis papilas gustativas; tenía un gusto frutal, algo ácido y delicioso—. Ugh, esto es único —suspiró la chica.

—Es rico —dijo Einar—. Iré a chequear algo, ya regreso —fue todo lo que dijo antes de retirarse.

—Es realmente maravilloso conocer a alguien del círculo íntimo de Einar, siempre lo veo trabajando —dije en un intento de comenzar una conversación destinada a sacar información.

—Oh, desde que lo conozco es así, siempre de un lado para el otro —acotó chispeante.

—Es muy interesante conversar con él —insistí.

Loretta pensó por unos segundos.

—Lo es, aunque en realidad no es muy charlatán, suele escuchar más que nada. Cuando lo conocí se vio hasta reacio a entablar una conversación, recuerdo que lo volví a encontrar cerca de una estación de servicio y allí realmente pudimos tener una pequeña conversación —comentó lentamente—. Al principio pensé que era un tipo extraño… Después lo confirmé —manifestó divertida—. A Einar le encantan los deportes extremos, si pudiera creo que saltaría del puente más alto sin arnés —aventuró con sorpresa en sus ojos.

Interesante, Lucson parecía jugar con la muerte.

—Con tantas cosas que hizo me sorprende todavía pensar que estuvo casado —dije rápidamente.

—Oh, sí —dijo lentamente—. Me ha contado tantas cosas de su esposa —confesó divertida. Por un segundo sentí unos celos crecientes en el pecho.

—¿Sabes dónde está? —pregunté en un intento de no sonar tan interesada como en verdad lo estaba.

—Falleció —contestó Loretta haciendo de sus labios una línea; claramente no estaba a gusto hablando de esto—. Einar es bastante solitario —agregó.

Lo raro era que cuando Einar hablaba de su esposa lo hacía en presente… ¿Sería solo porque aún no lo había superado?

—No puedo entender cómo es que no reformuló su vida amorosa —consideré lentamente y evitando la mirada de Loretta—. Es educado, gracioso, elegante y no lo sé… ¿hermoso? —señalé como si fuese obvio.

Loretta rio divertida.

—Sí, creo que es de las personas más atractivas que conozco —comentó en confianza—. Veo que lo aprecias —acotó mirándome con una pequeña sonrisa.

Revoleé los ojos sintiendo mis mejillas arder. Llevé mi mirada a mis manos entrelazadas en mi regazo.

—No sabes su verdad, ¿no? —preguntó con seriedad.

Levanté el rostro sin entender.

—¿Su verdad? —pregunté.

De repente Loretta pareció tornarse incómoda como alguien que

hubiese dicho algo de más.

—Nada, olvídate. A veces ni sé lo que digo —se excusó rápidamente—. Me encanta tu vestido —dijo de forma atropellada.

Supe que había perdido la atención despreocupada con la que me brindaba información sin darse cuenta. El morocho llegó minutos después de que su amiga me estuviera contando sobre sus estudios acerca de los museos franceses. Loretta era una mujer realmente inteligente y agradable para escuchar. Pero su pregunta había quedado en mi mente como una estaca clavada.

—Será mejor que coma algo porque si no mi cabeza empezará a dar vueltas —comentó Loretta—. El menú incluye legumbres, hortalizas y pan casero. Nada proveniente de animales —dijo sonriendo—. Me comentó Einar que tú también sigues ese hábito alimenticio.

—Sí, de pequeña —respondí.

—No somos tan descabellados —dijo en una sonrisa Einar.

—¿Tú trabajas aquí, Loretta? —le pregunté en un intento de evitar la mirada de Einar que me hacía volver a revolotear como una hoja al viento.

—Vine por un tiempo aquí y me contacté con Einar para ver si tal vez tenía un puesto abierto. Mi padre sabía sobre *vins rouges* y me enseñó todo sobre ellos.

Sus ojos marrones claros y su rostro excéntrico me hacían acordar a las actrices de las películas francesas que veía mi abuela. Su cabello era castaño claro y lo tenía prolijamente alisado hasta los hombros con un flequillo que enmarcaba su rostro.

—Es la supervisora de la cosecha —resumió Einar.

—¿Dónde se conocieron? —preguntó la morocha luego de un rato.

—Estoy escribiendo un artículo sobre Einar —dije rápidamente.

—Oh, ¿en serio? Qué interesante. Me gustaría leerlo.

—En realidad está pospuesto, tuve un problema con mi computadora —comenté relajada.

Podía sentir la mirada de Einar quemarme, pero lo ignoré.

—Bueno, esperemos que eso se solucione —dijo con una sonrisa.

La charla duró un buen tiempo más. Aproveché el talento social de Loretta para simplemente escuchar lo que me servía, beber y comer. Se hacía tarde y no había logrado obtener nada nuevo acerca de Einar. Así no tendría un borrador que presentar a Lucrecia.

—Si no les molesta, iré a terminar de completar las planillas y retirarme a descansar —comentó poniéndose de pie Loretta—. *Un plaisir de te connaître,* querida Tabatha —me dijo antes de tocar mi mentón—. Eres una preciosura. ¡Mira esos ojos! —dijo maravillada.

—Deja de coquetear, Loretta… —sugirió Einar con un dejo burlón.

—Si tú no aprovechas, lo hago yo —rio y se retiró del lugar.

—Nunca me sentí tan halagada en un solo lugar —comenté

divertida.

—Porque no registras lo que generas en la gente. Eres muy llamativa y destilas sensualidad —dijo y suspiró mientras me miraba.

—No eres el indicado para hablar de eso —me burlé.

Ambos nos quedamos en silencio y pude sentir la presencia de Einar en la sala.

—¿Qué piensas? —preguntó luego de beber un trago de vino.

—En tu presencia —dije ahora mirándolo a los ojos.

—¿Por qué no me cuentas qué ocurrió con tu computadora? —preguntó dejando de lado la formalidad.

No me había dado cuenta de que sus antebrazos estaban limpios, aunque su camiseta seguía manchada de barro.

—Me la han robado —repuse luego de comer una tartaleta de garbanzos.

—¿Quién?

—Entraron a mi casa y me la quitaron. —Respiré hondo—. Y luego incendiaron el departamento.

Einar abrió sus ojos sorprendido.

—¿Cuándo ocurrió? —preguntó realmente interesado.

—Hace dos días.

—¿Se ha quemado por completo? —preguntó.

—No, se salvó la habitación o parte de ella. El dueño no está nada contento, según los bomberos fue ocasionado por la tostadora —comenté.

—¿Y así fue?

—No, nosotras no usamos esa tostadora, ni siquiera estaba enchufada. —Fruncí el ceño molesta.

—¿Por qué no me contaste de inmediato? —dijo de repente.

—Solo atrasará un poco el artículo, me gustaría seguir preguntándote cosas. —Realmente no quería hablar del tema y esperaba que él se diera cuenta de ello.

—¿Con vino corriendo por tus venas? —Levantó una ceja burlón.

—Eso lo puede hacer más interesante —disparé. Saqué un cuaderno y una lapicera del bolso. Me quité la chaqueta de jean; el calor ya se me estaba haciendo insoportable.

—Ese color azul te queda estupendo —me alabó Einar.

—Es mi color favorito. —Sonreí de lado.

—Es maravilloso, a veces me olvido lo hermosos que pueden ser los colores —dijo de forma nostálgica.

—¿Cómo olvidar algo que está en el día a día? —pregunté.

—¿Quieres la verdad o algo apto para tu artículo? —preguntó en tono de burla. Revoleé mis ojos—. Ya sabes todo de mí, solo hablemos —comentó.

—¿Extrañas Francia? —pregunté dejando de lado el cuaderno.

Claramente no lo hacía sentir cómodo que tomara notas, así que debía ser más rápida mentalmente. Pero el vino no estaba ayudándome.

—No —contestó.

Bebí de mi copa sintiendo la garganta seca.

—¿Nada? ¿No extrañas nada del que fue tu hogar? —pregunté.

Sabía que mi boca estaba más suelta por el alcohol, él sonrió de lado.

—Sí, extraño cosas. Pero no concretas de Francia. He vivido allí lo suficiente —contestó con voz ronca—. He vivido lo suficiente en muchos lugares en realidad —agregó. Su voz era relajada y tan hipnótica que sentía que se podía hacer un audiolibro con él y todo el mundo lo compraría para escucharlo.

—Bueno, la vida es corta. —Me encogí de hombros.

Loretta me había dicho del aspecto «suicida» de Einar, tal vez podría sacar alguna pequeña cosilla sucia de su infancia.

—Bueno, si eres un mortal… —dijo pensativo.

—Ser un mortal es demasiado simple para ti.

Él rio con ganas, bebió su copa sin quitarme los ojos de encima y eso hizo que algo se relajara en mi mente.

—Deja de hacer eso —dije sintiendo que estaba entrando en mi mente.

—¿Qué cosa? —dijo frunciendo el ceño.

—Bien, seré honesta —dije con un dejo de molestia por sentir que mi mente parecía no llevarme la corriente.

—Me gusta la honestidad —dijo con una pequeña sonrisa.

—Cada vez que estás cerca, mi cabeza pierde concentración —dije frunciendo el ceño.

—¿Qué más sientes? —preguntó realmente interesado.

—Como si me bajara la presión y la fiebre me subiera —especifiqué. Una sonrisa se esparcía por sus labios, dejándome ver unos hermosos dientes. Todo en él era un pecado, madre mía, y gracias al vino estaba soltando mi boca, diciendo cosas como estas.

—Eso se llama atracción y si no lo cuestionaras, el cuerpo no entraría en tensión. Las polarizaciones ocasionan conflicto, sirven para el crecimiento humano —dijo. Lo observé—. ¿A qué le tienes miedo, Tabatha? —quiso saber—. Todavía no te he dado excusas para temerme.

—Deja de jugar a ser James Dean. Las visiones fueron suficiente para aterrarme.

Él dio una carcajada limpia.

—Las visiones son simplemente eso. —Pasó una mano por su cabello casi como si los pensamientos en su mente fueran muchos.

—Juegas con mi mente, ¿verdad? De alguna manera extraña, no sé qué clase de magia haces. Creas una historia y la implantas en mi

cabeza como si ambos fuésemos los protagonistas. ¿Tienes alguna máquina con ondas cerebrales en tu viñedo? —suspiré.

—¿Has vuelto a tener pesadillas? —preguntó.

—No, no pesadillas. Solo sueños.

—Conmigo.

—Sí, contigo —revelé sin mirarlo.

—¿Qué viste? —preguntó apoyando sus antebrazos en la mesa y dejando de lado la copa.

—Tonterías —dije quitándoles crédito.

—¿Qué tonterías entonces? —insistió con seriedad.

—Nosotros dos —confesé mirándolo, su rostro estaba completamente atento y sus ojos parecían leerme.

—¿Haciendo qué?

—No lo sé, no lo recuerdo bien —mentí—. Solo un sueño de estar caminando por unas vigas en lo alto y luego tú aparecías. No lo sé, algo de un bar… —balbuceé—. Y luego nosotros en un campo de maíz —finalicé y bebí de mi copa en un intento de callarme.

—¿Y qué pasaba en el campo de maíz? —quiso saber con un dejo burlón.

—Nada, solo hablábamos y luego no recuerdo —mentí.

—Sí lo recuerdas —dijo sin quitarme la mirada.

—No, realmente no…

—Me dijiste que me amabas —dijo y todo en mí se congeló—. Y luego tuvimos sexo, Astrid —agregó serio, con los ojos como dagas.

—¿Cómo sabes eso? —quise saber. Todo en mí comenzaba a tensarse—. ¿Qué estás haciendo con mi cabeza? Te metes en mis sueños, ¿verdad? ¡Controlas mis sueños con tus historias!

—Son recuerdos —aclaró sin moverse.

—Mentira —gruñí espantada.

—¿No lo notas? —dijo mirándome—. ¿No te das cuenta de cómo tu cuerpo responde cuando me encuentro en la misma habitación?

—Eso es solo porque…

—¿Porque sientes atracción? Oh, *belle,* esto es más que atracción, esto es fuego, es conexión —susurró—. Tu alma me conoce.

Sus palabras tenían efecto en mi estómago y mi corazón.

—Veo que no soy la única a la que el vino le afectó la cabeza —consideré en un intento de sacar las imágenes de mi mente—. Será mejor que no cometamos un error —dije más para mí que para él.

—Pensé que preferías a Lilith —dijo dejándose caer en la silla y apoyando su espalda en el respaldo.

Parecía estar debatiéndose algo en su cabeza.

—Prefiero mantener la cordura —dije firme.

—No puedes retener lo inevitable —sentenció.

Sonreí de lado sin saber bien qué contestar; ambos nos quedamos

en silencio absorbiendo la presencia del otro.

—Se han llevado el libro también —informé de repente.

Él cerró sus ojos; eso no era algo bueno.

—Ya que estamos, por qué no me explicas qué tiene que ver ese libro de monstruos con que defiendas criminales. Y los recuerdos de imágenes en mis sueños. Necesito una explicación, no puedes seguir evitando las respuestas —pregunté de repente.

Claramente lo tomé por sorpresa.

—¿Libro de monstruos? —preguntó levantando una ceja.

Lo observé en silencio sintiendo mi cuerpo vibrar; la tensión era palpable en el aire, al igual que el calor y algo más.

—Las personas que murieron están vinculadas con diferentes religiones o tipos de creencias y tienen una mancha de pintura negra en alguna parte del cuerpo. No me creo el cuento de que todo esto es porque acompañas a Monet, porque él mismo me dijo que no tiene nada que ver con esos casos —dije rápidamente en un intento de concentrarme en lo que estaba preguntando aunque mi cuerpo no parecía cooperar.

Él sonrió de lado.

—Interesante. Utilizas la mente para restringir el cuerpo —conjeturó con el ceño fruncido—. Eso habla de que en esta vida eres más mental. Cuando eras Astrid, eras emocional, te dejabas llevar por el deseo con facilidad —dijo algo más serio, como si hubiese llegado a una conclusión.

—Deja de hablar de algo que no conozco. —Levanté una ceja y sentí mis mejillas acalorarse.

Él retuvo una sonrisa coqueta y pasó la palma de su mano por su barbilla.

—Eres extremadamente inteligente, pero no solo por hacer preguntas —dijo divertido.

La tensión en el aire era palpable y sentía que mi cabeza explotaría en cualquier momento.

—Iré a buscar otra botella —anuncié torpemente. Fui al salón donde se econtraba la cava, la luz tenue parecía protegerme.

Puse la mano en mi pecho y sentí mi corazón latir descontroladamente por un hombre que no conocía realmente. Einar Lucson me estaba volviendo loca y me encontraba de alguna manera fascinada con eso. Mi piel se erizó y por más que le estuviera dando la espalda a la puerta sabía que él ahora estaba dentro de la misma habitación.

—Y eres tan inteligente como para saber hacer una movida en el momento justo —susurró.

Me di vuelta para mirarlo, se encontraba apoyado en el marco de la puerta.

—Tú no eres algo correcto, puedo sentirlo.

—¿Correcto? —preguntó divertido.

—Eres un criminal, estás en cosas sucias que todavía no logro descifrar y no sé cómo haces para meterte en mi cabeza pero sé que no tienes buenas intenciones —disparé.

—Oh, sí, estoy en cosas realmente sucias —dijo con seriedad.

Estaba abrumada de repente y mi cabeza parecía perderse cada vez más.

—Tengo sensaciones extrañas cada vez que entras en una habitación… — comencé lentamente—. No entiendo cómo eso es posible.

—¿Inestabilidad? —preguntó con los brazos cruzados—. ¿Mareos? ¿Calor? No hablo de algo sexual, podemos dejar eso de lado, hablo de… fuego —Caminó lentamente adentrándose en la habitación y haciendo que los síntomas en mi cuerpo se elevaran. Sonrió de lado viéndose aún más imponente.

—Sí —contesté intentando mantener el porte.

—Provengo de las cenizas. De azufre y fuego para ser exactos. El calor es natural, más con seres con los que tengo una conexión — explicó mientras caminaba hacia mí. Sentí que todo mi cuerpo se llenaba de terror.

—El lago de fuego y azufre del Hades —susurré. Einar sonrió ampliamente como si no se hubiese esperado esa oración—. Los pasajes en el libro del Apocalipsis dicen que ser arrojado al lago de fuego es un castigo o juicio por parte de Dios —agregué.

—Muy cristiano, *belle.* —Sonrió cortamente y por un segundo sentí enloquecer por lo que estaba escuchando.

—No soy un castigo para los seres humanos, soy parte de ellos — susurró y se puso serio.

Pasó lentamente una mano por mi mejilla y pude sentir el calor de su tacto; luego llevó un mechón hacia atrás de mi oreja. El frío del anillo contrastaba con el calor de su piel.

—No quiero que me temas —susurró ahora con sus ojos fijos en los míos.

—Tengo mucho en juego, mi profesión es importante para mí y esto no es correcto. Tú no lo eres —confesé mirándolo fijo y sintiendo mi corazón palpitar con fuerza.

Él sonrió de lado de forma burlona.

—Créeme, cariño, vengo de un largo recorrido y todavía no encontré lo correcto —comentó—. Pero déjame adelantarte, eres lo más cerca que estuve de algo correcto —dijo con voz ronca e íntima.

Tragué sintiendo una poderosa atracción, mi cuerpo respondía a Einar de una manera que nunca había sentido y estaba deseosa de recorrer su anatomía. No sabía si era el vino, el calor o él. Pero había

algo de toda esa combinación que hacía que todo se quemara.

De pronto impacté mis labios en los suyos. Esta vez el beso era diferente a los anteriores; nuestras lenguas se encontraron en un baile brusco y caliente. Sentí mi espalda golpear contra los barriles, Einar llevó sus manos a mi muslo levantando mi vestido y nuevamente las imágenes del prado de maíz volvieron a mi mente; era tan vívido, tan real, casi como si estuviéramos allí.

Llevé mis manos al borde de su camiseta y la quité del camino; pasé mis manos por su piel caliente por primera vez sintiendo sus músculos fuertes. Envolví mis piernas en su cadera y me encontré nuevamente con sus besos de una manera profunda, lenta y húmeda.

Esto estaba mal, muy mal.

—Deja de pensar, periodista —dijo por arriba de mis labios—. Fúndete en el deseo. —Ataqué su boca con fuerza.

—*Merde* —susurró con voz ronca para luego comenzar a caminar bajo la luz tenue del lugar; me apoyó en una de las mesadas tirando unas botellas al piso, que se rompieron en mil pedazos y dejaron un gran charco violáceo.

Me dejé caer hacia atrás en la mesa, él abrió mis piernas retirando mis bragas. Einar era suave, directo y sabía lo que hacía. Adentró su rostro en mi femineidad y pasó su lengua húmeda por lugares tan placenteros que sentí que mi cabeza explotaría. Gemí por lo alto como nunca antes. El placer brotaba por mis poros al igual que el calor que sentía; me consumía con tal ferocidad que creí que mi vida terminaría allí mismo.

—Carajo. —Me retorcí de placer bajo su lengua experta.

Einar mordisqueó, tocó y besó cada punto específico como nadie, casi como si conociera mi cuerpo de memoria. Luego de varios minutos de ahogarme en mi propio placer, un grito salió de mi garganta y sentí mi vida perderse por unos segundos. Lo observé incorporarse pasando la lengua por sus labios saboreando hasta lo último.

—Tus ojos están negros —dije aterrorizada, aunque había algo en mí que quería aún más.

Parecía tener más energía y la sangre fluía en mi cuerpo como nunca antes. Había algo poderoso dentro de mí que sentía que explotaría en cualquier momento.

—Son para verte mejor… —comentó con una pequeña sonrisa.

Busqué sus labios y lo besé con mi mano en su nuca, quería todo de él. Era adicta, completamente. Nuestras respiraciones chocaron con fuerza mientras nuestras bocas se devoraban entre sí.

—Escúchame… —No lo dejé hablar, besé sus labios nuevamente—. Mírame —dijo haciendo que mirara sus ojos, que estaban más oscuros de lo habitual. Quería todo de él.

Tuve un impulso de lo más extraño al ver los trozos de botellas rotas desperdigados: quería saltar sobre él, arañar su cuello y drenar su sangre por completo.

—*Revenez à votre axe* —dijo con dureza.

Mi corazón palpitaba con fuerza; tanto que sentía que quería arrancarme la piel. Cerré mis ojos con fuerza por unos minutos para luego sentirme mareada y que mi cuerpo cayera con peso muerto a la mesa.

Todo quedó en silencio, casi como si un tsunami hubiese pasado y ahora todo volvía a una calma extraña. Sentí el olor fuerte a vino que se encontraba desparramado en el piso y mis músculos dolían como si me hubiese caído de un árbol.

—¿Qué fue eso? —alcancé a decir con voz queda, sintiendo mi garganta arder.

Einar respiró hondo antes de darme la espalda y caminar por el lugar mientras pasaba una mano por su cabello.

—Esto fue irresponsable, *mon chéri* —dijo en voz baja mientras seguía caminando lentamente por el lugar.

—Eso ha sido extraño e intenso —agregué.

Me miró con sus ojos grises tan familiares.

—Eres mi manzana prohibida —confesó—. Hay una cama arriba donde puedes descansar, estoy seguro de que tu cuerpo lo está pidiendo a gritos —ofreció sin mirarme; en su cabeza parecía pasar un montón de cosas. Se lo veía preocupado.

—Necesito explicaciones —exigí acomodando mi vestido, mi cuerpo se sentía lánguido.

Él caminó hacia el salón contiguo dándome la espalda.

—Einar —dije luego de unos minutos.

Mi cuerpo parecía flotar, como si hubiese caminado por horas.

—No cometeré el mismo error nuevamente —repuso abrumado.

—¿De qué hablas? —pregunté mirándolo, me sentía sin aire.

Era como si me hubiese levantado de un sopetón y la energía me estuviese fallando.

—Tabatha, yo… —intentó decirme sin mirarme, pero algo me impidió escuchar sus palabras.

Me estaba desvaneciendo; mis sentidos se estaban apagando de forma rápida e iba directo al piso. Einar con agilidad me tomó en sus brazos. Poco supe después porque todo se volvió completamente negro.

Abrí los ojos y me moví lentamente por la cómoda cama. Las sábanas eran suaves. Estiré mis brazos haciendo crujir mis huesos. Hacía tiempo que no dormía tan bien; un plácido sueño, sin pesadillas ni

monstruos atormentándome en mi inconsciente. Sentí un fuerte olor a café y tostadas recién hechas invadir el ambiente.

Me encontraba en una habitación toda de madera. La cama, en el centro, estaba cubierta con frazadas bordadas a mano en color vino tino. Un cuadro mostraba la imagen de un campo vacío. Había una ventana con cortinas claras y una mesa con un mantel que parecía de camping. Sobre la mesa había una jarra con jugo de naranja, frutas y tostadas. De pronto escuché a una voz gruesa en otra habitación hablando en francés. Me costó acoplarme a la luz que se filtraba por las cortinas, pero me puse de pie sintiéndome algo pesada. Observé que llevaba una camisa negra sobre mi ropa interior. Caminé hacia una de las puertas y entré en un baño impoluto. Mis pies descalzos sentían el frío de las baldosas. Para mi sorpresa, había un cepillo de dientes nuevo, como si hubiese sido puesto para mí. La pasta de dientes me resultó fuerte e insoportable. El agua me ayudó a alivianar el ardor.

Corrí las cortinas y observé el viñedo bajo la luz del sol. Era increíblemente grande, más de lo que había pensado. Reí. Era monstruosamente grande, debía trabajar mucha gente allí. Me sentía de buen humor, el aroma a mañana y comida estaba poniendo a mi estómago hambriento.

«Increíble», susurré al ver montañas a lo lejos.

No se veían en Cambria. El sol en lo alto iluminaba todo el lugar haciéndolo ver como una imagen sacada de un cuadro. Era fascinante ver esas montañas por primera vez.

Mi piel se erizó y mi estómago dio un vuelco olvidándose del hambre. Di media vuelta al ver ahora a Einar vestido con una musculosa negra y unos jeans del mismo color. Su cabello estaba mojado, se había duchado; podía sentir el olor a jabón en el aire.

—*Bonjour* —saludó con voz ronca y una sonrisa de lado.

Mierda, había dicho que él no era James Dean pero con esa vestimenta era todo un hombre rebelde que se quedaría con tus campos si te descuidas.

—Buenos días —dije con una pequeña sonrisa—. No sabía que había montañas —susurré viendo nuevamente la ventana.

—El de la derecha es un volcán extinto —comentó relajado—. Se llama Sepul —indicó.

Observé la gran montaña y pensé que en algún momento hacía cientos de años atrás había estado activo.

—¿Cómo has dormido? —preguntó todavía en el marco de la puerta.

—Muy bien, la cama es tremendamente cómoda. No sé cómo llegué aquí… —dije algo confusa.

—Te desmayaste, te traje aquí, luego tuvimos una pequeña

conversación y te quedaste dormida —informó formalmente mientras se apoyaba en el marco de la puerta.

Santa mierda, sus músculos eran fuertes; sus hombros parecían macizos y esa musculosa le quedaba impecable. Creo que podría acostumbrarme a ver a Einar vestido informalmente, aunque las camisas también le quedaban estupendas.

—No recuerdo la charla —dije frunciendo el ceño.

—Solo me dijiste que estabas cansada y que te irías apenas despertaras. Te dije que no había problema y luego simplemente caíste rendida —dijo con voz honesta.

—No duermo bien desde hace un buen tiempo, esta noche fue una brisa fresca para mi mente —agregué. Observé mis piernas desnudas.

—Te di la camisa, te has cambiado tú misma —me informó como si me leyera la mente.

—Tranquilo, no pensaba que tú… —Me perdí en mis palabras—. ¿Has dormido aquí? —pregunté ahora sintiendo mis mejillas arder.

Él sonrió de lado y caminó lentamente hasta donde se encontraba la mesa para sentarse en una de las sillas. Dejó estiradas sus piernas largas y fuertes. Podría pasarme toda la vida viéndolo, eso era seguro.

—No, dormí en otra habitación. No suelo dormir en lugares donde no fui invitado —aclaró lentamente sin quitarme los ojos de encima.

Podía sentir su calidez a una buena distancia, era maravilloso.

—Conociendo a otros muchachos, veo que te han criado muy bien… —dije burlona.

Debían haber sido grandes padres, más teniendo en cuenta que de seguro lo habían sacado de un orfanato en no tan buenas condiciones. Me preguntaba cómo habían sido sus primeros años en soledad.

Él levantó sus cejas.

—En realidad, fui criado a la antigua y casi a los tumbos. Pero leo muy bien las generaciones y evoluciones del humano. Ven, te mostraré algo —sugirió como un chico que busca problemas.

Caminé hacia él sintiendo mis piernas volverse gelatina y mi corazón palpitar como una adolescente.

—Dame tu mano —dijo poniendo su palma abierta.

Abrí mi mano hacia arriba, él sin más la tomó y pasó las yemas de sus dedos por mi palma con lentitud. Pude sentir su tacto caliente en extremo, pero para mi sorpresa también la aspereza de su mano; asumí que debido al trabajo en el viñedo.

—¿Eso es…? —pregunté intentando retener el instinto de sacar mi mano—. Hay algo mal con tu mano —susurré ahora tocando el dorso y sintiendo su piel. Evité tocar su anillo y seguí por su muñeca.

—No soy yo, eres tú. Tus sentidos estarán sensibles por unas horas más —informó.

—¿Y eso por qué? —dije entendiendo por qué sentía tantos aromas

exquisitos y la luz molestaba tanto a mis ojos.

—Por nuestro encuentro de ayer —dijo divertido.

—Qué egocéntrico. Debe ser porque tengo resaca —comenté sin dejar de tocar su piel.

Era adictivo, pasé mis manos por la línea de un tatuaje en su muñeca.

—El Plaisir no da resaca, *belle* —aclaró y rio manteniendo la tranquilidad.

Sentí mi respiración volverse más pesada y lenta mientras seguía acariciando la piel del antebrazo de Einar. Él no quitó sus ojos de mí y yo no podía quitar mis manos de su piel cálida. Quería tocarlo por completo, nunca había sentido una piel como la de él. Estaba excitada por este hombre, eso era claro.

—Si quieres besarme, puedes hacerlo con libertad. Siempre que lo desees —susurró con voz ronca haciendo que saliera de mi trance.

—Lo lamento —me disculpé soltando su antebrazo.

Sí, había una parte mía que estaba avergonzada, pero otra se encontraba en llamas lista para hacer una locura. Era como si alguien me hubiese empujado; sintiendo un poderoso deseo en mi bajo vientre me incliné hacia sus labios. Comencé con un beso lento, saboreando casi como una adicta su boca; parecía brindarme un tipo de sabor exquisito y que sabía que se volvería mi adicción… el simple sabor de Einar. Él llevó ambas manos a mis muslos traseros impulsándome a apoyar cada rodilla sobre la silla y quedar sentada a horcajadas en su regazo. Su mano caliente se detuvo en mi nuca agarrándola con firmeza; el ritmo del beso se incrementó con fuerza y en mi mente estaba viviendo algo que nunca había transitado. Mis manos ahora estaban en su cabello suave y mojado. Sus labios le rendían cuentas a los míos casi como si le pertenecieran; mi lengua fue en búsqueda de la suya y no tardaron en encontrarse. Todo mi cuerpo iba a explotar con tantos sentidos activados y todos dirigidos a Einar.

—Por los infiernos, no sabes en lo que te estás metiendo. Debo alejarme, pero parece que no aprenderé la lección —reconoció. Apoyó la cabeza en la pared y mantuvo los ojos cerrados.

Su respiración estaba más pesada, al igual que la mía.

—¿Quieres contarme entonces? ¿En qué me estoy metiendo, Einar? —pregunté besando su mandíbula y sintiendo una barba de unos días.

—Me lo estás haciendo tan difícil, Tabatha. Intento ser un hombre bueno en este periodo de tu ciclo, de esta vida… —respondió largando un suspiro todavía con los ojos cerrados—. Intento alejarme, pero es tan difícil. —Dejó salir una bocanada de aire.

Aproveché a besar su cuello, mordisquearlo y saborearlo. Einar era algo que nunca había probado; su piel era un elixir puro, tan sabroso, tan delicado y suave que me sorprendía nunca haber sentido algo así.

Bajo un gruñido proveniente del fondo de su pecho, se puso de pie sosteniéndome en sus brazos y me impulsó de un movimiento ágil a la cama. Caí de espaldas al colchón y lo vi con una sonrisa, mientras él se encontraba de pie; para mi sorpresa, sus ojos grises se habían perdido en una noche oscura.

—¿Qué ocurre con tus ojos? —susurré maravillada.

Él se arrodilló en la cama perdiendo su rostro en mi cuello.

—No los veas, te perderás nuevamente —susurró casi como si estuviera diciendo un rezo.

Cerré mis ojos sintiendo la punta de su lengua vagar por mi piel con lentitud, haciéndome sentir la humedad, el calor y la delicadeza con la que recorría mi cuerpo. Pasó su boca por atrás de mi oreja y con una mano tomó mi cabello. Me dejé llevar. Tenía los ojos cerrados y estaba de rodillas sobre la cama. Mis orejas ardían, mi piel también y mi mente estaba fluyendo en diferentes tonalidades de colores.

—Solo besos. Solo puedo brindarte caricias y besos por ahora. No quiero lastimarte —confesó en mi oído con una voz que me hizo dudar si era dentro de mi cabeza o fuera.

—Einar, por favor —suspiré para luego dejar de sentir su contacto por completo.

A los pocos segundos de ya no sentirlo cerca abrí mis ojos y para mi sorpresa él estaba sentado en la misma silla de antes; su rostro estaba serio y pude ver un destello de tristeza. Claramente estaba batallando con algo en su mente.

Un golpe a la puerta llamó mi atención casi como si alguien hubiese tirado una bomba. Los sonidos eran más fuertes de lo normal. Se trataba de un asistente de Einar que quería avisarle de un llamado, él, sin moverse de su lugar, le dijo que lo rechazara.

—¿Has estado aquí? —pregunté de repente algo abrumada cuando el hombre se hubo retirado. Me encontraba en cuclillas en la mitad de la cama, con la camisa a medio desprender.

—¿A qué te refieres? —preguntó con voz seca.

—Recién. —Fruncí el ceño sintiendo un nudo en mi garganta—. ¿Me has besado? ¿Has estado conmigo en la cama? ¿O estás jugando con mi mente? —exigí saber mirándolo fijamente.

Einar evitó mi mirada para luego ponerse de pie.

—La sensibilidad de los sentidos también lleva a un exceso de emociones, aprenderás a controlarlas cuando sea el tiempo —dijo evitando mi pregunta—. Si me disculpas, iré a ver cómo fue la cosecha de la noche. Luego, si quieres, puedo mostrarte los prados donde se cosechan otros frutos —invitó con formalidad.

No dije ni una palabra y a los pocos minutos el frío en la habitación se hizo presente al igual que su retirada. Por algún motivo algo se

había atorado en mi garganta; caminé hacia el baño sintiendo el piso fresco en mis pies. Era como si mi cuerpo estuviera en llamas.

Al verme al espejo pude apreciar mis mejillas coloradas, el cabello despeinado y las pupilas dilatadas. Pero algo más. Mis labios estaban hinchados, por ende, los besos de Einar sí habían pasado por mi cuerpo. Había sido real. Los toqué sintiéndolos extremadamente sensibles, como si hubiesen estado expuestos al frío. Mis ojos bajaron por mi piel, fruncí el ceño al ver en mi clavícula una marca roja; llevé mis dedos allí.

—Auch. —Eso dolía.

Parecía… una quemadura. Pero ¿cómo? Abrí un poco más la camisa y vi que había cuatro pequeñas marcas. Y todo cayó como piezas de ajedrez. Eran huellas de los dedos de Einar. ¿Su tacto había quemado mi piel? Sin más me encontré con mi mirada en el espejo nuevamente, era de horror y miedo. ¿Cómo era eso posible? ¿Cómo me había quemado con tan solo tocarme?

Debía irme, rápido, no podía pensar allí. Me puse el vestido que colgaba de una silla e intenté salir sin llamar la atención de ningún trabajador. Eludí el camino principal para no encontrarme a Einar.

CAPÍTULO 10

—¿Qué ha pasado con Penélope Garld? —preguntó Betiana mientras leía un libro. Llené mi boca de palomitas.

—Morgan falleció en prisión —informé sin sacar la vista de los dibujos que proyectaba la televisión.

—¿En serio? —preguntó ahora Betiana con el ceño fruncido—. No he visto a ningún medio hablar de eso. Es muy grave.

Mi madre, que se encontraba junto a Luke en el sillón, silenció la televisión y me miró con el rostro confundido.

—¿Por eso se ha dejado de hablar del tema? —preguntó Georgina.

—No estoy segura, al parecer no quisieron que los medios se enteraran. Lo último que sé es que Penélope salió del país; de seguro quiso huir de las repercusiones que habrá cuando esto salga a la luz —susurré algo perdida.

—Bueno, cariño, tú ya no tienes nada que ver con ese tema. Has hecho lo correcto, esa chica necesitaba ayuda —finalizó Georgina incorporándose en el sillón y acariciando el cabello de Luke que dormía sobre su regazo.

Betiana me miró por el rabillo del ojo.

—Realmente no quiero hablar del tema —susurré dando un suspiro.

El lugar quedó en silencio.

—¿Cuál era la profesión de Magda? —pregunté de repente.

—Enfermera, como tu madre —dijo mi abuela con una sonrisa—. En esa época de guerra eran de gran ayuda, aprendió por ella misma. Fue una mujer que dedicó su vida a salvar vidas.

—¿Y cómo fue como madre?

Betiana respiró hondo pensando la respuesta.

—Ha sido lo que pudo ser. Me tuvo joven, murió a los treinta y seis años. No llegué a compartir tanto con ella —susurró con lentitud—. Mi tía Gal se hizo cargo de mí como si fuera su hija —agregó con una pequeña sonrisa, su voz siempre era suave y comprensiva.

Sabía que mi abuela no había conocido a su padre, pero por un segundo me pregunté si ese hombre francés… tan solo. *No, son delirios.*

—¿Tienes fotos de ella? —pregunté de repente.

—Sí, debo tener guardadas algunas. Luego las busco —repuso—. Si la ves, dile que la quiero y la extraño —concluyó y volvió a su libro.

Me quedé algo quedada ante sus enigmáticas palabras.

—¡He conseguido trabajo! —Didi apareció a los gritos con una sonrisa de lado a lado.

—¿Un trabajo legal? —preguntó divertida Betiana sin levantar la

vista del libro.

Carcajeé mientras llevaba a mi boca más palomitas.

—¡Claro que sí! —exclamó Diana frunciendo el ceño.

—Muy bien cariño. ¿De qué? —quiso saber mi madre. Estaba sentada en el sillón y le acariciaba la cabeza a Luke.

—Asistente —dijo con una gran sonrisa—. Silas necesitaba a alguien que lo ayude a ordenar su empresa —comentó con alegría.

—¿Empresa de qué? —pregunté frunciendo el ceño.

—Deudas. Es cobrador —aclaró rápidamente—. Su oficina es un caos, así que tendré mucho trabajo —comentó agarrando un puñado de palomitas del tazón y comiéndolas con ansiedad.

—¿Cómo harás con la universidad? —preguntó Georgina desde su lugar.

—Bueno, creo que ahora no es lo importante. No tenemos lugar para dormir hasta que arreglen el departamento y todavía no sabemos si nos lo seguirán alquilando —comenzó—. Y además están por echar a Tab. Así que prefiero perder una materia a… —No pudo continuar ya que Betiana y Georgina se sobresaltaron.

—¿Están por qué? —preguntó mi abuela mirándome por arriba de sus anteojos violetas.

Observé furiosa a Didi.

—Nada, me cambiaron de sección. No me echarán —aclaré.

—¿Todo esto es por lo de Garld? —preguntó Georgina—. ¡Ni que fuera tu culpa! —dijo molesta.

Luke se sentó en el sillón sin entender y de mal humor.

—Oh, lo lamento. Ven, acuéstate nuevamente —le dijo mi madre con suavidad al pequeño.

—La han reprendido por no entregar a tiempo su último artículo y por perder toda la información adquirida en el incendio —dijo Didi rápidamente.

La volví a observar.

—¿Por qué no te callas? —dije molesta—. Además no la he perdido, se ha quemado —bufé molesta.

—Tab, júntala. Encuentra la manera —sugirió Betiana con voz suave y baja—. Y si es así, mándalos a cosechar berenjenas —dijo con ojos grandes.

No pude más que reír ante su ocurrencia.

—¡¿Atracciones?! —grité frente a la computadora que me había prestado mi madre al ver el e-mail de Lucrecia.

Me paré rápidamente y salí de la oficina.

—Tab —la voz de Isa sonó. Alcancé a ver que sobre su escritorio había varias cajas.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Me han cambiado de sección… —dijo con el rostro preocupado.

—¿Qué?

—Me envían al segundo piso, necesitan una asistente allí, para un nuevo periodista —anunció con ojos tristes—. Son órdenes de Lucrecia —aclaró.

—Esto es el colmo —dije dándome vuelta con ira contenida; sin más caminé con pasos firmes.

Lucrecia se encontraba hablando con alguien de redacción.

—Esto es una porquería. No estás aquí para cometer errores —le dijo molesta al joven.

—Lucrecia —la llamé.

De manera irritada se dio vuelta y me miró.

—¿Atracciones? ¿En serio? —le recriminé en un tono de voz alto.

La ira fluía en mi cuerpo, no me dejaría pisar, no esta vez. Había algo poderoso creciendo en mi pecho y no lo retendría.

—¿Tienes algún problema con esa sección? —preguntó con acidez.

—¿Problema? Debo escribir sobre las atracciones de Cambria. ¡Oh, genial! Hay dos plazas, tierra, un teatro y más tierra —dije molesta.

Pude ver cómo las cabezas de los trabajadores comenzaban a asomarse por los cubículos; sabía que todos estaban presenciando la escena, principalmente porque estábamos en la mitad del pasillo central.

—¿Te crees tan buena? —me dijo y rio con sarcasmo—. No pudiste con un simple artículo, Jones —acotó molesta—. Ni siquiera ibas a durar como periodista aquí. No tienes talento, chica.

Observé por un segundo a Gail que observaba la situación con el rostro completamente serio a un costado.

—¿Sabes algo? —Suspiré en un intento de retener la angustia creciente en mi garganta—. Es una pena que hayan puesto a alguien como tú en un diario tan importante. —La observé directo a sus ojos oscuros.

—Tab… no es necesario… —intentó calmar las aguas Gail.

—No serás ni una pizca de lo talentosa que fue tu abuela, Jones. Pierdes el tiempo jugando a ser una espía —disparó Lucrecia con veneno en sus palabras.

Betiana había sido una escritora de renombre; siempre había tratado temas polémicos e importantes de su época.

—Y tú simplemente eres un ser envidioso al que le gusta vomitar sobre los demás porque no tienes ni una pizca de talento. Sigue diciendo que no somos suficientemente buenos. ¡Tal vez tú no lo eres! —gruñí dando mi última sacudida.

—Te doy un día para que limpies tu oficina. Necesito a alguien en tu lugar que haga su trabajo; no me hagas perder más tiempo —exigió

la morena.

La mirada de todos, incluida la de Lucrecia, se perdió en el personaje que acababa de entrar en las oficinas: Einar Lucson estaba frente a las puertas del ascensor observando la escena con el rostro lleno de disgusto.

—Mierda —susurró Gail.

Todo era silencio, casi como si el diablo hubiese entrado. Einar con seriedad caminó hacia nosotros.

—Señor Lucson —dijo Lucrecia claramente cohibida, su rostro estaba molesto y rojo de la ira—. Lamento que haya tenido que presenciar esto, estábamos manteniendo una charla acalorada con la señorita Jones. Mi nombre es Lucrecia Port y soy la jefa de redacción del diario.

—¿Charla acalorada? —dijo incrédulo y con voz grave—. Eso fue más que una charla acalorada.

—Si le interesa, podemos proporcionarle a un periodista que esté a la altura para finalizar el artículo —ofreció Lucrecia en un intento de sonar amable—. ¿Conoce a Gail Rauch? —sugirió rápidamente estirando su mano a un Gail completamente serio y de brazos cruzados.

—La señorita Jones es una periodista muy profesional; recolectó información valiosa y tuvo sumo respeto por mí, su entrevistado —manifestó Einar con tono formal.

—Jones fue trasladada a otra sección —aclaró Lucrecia.

—No, no fui trasladada. No soy más parte del diario —corregí levantando una ceja.

Einar desplegó una sonrisa como si hubiese hecho jaque mate en un juego de ajedrez.

—Entonces la idea de un artículo con mi nombre tampoco será parte de este diario. Y me encargaré de hacerle saber a sus superiores de Nueva York lo bien que trata a sus empleados, señorita Port. Tengo unos cuantos conocidos allí —amenazó con el mentón en alto. Sabía que Einar quería ayudarme pero no quería que me defendiera, yo podía hacerlo por mí misma.

—No eres más que una serpiente a la que le gusta envolver a sus víctimas a gusto —dije dando por finalizada la discusión.

Me di vuelta bajo la mirada de los demás trabajadores. Isa me observaba con una sonrisa ancha. Entré en mi exoficina, seguida de Einar. Este cerró la puerta detrás de él. Largué el aire como si algo hubiese apretado mi pecho con fuerza por mucho tiempo. Sorpresivamente no me sentía mal, al revés, me sentía liberada.

Los ojos grises de Einar me observaron con cautela y silencio.

—Eso ha estado diferente —dije sentándome con pesadez en la silla —. ¿Qué haces aquí?

Einar caminó lentamente por la oficina observando el lugar, sentía mi corazón latir con fuerza por la discusión y por tener a este hombre en la sala.

—Bueno, señorita Jones, no estoy acostumbrado a que corran de mi propio viñedo y desaparezcan por varios días —comentó burlón.

—Entenderás que tengo mucho que procesar… —Caminó por la oficina, se detuvo frente al pizarrón y quitó la tela que lo cubría con interés—. Eso… —intenté impedir que lo viera, pero ahora ya no importaba. Simplemente me quedé observando cómo leía las conjeturas que había hecho sobre él.

—¿Adoptado con posibles problemas afectivos? Solitario —leyó lentamente—. ¿Posibles alucinaciones? —Carcajeó—. Me gusta esta: atractivo —dijo con una sonrisa arrogante.

Revoleé los ojos mirando por la ventana la ciudad de Cambria. Sería la última vez que la vería desde allí.

—Quería abarcar todos los aspectos —me defendí.

—Arrogante, posible criminal y autor intelectual de los atentados religiosos —leyó—. Sigues con eso en la cabeza, ¿eh? —preguntó divertido.

—Hay información dura, de tu vida y datos que me han dado los trabajadores. Y hay otra parte que son… teorías mías. Utilizo el pizarrón para liberar información —acoté poniéndome de pie y acercándome a la ventana para terminar de contemplar la vista que tanto me había acompañado. Las palabras de Lucrecia flotaban en mi cabeza como veneno.

—Humano —leyó finalmente—. Me gusta que la palabra esté acompañada de varios signos de interrogación —dijo divertido.

Mi piel se erizó cuando sentí su cuerpo cálido tomarme por detrás con suavidad y cerrar sus manos en mi vientre.

—Lo tenía bajo control antes de que llegaras —susurré.

Escuché una pequeña risa; Einar perdió su rostro en mi cabello.

—Lo sé —susurró—. No eres nada de lo que ella dijo y sé que tú lo sabes —su voz era hipnótica y lograba apaciguar mi mente llena de dudas y miedos.

Respiré hondo ladeando mi rostro para verlo. Su boca estaba cerca y a unos centímetros más arriba de la mía.

—En algo tiene razón, luego de varias semanas, no logré saber nada de ti —confesé mirando sus ojos como imanes—. Fallé en mi artículo, no logro conocerte del todo. —Sus labios tentadores se curvaron en una leve sonrisa.

—*Belle* —susurró—. Déjame contarte un secreto —dijo burlón señalando ahora la pizarra—. Ahí me tienes. Crudo, controversial, real y suficiente para alimentar el morbo de los humanos —aclaró divertido antes de volver a pasar sus manos por mi vientre acercando

mi espalda a su cuerpo—. Tú has decidido no sacar el artículo, no por no haber hecho tu trabajo, sino porque no fue suficiente para ti —susurró divertido en mi oído.

Observé Cambria desde lo alto sintiéndome reconfortada en los brazos de Einar.

—Eso no… —Fruncí el ceño y ladeé la cabeza para encontrarme con su rostro; una vez más, solo pude perderme en sus ojos.

—Puedes seguir conociéndome cuando quieras —sugirió.

Quería besarlo, pero había algo que necesitaba saber con urgencia.

—¿Qué hay de lo último? —pregunté mirándolo fijamente—. ¿Quién eres realmente?

Todo quedó en silencio, él no se movió ni me soltó. Solo me observó con su temple tranquilo. Rozó la punta de su nariz con la mía antes de dar un paso hacia atrás y alejarse con ambas manos en los bolsillos.

—No puedo creer que… —Isa entró a la oficina con energía y observó a Einar con ojos aterrados—. Oh, pensé que Tabatha estaba sola —se disculpó.

—No se preocupe, ya me estaba retirando —dijo Einar con formalidad—. Estoy seguro de que necesitas un aventón, te espero abajo. Tómate tu tiempo —se ofreció Einar con el rostro serio. Se retiró con tranquilidad.

—Perdón, pensé que se había ido —dijo claramente nerviosa; llevaba una caja de cartón grande.

Di unas zancadas rápidas hasta el pizarrón y lo tapé.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó apoyando la caja sobre el escritorio—. Eso estuvo increíble, Lucrecia está en su oficina y no ha salido de ahí. Estoy segura de que es tan retorcida que es capaz de llamar a la policía para que te escolte —aseguró con ojos bien abiertos.

Reí mientras acomodaba los papeles y archivos dentro de la caja.

—Tranquila, no pasará nada de eso. Ya tuvo suficiente —la calmé —. Me iré y después veré cómo sigo. Nos mantenemos en contacto, ¿sí? —dije mirándola con cariño.

Isa asintió con una pequeña sonrisa.

—Te extrañaré —susurró.

—Yo también —dije mientras caminaba hacia ella para abrazarla —. Si te llega a tratar mal, me avisas y vendré por ti.

Isabella se había convertido en una gran asistente y compañera. Sabía que podría defenderse sola, pero de tan solo imaginar a Lucrecia con sus malos tratos volvía a enfadarme.

—¿Quieres que te ayude? —se ofreció.

—En realidad solo me llevaré mis carpetas y nada más —comenté tirando en la gran caja varias carpetas, archivos y un portarretratos de

una foto familiar de Año Nuevo en la casa de Betiana.

No había nada mío específicamente y por un segundo pensé que tal vez esta oficina nunca había sido totalmente mía.

—Te llevaré esto abajo así tú terminas de revisar —habló Isa agarrando la caja.

—Gracias, Isa —dije con una pequeña sonrisa.

Me quedé sola nuevamente y caminé hacia el pizarrón con rapidez y despegué los papeles y las anotaciones. Di una última mirada al lugar y me encontré con la caja azul; la familia de Cartier no la había querido y sabía que el próximo periodista la tiraría sin dudarlo. Con envión me estiré en la estantería y saqué la pesada caja. Tenía muchas más carpetas de lo que había imaginado, la tapa se encontraba llena de polvo. Con convicción arranqué el papel que decía «Cartier» y lo tiré al pequeño cesto de basura. No quería que nadie supiera que estaba sacando algo que no era mío.

—Tal vez esta oficina siempre fue tuya —susurré al aire.

Sin más salí de la oficina con la pesada caja azul en mis manos.

—¿Deberíamos estar gastando dinero cuando ni siquiera tenemos casa? —preguntó Diana mientras terminaba su vaso de cerveza.

—Ya cerramos, chicas. ¿Necesitan algo más? —preguntó el cantinero con amabilidad. Ambas negamos con la cabeza. Habíamos tomado suficientes cervezas como para estar diciendo tonterías.

—Había olvidado que los bares de Pardillo cierran apenas la noche comienza a ponerse buena —protestó Didi con los ojos ebrios.

—Debemos volver y tú tendrías que estar estudiando para tus exámenes —dije mientras me ponía la chaqueta. Didi bufó.

—Eres una aguafiestas. —Salimos al frío de la noche.

Había llovido, por lo que la calle estaba húmeda. Pardillo tenía un pequeño centro comercial con las tiendas necesarias, pero nada extra. Era casi un pueblo abandonado; agradecía no vivir allí, ya que de noche se volvía aterrador y nostálgico. Recordaba pasar largas noches caminando con Florence.

Subimos a la camioneta.

—¿Te has dado cuenta de que nuestro linaje no tiene suerte con los hombres? —preguntó Didi mientras observaba por la ventana.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Digo, papá simplemente se desentendió del tema y aparece solo en las festividades… —comenzó lentamente—. ¿Y el abuelo? —preguntó como si estuviese hablando de una ciencia muy importante.

—Falleció hace años —contesté sin entender a donde iba su punto.

Mi abuelo había sido un hombre amoroso, gracioso, pero a su vez callado. Había fallecido varios años atrás, cuando me encontraba en la

preparatoria.

—Lo sé, pero… —Se enredó con sus palabras—. Solo digo… que no hay hombres en la familia, solo mujeres —bufó.

—¿Y qué hay de Luke? —pregunté mientras observaba la carretera vacía.

—Es un niño y será bastante caprichoso si Beti lo sigue malcriando —advirtió casi como si estuviese a punto de hacer un puchero.

—Estás celosa —dije divertida mirándola con los ojos bien abiertos.

—Claro que no… —bufó prendiendo la música para dejar de escucharme.

—¡Estás celosa! —grité divertida.

—Eres insoportable. Solo… —dijo bajando un poco la música—. Mamá en toda nuestra adolescencia estuvo en el hospital —relató lentamente—, y Beti siempre tuvo una estrecha relación contigo, es como si se entendieran con tan solo pestañear —agregó con voz algo perdida—. Y yo simplemente estaba allí.

—Yo siempre estuve contigo —repuse. Detuve la camioneta frente a la casa.

—Lo sé, olvídalo —terció y subió el volumen de la radio.

Una canción pop inundó el espacio, Didi se movió siguiendo el ritmo.

—Bien, vamos a dormir, bailarina —me burlé.

Ambas bajamos hacia la gran casa con todas las luces apagadas; los grandes campos también se encontraban en plena oscuridad.

—Pardillo nunca dejará de aterrarme —susurró Diana mientras entrábamos a la casa—. Auch —dijo cuando se llevó la pequeña mesa de entrada por delante.

—¡Diana! —susurré—. No hagas ruido, están durmiendo —dije.

—Lo llamaré a Silas a ver si quiere rescatarme —susurró divertida antes de perderse en la escalera.

Por un segundo pasó por mi cabeza qué estaría haciendo Einar; no había sabido nada de él desde que había dejado la oficina. Me había traído hasta aquí para luego despedirse.

Sentía la cabeza llena de cerveza. Entré en mi vieja habitación con un vaso de agua. Betiana guardaba allí grandes cajas de libros interesantes para leer, pero mi mirada fue directamente a la caja azul.

«Deja de buscar donde no te llaman», susurré. Apoyé el vaso en la mesa de luz y luego coloqué con algo de dificultad la caja sobre del escritorio.

Me quité la chaqueta y me puse un buzo negro más cómodo.

«Aquí vamos». Di un gran suspiro y abrí la caja. Lo primero que vi fueron artículos de diarios de diferentes años. «Qué extraño», pensé mientras los estudiaba sin encontrarlos interesantes. De repente encontré varios cuadernos de distintos colores y un libro de tapa azul

oscuro: *Mágicos en la Tierra.*

«¿Qué es esto?», me pregunte ojeándolo. Parecía un libro de fantasía, y estaba marcado con post-its.

Sin más pasé a los cuadernos, llevaban muchas cosas escritas junto a diferentes noticias de diario pegadas; mi sangre se heló al ver el último cuaderno.

CRIATURAS DE LA OSCURIDAD
Semidoms: humanos tomados por íncubos, preparan a la presa de estos. También hijos de humanos e íncubos. Sin poderes sobrenaturales. Rango de peligro: bajo.

«¿Cómo puede ser?», susurré sin poder creerlo. Observé las páginas con información que estaban acompañadas de fotos de distintas personas con su nombre, fecha y edad.

Demonios ínsubos: se alimentan de la energía de los humanos y viven en la Tierra para generar miseria. Limitados poderes sobrenaturales. Rango de peligro: alto.

No podía ser, esto no podía ser verdad. Seguí leyendo sintiendo mi cuerpo temblar del miedo, había demasiada información e imágenes.

Guardianes de la oscuridad: encargados de hacer prevalecer el mal en la Tierra, dueños de los íncubos y todas las criaturas oscuras de la noche. Suelen percibirse como humanos. Sentidos extremos, ágiles, veloces y violentos. Carecen de emocionalidad. Poderes sobrenaturales: (sin especificar). Rango de peligro: muy alto.

El cuaderno se deslizó de mis manos al ver la siguiente página. En un estilo de árbol genealógico con imágenes, una de ellas, recortada de un diario en blanco y negro y algo maltratada por el tiempo, mostraba un rostro muy conocido.

DAG LUCSON
Líder de los guardianes de la oscuridad. Aparición en la Tierra: año 1400. Rango de peligro: extremo.

«¿Qué?» Proseguí leyendo hasta que mi cabeza no pudo más. Sentí que algo apretaba mi estómago y mi pecho con fuerza. Apoyé mi espalda en una de las paredes sintiendo como si todo girara. Con rapidez agarré el cuaderno, el libro y todo lo que había sacado de allí para ponerlo en la caja nuevamente y esconderla bajo mi cama. El miedo recorría mi sangre.

«No puede ser, no puede ser», susurré con mis manos temblando.

Caminé por la habitación como si algo dentro de mí estuviese atrapado, aterrado. Había sido engañada. Observé el reloj que colgaba de la pared de la vieja habitación. Era casi medianoche.

Quieta, no lo hagas.

Ya es tarde.

Sintiendo un impulso agarré las llaves de la camioneta y salí. Cuando me quise dar cuenta volvía a estar en la carretera, manejando con el corazón en la boca, sintiendo que todo en mí temblaba; necesitaba una explicación. La noche se encontraba nublada, el gris cubría el cielo y la luna. El miedo estaba en mi sangre fluyendo con fuerza, pero a su vez, necesitaba saber la verdad de una vez por todas. Luego de un tiempo, que me había parecido años, me encontraba frente a Liberium, que para mi sorpresa, estaba completamente oscuro. Bajé frente a la puerta en un intento de ver hacia adentro. Estaba cerrado. Mi respiración seguía agitada bajo la calle vacía.

«¿Dónde mierda estás?», susurré volviendo a entrar al auto. Mi cerebro funcionó como guía. Cuando me quise dar cuenta, me encontraba nuevamente manejando con un destino.

A diferencia de Liberium, al Marquerer entraba gente, lo que indicaba que aún estaba abierto. Estacioné la camioneta sintiendo mi corazón latir con fuerza. Cuando habíamos venido con Didi, no había sido una buena experiencia.

Caminé con una fingida seguridad para luego levantar la capucha de mi buzo y tapar mi rostro. Observé al grandulón con tatuajes fuera del lugar. Un hombre delgado con la cabeza rapada y *piercings* llegó a la puerta. Me puse a su lado, el rapado me miró con el ceño fruncido y le dediqué una pequeña sonrisa. Fue interceptado por el grandote. Comenzaron a hablar y antes de que pudieran detenerme atravesé la puerta.

El lugar era tal cual lo recordaba o aún más intimidante. Poca luz, humo espeso, paredes rotas y maltratadas. Observé a una banda tocando a todo volumen. Esta vez el lugar estaba más concurrido.

Sentía el cuerpo congelado. Observé entre la gente con estilo punk, intentando mantener firme la capucha en mi cabeza para pasar desapercibida. Un chico con una cerveza chocó mi hombro con fuerza.

Carajo, solo vete de aquí.

Intenté pasar por el tumulto de gente en un intento de encontrar el rostro de Einar. ¿Qué si él no estaba aquí? La valentía comenzaba a drenarse de mi sistema y ahora solo me sentía una idiota en un lugar altamente peligroso.

—Muévete. —Un tipo pasó chocando mi cuerpo con violencia. Caí de bruces al piso y escuché algunas risas de fondo; la capucha se había bajado.

—Levántate. —Era la voz de una mujer.

Botas de cuero negras con cordones altos y medias de red; me levanté con urgencia, como pude. Pam me miraba con el ceño fruncido; llevaba el cabello atado y vestía una camiseta de rock y una falda de cuero.

—Vete ahora —susurró con los ojos fijos en mí.

Pero antes de que pudiera hacer algo, sentí cómo alguien me tomaba por atrás.

—¡Tenemos un intruso! —El grito de un hombre tirando de mi cabello me hizo retorcer; las luces del lugar eran leves, por lo que no podía ver con precisión, pero sabía que ahora teníamos espectadores.

—Te olí apenas entraste —dijo en mi oído; su aliento apestaba a cigarrillos.

—Suéltame —exigí en un intento de zafarme, pero su agarre dolía como los mil demonios.

—Quieta —dijo apoyando algo filoso en mi cuello. Todo en mí se heló.

Habían hecho un semicírculo alrededor de nosotros y todos gritaban. De repente mi mirada reparó en Einar, que se encontraba unas mesas más allá con otras personas. Observaba la escena con los ojos fijos en mí.

—¿Quién quiere tener el honor? —gritó el hombre que supe descifrar como el mismo rapado del que me había escabullido en la entrada. Los gritos inentendibles no tardaron en llegar, la música se detuvo. Intenté zafarme sintiendo la daga fría y filosa contra mi piel.

Mi cuerpo estaba helado.

Me moriría. Me moriría.

Pam, por su lado, observaba con los brazos cruzados y la boca hecha una línea.

Observé cómo Einar se ponía de pie un poco más lejos, a su lado Tucson reía con los ojos inyectados de diversión; todos lo vieron acercarse moviéndose a los costados.

—Su honor —dijo el hombre ahora tirando mi cuerpo con impulso al piso, cayendo frente a Einar.

Las lágrimas cubrían mis ojos, mi cabeza explotaría, quería salir de allí. Observé desde mi lugar a Einar que me miraba desde arriba mientras el hombre le tendía la daga. Todos estaban gritando que lo hiciera.

—Puedo hacerlo por ti —dijo Tucson divertido dando un paso adelante.

—No —exclamó Einar frenándolo.

—Quiero comer filete de humano, si no le molesta a su señoría —lo apuró el hombre tendiéndole el arma blanca mientras todos gritaban en señal de aprobación.

«Necesito hacer tiempo. No te muevas». La voz de Einar sonó en mi cabeza y sin más dio un paso hacia mí.

Me incorporé con dificultad sintiendo mi cuerpo dolorido por el impacto contra el piso. El rapado me volvió a agarrar del cabello.

—Suéltala —ordenó Einar con la mandíbula apretada.

—¿Prefiere que lo haga yo? —ofreció el hombre, divertido—. ¿Qué prefieres, primor? —preguntó con voz ácida—. ¿Qué te rompa el cuello? ¿O que te lo corte? —dijo con su boca pegada en mi mejilla. Me moví alejando mi rostro—. Esta vez no podemos dejarte vivir —sentenció con una sonrisa macabra—. No hay una justificación para que haya un humano aquí, Dag. ¿O deberíamos llamar a Sturn? — Einar tragó duro.

«Quieta, no reacciones». La voz de Einar era clara en mi cabeza.

—Oh, vamos, yo lo haré. Pásamela, Pork. —Pam sacó una daga de su cintura.

El hombre carcajeó tirándome hacia ella, quien me agarró con fuerza y me puso en la misma posición. Todos comenzaron a corear diferentes cosas, pero ninguna era buena.

—No lo hagas —susurré con los ojos cerrados fuertemente—. Por favor, no lo hagas.

—Calla —exclamó con dureza en mi oído.

—¡Aquí estoy! —gritó alguien de repente.

Abrí mis ojos llenos de lágrimas y observé cómo Oliver entraba al círculo. Sus ojos me miraron con sorpresa y preocupación.

—Mierda. ¿Aquí te habías metido? —anunció al verme.

—¿Qué carajo es esto? —dijo el tal Pork levantando una ceja.

—«Esto» es mi novia. —Oliver rápidamente caminó hacia mí.

Pam me dejó en libertad pero ninguno parecía bajar la guardia; me encontraba temblando, quería salir de allí. Oliver me abrazó con fuerza.

—Claro que no es tu novia —gruñó Pork levantando su daga.

—Baja el arma, el humano está bajo un guardián —ordenó Einar con voz grave.

—Desconfío —desafió Pork con una sonrisa.

—¿De qué? —replicó Einar con mirada feroz.

El rapado caminó en círculo rodeándonos a Oliver y a mí. Mi cuerpo temblaba con violencia.

—Oh, vamos, amigo. ¿Cómo entraría un humano si no fuese por alguien de aquí? —comentó Oliver en un intento de apaciguar las aguas.

Pork comenzó a acercarse a mí. Einar le cortó el paso con una velocidad irreal. Observé que Pam se acomodaba a su lado; parecía dispuesta a atacar a Pork.

—¿Por qué la defiende, señor? —quiso saber Pork. Lo dijo frente a

todos con el mentón levantado y los ojos inyectados en sangre.

—Defiendo las normas. El humano está con un guardián, no debe ser ejecutado —dijo fuerte y claramente.

—Entonces quiero llevar a duelo al guardián—exclamó Pork con la mandíbula apretada y los ojos fijos en Einar.

Las voces comenzaron a elevarse; todos gritaron con ira. Querían ver sangre. Mi sangre.

—Callen —ordenó Einar. Pero todos siguieron gritando con descontrol—. ¡CALLEN! —Esta vez su voz fue alta y poderosa.

Todos quedaron en silencio.

—¿Quieres un duelo? Lo tendrás conmigo —dijo Einar dando un paso adelante.

—No, quiero un duelo con el guardián en poder del humano —exigió con una sonrisa de dientes descuidados y amarillos.

Luego señaló a Oliver, quien se tensó a mi lado sin soltarme.

—Los lux no pelean, ese orden está establecido mucho antes de que tú llegaras, no será la excepción. —El porte de Einar era fuerte y seguro.

Se notaba la tensión en el ambiente; la mirada oscura de todos estaba en Oliver y en mí.

—¿Por qué quiere hacerse cargo de un mortal? —preguntó Pork con ojos achinados.

Antes de que pueda pasar algo, impulsé mis labios a los de Oliver; este se tensó algo quedado. Sin más pasé mis manos a su nuca atrayéndolo hacía mí; el rubio respondió el beso con algo de lentitud para luego pasar sus manos por mi cadera. Era un beso algo desenfrenado, pero parecía estar por un segundo descargando el miedo. Despegué mi rostro de un Oliver algo confundido.

—Lamento haber causado esto, te extrañaba tanto —le dije al rubio, lo suficiente alto como para que todos escucharan.

Sus ojos estaban en nosotros, incluidos los de Einar que parecían quemarme.

—Porque es la humana de mi hermano —dijo el morocho observando a Pork.

Este rio.

—Qué numerito tan adorable —balbuceó—. Esta humana… Es la segunda vez que la dejas entrar… —gruñó acercándose a Einar quien ahora lo miraba fijo.

—¡Mátala! —ordenó una voz entre la gente.

Todos comenzaron a gritar; no quedaba mucho más tiempo. Pork le dio la espalda a Einar y comenzó a arengar al círculo de gente.

—¿Quién quiere una humana? —gritó divertido el rapado.

Einar con agilidad sacó una daga con un mango verde. Por el brillo, parecía tener piedras incrustadas. Con velocidad la clavó

profundamente en la espalda de Pork, que profirió un grito de dolor. Einar bajó el cuchillo por la espalda del mismo como si fuese mantequilla. Todos quedaron en silencio cuando el cuerpo abierto en dos cayó al piso.

—En las cenizas y en el templo, el orden de la ley impuesta por los superiores se consagra y se respeta —gruñó Einar mirando a los demás con firmeza—. Quien no esté dispuesto a cumplirlas, será desterrado nuevamente al fuego —sentenció.

Todos estaban en completo silencio.

—¿Querían un cuerpo? —Einar levantó el cuerpo inerte, como si no pesara un gramo. Lo tiró a la multitud, que para mi sorpresa comenzaron a desmembrarlo como caníbales.

Oliver me empujó para que dejara de ver la escena.

«Vete«. La voz de Einar sonó en mi cabeza, pero él me estaba dando la espalda. A su lado, Pam puso una mano en su hombro en signo de apoyo.

—Si alguien más quiere desafiarme, puede hablar ahora —la voz de Einar era aterradora.

Oliver tomó mi mano y ambos caminamos lejos de la gente atacando el cuerpo sin vida del hombre. Me encontré con la mirada de Tucson, tenía una expresión seria y los ojos llenos de algo más.

—Por aquí —indicó Oliver.

Nos movimos hasta una puerta trasera. Al salir, el frío viento impactó contra mi rostro, pude sentir cómo comenzaba a subir la bilis por mi garganta para luego terminar expulsándola en la vereda.

—Es lo último que hubiese esperado después de ese beso —dijo Oliver en un intento de sonar gracioso.

Mi estómago estaba revuelto, me sentía afiebrada y mi cabeza explotaría.

—¿Tienes auto? —preguntó Oliver.

No podía hablar, mi cuerpo seguía temblando y mi mente rememoraba la escena de Einar cortando la espalda de aquel hombre.

—La… la camioneta —dije haciendo una seña con debilidad.

Oliver me ayudó y se sentó en el lugar del conductor. Condujo por la carretera unos cortos minutos antes de frenar en un gran edificio.

—Vamos —susurró con tranquilidad ayudándome a bajar.

—¿Dónde estamos? —pregunté sintiendo la presión baja, estaba débil y el miedo seguía bombeando en mi sangre.

—En un lugar seguro —susurró a mi lado.

Me acurruqué en el cómodo sillón sintiéndome vulnerable, mi cabeza no paraba de doler y de repetir continuamente las escenas vividas hacía tan solo una hora. La noche estaba en lo alto, me encontraba en

un departamento elegante, amplio y desconocido que no ayudaba con mi estado. Oliver apareció con una manta amarronada para taparme; mi cuerpo estaba helado, como si estuviera en contacto con el hielo.

—Debes relajarte —susurró Oliver poniéndose en cuclillas frente a mí—. Oye, está todo bien —dijo intentando acariciar mi mejilla.

Un ruido en la puerta sonó, el rubio se puso de pie para ir hacia ella. Escuché que balbuceaba algo.

—No ha hablado, su pulso es bajo, me preocupa el ritmo de su cuerpo —informó Oliver.

—¿Le has liberado la respiración? —preguntó la otra voz.

—Sí, pero no hay forma. El miedo está bloqueando su sistema —le contestó todavía en voz baja.

—Ve a prepararle un té de nepeta —le ordenó sin más.

Y todo se hizo silencio. Observé cómo la imagen de Einar entraba a la sala oscura, había solo una lámpara de pie encendida que hacía que una parte de su físico estuviera iluminado y la otra en sombra.

Se adentró en la sala y todo en mí tembló con temor. Me incorporé en el sillón y abracé mis rodillas; no tenía más fuerza para hacer otra cosa, era como si alguien hubiese drenado toda la energía de mi cuerpo. Él observó mi reacción, dio un paso más y se sentó en el apoyabrazos del sillón del frente. Era como si quisiera mostrarse inofensivo.

—No te atacaré —dijo con voz suave.

Era lo opuesto a lo que había visto en el Marquerer.

—No era mi idea que te enteraras de esta manera —susurró con ojos atentos y preocupados. Se puso de pie dispuesto a acercarse pero mi cuerpo se tensó por completo del miedo.

—No —dije de repente.

Einar frenó algo afectado para luego sentarse en el sillón nuevamente.

—Dime qué quieres hacer y lo haré —susurró.

—Aquí —dijo Oliver entrando con una taza de té que apoyó en la pequeña mesa frente a mí—. Los dejaré que hablen tranquilos.

—No, Oliver —lo llamé con voz débil—. Quédate —supliqué.

Oliver observó por un segundo a Einar, no me sentía segura a solas con él. El morocho bajó la mirada como si muchas cosas pasaran por su mente. Oliver se sentó a mi lado.

—Me quiero ir a mi casa —dije con el cuerpo temblando mientras agarraba la manta con fuerza.

—No —dijo duro Einar sin mirarme.

—Lo que quiere decir Einar es que no puedes irte ahora. Puede ser peligroso —aclaró suavemente Oliver.

—Quiero que se vaya —le susurré a Oliver.

Einar se puso de pie con rapidez, tanto que me asustó y mi corazón bombeó con fuerza. Me miró incrédulo.

—No sería la primera vez que me lo pides —indicó duro.

—Einar —lo detuvo Oliver mirándolo con ojos firmes.

Este dejó salir el aire de golpe, cerró los ojos por unos segundos y se dejó caer nuevamente en el sillón.

—¿Por qué fuiste al Marquerer, Tab? —preguntó el rubio con suavidad en su voz.

—A buscarte —susurré mirando a Einar, quien levantó su rostro y sus ojos se encontraron con los míos.

—¿Por qué? ¿Por qué hoy? ¿Por qué así? —quiso saber Einar—. No entiendes el peligro al que te sometiste —dijo molesto.

Sentía que no podía respirar, algo en mí estaba estancado y mi cabeza dolía. Me aferré a la manta con fuerza en un intento de encontrar calor.

—Einar —volvió a advertirle Oliver.

—¿Qué? ¿Tú qué? —preguntó Einar molesto—. ¿Estás disfrutando de tus dos segundos? —dijo con el rostro afectado—. Ya conozco esos ojos. Ya viví esto —dijo con voz más baja.

Respiró hondo, cerró los ojos y volvió a dejarse caer por segunda vez en el sillón. Era completamente lo contrario a lo que había presenciado hacía tan solo horas atrás; este era un Einar abierto, sensible y emocional. Muy alejado de lo que decía ese cuaderno.

—¿Quién eres? —susurré mirándolo.

—Si me necesitan, estaré en la cocina —indicó Oliver. Se paró, me dirigió una última mirada y se retiró.

Einar me observó desde su lugar.

—Ya sabes qué soy, si no, no hubieses ido al Marquerer —contestó mirándome a los ojos.

—Quiero que tú me lo digas —dije sintiéndome enferma.

—Protejo el mal en la Tierra —confesó lentamente.

Mi piel se erizó por completo.

—¿Y lo causas? —pregunté.

Él respiró hondo.

—Ya no, pero hemos alimentado e insertado ciertos pecados que los humanos ya tienen como carencias en su sistema —dijo mirándome.

Las lágrimas se juntaron en mis ojos y la angustia salió directo de mi garganta.

—Sé que todo suena lejos de la realidad, pero ya hemos pasado por esto. Tu alma me conoce, tanto como yo te conozco a ti —susurró mientras se paraba y se acercaba a mí. Me tensé ante su cercanía. Se sentó arriba de la mesa ratona frente a mí, sus ojos grises estaban claros.

—Pudiste haberme matado hoy, en vez de asesinar a ese hombre…

—dije aterrada.

—*Belle*, ese no era un hombre. Era un íncubo que logró ser guardián, amigo de Sturn, tan peligroso como un mono con navaja —relató—. No sabe seguir el orden establecido, no sirve para su puesto. Iba a tener problemas con él tarde o temprano.

—¿Por qué yo? —susurré sin entender.

Él sonrió de lado como si un montón de cosas corrieran por su mente.

—Tú —dijo mirándome con suavidad—. Tú eres mi vida —susurró.

—No tienes vida si no eres humano —dije frunciendo el ceño.

Él carcajeó.

—Exacto, pero gracias a ti la tengo —aclaró y estiró el brazo—. ¿Me permites? —Me había tensado, pero asentí. Rozó la palma de su mano cálida en mi mejilla helada.

—Tengo mucho que contarte —dijo—. Pero es necesario que primero tu sistema esté abierto a eso; el miedo puede enfermarte, al igual que el enojo o la tristeza —indicó suave—. El cuerpo humano es frágil y es necesario estar seguro de que tu cuerpo puede recibir toda esta información. Eres fuerte. Estuviste en un lugar lleno de bris; para tu cuerpo y energía eso puede ser devastador. Es muy probable que tu cuerpo este vacío de energía en estos momentos y por lo que puedo ver lo está.

—¿Bris? —pregunté sin entender.

—*Tenebris*. Significa oscuridad —explicó—. Es una forma de llamar a los seres de la oscuridad en general.

—Siento que perdí la cabeza —susurré.

—La has perdido. —Sonrió de lado—. Déjame ver —susurró pasando una mano por mi cabello con lentitud. Luego comenzó a masajearme detrás de mi cabeza. El dolor se fue disipando al igual que el temblor de mi cuerpo, casi como si el aire volviera a mi cuerpo. ¿Esto lo estaba generando Einar?

—Toma, bebe —dijo y me ofreció el té.

—Debe estar helado —comenté agarrando la taza.

Einar envolvió la taza de porcelana en una mano y la infusión comenzó a burbujear con rapidez.

—Las quemaduras del otro día… —recordé—. ¿Qué clase de poderes tienes? —pregunté anonadada.

Él apenas sonrió.

—Será mejor que bebas el té con cuidado. Mañana podremos seguir hablando. Depende de cómo amanezcas, veremos cómo seguir, ¿sí? —indicó con suavidad—. ¿Precisas que duerma contigo? —preguntó con honesta preocupación.

—¿Por qué querría dormir con un hombre que destripó por la espalda a otro hace tan solo unas horas? —pregunté mirándolo.

Él hizo una mueca.

—Debo volver a aclarar que no era un humano —dijo lentamente —. Puede que tengas fuertes pesadillas, le pediré a Oliver que limpie tu corporalidad.

—No necesito que me bañe. —Levanté una ceja.

Einar dio una carcajada.

—Tienes mucho que aprender, Jones —consideró—. Tal vez en esta vida lo logremos… —vaticinó con los ojos brillosos.

—¿Lograr qué? —pregunté.

—Ya lo verás —contestó con una pequeña sonrisa.

Una parte de mí estaba aturdida, asustada y confundida. Y otra parecía renacer del fondo de mi pecho, casi como si necesitara saber más, quería saberlo todo.

Abrí los ojos y vi el techo color negro, al igual que las sábanas. No estaba segura de qué hora era, pero mi cabeza había dejado de doler; me moví en la cama de Einar. Había dormido profundamente a diferencia de lo que él me había advertido. Salí de la cama y sentí que mis pies tocaban el piso completamente frío y húmedo. ¿Era agua?

—Einar —lo llamé antes de caminar con urgencia hacia la puerta. Al abrirla, me encontré con la nada misma—. ¿Einar? —lo volví a llamar con el miedo tiñendo mi voz.

Unos susurros sonaron de fondo y un hombre con dientes filosos y ojos completamente negros me atacó de frente; caí directo al colchón. La desesperación me invadió e intenté empujarlo lejos de mí, pero ahora el ser humano con manos como garras estaba arriba de mí queriendo atacarme.

—¡EINAR! —grité.

De repente, más personas me estaban agrediendo mientras el nivel de agua subía. La habitación había desaparecido por completo y me encontraba en la mitad del mar luchando con diferentes seres. Peleé sintiendo cómo arrancaban mi piel lastimándome y atacándome con sus dientes mientras el agua me hundía con lentitud.

—¡Despierta! —gritó una voz grave.

Abrí los ojos. Me encontraba en la habitación de Einar. El sol se filtraba por las cortinas. El morocho estaba parado al lado de la cama mirándome con una expresión de preocupación.

—Fue una pesadilla —me calmó con la voz algo quedada.

—Parecía real… —dije sintiendo mi respiración regularse; llevé mi mano a mi cuello donde el monstruo me había agarrado—. ¿Cuánto he dormido? —pregunté.

—Bastante, es la tarde —informó.

Con rapidez me enderecé en la cama sintiendo los músculos doloridos y la garganta seca.

—Mierda, debo avisarle a Didi o a Beti que estoy aquí —dije con alarma.

—En realidad, tenemos un problema —indicó haciendo una mueca —. Te espero en el comedor cuando estés lista —fue todo lo que dijo antes de retirarse.

Luego de pasar por el baño, me vestí con la ropa del día anterior y fui al comedor, donde se escuchaba una discusión de Oliver y Einar. El departamento o mejor dicho, el piso, claramente era del estilo del pelinegro: colores oscuros y sobrios. Parecía todo un museo moderno.

Me vieron aparecer. Oliver tomó con torpeza unas hojas que se encontraban esparcidas sobre la mesa de madera oscura. Einar lo observó negando con la cabeza.

—¿Cómo has dormido? Qué suerte que te levantaste, estaba preocupado. No sería raro que fallecieras por falta de energía, ya sabes… —dijo Oliver con una pequeña sonrisa de nerviosismo y los papeles en las manos—. Te prepararé un café —indicó con rapidez e incómodo por la situación.

—Oliver —lo llamó Einar estirando su mano.

El rubio con un soplido dejó allí las hojas y luego salió del salón.

Einar evitaba mi mirada.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Miraba las hojas en silencio. Sin más di unos pasos rápidos y se las arrebaté con decisión.

—Veo que ya tienes energía… —indicó. No pude contestar porque las hojas mostraban una foto mía ampliada. Era una imagen que me habían sacado en la calle. Recordaba ese día, había sido hace tan solo una semana atrás.

Tenía la frente marcada con una mancha negra.

—¿Qué es esto? —quise saber al ver que las cinco hojas contenían lo mismo.

—No es nada —contestó Einar quitándomelas de las manos y dejándolas a un lado.

—Esas manchas… son las de los que tú defiendes. Los asesinos —dije rápidamente y di un paso hacia atrás.

—No —dijo achinando los ojos—. Yo no hice esto —confesó molesto.

—¿De dónde proviene entonces? —repliqué señalando donde se encontraban las hojas.

Oliver entró con una bandeja y tres tazas de café.

—Estoy calentando unos bocadillos, debes estar hambrienta. Después de absorber el aire de esos caníbales —dijo Oliver. Nos miramos—. Oh, le dijiste… —susurró con ojos preocupados—. ¡Te dije

que no lo hagas! —gritó el rubio.

Einar no parecía de buen humor.

—¿Me estás gritando? —lo espetó achinando los ojos—. No te pases, *chien* —lo previno.

—Necesito que alguien me explique qué está pasando… —exigí a los dos.

Einar parecía que no podía abrir la boca.

—Bueno… —comenzó Oliver—. Los salvajes salieron de su jaula y están buscando al pequeño conejo en la cacería —informó como si estuviese contando una fábula.

El rubio se encogió de hombros sin más.

—¿Qué? —pregunté sintiendo que estos dos estaban completamente locos.

Einar, casi con aburrimiento, tomó una de las manzanas y comenzó a comerla ajeno a la escena.

—Bueno… —volvió a empezar el rubio con nerviosismo—. Los murciélagos buscan sangre… —dijo lentamente.

—¿Vampiros? —dije sin entender.

Einar rio con ganas.

—Esos no existen, son una mentira del humano —comentó divertido todavía con su atención en la manzana. Oliver bufó molesto.

—Sé claro, Oliver; suficiente con lo de ayer. No estoy para seguir confundiendo a mi mente —dije seca.

El rubio buscó ayuda en Einar, quien no parecía tener la intención de meterse.

—Bueno… —dijo en un suspiro.

—Están buscando tu cabeza —puntualizó Einar luego de dar un mordisco a la manzana.

—¡Dag! —susurró Oliver con ojos molestos.

—¿Qué? —dije sin entender.

—Encárgate tú. Fuiste el primero en meterla en este lío —dijo Einar antes de retirarse del lugar.

—No entiendo, Oliver, necesito que seas más claro —le exigí. Se sentó en el lugar en el que antes estaba el morocho.

—No sé cómo explicarlo porque nunca estuve en esta situación —dijo ansioso—. Lo lamento, yo no tuve que haberte nombrado al Marquerer desde un primer momento… —comenzó con rapidez.

—Oliver —dije sentándome cerca de él—. Necesito que me expliques qué está pasando —supliqué con el miedo filtrado en mis palabras.

Sus ojos marrones me miraron con inseguridad.

—Estás en peligro y cuando digo en peligro es… estás frita —concluyó. Me quedé helada en el lugar—. Einar está muy molesto en este momento pero creo que él podría explicarte todo mejor…

—Haz tu mejor intento —le dije.

—Está bien. ¿Sabes qué es un ínsubo? —preguntó lentamente.

—¿Un demonio? —pregunté.

—Sí, algo así. Son una mezcla entre íncubos y súcubos —indicó con rapidez y luego permaneció callado—. Tú eres un objetivo para ellos ahora.

—¿Por lo de ayer? —pregunté.

—Se puede decir que sí —aclaró—. Sturn era un íncubo ascendido a guardián. Así que fue extraño que dos bris hayan muerto en tu presencia.

—¿Es por venganza? —pregunté frunciendo el ceño—. Pero si no me meteré con nadie.

—Bueno, no son realmente muy compasivos, como te podrás imaginar. —Largó un suspiro.

—¿Tú eres como ellos? —pregunté—. ¿Eres un bris?

Oliver levantó una ceja.

—¿Acaso me ves? ¿Crees que yo podría ser como esas abominaciones? Ni siquiera podría usar esa ropa extraña que tienen —dijo señalando su camiseta blanca.

—¿Y eso qué tiene que ver? —pregunté.

—Oh, tienes mucho que aprender… —suspiró.

—¿Entonces no eres un guardián? —insistí.

—Soy un guardián de la luz —dijo Oliver.

—¿Eres como Einar pero lo opuesto? —pregunté realmente interesada.

—No, es un simple guardián —dijo Einar con soberbia. Se encontraba con su manzana a casi terminar apoyado en el umbral de la puerta—. Es un bicho de luz —dijo burlón.

—Vanidad —susurró el rubio molesto—. Me dedico a sanar, ayudar y alimentar las virtudes positivas de los seres humanos —agregó lentamente.

—¿Eres un ángel? —pregunté abriendo los ojos realmente sorprendida.

—Ángel, mensajero, Bodhisattvas, Al-Taum, Tennin —enumeró—. Puedes elegir la religión que quieras —comentó divertido.

—*Woha* —exclamé sin poder creer lo que estaba escuchando.

Una oleada de seguridad me invadió.

—No puedo creer que de todo lo que te he contado solo te sorprendes con el bicho de luz —reconoció Einar molesto.

—Celos —indicó Oliver.

—Pensé que esos eran defectos humanos —acoté sin entender.

—Es complicado —dijeron los dos a la vez.

Un celular sonó, Einar observó la pantalla.

—Tengo un caso en Custodes. Debo irme —anunció serio—. Oliver,

acompáñala a su casa para que llegue a salvo. Me pondré en contacto contigo y veremos cómo seguir. Primero quiero ver cuán serio es esto —dijo mirándome y haciendo referencia a las fotos.

—¿Qué harás? —pregunté frunciendo el ceño.

—¿Realmente quieres saberlo? —preguntó Einar con un suspiro levantando una ceja. Por un segundo me recordó a una de nuestras entrevistas.

—No, no quiere, Dag —indicó Oliver frenándolo con una mirada.

Einar respiró hondo acercándose a Oliver, quien se encontraba sentado.

—Recuerda que puedo terminar tu existencia terrenal en cualquier momento, deja de jugar al jefe porque le tendrás que pedir a Azrael que junte tus plegarias para no irte a las cenizas —le susurró con molestia. Se enderezó y comenzó a observarme.

—*Gardez les yeux ouverts, belle* —dijo Einar. Fruncí el ceño—. Mantén los ojos abiertos —tradujo antes de retirarse.

Se sentía la diferencia sin su presencia, casi como si la calidez de la habitación se hubiese esfumado de repente.

—Esto es increíble —dije mirando hacia donde Einar se había ido.

—Vamos a ponernos en marcha —ordenó Oliver.

Manejé despacio mientras intentaba procesar toda la información recibida. A mi lado, Oliver me daba el espacio en silencio que necesitaba.

—¿Qué pasa si me encuentro con un ínsubo? —pregunté de repente.

—Espera que esté algún guardián cerca —sugirió mirando por la ventana—. O mejor dicho alguno de la luz, porque de la oscuridad… —comentó perdiéndose.

—Pero ¿los guardianes no controlan a los íncubos? —pregunté recordando algo que había leído en los cuadernos de Cartier.

—Sí, ¿cómo sabes eso? —quiso saber—. Los guardianes oscuros fueron los primeros en encarnar en la Tierra, por ende, son los que tienen el poder terrenal —explicó—. Y desde que estoy en la Tierra los íncubos han obedecido a las órdenes de los guardianes. Pero todo se ha salido de control. No soy el indicado para hablar del tema —dijo en un intento claro de no revelar nada más.

Viajamos en silencio, mi cabeza parecía que iba a explotar asimilando toda la información. Todavía sentía como si todo fuera algo externo o me estuvieran jugando una broma de mal gusto.

—Es aquí —dije estacionando frente a la casa de Betiana—. ¿Cómo volverás? —pregunté.

—Yo me encargo —dijo—. Cualquier cosa llámame, ¿sí? —se ofreció cuando ya nos encontrábamos fuera de la camioneta. Asentí—. Descansa, es mucha información e irás procesándola lentamente —

sugirió.

—Oliver —lo llamé cuando ya se estaba retirando—. ¿Tienes alas? —pregunté de repente. Él levantó una ceja.

—Otro invento del humano —respondió divertido.

CAPÍTULO 11

Las cosas no habían vuelto a ser las mismas desde ese día. No había salido de mi casa en tres días; tampoco había sabido nada de los guardianes. Había dormido la mayor parte del tiempo gracias a una de las pastillas de Betiana; eso hacía que ni siquiera recordara mis pesadillas, algo bueno para el momento que estaba atravesando.

—¿Tab, estás segura de que no quieres venir? —preguntó mi madre desde el otro lado de la puerta.

Me encontraba abrazando mis piernas dentro de la tina llena de agua tibia; el calor siempre me reconfortaba.

—No, gracias —le dije.

Lo último que necesitaba era ir a perder el tiempo con los vecinos de Pardillo. De hecho, si no fuera porque Betiana la obligaba a conocerlos, de seguro mi madre estaría aprovechando su único franco del mes.

—Está bien, volveremos en un rato. Si llega Didi, dile que tiene comida en el congelador —comentó desde el otro lado.

Luego hubo un silencio completo, cosa que agradecí ya que mi cabeza era un caos. Había algo que no cerraba. ¿Por qué Cartier sabía de estas cosas? Y por un segundo se cruzó en mi cabeza la posibilidad de que, tal vez, alguien sabía que él estaba investigando esto y fue la causa de su muerte.

Salí de la tina y me envolví con un toallón. La casa era grande; cuando la compraron, ya era antigua, y con unas pocas renovaciones nos había visto crecer a Didi y a mí.

Caminé por el pasillo sintiendo la madera del piso crujir. Pardillo tampoco tenía un buen sistema eléctrico, igual que Cambria. Así que siempre había que tener a mano velas por si se cortaba la corriente. Ya en mi habitación me vestí con un buzo y un jogging. La noche estaba helada, así que era mejor abrigarse. Con rapidez me agaché y saqué la caja de debajo de la cama con esfuerzo.

—Bien, Cartier. ¿Qué más tienes? —dije sentándome frente al escritorio y sacando nuevamente los cuadernos.

Todo parecía escrito a mano por él, una caligrafía impecable; las notas se separaban en distintas secciones. Había hojas escritas con hipótesis que él mismo había pensado sobre los monstruos que habitaban en la Tierra; para mi sorpresa, una de las descripciones se asimilaba a las sombras, esos monstruos horribles con los que nos habíamos encontrado en Liberium. A estas les seguían otros nombres que aún no conocía, como Georgonas, Ninfas, Arcontes y Cacelias.

Todo parecía sacado de una novela fantasiosa, lejos de la normalidad. Un poco más adelante se enumeraban brebajes, que servían para aplacar o despertar distintas emociones y hasta indicaba para qué tipo de especies debían ser utilizados.

—Esto es una locura —dije sin poder creerlo.

De repente todo quedó a oscuras, me petrifiqué en el lugar. Busqué mi celular a tientas; Didi me había conseguido uno de una amiga y todavía no me acostumbraba a llevarlo conmigo.

«Velas, velas», susurré bajando las escaleras con rapidez.

No me gustaba encontrarme a oscuras en la casa; mucho menos cuando estaba leyendo sobre cosas extrañas. Tomé una vela, la prendí y la dejé sobre el mármol.

Me detuve al sentir un golpeteo fuerte a la puerta. No estaba esperando a nadie. Con lentitud, caminé por la oscuridad en un intento de que mis ojos se acostumbraran a la poca luz. Corrí la cortina de la ventana para observar quién era la persona inesperada. Nuevamente sonó el golpeteo, esta vez más agresivo, y haciendo que algo dentro de mí se revolviera por el nerviosismo.

Volví a mirar por la ventana pero el ángulo era difícil y no podía ver a nadie. De pronto mi sangre se heló por completo y mi estómago dio un vuelco al ver a Arthur Posleman fuera de la casa y en plena oscuridad. Me alejé de la ventana como si estuviera viendo a la mismísima muerte.

El hombre golpeó nuevamente la puerta. Corrí escaleras arriba sin importarme que mi pierna golpeara contra la mesa. La desesperación corrió por mi sangre, me moví con rapidez y fui a la habitación de Betiana; allí tendría mejor panorama de la entrada. Me moví a la vez que miraba cómo Arthur escudriñaba puertas adentro. Comenzó a recorrer los alrededores la casa. Me sentía estúpida por no haber tomado la vela encendida de la cocina.

«Está intentando ver por dónde entrar», pensé.

Carajo, estaba aterrada. Corrí hacia mi cuarto en búsqueda del celular; necesitaba encontrar la manera de salir con urgencia y para eso debía pedir ayuda.

Mis manos temblaban mientras intentaba encontrarlo, moví uno de los almohadones y el celular cayó al piso; al mismo tiempo oí estallar un vidrio. Observé a quién llamar, pero el celular no tenía ningún contacto que pudiera servirme. No tenía el número de Einar o de Oliver. Levanté el rostro al escuchar el sonido de un cajón en la cocina que se abría.

«Ha entrado y está agarrando algo», deduje.

Con rapidez escondí la caja bajo la cama antes de abrir la ventana de mi cuarto. Madre mía, era demasiada la distancia para saltar. Escuché los pasos que subían por la escalera; mi corazón latió con

fuerza. Cerré con rapidez la puerta de mi cuarto, que gracias a Georgina no tenía traba, acomodé una silla obstruyendo el picaporte y salí por la ventana. El viento despeinó mi cabello mientras me paraba por la cornisa en un intento de hacer equilibrio.

El picaporte se movió.

«Quiere entrar. Salta», me obligué.

Mi rostro se congeló por el viento frío, podía sentir el sonido del picaporte volverse cada vez más violento hasta que un golpe sonó. La puerta había cedido.

Salté hacia el árbol más cercano y me deslicé por una de las ramas sintiendo mi piel arder por las rasgaduras; con una rapidez y agilidad insospechada me moví como pude, mis músculos dolían por la fuerza. Mi cuerpo golpeó directo en el césped. Me levanté con esfuerzo y observé mi habitación, unas manos cerraron la ventana con lentitud. No esperé más y comencé a correr por mi vida. Sentía la sangre bombear con fuerza mientras me movía por la oscuridad.

Corrí a un lado de la carretera vacía y fría. Agradecí el cielo estrellado y la luna al frente brillando. Mi garganta ardía, al igual que todo mi cuerpo; sentía que los pulmones no daban abasto y vomitaría en cualquier momento. Unos faros a la distancia se iluminaron y supe que era mi única salida. Observé las luces acercarse y para mi sorpresa conocía esa luz rota al frente. Hice señas con mi cuerpo temblando violentamente en un intento de que me viera, hasta que este frenó a unos cuantos pasos. Didi bajó de la camioneta con alarma.

—¿Qué carajo? ¡Casi no te veo! ¿Qué haces aquí? —preguntó asustada.

—Hay… —No tenía aire disponible—. Hay alguien en la casa —dije de repente sintiendo que vomitaría. Mi frente estaba sudada al igual que todo mi cuerpo, mis piernas eran gelatina y mis músculos ardían.

—Estás sangrando —se alarmó al ver mis piernas.

—Necesi… necesitamos llamar a la policía —dije en un intento de recobrar la respiración.

Entramos en la camioneta y Didi llamó a la policía.

—Están en camino —dijo mi hermana.

—Acelera, vamos a la casa. No quiero que Georgina, Betiana o Luke lleguen y se encuentren con ese tipo adentro de la casa —indiqué mirando al frente.

Diana aceleró.

—¿Qué tipo, Tab? —preguntó sin entender.

No respondí porque nos quedamos en silencio observando cómo unas llamas a lo lejos flameaban.

—¿Qué? —se preguntó Diana cuando frenamos frente a la casa.

La planta superior estaba en llamas, justo en mi habitación, y el fuego se abría paso al resto de la casa.

—¡¿Que mierda?! —gritó Didi asustada dispuesta a bajar, la frené.

—No, no bajes. Tal vez sigue ahí. Dame tu celular —dije arrebatándole el teléfono para llamar rápidamente a los bomberos.

—Esto es demasiado —se lamentó Diana mientras observaba aterrorizada cómo la casa comenzaba a prenderse fuego de manera violenta.

—¿Puede repetirme lo sucedido? —preguntó la mujer vestida de uniforme.

Una manta recubría mi cuerpo; un poco más alejada, el resto de la familia intentaba entender qué había pasado.

—Me encontraba sola, se cortó la luz y alguien tocó a la puerta. Vi que era un hombre mayor e intenté buscar mi celular hasta que esa misma persona entró por una de las ventanas; supongo que la de la cocina —indiqué lentamente.

—¿Pudo ver al sospechoso? —preguntó mientras hacía anotaciones.

—Sí, lo conozco. Su nombre es Arthur Posleman. Es padre de una joven a la que entrevisté unos meses atrás —contesté.

—¿Tiene alguna diferencia con él?

—Lo conocí hace poco en un evento y no fue nada agradable —aclaré.

—De acuerdo. —Anotó en su libreta—. ¿Tenía velas encendidas? —preguntó.

Fruncí el ceño.

—Sí, una sola en la cocina.

—¿Está segura? Porque tal vez se le cayó y fue lo que causó el incendio.

—Le estoy diciendo que había un hombre fuera de mi casa —repetí lentamente.

—Lo sé, señorita Jones, pero estoy intentando pensar la situación —comentó—. No hay rastros de ningún intruso y es el segundo incendio que reporta. Su departamento se prendió fuego hace días también —acotó.

—¿Qué hay del vidrio roto? —pregunté sin entender y sintiéndome levemente atacada.

—Dos oficiales rastrillaron el lugar y no logramos encontrar ninguna abertura forzada —dijo—. Y el único espacio tomado por el fuego fue su habitación. —Se cruzó de brazos mirándome con una mirada que ya conocía.

—¿Piensa que miento? —la increpé levantando una ceja.

—No, pienso que tal vez se le olvidó la vela prendida y cuando todo comenzó a prenderse fuego se desesperó y saltó por la ventana. Es algo muy normal en Pardillo —finalizó. Observó las heridas en mis

piernas y brazos.

—Le estoy diciendo la verdad —me defendí mirándola fijamente.

Ella suspiró sin más como si estuviese hablando con una niña.

—Veremos qué podemos hacer —terció y comenzó a caminar hacia los demás policías.

—¿Qué ha pasado? No lo puedo creer… otro incendio —preguntó Georgina acercándose a mí junto a Luke y Betiana.

Estaba molesta y cansada.

—Me he olvidado una vela prendida… al parecer —susurré viendo el lugar a donde se había ido la mujer.

—¡Qué suerte que no me pasó a mí! —dijo ahora Didi apareciendo con el rostro lleno de terror—. Odio quedarme en plena oscuridad y más en esta casa. Moriría de miedo —suspiró.

—La oscuridad no da miedo, da miedo no estar solo en ella —dije mientras observaba cómo la jefa de policía hablaba con el resto de los oficiales.

—Pero ¿estabas sola? —preguntó Betiana con una ceja levantada.

Asentí algo queda.

—Bueno, es una fortuna que tú estés a salvo —me consoló Betiana abrazándome.

—Lo lamento, Beti —me disculpé dándole un fuerte abrazo y sintiendo cómo el miedo y la angustia de lo transitado florecía.

—Es solo un cuarto y llegaron a tiempo. No te preocupes, se habrán quemado algunos libros y… tu cama —susurró—. Lo repondremos.

«Mierda, las cajas de Cartier», advertí.

Toqué a la puerta del departamento con urgencia; el número 66 brillaba en plateado. Me encontraba ansiosa. Einar abrió. Estaba sin camisa y llevaba el cabello despeinado.

Madre mía, lo observé por un microsegundo; su collar en forma de medalla partida caía un poco más arriba de sus pectorales. Frunció el ceño al verme.

—No tenía tu teléfono, llamé a la empresa y no te encontrabas allí —le informé rápidamente pasando por su lado y entrando al gran departamento—. Luego me comuniqué con Oliver porque Didi tenía su número y me dijo que estarías aquí —dije con rapidez.

—¿Cómo has pasado abajo? —preguntó con voz ronca y algo adormilada.

—Oliver me dijo una palabra… —respondí. Estaba ansiosa, necesitaba más información. Einar respiró hondo y revoleó los ojos.

—¿Te dijo la palabra de seguridad? —bufó.

—Pensó que era una urgencia… —dije.

Tal vez le había dicho a Oliver que era urgente.

—Bien —acotó pasando una mano por su cabello y sin soltar el picaporte.

—¿Tienes café? Tenemos mucho que hablar —indiqué. Al girar me encontré con una mujer que vestía remera de Einar.

Cabello largo y salvaje, y ojos rasgados; era tan bella que no podía creer lo que mis ojos veían.

—Oh —exclamé con torpeza.

—Dag, ¿dónde están mis cosas? —preguntó la chica con voz relajada.

—En la mesada —contestó Einar algo incómodo.

La chica desapareció, me di vuelta yendo hacia la puerta.

—Lo lamento, pensé que estabas solo —me excusé en un susurro.

Con tranquilidad, bloqueó la salida con su brazo, haciendo que pudiera sentir su perfume tan adictivo. Me sentí celosa de la chica.

—Lo sé —dijo con suavidad—. Ve a la cocina, hay café para preparar si quieres —ofreció con tranquilidad.

—No quiero molestar, mejor dame tu número y hablamos luego —repuse acelerada.

—Tabatha, estoy aquí, listo para hablar de lo que quieras —terció. Me miraba fijo con sus ojos grises.

Su anatomía era grande y fuerte, y por un segundo me sentí diminuta a su lado.

—Bien, haré café entonces —acepté dando media vuelta y caminando hacia la cocina.

—Buena chica —dijo divertido.

A los pocos minutos el aroma a café invadió la gran cocina. Einar tenía un departamento moderno, ambientado con colores grises y oscuros. Observé una pintura de naturaleza muerta y una copa de vino.

—Creo que me olvidé algo aquí… —Apareció la chica en búsqueda de algo, que resultó ser un reloj de pulsera.

—¿Quieres café? —le ofrecí levantando una taza.

Ella me miró por unos segundos y sonrió; mierda, era hermosa.

—Claro —aceptó con una sonrisa y tomó la taza.

—Si quieres azúcar… —comencé.

—Oh, no, está bien así. Gracias —repuso mientras bebía de la taza —. ¿Eres su hermana? —preguntó.

Observé unas manchas violáceas en diferentes partes de su brazo. ¿Eran hematomas?

—¿De Einar? —pregunté con ojos grandes. Ella asintió.

Einar entró vestido con una remera negra.

—Bueno, tu hermano es todo un caballero —anunció con una pequeña sonrisa.

—Nuestros padres nos han criado bien —acoté siguiendo el juego.

Einar agarró una de las tazas.

—No tienes el acento tan marcado —advirtió la chica con el ceño fruncido.

—Bueno, eso es porque él es el más lento de los dos. Ya sabes… —dije haciendo una seña con mi cabeza.

Ella carcajeó, vi a Einar revolear los ojos con una pequeña sonrisa manteniéndose en silencio.

—Debo irme —anunció la joven mirando su celular.

—Te acompaño —fue todo lo que dijo Einar antes de que ambos desaparecieran por la puerta de la cocina.

Me apoyé en la barra de madera que separaba la cocina del comedor mientras sentía el calor de la taza.

—Bueno, así que… hermana —dijo Einar divertido al entrar nuevamente.

Su cabello estaba peinado en un modo más propio de él.

—Ni siquiera nos parecemos —dije divertida.

Él caminó mirándome con una pequeña sonrisa. Se apoyó al otro lado de la mesada y quedamos enfrentados.

—En este ciclo, nuestros cuerpos terrenales se parecen —dijo con una sonrisa sin mostrar los dientes, casi como si escondiera secretos como un niño travieso.

—Solo tenemos el cabello negro, como mil millones de personas más —suspiré distanciándome y sentándome en una silla de la mesa del comedor.

Apoyó los antebrazos en la mesada y me miró desde allí.

—¿Qué hay de tus ojos? —preguntó levantando una ceja.

Parecía de mejor humor.

—Tengo ojos verdes, tú tienes ojos grises. Como si eso fuera posible —dije luego de dar un trago al café—. Sabes que no es posible para un ser humano tener ojos de ese color, ¿no? —indiqué mirándolo fijamente.

—Lo sé —aceptó y se sentó en una silla.

—Son exóticos —finalicé.

Una pequeña sonrisa comenzó a dibujarse en los labios de Einar.

—Son defectuosos —corrigió.

Lo observé; ambos nos quedamos mirándonos por unos segundos. Tanto que sentí que mi cuerpo comenzaba a acelerarse.

—Pensé que los guardianes como tú no sentían. No al menos como para estar con alguien —dije lentamente. Eso decía en uno de los cuadernos.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó levantando una ceja.

—De Harry Potter —tapé la realidad con una burla.

Él carcajeó y me miró con ojos achinados.

—Claro, Harry Potter… —dijo lentamente como si le divirtiera—.

Bueno, en realidad cuanto más tiempo pase el guardián en la Tierra, más se relaciona con los sentimientos de los seres humanos; es peligroso, se pegan los defectos al igual que las virtudes —relató.

—¿Como los celos o el egoísmo? —pregunté levantando una ceja.

Él asintió.

—Y eso puede hacer que un guardián use sus habilidades sobrenaturales de forma inadecuada. Por ende, suelen hacer una renovación de los guardianes externos cada cien años. Los únicos que estamos desde los inicios somos los centrales —indicó. Se cruzó de brazos.

—Entonces ¿los más antiguos son los que más sienten? —Asintió—. ¿Tú sientes? —pregunté mirándolo a los ojos.

Él sonrió.

—Soy casi todo un humano, *belle*. Pasé más tiempo en la Tierra que en las profundidades del fuego. Estoy siempre sediento de emociones —susurró con algo de nostalgia—. La mujer que se acaba de retirar es una semidom, si sigue así, será un ínsubo en poco tiempo —dijo lentamente.

—¿Eso no es malo? —pregunté frunciendo el ceño.

—Lo es, si lo ves del lado terrenal —repuso como si estuviera hablando del clima—. Siempre quédate del lado de los buenos, *belle*. Según las reglas, los bris no pueden tener ningún tipo de contacto amoroso con un humano.

Todo quedó en silencio, mi piel estaba erizada. Había algo de Einar que me generaba muchas sensaciones a la vez que no podía descifrar con certeza.

—No creo que hayas venido a hablar de cómo fueron mis comienzos en la Tierra, ni sobre mi talento para tener sexo con demonios —comentó y carraspeó—. Te escucho.

—Claro —repuse. Alejé los pensamientos que habían inundado mi mente—. Tuve un problema en la casa de mi abuela —relaté—. Nada especial, pero necesito tener más información respecto de a qué me estoy enfrentando —dije mirándolo fijamente. Einar ahora me observaba serio.

—¿Qué ocurrió? —preguntó.

—¿Recuerdas el hombre que me gritó el día del cóctel? —pregunté.

Él asintió.

—Se apareció en la casa de mi abuela, no sé bien qué ocurrió… —comencé.

—Mantén el recuerdo simple, la estructura principal no puede ser modificada por el paso del tiempo —informó Einar.

—Se cortó la luz, bajé a buscar una vela y allí estaba el hombre. Fuera de mi casa, golpeando a la puerta como un psicópata —relaté—. Prendí la vela, la dejé en la cocina y subí a mi cuarto. Escuché que

rompió un vidrio para entrar y que luego estaba subiendo por las escaleras. Sin más, salté por la ventana —dije—. Cuando regresé a la casa, se estaba incendiando mi habitación.

—*Merde* —dijo Einar poniéndose de pie en búsqueda de su celular —. ¿Le has contado esto a alguien? —preguntó.

—Sí, a una oficial. Pero creo que no me tomó en serio. —Fruncí el ceño.

—No hables de él, cambia la justificación si es posible —sugirió. Llevó el celular a su oído—. ¿Recuerdas el nombre del hombre?

—Arthur Posleman —indiqué. Einar hablaba con alguien en francés y repetía el nombre del hombre que había incendiado mi casa.

—¿Crees que él también incendió mi departamento? —pregunté cuando cortó.

Einar me observó fijamente como si mil cosas estuvieran pasando por su mente.

—Si mal no recuerdo, era un semidom —informó con lentitud—. No estamos en una buena posición, periodista —reconoció.

—¿Quiénes son estas personas? ¿Por qué me están buscando? — quise saber.

Él tragó duro.

—No puedo contestarte eso ahora —susurró algo quedado—. Debes confiar en mí, te mantendré a salvo.

—Necesito poder mantenerme a salvo por mí misma, al igual que lo hice durante estos veintiséis años —dije mirándolo fijamente.

Él sonrió de lado.

—No eres muy espiritual por lo que veo —suspiró—. Me necesitas, al igual que yo te necesito a ti —dijo—. Tab, hay cosas que tus ojos no te permiten ver. Lo último que quiero es interrumpir tu ciclo en esta vida, pero estás en peligro. Cuando todo termine, partiré —suspiró—. Juntaré a los guardianes más confiables en Liberium para generar una barrera de seguridad —informó con formalidad.

—Quiero que esté Oliver.

Einar frunció el ceño.

—Oliver no es uno de los nuestros —contestó con crudeza.

—No me importa, es el único que me da confianza —dije mirándolo fijamente.

Sus ojos chispearon al escuchar eso, evitó mi mirada carraspeando.

—Bien, trato hecho. ¿Algo más, *mademoiselle*? —dijo apretando la mandíbula.

—No quiero que uses tus poderes conmigo.

—No uso mis… poderes contigo —susurró con una sonrisa contenida.

—¿Qué poderes tienes?

—Irás descubriendo mis talentos especiales tú misma, así será más

divertido. —Me regaló una sonrisa que me dejó algo tonta.

Bebí café en un intento de aplacar mi garganta seca.

—¿No le has preguntado de dónde la conoce? —preguntó Isa mirándome confundida.

—No —dije sintiendo dolor en la cabeza.

—Fue al funeral de tu amiga de la infancia. Es extraño —acotó. Isa había teñido de rosa las puntas de su cabello castaño.

—Mucha gente conocía a Florence y más en su última etapa. Viendo con la gente que se junta Lucson, es muy parecida a ella —dije sin querer hablar del tema.

No había logrado preguntarle eso a lo que tanto le había estado dando vueltas.

Había perdido contacto con Florence el año que falleció, se había distanciado de todos los que la conocíamos. Pero ver la imagen de Einar en Internet saliendo del funeral de ella no me daba buena espina.

—Tal vez eran amigos —agregó Isa.

—No lo sé. ¿Cómo está todo en el diario? —pregunté algo distraída.

—Desde que te fuiste hay mucho silencio, Lucrecia está iracunda y trata peor a la gente. Pero nadie se quiere meter en un lío —comentó lentamente—. Tu reemplazo ya comenzó a trabajar.

—Todo pasó de repente. —Largué un suspiro—. Es como si hubiese estado esperando a que falle…

—Gail también está irreconocible, Lucrecia está poniendo tanta presión en él que el tipo ya ni sonríe —dijo lentamente.

—Bueno, es un hombre adulto, él decide estar allí.

—Sí… No lo sé. —dudó—. Siento que tal vez no es mi lugar.

—¿Por qué no te vas de allí?

—Necesito el dinero —respondió.

Nos encontrábamos en un café a la vuelta del diario.

—Antes de que se sumara el periodista nuevo, vinieron unos tipos a ver tu oficina —dijo Isa distraída.

—¿Unos tipos? —pregunté.

—Sí, eran dos, no sé ni de dónde salieron pero tuvieron el permiso de Lucrecia. Estuvieron un largo rato dentro de tu exoficina. —Se encogió de hombros.

—¿Y se llevaron algo? —Fruncí el ceño.

—No que yo sepa —comentó—. Pero parecía que estaban buscando algo, porque preguntaron si alguien además de ti había entrado —informó.

—¿Querían mis cosas?

—Parecía que estaban buscando algo, es todo lo que sé —contestó

—. No tienes buena cara —advirtió—. ¿Estás durmiendo bien?

—Las pesadillas y el miedo de que se incendie la habitación en la que estoy durmiendo pueden ser buenos obstáculos con el sueño —acoté sintiendo mi cabeza doler.

—Si necesitas algo, solo dímelo. Estoy dispuesta a ayudarte. —Sonrió dándome confianza. Asentí.

—Gracias, Isa, solo infórmame si pasa algo extraño en el diario que me vincule… —fue todo lo que dije antes de cambiar de tema.

El ambiente en Liberium no era nada amable. Pam, con mala cara, estaba sentada en una de las banquetas vacías en el bar cerrado; por otro lado, Olaf, el grandulón, se encontraba un poco más alejado apoyado en una de las mesas de pool. Observé sus similitudes, ambos estaban vestidos como si volvieran de un recital de una banda de punk. Por mi parte, vestía jeans, una remera blanca y una chaqueta; parecía una periodista en búsqueda de trabajo. Oliver y Einar entraron por la puerta y mi corazón dio un pequeño salto.

—Lamento la tardanza, estábamos encargándonos de algo —se excusó Einar con el rostro serio.

—Amorcito —dijo Oliver con una sonrisa. Se puso a mi lado y me dio un abrazo en señal de confianza.

Einar observó la escena fugazmente.

—Bien —comenzó el morocho mientras arrastraba una silla y se sentaba creando un semicírculo—. Ya sabrán por qué los cité aquí, ¿verdad? —preguntó mirando a sus dos amigos.

—No me lo quiero imaginar —dijo Pam seca.

—*Barrière de sécurité* —dijo Einar con un elegante acento francés.

—¿Para quién? ¿Para ti? —preguntó Olaf con incredulidad.

Einar negó con la cabeza lentamente evitando mi mirada.

—Oh, no será para la periodista… —acotó Pam mirándome con el rostro lleno de disgusto.

—Veo que tienes un don para caerle bien a la gente —se burló Oliver a mi lado.

—Es una humana, Einar —gruñó Pam.

—Necesito que lo hagan. Los llamé a ustedes porque sé que podrán mantener el secreto —dijo Einar duro, evitando la mirada de todos.

—¿Esto es una amenaza? Si no hacemos lo que nos estás diciendo, ¿nos desterrarás? —preguntó Pam.

El pelinegro respiró hondo con poca paciencia.

—Puedes tomar la decisión que quieras —dijo mirándola—. *Je te fais confiance* —agregó.

—Mi francés está algo oxidado… —me susurró Oliver haciéndome reír.

Einar nos observó por un segundo.

—¿Qué pasa si nos hacen pagar las consecuencias? —preguntó Olaf.

—Brindaré mi sangre a los dioses. —La voz de Einar sonó baja y segura como si fuese una decisión tomada.

—¿Por qué arriesgas tu cargo por una humana? —insistió Pam.

—*Ta gueule* —le dijo Olaf con dureza a la chica.

—Creo que le dijo que se callara —susurró Oliver a mi lado.

«¿Por qué se estaba arriesgando?», pensé.

—¿Por qué no le dices a los lux? Ellos defienden a los humanos —sugirió la morocha.

—Estoy aquí —dijo Oliver levantando una mano.

—Un lux real —se corrigió la chica sin mirarlo.

—No podemos unirnos con los lux, eso haría más alboroto. Ya tenemos suficiente, no queremos llamar la atención de los supremos, por lo menos no hasta que logremos apaciguar a los íncubos —contestó Einar.

—¿Apaciguar? —preguntó Pam sin entender—. Dime que hablas así solo porque está ella —suspiró molesta—. Matar, destrozar, cazar y erradicar a los bichos comedores de energía que son los íncubos —aclaró mirándome con odio en sus palabras.

Tragué duro, ella me intimidaba y me daba miedo. Olaf la observaba como si ya tuviese suficiente.

—Su presión está bajando, será mejor que guardes tus palabrotas —le sugirió Oliver mirándola fijo.

Pam achinó los ojos para verlo mejor y caminó hacia él. Le habló con la seguridad de mil toros.

—*Qu'as-tu dit?* —dijo la chica cerca de su rostro.

—Dije que no le hables con palabrotas porque puedo sentir bajar su presión —susurró Oliver claramente intimidado.

—¿Tú crees que puedes hablarme así? Asqueroso lux —escupió casi como si se lo fuera a comer.

—Oye, basta —le dije poniéndome de pie.

Pam me miró con los ojos achinados.

—¿Qué? —espetó con incredulidad.

—Que basta. No puedes tratar así a las personas —gruñí mirándola a los ojos.

La chica rompió en carcajadas con una risa que resonó en todos lados.

—Pamnis… —escuché la voz de Einar.

—¿Es que la escucharon? —dijo riendo—. Dijo personas. —Su voz sonaba aguda.

La ira corrió por mi sangre, no me gustaba esto.

—Su presión está subiendo… —susurró Oliver.

—¿Acaso no estás viendo lo mismo que nosotros? —gritó divertida Pam yendo al centro del semicírculo—. Esta tipa nos sigue viendo como humanos —rio sin poder respirar.

Olaf y Einar veían la escena con rostros serios y molestos.

—Yo no defenderé a alguien que… —dijo sin poder dejar de reír—. Trata así a las personas —repitió mi frase burlándose sin poder frenar su risa.

De un impulso tomé la daga que había visto sobresalir del cinturón de Oliver y me acerqué a Pam con el brazo estirado y apuntando.

—No entiendo la gracia —gruñí.

Automáticamente, Pam se dio la vuelta enfrentándose a mí. Con sorpresa abrió los ojos, ya no le parecía graciosa la situación.

—Ríete, síguete riendo, por favor. Que es la primera vez que te veo disfrutar de algo —dije con la mandíbula apretada apuntando a su rostro.

—¿Una daga de un lux? ¿En serio? —se burló.

Einar con agilidad le tomó el brazo, como si la estuviera frenando.

—Ni se te ocurra —le gruñó el morocho.

—Me está apuntando una humana —masculló.

—Guarda eso —le ordenó Einar.

Pam revoleó los ojos antes de darme una última mirada llena de veneno y retirarse a su asiento.

—No hagas eso nunca más —me dijo Einar bajando mi brazo.

—Se estaba riendo de mí —repuse molesta.

Einar se inclinó levemente.

—Ella sabe lo que te genera, lo hizo a propósito. Los bris, a diferencia de los lux, podemos ver cuándo el nivel de un defecto se estimula —susurró—. Bien, volvamos a lo nuestro, por favor —ordenó Einar volviendo a su lugar.

—Tabatha, me has dicho que escribes tus sueños, ¿verdad? —preguntó el morocho. Asentí—. Bien, el siguiente paso es el *revivre* —anunció.

—¿*Revivre?* —preguntó Olaf sin comprender—. Está viva.

—Sus sueños —respondió.

—¿Con qué fin? —preguntó Oliver preocupado.

—Regresiones —susurró el morocho mirándome.

Las miradas de los tres fueron a mí.

—No entiendo cuál es el fin de dormir aquí —pregunté al entrar en el departamento de Einar. Traía un bolso con ropa.

—Primero, porque cada lugar en el que estás se incendia —dijo cuando llegamos al gran living—. Segundo, porque tendrás que acostumbrarte. Los *revivre* pueden tener secuelas de algunos días y no

es conveniente que estés sola. No te preocupes, no seré el único en cuidarte, para tu agrado. —Me dejé caer en uno de los cómodos sillones.

No me venía del todo mal, era esto o dormir en la misma habitación con Didi. Aunque últimamente se la pasaba en la casa de su nuevo novio.

—Te preparé una cama para que estés cómoda. ¿Tienes tu último cuaderno de sueños? —Se sentó en el sillón del frente.

—Sí —contesté agarrando mi mochila y sacando de allí el cuaderno que siempre llevaba conmigo—. Mi abuela Betiana tiene más guardados.

—Los recientes nos sirven —susurró.

Por primera vez lo veía cansado, pasó una mano por su cabello y quise tocarlo.

—La mayoría son pesadillas y… puede que gente conocida aparezca. Con la pulsera que me diste bajaron muchísimo su frecuencia —dije algo cohibida.

—Tranquila, no pienso interferir en tu privacidad. Esto es un trabajo para mí —dijo formal.

Nos quedamos en silencio.

—Quiero saber más cosas, Einar. No puedo someterme a algo que ni siquiera sé qué es. Días atrás todo era normal y ahora es un mundo con íncubos, sombras, guardianes y cosas que todavía al parecer desconozco… —dije mirándolo desde mi lugar—. Necesito más explicaciones.

Él respiró hondo asintiendo; claramente era una charla con la que no se sentía cómodo.

—Bien, déjame buscar unas copas de vino. Pero te adelanto que debes descansar para mañana. Aun así, es válido tu punto y tienes razón —dijo poniéndose de pie y perdiéndose en la cocina.

Me distraje observando los cuadros y esculturas que decoraban la habitación. Einar apareció con una bandeja de plata con una botella, dos copas de vino y un bol.

—Me había olvidado que no has comido nada por largas horas —comentó dejando en la mesa un bol que parecía contener un salteado de vegetales con arroz.

El aroma a comida hizo que mi estómago rugiera.

—¿Has hecho esto recién? —pregunté impresionada.

—No es mi mejor plato, pero te ayudará a nutrirte —dijo con una pequeña sonrisa mientras servía Plaisir en las copas—. Lamento no poder ofrecerte otro vino, pero según me dijeron este es el mejor —se burló volviendo a sentarse.

—No tengo ninguna duda de que es el mejor —dije con honestidad.

—Se lo agradezco, señorita Jones —dijo con una pequeña sonrisa

de orgullo.

Probé la comida; no me había dado cuenta de que mi cuerpo estaba famélico.

—¿Tú no comes? —pregunté—. Claro, no lo necesitas…

Sonrió recostándose en el sillón con la copa en la mano.

—Sí, me alimento, pero por opción. Lo hago para mantener mi cuerpo humano, pero en realidad no es una necesidad. No puedo morir, ni enfermarme —aclaró lentamente—. Si no como por días, el cuerpo empieza a funcionar más lento. Igual así, disfruto la comida; creo que es uno de los buenos placeres de los humanos.

—Así que no hay manera de matar a los guardianes —pregunté y él sonrió luego de dar un trago largo a su copa.

—Sí, hay maneras —susurró—. Pero no te las diré por el momento, no confío en ti —dijo burlón.

—Dudo de eso, no me estarías ayudando tanto —dije antes de llevar más alimento a mi boca. Él evitó mi mirada por unos segundos, supuse que estaba incómodo con mi comentario—. Todo lo que me has dicho de tu padre es que era un aficionado por el vino, ¿no? —pregunté luego de beber un sorbo.

—Mis padres eran una pareja de ancianos —relató—. Eliette y Orson eran sus nombres. Por algún motivo apañaron a un joven como yo. Al principio fue gracioso, pero un día me encontraba yendo a su campo para cenar y charlar —su voz sonaba suave— y cuando me quise dar cuenta en vez de estar cumpliendo mi deber en la Tierra, estaba cultivando alimentos en la granja y aprendiendo valores.

—Pero ¿tú creces? —pregunté de repente.

—A pasos lentos y controlados. Cuando llegué a la Tierra era todo nuevo; llegué con el aspecto casi de un niño. Al llegar a la adolescencia, aprendí a manejar mis habilidades de a poco. Puedo controlar la edad y envejecer el cuerpo, pero no puedo rejuvenecerlo —dijo lentamente.

—Me hubiese gustado verte de adolescente. —Sonreí imaginándolo.

—No sé si has visto un íncubo en su peor momento, son realmente terroríficos. Bueno, era el rey de eso. —Parecía que quería sonar cómico, pero su voz tenía tristeza—. Imagínate a un animal salvaje que corre matando y creando disturbios por doquier. Para eso fui enviado y cumplí mi deber por un largo tiempo —confesó y luego terminó la copa.

Se notaba que no le gustaba hablar de esos tiempos.

—Y luego te concentraste en las empresas —acoté.

Él sonrió.

—La oscuridad se alimenta del poder y del dinero. Eso sí es algo que los humanos tienen aprendido. Pasé por los lugares más poderosos del mundo —agregó.

—¿Fuiste feliz alguna vez? —pregunté.

Einar respiró hondo y pasó una mano por su cabello.

—Lo fui, aunque no recuerde la sensación —contestó sin mirarme. Expulsó un suspiro—. Suficientes preguntas por hoy —cerró la conversación y se paró.

—¿Por qué me ayudas, Einar? —pregunté poniéndome de pie—. ¿Por qué apareces en mis sueños y dices que fueron recuerdos? ¿Por qué eres parte de ellos? —Me miró fijamente.

—Debemos ir paso por paso… —susurró—. El *revivre* contestará tus preguntas —dijo en un intento de finalizar la conversación

—¿Por qué estuviste en el velorio de Florence Denver? —pregunté de repente tomándolo por sorpresa.

Quedó en silencio por unos segundos.

—Era una amiga —contestó.

—¡Mentira! Yo conocía a sus amigos y tú no eras un amigo de ella —discutí. Por algún motivo me sentía angustiada. Florence me hubiese contado si conocía a alguien como Einar.

—Nos conocimos cuando tú ya no eras su amiga —explicó mirándome a los ojos.

Quería llorar, empujarlo.

—¿Cómo sabes quién era? Si no me conocías —dije sin entender.

Él tragó duro.

—Porque recuerdo que no tenía amigos, ya no tenía interés por las personas que conocía en Pardillo —dijo lentamente.

—Mientes y por eso no confío en ti —susurré sintiendo mi cuerpo temblar.

—Es natural que no confíes en mí; soy el miedo cuando el sol desaparece, periodista —dijo dando un paso que acortó nuestra distancia.

Ahora tenía su rostro cerca, mi corazón latió con fuerza mezclando las sensaciones en mi cuerpo. Él me observó a los ojos para luego echar una mirada fugaz a mi boca.

—Prefiero que me temas. El amor y la confianza pueden ser un punto débil en el humano —dijo agarrando mi cuaderno de sueños—. Que descanses, Tabatha —concluyó con voz grave y se retiró.

Se había escapado, era claro. No había querido responder las preguntas y eso significaba que había más, mucho más.

La marea aplastó mi cuerpo con fuerza haciendo que la sangre empezara a fluir con dificultad. La caída había dejado heridas graves en mi cuerpo; me quedé allí, observando el atardecer. Una ola me envolvió con tanta facilidad como si fuera una bolsa de residuos. Una mano se detuvo en mi boca, me llevaba, me hundía y no me resistí, dejé que me arrastrara hacia

el fondo del mar.

—¿Didi? ¿Puedes atender cuando te llamo? —dije dejándole un mensaje de voz.

Desde el incendio no había podido comunicarme con ella, Betiana me decía que estaba bien y ocupada con su trabajo. Pero era extraño.

—¿Dónde está Einar? —preguntó Oliver viendo cómo Pam y Olaf jugaban en una mesa de pool. Claramente no le habían permitido jugar con ellos.

Liberium era completamente diferente sin gente, parecía más grande y menos intimidante.

—*Est en retard* —contestó Olaf con su voz grave sin dejar de jugar.

—Sí, ya sé que está retrasado. Pero ya pasó media hora… —dijo caminando de un lado a otro.

Un sonido inundó el lugar. Pam sacó su celular para atender una llamada. Habló en francés.

—Ha desaparecido desde temprano —me informó Oliver.

Me había levantado por la mañana con el departamento vacío y una nota de Einar en la que decía que Oliver pasaría a buscarme para ir a Liberium. No era algo que me tomara por sorpresa: que desapareciera luego de haber tenido una charla como la de anoche.

—Se ha incendiado el Plaisir —informó Pam con molestia—. Tucson me acaba de avisar. Esas ratas se están pasando —gruñó—. *Nous devons les exterminer* —agregó apretando su mandíbula.

—Esperemos —sugirió Olaf manteniendo la tranquilidad y antes de volver a jugar.

Madre mía, el Plaisir era importante para Einar. Debía ser lo único que lo unía con sus padres adoptivos.

—Debe estar en todos los noticieros —comentó Oliver algo quedado.

La puerta sonó y Einar entró completamente vestido de negro; los cuatro lo observamos.

—Lamento la espera —se disculpó con un bolso colgando de su hombro.

—Nos hemos enterado —dijo la morena a Einar.

—Tenemos cosas que hacer. Olaf, ponte esto —ordenó el morocho tirándole el bolso; el hombre lo agarró con agilidad y se perdió por las escaleras—. Pam, acompáñame a preparar la sala.

—¿Qué necesitas que hagamos? —preguntó Oliver con el ceño fruncido.

—No lo sé, tengan sexo si quieren. Solo no se alejen mucho; los necesitaremos en poco tiempo —respondió con un tono frío antes de perderse por las escaleras con Pam.

—No está de humor —contestó el rubio con un suspiro.

—¿Cómo lo aguantas? —pregunté.

—Es mi hermano —susurró suspirando.

—¿Cómo es posible?

Recordaba que Einar me había dicho que había sido huérfano y que no sabía cuántos hermanos tenía por allí dando vueltas.

—Digamos que estamos hechos del mismo barro —respondió.

—¿Todos ustedes no están hecho de lo mismo? —pregunté en un susurro sintiendo que de repente la información era valiosa.

—En realidad no, todos tenemos como si fueran… padres en el *caelus* —informó—. No todos los guardianes proceden de la misma materia, aun así, muchos comparten sus orígenes. Un bris debe tener un porcentaje de *ignis*, mientras que los lux tenemos *speculo* —relató con lentitud—. No sé si debería estar contándote esto, Einar se iba a encargar… —comentó frunciendo el ceño.

—Oh, no te preocupes, él ya me ha hablado de esto pero no lo había entendido del todo —dije rápidamente.

Oliver revoleó los ojos.

—Puedo sentir tu presión subir, deja de mentir —confesó mirándome—. Si pasarás tiempo conmigo, no intentes sacar ventajas humanas porque las detecto.

—Lo lamento —dije apenada—. ¿Entonces ustedes son hermanos? —pregunté sin entender.

—Es una historia larga, la de Einar principalmente, lleva más tiempo en la Tierra. Él tiene un poco de ambos: *ignis* procedente de la oscuridad y *speculo*, aliado de la luz. Nosotros dos compartimos el mismo, cómo explicarte, «ángel» que nos brindó su materia. El mismo tipo de *speculo* —relató.

—Entonces ¿por qué es un bris? ¿No tendría que ser un lux? —insistí.

Oliver se quedó pensando por un momento.

—Fue entrenado para ser líder de los lux —susurró lentamente—. Pero luego… —No terminó la frase, estaba claramente incómodo. —Sus ojos provienen de un lux. Los llamaban *oculi speculum*, porque su poder es desconocido, por eso iba a ser el líder de la nueva renovación de iluminados —dijo con ojos abiertos—. Cuenta la leyenda que luego de tanto tiempo encarnado como un bris, cada molécula de lux se fue de su cuerpo. Y así sus ojos quedaron como recuerdo de lo que fue —relató con nostalgia.

—Pero entonces eso significa que solo avala el mal —repuse mirándolo fijamente.

Oliver hizo una mueca.

—No lo sé, nadie sabe realmente qué ocurre con él. Fue el primer guardián desterrado del *caeleus* y enviado a la Tierra con otra misión

—dijo lentamente.

—¿Desterrado? ¿Es como si le hubiesen quitado las alas? —pregunté levantando una ceja.

—No existen las alas, ya hablamos de eso… —Sonrió apenado—. Pero sí, lo han removido de su puesto. Por eso mismo creo que la rebelión de los íncubos en parte es porque él no es un puro bris. Generó mucha controversia, aunque Einar cumplió con todas las reglas de un líder de la oscuridad y más.

—¿Qué ha hecho? —pregunté mirándolo con intensidad.

El rubio titubeó.

—¡Oigan, parejita! —La voz de Pam sonó al final de la escalera—. Los llaman —dijo sin más.

—Será mejor que eso te lo cuente él —dijo con los ojos alerta.

Me encontré sentada en la mitad de una sala con un gran ventanal que conectaba con el piso de arriba del bar; una cortina abierta caía de cada lado. En el centro de la sala una luz blanca iluminaba de lleno.

—¿Qué había aquí? —pregunté.

Era una habitación llamativa para que estuviera en la parte de arriba de un bar.

—Guardábamos cajas —dijo Pam revoleando los ojos.

Einar se sentó en una silla de la mesa del centro; todo parecía armado para un interrogatorio.

—Un *revivre* consiste en revivir vivencias de un humano —explicó con voz suave—. Haremos que entres en tus sueños, para poder quitar la información valiosa —informó.

—Los sueños no son reales —dije frunciendo el ceño.

—Los sueños se producen como resultado de un proceso que implica a los recuerdos y al hipocampo, una región del cerebro asociada a la memoria. Mezcla los miedos, el estrés y las vivencias de la persona. Tienes razón, no son reales, pero a su vez son una realidad latente —explicó con paciencia.

—¿Qué información valiosa puedo sacar? —pregunté.

—Si logramos un procedimiento exitoso, podremos conectar tus sueños con tus otros ciclos. —Su voz sonaba suave y relajada.

—¿Ciclos?

—Vidas que ha transitado tu alma —susurró como si ahora estuviera hablando del clima.

Mi corazón latió con fuerza.

—¿Qué estamos buscando? —dije sin entender.

Sus ojos grises me miraron fijos.

—Lugares —susurró—. La experiencia dura cinco minutos, cuando estés vivenciando, necesito que digas dónde estás, qué sientes y qué

ocurre. Necesito que seas lo más descriptiva posible. Tu cerebro conoce la información.

Mi piel se erizó, no estaba segura de esto; de repente su mano se detuvo sobre la mía.

—Sé que esto es riesgoso y que debes tener miedo. Pero prometo cuidarte —aseguró y algo dentro de mí dio un vuelco. Carraspeó—. Para eso también está Oliver. Un lux nunca dejaría a un humano morir y menos en un *revivre*.

—¿Morir? ¿Puedo morir? —dije alerta.

—No es lo más normal. Los *revivre* se utilizan con un sujeto sin vida normalmente —susurró ahora algo descolocado—. Se conecta un no-humano para recibir la información.

—Einar, no estoy segura de esto —susurré con miedo en un intento de que los demás no escucharan.

Su mano apretó la mía y sentí su piel cálida quemar levemente la mía. Se inclinó hacia adelante en la mesa, como si intentara que solamente yo escuchara.

—Te protegeré siempre, Tab —prometió mirándome fijo.

—Estamos listos —informó Pam en un intento de acelerar el proceso mientras se acercaba con un pequeño maletín; observé cómo retiraba una jeringa y le aplicaba lo que parecía un líquido rojizo.

—Son cinco minutos, revivirás uno de tus sueños más frecuentes. Olaf entrará e imitará un aspecto que escribiste en tu cuaderno. No estarás bajo peligro en ningún momento —explicó Einar ahora de pie.

—¿Qué es este líquido? —pregunté al ver cómo Pam preparaba la inyección.

—Se llama *somnium* y lo que hará es estimular tu cerebro, principalmente el hipocampo. Te sumergirá en un papel en blanco, allí es donde entrará Olaf a empujar la aptitud del sueño vivido —dijo lentamente.

—¿Y qué pasa si quiero salir del sueño? —pregunté con el terror corriendo por mis venas.

—La dosis es corta, en cinco minutos estarás nuevamente aquí. Podrá parecer más. Estaremos observando, necesito que elijas una palabra de seguridad —dijo.

—¿«Sálvame»? —dije con la garganta estrangulada.

Pam levantó una ceja.

—Bien, si ves en algún momento que no puedes resistir, intervendré —dijo con seguridad.

—Pon tu brazo —indicó Pam.

Acercó la aguja un poco más arriba del antebrazo.

—Lo sentirás, no te preocupes —susurró Pam; por primera vez su voz era suave.

Sentí cómo un líquido espeso entraba a mi cuerpo y mi corazón

latió con miedo. Del otro lado del vidrio Oliver me saludaba en un intento de darme confianza.

—Te hará efecto en dos minutos. —Pam cerró el maletín.

—Tabatha, no pelees con las alucinaciones —dijo Einar—. Solo fluye, haz lo que sientas. Nada podrá atacarte, el miedo es simplemente una sensación al peligro. Recuerda que no te enfrentas a peligro real —susurró.

—Vamos — dijo Pam retirándose.

—¿Cómo es la palabra de seguridad? —dijo Einar con ojos atentos.

—«Sálvame» —susurré.

Asintió con clara preocupación.

Quedé sola en la sala, mi cuerpo estaba temblando. De repente me encontré rezando. Sabía que cuando las cosas se ponían difíciles, comenzaba a rezar, casi como si eso ayudara en algo.

Pam, Oliver y Einar me observaban desde el otro lado del vidrio con ojos atentos.

—No veo nada —informé con suavidad y voz frágil.

—Puedes moverte si así lo deseas. —La voz de Pam sonó desde el otro lado.

Respiré hondo en un intento de relajarme. Una brisa cálida me envolvió, a los pocos minutos la ventana había desaparecido y había sido reemplazada por una pared blanca.

—Informa, Tabatha. —Una voz femenina sonó algo distorsionada.

—Es un lugar cálido —dije—. Ya no los veo. —La luz se incrementó iluminando todo por completo y molestando levemente a mis ojos. Observé a los lados cómo unos girasoles aparecían en el piso, el pasto verde se esparció alrededor.

—Hay mucha luz. Flores y pasto —informé parándome para observar el lugar.

Mi ropa era un vestido color miel largo y vaporoso. No tenía zapatos; sentí la hierba entre mis dedos, sedosa y fresca. Un gran atardecer se desplegaba en el cielo con distintos colores rojizos calentando el ambiente. El aroma a naturaleza me envolvió con calidez.

—Está atardeciendo. —Sonreí observando.

Un poco más lejos una gran cadena de montañas; el paisaje era soñado y sentía la alegría brotar de mi corazón.

—Describe, por favor. —La voz distorsionada volvió a sonar lejana.

Caminé sintiéndome en casa.

—Es un lugar enorme, con montañas, estoy en lo alto de un valle, cerca de mi hogar. —Me detuve y observé desde la altura del lugar.

Una sensación extraña pasó por mi pecho, como si alguien me estuviera observando.

—Creo que no estoy sola —susurré y empecé a caminar.

Mis pies corrieron por la hierba fresca, húmeda. Un sonido retumbó en el fondo haciendo que cayera de bruces al piso.

Ahora todo era oscuridad.

—No hay más luz —informé con voz temblorosa.

Me encontraba en el mismo lugar, en el gran pastizal, en un valle en la altura, pero era de noche.

—Hace frío y es de noche —dije levantándome y mirando mis manos.

No eran las mías, parecían desgastadas, estaban heridas por el trabajo manual.

Un sonido llegó a mis oídos.

—Hay alguien más aquí, no estoy sola —susurré volviendo a correr.

El frío se hizo intenso, algo dentro de mí reconocía la sensación.

—¡Nos buscan! —grité corriendo con fuerza pero algo me frenó.

Mis músculos se tensaron, mi corazón palpitó con fuerza y mi cuerpo frenó en seco. Intenté moverme sintiéndome encerrada en mi propio cuerpo.

—No puedo caminar —susurré como pude.

Apareció lo tan temido: un ser conocido por mis ojos levitaba frente a mí; cráneo negro, ojos blancos, dientes filosos.

—¡SOMBRA! —grité sin casi poder moverme.

Pareció investigarme; se acercó a mi rostro gruñendo, casi como si fuese un animal. Su boca se abrió y dejó ver dientes filosos. Sentí que succionaba energía de mi cuerpo, debilitándome. De repente, me sentía cada vez más vacía.

—Me matará… —dije en un último esfuerzo y sintiendo cómo todo se volvía negro a mi alrededor. Me encontraba en la nada misma.

—Es un lugar oscuro —susurré sin fuerzas y caí al piso con violencia. El pasto había desaparecido y había sido reemplazado por un suelo completamente negro.

Unos zapatos aparecieron al frente.

—Hay alguien más pero no… no tengo fuerzas —susurré cerrando los ojos con pesadez.

Me moría.

—Tabatha. —La voz de Oliver sonó.

Abrí mis ojos con pesadez y el rubio estaba frente a mí. El ambiente estaba repleto de neblina; tenía la vista cansada. Estaba nuevamente en la sala de Liberium.

—Su ritmo cardiaco es bajo —informó Oliver yendo hacia mí y poniendo una mano en mi cuello. Sentí su mano cálida.

Observé cómo Einar caminaba hacia mí.

—Está perdiendo sangre —susurró Pam al observarme.

A un costado Olaf se sacaba lo que parecía un pasamontañas negro.

No pude saber más porque perdí por completo la noción, cayendo

en completa oscuridad.

—¡AYUDA! —grité.

—Aquí estoy —la voz de Einar sonó.

Me encontraba en la habitación de su departamento. Él estaba sentado en un sillón individual leyendo un libro.

—¿Qué ocurrió? —pregunté con miedo observando a los lados.

—Todo ha salido según lo esperado. Tu cuerpo se encontraba agotado. Nada de lo que viviste fue real. Lo sabes, ¿no?

—Parecía real. —Mi voz sonó frágil y mi garganta ardía.

—Lo sé, los primeros *revivre* pueden ser complicados. Luego aprenderás a dominarlos, es cuestión de no perder el control —relató con lentitud pasándome un vaso con lo que parecía un líquido anaranjado—. Bebe, esto te calmará.

—No quiero volver a hacerlo —rogué luego de dar un sorbo largo; reconocía el sabor.

—No te apresures a tomar decisiones —repuso lentamente Einar.

—No volveré allí —dije con determinación.

—No todas las simulaciones serán malas, empezamos con este en particular para que estimule la parte… —comenzó.

—¿Tú has elegido eso? —pregunté mirándolo fijo.— ¿Tú has elegido que se me aparezca una puta sombra? —Mi tono se elevó.

—Solo he estimulado la parte que destacaste en tus narraciones —contestó.

—Estás desquiciado —lo espeté poniéndome de pie y sintiendo mis músculos doler.

Agarré mi bolso y mis cosas con rapidez, y me puse un par de zapatos.

—Tabatha, espera. No estás siendo razonable —dijo Einar.

—¡¿Razonable?! —grité mirándolo—. Dejé que me inyectaran algo y me metieran en un maldito sueño en el que apareció una cosa horrible que me quitaba la energía. ¿Y tú me dices que sea razonable? —me defendí—. Ni siquiera sé si eres real… —susurré sintiéndome desquiciada—. Esto es una locura —cerré la discusión y salí de la habitación.

Caminé por un pasillo largo sintiéndome enojada y angustiada. Einar apareció frente a la puerta de salida, sus ojos estaban fijos en mí.

—No te irás —gruñó.

—Muévete —exigí con dureza.

Él sonrió mostrándome una dentadura impecable, pero a diferencia de otras veces, esta vez no era una sonrisa honesta.

—Oh, vamos, Tabatha. Necesito que cooperes —dijo y sus ojos se volvieron negros por completo. Las luces del pasillo comenzaron a titilar con fuerza—. Soy tu esposo después de todo —dijo levantando

su mano izquierda mostrándome su anillo.

—Yo no… —observé ahora mi mano, allí había un anillo igual.

—Tu alma ya es mía —confesó agarrándome del cuello y chocando mi anatomía contra una de las paredes.

Pequeñas venas recorrían sus ojos y de su boca salían filosos dientes. Di un grito arrollador en un intento de zafarme.

—¡Tabatha! —Abrí los ojos con fuerza mirando a Einar que se encontraba frente a mí.

—¿Dón-dónde estoy? —quise saber. Miré a mi alrededor y entendí que estaba nuevamente en la sala. Todo había vuelto a la normalidad; con rapidez y torpeza me paré alejándome de la imagen de Einar. Llevé una mano a mi cuello todavía sintiendo su agarre.

El morocho observó la reacción con ojos atentos.

—Para ser el primer *revivre*, estuvo muy bien —acotó Pam al entrar a la sala.

—Saldré de la habitación, he aparecido en su simulación —dijo Einar sin mirarme. Se retiró rápidamente.

Oliver entró con ojos preocupados.

—Déjame revisarte —pidió acercándose a mí.

Mi mirada estaba clavada en Einar, que se encontraba del otro lado de la ventana pero observaba la situación.

—Pulso levemente acelerado y regularizándose. Ritmo cardiaco igual… —Oliver siguió informándole a Pam que anotaba cada dato.

Dejé de escucharlos centrándome solo en esos ojos grises que tanto ocultaban. Einar se alejó y se perdió de mi vista.

CAPÍTULO 12

—Ey. —Loretta apareció por la puerta de la cocina.

—Loretta, no te he escuchado entrar —dije cerrando uno de mis cuadernos con rapidez.

Llevaba un vestido amarronado, abrigo y medias largas negras. Su cabello castaño estaba prolijamente peinado.

—¿Cómo te sientes? —preguntó sentándose a mi lado—. Me ha contado Einar lo que están experimentando —dijo con lentitud.

—Tuve algunos mareos, pero Oliver ayudó bastante. Ahora estoy mejor —susurré en un intento de no volver a las imágenes.

—Bien… —dijo rebuscando algo en su bolso—. Einar me recomendó que tomaras dos de estas gotas antes de irte a dormir, esto te ayudará a descansar; luego de un *revivre* el cerebro puede quedar sensible a estímulos haciendo que vuelvas a repetir la pesadilla —informó—. Esto hará que no sueñes. —Me pasó un gotero—. No te preocupes, tiene hierbas naturales. —Sonrió sin más.

—¿Dónde está? No lo volví a ver desde que terminamos la simulación —susurré algo quedada.

Tenía sentimientos encontrados.

—Bueno, me ha dicho que prefería dejarte tranquila. Se fue a dormir a otro lado, creo que al palacio —comentó—. Yo me encargaré de cuidarte, piensa que un humano con energía femenina puede darte seguridad.

Estaba en lo correcto, Loretta me daba seguridad, pero igual así sentía un vacío. Algo no andaba bien.

—Él ha aparecido —susurró—. En la simulación, tenía los ojos negros y se puso realmente violento.

—En los sueños también se materializan los miedos —relató Loretta —. Entiendo entonces que tome distancia, no quiere que temas.

—¿Cómo sé que lo que vi no es un recuerdo? —pregunté—. Un recuerdo de otra vida, según lo que me explicaron.

Loretta me observó con seriedad.

—Creo que no soy la indicada para contestar esa pregunta —aclaró —. De lo que sí estoy segura es de que Einar nunca podría hacerte daño.

—¿Cómo lo sabes? Eres una humana igual que yo —dije frunciendo el ceño.

—Es una corazonada —repuso con una pequeña sonrisa.

—Iré a descansar —dije sin más. Me puse de pie y me fui al cuarto.

—¿Dónde has estado durmiendo estos días? —preguntó Betiana luego de haberle dado un bocado a su sándwich.

En la casa todavía había olor a quemado; la semana siguiente comenzarían a reparar el cuarto.

—En lo de Finn —mentí.

—¿Sigues con ese chico? —preguntó.

—Algo así, estamos tratando de solucionar las cosas —contesté en un intento de evitar el tema—. ¿Has sabido algo de Didi? Me comentó que estaba trabajando hoy a la mañana, pero no volvimos a hablar.

—Sí, habló con tu madre. Está quedándose en el departamento de este chico Silas. Sonaba contenta —respondió.

—¿Has quemado cosas? —preguntó Luke con voz aguda.

Lo miré confundida.

—Luke, cariño —habló Betiana negando con la cabeza—. Ha venido la policía a terminar de confirmar algunas cosas. Les dije que no estabas en Pardillo, así no te hostigaban —relató lentamente—. No te preocupes, les dije que había sido un accidente con una vela.

Asentí evitando su mirada.

—No quiero más —gritó Luke con su plato a casi terminar y levantó ambas manos—. Iré a jugar con la patineta. —El pequeño salió disparado al jardín.

—¿Sabes? La policía me ha dicho algo muy extraño —continuó Betiana mientras mojaba una papa frita en kétchup como quien no quiere la cosa.

—Los policías de por sí son extraños —me burlé.

—Me mencionaron algo de un hombre. Que habías dicho que un hombre quiso entrar a la casa… —dijo clavándome sus ojos. Rápidamente me atraganté con el sándwich y comencé a toser intentando liberar el aire.

Betiana golpeó mi espalda. Bebí torpemente un trago de agua.

—¿Quieres explicarme? —preguntó.

—No sé a qué se refieren, soy la culpable cien por cien —mentí evitando su mirada.

Betiana corrió el plato a medio terminar; su rostro estaba serio.

—No puedes elegir tus batallas, pero puedes elegir quiénes te ayudan a pelearlas —dijo mirándome—. Cuando me necesites, estaré disponible para ti. Por el momento, no me interesa que me trates como a una niña despistada —fue todo lo que dijo. Se paró y se fue.

—Beti —la llamé.

No hubo respuesta. Me quedé sola en el comedor sintiéndome de la peor manera por mentirle a mi abuela.

Los días fueron pasando; algunas noches dormí en la casa de Betiana,

en la habitación de Didi, y otras noches en el lujoso departamento de Einar; allí solo me cruzaba con Oliver o Loretta. La última simulación había sido un poco más calma; muchos recuerdos en el agua, algo muy parecido a mis últimos sueños. Einar observó todo a los lejos y se retiró en cuanto terminamos; me estaba evitando.

Cada semana habría una nueva simulación, íbamos dos por el momento; todavía no estaba segura de qué estábamos buscando en mi cabeza, pero de lo que sí estaba segura era de que Pam, Olaf y Oliver tampoco lo sabían.

Había vuelto a escribir, esta vez no artículos, pero intentaba recordar las cosas que habían sucedido en las simulaciones, pero no tuve mucho éxito ya que todo se volvía confuso después de unas horas.

Luego del incendio del Plaisir no había vuelto a haber incidentes con fuego.

—¿Hoy tampoco vendrá? —le pregunté a Loretta cuando entró por la puerta.

—No, cariño. Sigue en el Plaisir, intentando ponerlo en marcha nuevamente —dijo sentándose al lado mío en el sillón.

—No soy una niña como para permanecer encerrada en un departamento con una niñera —dije poniéndome de pie.

—Lo sé, pero estamos en un momento complicado y tu cuerpo se encuentra atravesado por mucho estrés —comentó lentamente.

—Quiero ver a mi hermana —dije llamándola por el celular.

—Dile que venga —ofreció Loretta.

—¿Y cómo le explico que estoy viviendo en el departamento de Lucson, sin él y con una desconocida? Sin ofender. —Revoleé los ojos sintiendo el tono del otro lado de la línea.

—No es tan grave, somos como compañeras de piso —dijo con una sonrisa.

—¿Hola? —contestó del otro lado Didi; de fondo sonaba música.

—¡DIANA! Al fin escucho tu voz —dije entusiasmada.

—¡TAAAAB! —gritó feliz.

—¿Dónde estás?

—Estoy en una fiesta con Silas y unos amigos —dijo.

Se estaba alejando del tumulto de gente.

—¿Ahora sales de fiesta sin mí? —pregunté divertida.

— ¡Ven! No es lejos —invitó—. Te paso la dirección.

—Claro —dije y corté la conversación.

—No irás a ningún lado… —dijo Loretta, que estaba recostada en el sillón.

—Puedes venir conmigo… —Me encogí de hombros.

—En serio, esto no es un juego —agregó seria y sentándose.

Pocas veces Loretta se ponía seria.

—Lo sé, hace más de dos semanas que ni siquiera puedo ver a gente normal. Solo quiero respirar un poco de aire fresco —repuse con molestia y comencé a caminar hacia la habitación.

Loretta y Oliver solían turnarse, pero igual así, pasaba mucho tiempo en el departamento sola. Me vestí con un vestido negro simple y una chaqueta, y me recogí el pelo dispuesta a retirarme.

—Tab… —me dijo Loretta al verme cambiada—. En serio, Einar no va a estar contento con que salgas sola a altas horas de la noche en la situación en la que nos encontramos…

—Puedo cuidarme sola. Solo iré a ver a mi hermana y volveré en la camioneta. Te mantendré informada —intenté calmarla.

Al poco tiempo ya estaba yendo con mi camioneta al lugar donde me había informado Didi; se sentía bien por primera vez en días hacer algo por mí misma y no estar bajo las reglas de Einar. El bar estaba poblado de gente. Una canción pegadiza sonaba fuerte y las luces rojas brillaban por todos lados.

Busqué entre la gente el cabello platinado de Didi, hasta que alguien me tapó la vista con ambas manos.

—¡Dianaaa! —dije dándome vuelta y encontrándome con mi hermana.

Ella me abrazó con fuerza.

—Mi Tab preciosa —me saludó con una sonrisa.

Bajo el maquillaje pude ver unas pequeñas ojeras.

—Tienes cara de cansada —dije frunciendo el ceño.

—Oh, sí, el trabajo no es para mí, más los finales… ambas cosas están terminando conmigo. Por suerte Silas me ofreció no trabajar hasta que rinda mi último examen —explicó mientras caminábamos hacia la barra esquivando a las personas.

—Tú también pareces realmente cansada —advirtió al verme de cerca.

—Sí, estoy buscando un nuevo empleo y escribiendo mucho… —mentí para evitar la verdad. Aunque algo era cierto: estaba escribiendo como una condenada.

—¿Has vuelto a escribir pequeñas historias? —comentó con una sonrisa.

Asentí.

Tenía tanto tiempo de sobra que mi imaginación fluía con violencia, cosa que me servía para escribir.

—Qué feliz me hace verte —comentó por arriba de la música. Le hice una seña al cantinero pidiéndole dos cervezas.

—A mí también, Didi —dije con una sonrisa—. ¿Dónde está Silas? —pregunté.

—Oh, está por allá con sus amigos, después te lo presento. Ayúdame a desprenderme de él un rato —dijo con una sonrisa ancha.

Sabía que estaba en su etapa de enamoramiento y me alegraba por ella. La imagen de Einar se cruzó por mi cabeza por unos segundos.

Luego de un rato de charla, nos encontrábamos bailando en la mitad de la pista y bebiendo nuestras cervezas. Hacía muchos días que no era tan feliz como en este momento; podía sentir la tensión acumulada por los incendios, las simulaciones y los secretos entre el mundo terrenal y el más allá. Todo se evaporaba al bailar junto a mi hermana sin que importara nada más.

Luego de algunas cervezas y un largo tiempo bailando supe que era tiempo de retirarme.

—Debo irme —le dije por arriba de la música.

—Oh, esperaaaa, no. Te presento a Silas… —dijo intentando buscarlo por entre de la gente—. No sé dónde se habrá metido… —dijo claramente borracha—. ¡Oh, allí está una amiga de él! —señaló.

—Debo irme, Dii —dije abrazándola—. Me gustaría ir a comer contigo y Silas. Así lo conozco correctamente. —Reí y ella me siguió con una carcajada—. Te quiero, hermana.

—Y yo a ti —dijo.

Me retiré esquivando con torpeza a la gente. En la oscuridad de la noche caminé directo a la camioneta, saqué el celular y vi que tenía varias llamadas perdidas de Loretta, Oliver y de un número desconocido.

—Creo que no estoy en condiciones de manejar… —dije guardando mi celular.

La noche estaba linda, fría y estrellada. Por fin, como si no fuera Cambria.

—¡Oye! —una voz de un joven sonó a lo lejos.

Me di vuelta y vi a un chico moreno que se acercaba con una sonrisa.

—Eres la hermana de Diana, ¿no? —preguntó amistoso.

—¿Tú eres amigo de Silas? —pregunté divertida.

Cuando me quise dar cuenta, el tipo ya no tenía cara de agradable y su mano atenazaba mi cuello con fuerza. Me arrojó contra una de las paredes. Como en uno de mis sueños, observé sus ojos ponerse negros.

—¡Suéltame! —exigí dándole una patada.

El tipo carcajeó mientras apretaba su agarre haciendo que respirar empezara a ser más dificultoso. Manoteé como pude el gas pimienta en mi bolsillo.

—Tienes algo que queremos —gruñó el tipo.

—Yo no… —intenté decirle pero su mano en mi garganta me generaba dificultad para respirar. De pronto pude agarrar el gas pimienta y tirarle directo en la cara.

El tipo dio un paso hacia atrás y me soltó por un segundo.

—¿En serio no pensarás que eso…? —dijo mientras reía.

Cuando me quise dar cuenta el tipo estaba en el piso. Einar estaba allí con una gorra negra, una remera del mismo color, una chaqueta de cuero y unos jeans.

—Ve a la camioneta —me ordenó y luego tomó al tipo que se retorcía tratando de soltarse.

Lo estampó contra la pared.

—¡Einar! —dije al ver a otros hombres que salían del bar y caminaban hacia nosotros.

No podía estar tan borracha como para ver doble; eran cinco, y sus rostros denotaban poca amabilidad.

—A la camioneta —repitió Einar.

Sacó una daga y la clavó en el pecho del joven; este dio un grito que me aterró. Con rapidez agarré el bidón con nafta que guardaba de seguridad en el asiento trasero y marqué una línea con el líquido en la mitad de la calle.

—Mierda, vamos —dije buscando mi encendedor en el bolsillo.

Observé cómo los tipos estaban cada vez más cerca.

—¡TABATHA! —gritó Einar mientras dejaba en el piso al joven que se retorcía y que para mi sorpresa comenzaba a disecarse.

Me agaché con manos temblorosas para encender el fuego; la línea rápidamente se encendió dividiendo la calle. Pude escuchar la risa de los hombres del otro lado mientras se acercaban. Con rapidez le tiré con algo de torpeza las llaves de la camioneta a Einar, que las agarró con agilidad; corrí al asiento del copiloto y Einar entró por el otro lado. Observé cómo nos alejábamos y los cinco extraños atravesaban sin dificultad el fuego. El tipo que había sido apuñalado ya no se encontraba allí.

—¿Qué carajo? —pregunté acomodándome en mi asiento.

Estaba confundida, tenía náuseas.

—Te expusiste —dijo molesto Einar a mi lado.

—Pensé que el fuego los destruiría… —repuse confundida.

—Provenimos del fuego —gruñó manejando con velocidad—. Lo único que hará eso es llamar la atención. Tenemos que pasar desapercibidos entre los vivos.

El motor de la camioneta antigua chilló levemente por el esfuerzo.

—No estés enojado —supliqué sintiendo mi corazón latir con fuerza, agradecía que Einar apareciera justo a tiempo.

Llevé mi mano al cuello, me dolía.

—¡Didi! ¡Ella está en…! —recordé con torpeza sacando mi celular.

Rápidamente llamé a su número.

—¿Holaaaa? —preguntó del otro lado.

—¿Didi, estás bien? —pregunté.

—Perfecto. ¿Te has ido? Estamos aquí bailando —dijo riendo.

—Está bien, cuídate —fue todo lo que dije y luego corté.

Me quedé en silencio por un segundo sintiendo la angustia atorada en mi garganta.

—No quiero ser duro contigo, pero no puedo estar corriendo por toda la ciudad para que no te maten —acotó mirando a la carretera.

—Lo lamento, Batman —dije molesta.

—No es seguro y menos para ti.

—¿Por qué? Hace días era una humana normal y ahora estoy encerrada en tu departamento por algo desconocido —dije molesta.

Lo vi mirar al frente casi como si evitara mis palabras.

—Sí lo sabes. Solo que no lo has descubierto todavía —dijo. Detuvo la camioneta, que hacía un ruido extraño, frente al edificio.

—Bien, has arruinado mi camioneta —gruñí.

—Sube, rastrillaré la zona —ordenó sin mirarme.

Bajé y cerré la puerta de un portazo. Al subir, para mi sorpresa, Loretta no estaba allí. Entré a la habitación y me quité la ropa con molestia; odiaba esta situación, estaba iracunda. Observé el ropero de Einar y lo abrí sintiendo su perfume y aroma tan adictivo. Tomé una de sus remeras negras.

Escuché la puerta cerrarse.

—¿Por qué estoy aquí, Einar? —pregunté mientas liberaba mi cabello. Me dolía el cuero cabelludo por la tirantez del peinado.

Einar se quitó la chaqueta de cuero y ocultó su rostro bajo la gorra.

—Contesta —dije molesta.

—Estás borracha, Tabatha. No hablaré contigo en estas condiciones —su voz sonó grave y seria.

Observé sus tatuajes esparcidos por su piel.

—Necesito respuestas, necesito saber por qué me quieren —dije buscando su mirada—. ¡No me puedes tener encerrada en tu maldito departamento para que te cuente mis malditos sueños! —grité.

—No funciona así —repuso y me miró a los ojos.

—¿Por qué estoy haciendo lo de *revivre*? Explícamelo o me largo de aquí —exigí.

Él me observó con una respiración profunda. Se quitó la gorra y la dejó a un lado.

—Tienes la respuesta al orden y al caos del vínculo terrenal con el *caelus* —susurró con voz dura mientras pasaba una mano por su cabello de forma ansiosa.

—¿Qué? —pregunté sin entender.

—Necesito que confíes en mí, hay que ser pacient… —comenzó.

—¡No! —dije dura—. No confío en ti. —Caminé hacia él enfrentándolo.

Él me observó desde su lugar.

—No confío en ti —repetí casi en un susurro—. En la simulación me ahorcabas, al igual que le hiciste al tipo de hoy —expliqué con

asco.

—Lo sé, no estoy buscando que confíes en Einar, sino en el guardián —dijo con la mirada afectada—. Solo quiero encontrar la puerta para liberarte y que esto termine de una vez —confesó evitando mi mirada.

—¿Qué pasó? —pregunté—. ¿Qué pasó entre medio? Un día en el Plaisir nos reímos, nos besamos… —dije buscando su mirada—. Y ahora todo eso parece que desapareció —reconocí sintiendo mi pecho arder.

Parecía como si todo el alcohol se hubiese esfumado por completo y ahora me encontraba allí diciendo las cosas que tendría que haber dicho desde un principio.

—Tabatha, nuestra relación empezó hace siglos. Mucho antes de que encarnaras en la Tierra —dijo mirándome fijamente—. Aprendí a dejarte ir.

—Duerme conmigo —susurré de repente.

Él frunció el ceño como si esa idea fuese dolorosa; llevé mi mano a su mejilla suave y cálida.

—Duerme conmigo, solo hoy. Quita las pesadillas, no con gotas, sino con tu presencia —insistí.

Su rostro estaba cerca, podía sentir la calidez de su piel. Había algo en Einar que me generaba querer quedarme para toda la vida abrazada a él.

—Tú te vas y yo quedo juntando las cenizas, cada vez que partes —confesó con ojos lastimados—. Descansa —sugirió dando un paso para atrás, mi mano cayó.

A los pocos segundos se perdió en una de las habitaciones. Sus palabras habían generado un golpe en mi estómago; era como si esta simple conversación hubiese despertado un torbellino en mi interior.

Ya en la cama, apagué la luz; en la oscuridad todavía sentía mi corazón lastimado. Me acosté en posición fetal en un intento de dormirme, pero el tiempo pasó y nada ocurría. Un sonido delicado sonó a lo lejos, de seguro Einar se había levantado a buscar algo. Mi corazón latió con fuerza de tan solo tenerlo en el mismo departamento nuevamente. El colchón se hundió levemente a mi costado, sonreí al sentir su mano tomar mi cadera y acomodarse detrás de mí cómodamente. Acaricié su antebrazo con suavidad sintiendo la calidez de su pecho desnudo ante mi remera.

—Me encargaré de tus pesadillas por esta noche —susurró con su voz ronca cerca de mi oído.

Sonreí.

—Gracias, Batman —me burlé suavemente cerrando los ojos.

Me sentí protegida y acompañada como nunca antes. Era como si siempre hubiera esperado la presencia de Einar en mi vida.

—El día que me encontraste en la calle, en el que me había bajado la presión. ¿Lo recuerdas? —le pregunté a Oliver mientras él bebía de su café.

Asintió.

—¿Qué pasó realmente allí? —pregunté.

El rubio me observó con sus ojos marrones y el temple relajado.

—Un íncubo intentó atacarte —explicó lentamente—. En realidad no los veo, pero los puedo sentir y vi cómo tu cuerpo se estaba debilitando por el miedo.

Recordé no poder respirar y que Oliver había puesto un dedo cerca de mi tráquea.

—¿Él podía matarme? —pregunté con ojos grandes.

Recordaba su imagen parecida a la de Arthur.

—Los íncubos no matan de esa manera. Primero entran en tu sistema, te usan como vertedero de energía y, cuando estás débil, te manejan como quieren —explicó.

—Empieza a cuidar tus palabras. —La voz de Einar sonó grave mientras se sentaba con nosotros; Pam lo seguía de atrás con una *laptop*.

La tensión era palpable, por un lado Oliver y por el otro Einar que no parecía de buen humor. Pam abrió su computadora, que por cierto era muy extraña.

—Tabatha —me dijo Pam—. Necesitaría que me informes qué recuerdas del primer *revivre;* quiero ver si te ha quedado alguna secuela —comentó.

—¿Secuela?

—Puede que algunas cosas de tus ciclos anteriores se manifiesten en tu inconsciente y se apeguen a esta vida —relató viéndome con ojos negros.

Su cabello esta vez estaba peinado en una colita alta que ocultaba el mechón verde y dejaba ver el lado rapado.

—Bueno, recuerdo lo que les había comentado. El lugar en el valle, el atardecer —relaté con lentitud—. Luego la sombra atacándome y unos zapatos. —Fruncí el ceño intentando hacer memoria.

Mi mirada se detuvo en la mano izquierda de Einar que se encontraba sobre la mesa. Su anillo. Levanté la mirada y él frunció el ceño. Quitó su mano con rapidez.

—Luego solo Einar ahorcándome —susurré sin decir la parte del anillo.

—Alguien te tiene miedo —dijo Pam burlona mirando de reojo a un Einar que parecía completamente ajeno a la escena.

—Como para no tenerlo… —bufó Oliver.

—El sábado iré a una feria; es una costumbre que tengo con mi hermana. Sospechará algo si no voy —dije con rapidez y por un

segundo me sentí como si estuviera pidiendo permiso.

Todo quedó en silencio.

—¿Quieres que se lo diga yo? —preguntó Pam mirando a Einar.

—No hay por qué ser duro… —suspiró Oliver.

—¿Qué? —dije sin entender.

—Pam… —comenzó Einar con voz cansada.

—Tú no entiendes el riesgo que estamos corriendo por ti, ¿no? —preguntó mirándome con ojos feroces.

—Dudo que sea solo por mí —repuse dura.

—¿Qué? ¿Y que nos destierren de aquí? —dijo molesta—. Nos pones en peligro al ser descuidada. Los íncubos declararon la guerra a los guardianes —gruñó—. Y tú en lo único que piensas es en ir a una maldita feria.

—Bien, ya basta —dijo Oliver.

—¿Por qué? Si tú también estás en peligro. ¿Un lux con unos bris sin permiso? Todo por una humana… —suspiró—. Solo estoy aquí porque mi superior me pide —dijo haciendo referencia a Einar—. Ya te hubiese dejado si fuese por mí. —Cerró la computadora con fuerza y se puso de pie—. Claramente no entiendes lo que está en juego. Pero de todos modos, no terminarás con vida. Por lo menos eso es seguro. ¿Sabes? Tienes razón, ve a la feria. Disfruta mientras puedas —fue todo lo que dijo para luego retirarse.

El ambiente quedó helado.

—Está siendo dramática —dijo Oliver mirándome.

Mi celular sonó, con rapidez lo llevé a mi oreja.

—¡Tabatha! —dijo Gail desde el otro lado.

—¿Gail? —dije sorprendida.

—No tengo mucho tiempo porque estoy en una reunión, pero no sé si lo sabías. Penélope volvió a Cambria luego de que saliera por todos lados que Morgan fue asesinado en la cárcel —dijo con rapidez—. Te están nombrando como sospechosa, como posible partícipe de un ataque al economista. Y Lucrecia está haciendo escribir un artículo de esto, quiere que todos los diarios tengan tu cara… —confirmó con voz alerta.

—Su pulso… —indicó Oliver al verme.

Corté la llamada.

—Soy sospechosa en el caso Morgan —dije dura.

—¿Caso Morgan? —preguntó Oliver sin entender.

Einar golpeó la mesa.

—Como no te pueden atrapar, están yendo por tierra —dijo molesto—. Prepárate para un *revivre* —ordenó sin más.

—Einar, tuvo el último hace pocos días —recordó Oliver poniéndose de pie.

—No nos queda tiempo —gruñó retirándose.

Oliver cayó pesadamente a mi lado.

—Oliver, ¿qué tengo que buscar específicamente? —pregunté—. Dicen que aparecerá en los *revivre*, pero no sé ni qué estoy buscando. Necesito saberlo.

—No lo sé, Tab. El único que lo sabe es Einar —repuso algo quedado.

—Si me dices qué estoy buscando tal vez pueda ser más fácil —dije molesta viendo cómo Pam preparaba la jeringa ya dentro de la sala de Liberium.

Einar parecía molesto con los brazos cruzados un poco más alejado.

—Lo sabrás cuando aparezca —dijo con voz grave.

—Ponme más —le dije a Pam—. Quiero estar más tiempo en la simulación.

—Eso puede ser peligroso —contestó la chica.

—Necesito más tiempo allí dentro —le dije dura.

Pam miró a Einar, quien ahora me observaba de manera seria.

—No podrás soportarlo —su voz sonó baja.

—Inyecta más *somnium* —exigí—. ¡¿Quieres que encuentre lo que están buscando?!

Pam observó de reojo a Einar, quien parecía estar analizando la propuesta.

—Media dosis más —finalizó Einar y se retiró.

Pam tomó la primera dosis y la inyectó. Luego tomó otro de los potes y me lo inyectó al completo.

—Eso es más de una dosis y media —susurré.

—Buen viaje —me dijo Pam con una pequeña sonrisa para luego retirarse.

Cerré los ojos sintiendo cómo el líquido corría por mis venas con lentitud; mi estómago se estrujó y un mareo recorrió todo mi cuerpo con fuerza. Era como si estuviese en una montaña rusa, con bajadas y subidas; mi cabeza se movió con fuerza de manera brusca. Sintiendo cómo el frío pegaba de frente, mantuve mis ojos cerrados y mis manos firmes en mis muslos. Un grito salió de mi boca, las sensaciones eran arrasadoras y de repente… todo se calmó. El olor a tierra y humo llegó a mis sentidos. Unas voces en mi cabeza sonaron como susurros, balbuceos inentendibles.

Abrí los ojos. Estaba sentada en un tronco. Personas vestidas con harapos y túnicas se paseaban de un lado a otro en lo que parecía un pequeño mercado. Frutas, pan, joyas y animales se exhibían a montones.

—Jehannette. —Un hombre de cabello por arriba de los hombros y bigote, y protegido con una armadura se acercó a mí.

—Gilles —saludé con un asentimiento.

—El rey Carlos quiere verla —me informó.

A los pocos minutos ya nos encontrábamos dentro de lo que parecía un palacio. Observé cada detalle sintiéndome abombada y algo mareada. A los costados había guardias con espadas y armaduras de hierro que brillaban.

—Señor —llamó Gilles cuando llegamos al final del salón haciendo una reverencia.

El rey era un hombre de cara alargada, sin cabello; llevaba un abrigo de piel de zorro y una corona con piedras incrustadas. Con rapidez dejé caer mi rodilla al piso, presentando mis respetos. A su lado otro hombre, con una pluma y papeles entre manos, observaba todo con curiosidad.

—Doncella de Orleans —dijo el príncipe Carlos desde su lugar.

—Mi rey —saludé todavía en la misma posición con el rostro mirando al piso.

—Puede ponerse de pie —informó—. Los borgoñones se acercan, estoy pendiente de que pueda dirigir mis tropas para la victoria —solicitó lentamente.

—Señor, las voces divinas han dejado mi cuerpo. Estoy dispuesta a retirarme nuevamente a mi pueblo, Domrémy —dije mirándolo.

Frunció el seño, lo que escuchaba no era bueno.

—El duque Felipe se está acercando con sus tropas en busca de mi cabeza. No puede abandonarnos ahora, los enemigos están acechando y Francia la necesita. Los refuerzos están en camino —anunció con sus ojos fijos en mí.

Me tomé un segundo para pensar, sentía la cabeza aturdida, unas voces resonaron en mi mente; eran inentendibles y hablaban en susurros.

—Podría buscar una tregua de cuatro meses a cambio de algunos pueblos —dije rápidamente—. Y ofrecer una conferencia de paz para la próxima primavera —agregué.

—Guillaume Flavy, capitán de Compiègne, estará a sus órdenes —informó el rey.

Me retiré por el pasillo sintiendo mi mente dar vueltas. Al cabo de unos segundos, caí directo al piso. Diferentes imágenes pasaron por mi mente como un torbellino.

—¡Por Francia! —grité arriba del caballo levantando la espada, con una armadura blanca cubriéndome el cuerpo.

La tropa corrió hacia delante impactando con los enemigos. La sangre no se hizo esperar; una flecha se clavó en mi muslo izquierdo haciendo que todo en mí se electrificara. Caí del caballo y fui

arrebatada por los enemigos.

La herida era profunda, me encontraba encerrada en una pequeña jaula que arrastraba un caballo. Las voces en mi cabeza se hicieron intensas. *Debes salvarlos. Eres la que los liderará a la luz.*

Estaba encerrada en una torre, con hambre y sin luz. Me moví de un lado para el otro sintiendo mi muslo palpitar.

Eres la elegida. Llévalos a la luz.

—¿Qué es este lugar arrebatador de almas? —le pregunté a un hombre que entró a dejarme algo de pan y agua.

—*Claroix* —contestó con el mentón levantado—. Será trasladada a Beaulieu-lès-Fontaines cuando asome el sol —anunció y cerró la puerta de madera, dejándome allí.

—¡Deberá pedir disculpas por sus calumnias! Es una hereje, mentirosa y bruja —gritó un hombre.

Mi cuerpo se encontraba lastimado, mi cabeza dolía y mis piernas ardían; unas cadenas tiraban de mis brazos a cada costado.

—¿Está dispuesta a decir la verdad negando su contacto con un ser divino? —dijo el hombre con armadura frente a mí; era el líder del brazo secular.

Detrás de él, en una pared de piedra se mostraban distintos artefactos de tortura.

Llévalos al bien. Eres la elegida.

Moví mi cabeza en un intento de sacar las voces de mi cabeza.

—Veo que no me escucha —gruñó con odio frente a mí—. *La Pucelle* —se burló con acento inglés.

Observé un sarcófago de hierro de dos metros de alto. El hombre lo abrió y pude ver hierros afilados con sangre seca en la parte interna.

—La doncella de hierro se encargará de quitarle sus falacias —gruñó el hombre metiéndome allí de golpe.

—No, por Dios no —susurré sintiendo el miedo llenar mi cuerpo.

Con una carcajada cerró lentamente haciendo que los hierros cortaran mi piel sin dejarme escapatoria. Grité con fuerza sintiendo mi cuerpo temblar del dolor.

Lo lograrás. Estoy contigo.

Cada parte de mi ser dolía; las heridas eran graves y se encontraban infectadas. Escuché un sonido a lo lejos, con rapidez terminé de

escribir antes de enrollar el pequeño papel; con dolor y sintiéndome débil caminé como pude hasta la pared de piedra, dejándome caer. Apreté con fuerza el papel en mi palma.

—¡Jehannette! —gritó un hombre mientras abría la puerta del ataúd. Se encontraba con otros hombres vestidos con armaduras.

Me levantaron y vieron mi cuerpo sin peso, casi sin vida y con graves heridas. Me llevaron por un pasillo con salida a un pueblo inglés, que estaba abarrotado de personas que gritaban. Una mujer de cabello como el fuego me envolvió en sus brazos.

—Estamos contigo —me calmó.

Toqué su mano dejándole el papel en la palma. Con sorpresa y siendo impulsada hacia fuera por uno de los de seguridad me dio un asentimiento.

Luego me empujaron para que siguiera caminando. Observé sin energía el gran poste en el medio, rodeado de maderas; mi túnica de hilo estaba manchada de sangre y tierra. Me ataron junto al mástil, intenté esforzarme por combatir, pero mi cuerpo ya no respondía. Observé a las personas; sus ojos me reprendían.

—¡Fuego! —gritó uno.

El calor se empezó a sentir, al igual que los gritos de las personas. Observé cómo la hoguera a mi alrededor comenzaba a crecer con colores rojos y amarillos. Mi corazón latió con fuerza; luego de tantos meses sin comida y ser sometida a tortura no lograba pensar con claridad.

—Sálvame —susurré.

El fuego comenzó a quemar mis ropas, alcanzó mi piel y el dolor se volvió insoportable. Me quise mover y grité sintiendo cómo todo en mi cuerpo se entumecía.

—¡SÁLVAME! —grité con fuerza y desesperación.

Los aullidos y exclamaciones de las personas sonaron por todo el lugar. Observé un símbolo a lo lejos: el dibujo de una medalla partida en cuatro partes que me resultó familiar.

—¡SÁLVAME, EINAR! —grité aún más fuerte cerrando mis ojos, sintiendo la desesperación de no poder moverme y de que el fuego me quemara viva.

—¡Despierta! —gritó.

Abrí los ojos y observé la sala, me encontraba en el piso, en los brazos de Einar quien me miraba con el rostro teñido de preocupación.

—Tabatha —susurró largando el aire.

El dolor de mi cuerpo había desaparecido. Oliver se encontraba arrodillado un poco más lejos con ojos atentos. Pam y Olaf veían la

situación a la distancia con el ceño fruncido.

—Carajo —susurró Einar abrazándome.

—*Ils m'ont brûlé vif* —susurré sintiendo mi cuerpo debilitado y mi mente hecha agua.

Einar me observó con el ceño fruncido y luego miró a Pam, que tenía la mirada alerta.

Abrí los ojos viendo nuevamente el techo de la habitación de Einar; las sábanas me cobijaban con suavidad y calidez. La oscuridad acechaba, salvo por la luz que entraba proveniente de la luna. Un poco más al costado observé a Einar con su altura desplegada, observando por la ventana con algo de pesadez; su espalda ahora levemente encorvada por el cansancio, su cabello algo despeinado. Llevaba una remera azul marino y unos jeans negros.

—¿Qué ha pasado con el Plaisir? —pregunté de repente, mi voz estaba débil y rasposa.

Con sorpresa Einar se dio media vuelta para verme; caminó hacia la mesa de luz y sirvió un jugo anaranjado.

—Bebe —dijo con voz grave pasándome el vaso.

Me incorporé en la cama, Einar tomó algunos almohadones y los colocó en mi espalda para ayudarme a quedar sentada.

—¿Te quedarás mirándome sin contestar? —pregunté luego de beber el jugo amargo.

—Se han quemado las cosechas —susurró.

—El jugo de Efedra es asqueroso —recordaba el nombre de la primera vez que habíamos visto una sombra.

Él rio suavemente y se sentó a un lado de la cama.

—¿Cómo te sientes? —preguntó sin mirarme.

—Mareada, algo perdida y me duelen los músculos. Pero ya me empiezo a acostumbrar —intenté sonar suave.

Einar pasó una mano por su cabello en signo de preocupación.

—Pam liberó un poco más que media dosis —susurró informándome.

—Lo sé —contesté.

—Lamento haberte llevado al límite —se disculpó mirándome; estaba dolido.

—No has sido tú. Seguro grité mucho —susurré.

—En realidad no. Te descompensaste al segundo de la dosis inyectada, intentamos reanimarte, hasta que comenzaste a pedir que te salve —relató.

—¿No he relatado nada? —pregunté confundida.

Él negó con la cabeza.

—No sé qué viste —dijo mirándome.

—Mi nombre era Jehannette —contesté.

—¿Lo recuerdas todo? —preguntó extrañado.

Asentí.

—Era una guerrera que lideraba las fuerzas de Francia contra Inglaterra —informé con lentitud—. Luego me atraparon en batalla y fui vendida a los ingleses. Me tomaron por hechicera, por hablar con la divinidad; fui torturada y asesinada —susurré recordando cada detalle.

—*C'était injuste* (Fue injusto) —respondió Einar observándome con una mueca.

—*Bien sûr que ça l'était. L'être humain fait peur* (Claro que lo fue, el ser humano asusta) —contesté en un francés fluido.

Einar dejó escapar una sonrisa ancha casi como si no la hubiese podido contener.

—He conocido a Jehannette —dijo con lentitud—. Una personalidad valiente y apasionada —contestó—. Muy propia de tu alma. Y al parecer te ha dejado su francés, de seguro más cosas.

—Siento mi cabeza llena de información, como si hubiese leído y sentido millones de cosas a la vez —repuse observando a mi alrededor.

—De a poco irás asimilando todo —aseguró poniendo una mano sobre la mía, que descansaba en mi muslo.

Con rapidez observé su anillo.

—Einar. —Lo miré—. ¿Qué es este anillo? —pregunté mirándolo fijamente.

Él, al igual que la última vez, sacó su mano como si mi tacto quemara. Se puso de pie.

—Estuve pensando, tienes razón. No puedes estar encerrada —dijo con rapidez, casi como si mi pregunta no hubiese existido—. Si quieres ir a la feria con tu hermana, eres libre de hacerlo. Pero para poder cuidarte, me gustaría acompañarte, solo si estás de acuerdo —repuso—. No me interpondré, solo apareceré si algo malo ocurre.

—¿Es una cita? —Levanté una ceja.

Él sonrió de lado; por un segundo me recordaba al Einar que había conocido.

—¡Viene el enfermero! —Oliver apareció con una bandeja con comida—. Sabía que habías despertado. —Sonrió al entrar.

No levanté mis ojos de la mirada de Einar que todavía parecía juguetona. Dio ahora media vuelta para retirarse.

—Einar —lo llamé—. También, antes de despertar, escribí algo en una hoja pequeña que había encontrado… —comencé.

—No —me interrumpió.

Oliver y yo lo vimos sin entender. Él ahora parecía tenso.

—No debes contar mucho más. Todo lo que tengas en tu cabeza, te

recomiendo que lo anotes en un cuaderno que solo sepas tú donde está. No compartas la información con nadie más —dijo duro observándome.

—Está bien —dije algo quedada por el cambio brusco de tono.

—Presta atención a los detalles —me dijo y se retiró.

—Es raro… —susurré viéndolo irse.

—Bienvenida al mundo. Einar es el tipo más raro que pudo existir y que va a existir—comentó Oliver divertido brindándome un tazón de sopa.

—¿Lo has hecho tú? —pregunté.

—Con receta de Einar; es para relajarte y limpiar cualquier mal pegado en tu sistema —respondió. Bufé.

—Puaj, entonces debe tener un sabor horrible —dije a la vez que reía.

CAPÍTULO 13

—¿Yahora qué harás? —me preguntó Loretta esperando en el marco de la puerta.

Me había maquillado de manera simple; se sentía bien arreglarse luego de un buen tiempo.

Até mi pelo en una coleta ya que el ambiente estaba húmedo y el *frizz* podía ser difícil. Un jean oscuro y una remera negra. Sabía que iba a ser una visita breve a la feria, pero así lo prefería; no quería volver a ver a esos íncubos.

—Me llamaron para declarar, pero simplemente corté las llamadas. Esperaré a que mi cara esté por todos los diarios de Cambria —dije sin más ahora viendo a Loretta.

—No parece un plan muy sensato —se burló.

—Créeme, tiene mucha sensatez detrás —dije divertida saliendo del baño.

Loretta levantó una ceja haciéndome una seña para que mirara hacia atrás. Me di media vuelta y me encontré con Einar poniéndose el abrigo.

Madre mía, jeans negros, remera blanca y chaqueta de cuero; pasó una mano por su cabello mojado peinándolo hacia atrás.

—Ya estoy listo, señorita Jones —anunció con una pequeña sonrisa.

—Para ser mi seguridad privada, estás muy bien —dije divertida.

—Puedo ponerme una camisa si así lo desea —comentó todavía con un dejo juguetón.

Lo único que deseaba era sacarle por completo toda la ropa.

—Me gustas así —fue todo lo que dije antes de recibir una sonrisa de su parte.

—Estás hermosa —me alabó guiñándome un ojo.

—*Ma mère* (Madre mía) —exclamó Loretta con un suspiro—. Bueno, ya váyanse, no puedo seguir aguantando su tensión —se burló.

Caminé rápido para ponerme la chaqueta; la noche estaba fría.

A los pocos minutos ya nos encontrábamos en camino a la feria en el auto de colección de Einar. Una música de rock sonaba suave de fondo.

—Didi dijo que llegarían un poco más tarde; la hermana de Silas está de visita—informé.

—Podemos divertirnos el tiempo que no estén —ofreció.

Se veía como un hombre rebelde dispuesto a pasar un buen rato.

—Pensé que habías dicho que iríamos por poco tiempo… —Levanté una ceja burlona.

—Teniendo en cuenta que eres una mujer buscada por la policía y por los íncubos… —comenzó.

—Estoy con el líder de los guardianes. No creo que sea tan fácil para ti tampoco —repuse mirando su perfil, Einar hizo una mueca como si no quisiera contestar.

—Estoy demasiado débil para poder comportarme como un líder —dijo.

Un silencio se formó. No entendía por completo a lo que se refería pero empezaba a conocer a Einar y sabía que no quería hablar del tema.

—¿Has perdido por completo la cosecha del Plaisir? —pregunté seria.

Él respiró hondo.

—Sí, han quemado todo —contestó—. Cuando llegué ya estaba hecho cenizas.

—¿Cómo te sientes con eso? —pregunté.

—Enojado —contestó y sonrió ácidamente—. Ni siquiera es un sentimiento propio de un guardián, ya siento por completo como un humano —repuso molesto.

—¿Cómo puedo ayudarte? —me ofrecí.

Einar detuvo el coche frente a la gran feria y me miró.

—Esa respuesta hubiese sido diferente en otro momento. Ahora, solo mantente con vida —dijo mirándome fijamente.

—¿Podemos divertirnos hoy? —pregunté bajando del auto.

Einar carcajeó mientras se ponía una gorra negra opaca tapando su rostro.

—Claro, *belle.* —Sonrió levemente mientras caminábamos hacia la entrada.

La feria Antique llegaba todos los años a Cambria; se quedaba por dos noches y luego partía al siguiente destino. Recordaba que Betiana nos traía con Didi y nos la pasábamos jugando por largas horas, hasta que Beti se cansaba de caminar. Luego seguimos con la tradición nosotras dos.

—Me hubiese gustado traer a Luke —suspiré al ver la cantidad de juegos y atracciones desplegarse en el gran descampado.

—¿Tu hermano? —preguntó.

Asentí.

Las instalaciones eran increíbles, cada vez mejores, ya que la feria se volvía más conocida. Un gran carrusel giraba a un costado con diferentes animales y al otro lado se desplegaban pequeñas tiendas con diferentes juegos como de tiro y flecha, con pelota y aros. Más alejadas se encontraban las atracciones.

El olor a palomitas dulces llegó a mis sentidos haciéndome sentir en casa.

—¿Por dónde quieres empezar? —pregunté emocionada.

—¿Qué te parecen los aros? Soy muy ágil con eso —dijo mientras caminábamos hacia la fila.

—Oh, vamos, no puedes utilizar tus poderes. Lo sabes, ¿no? —le advertí.

Él sonrió de lado divertido.

—No, no usaré mis talentos aquí —aseguró con voz ronca; quería acercarme a él y besarlo. Eso era seguro.

—Pues yo sí —dije ya cuando era nuestro turno.

Ambos nos posicionamos frente al mostrador; a unos pasos más adelante, unas botellas de vidrio grises estaban pegadas. Debíamos embocar los aros en los cuellos de los recipientes. Un poco más atrás estaban los premios: peluches, autitos de plástico, anteojos y baratijas.

Una chicharra sonó, ambos comenzamos a revolear los pequeños aros que eran prácticamente imposibles de meter en esas botellas tan grandes. Einar rio al ver cómo uno de mis tiros salía disparado hacia cualquier lado; claramente era competitiva.

—¡Oh, vamos! —grité cuando el aro tambaleó por la superficie antes de caer.

Escuché a Einar reír a mi lado mientras seguía probando.

—Tiempo —dijo el hombre delgado con un cigarrillo en la boca.

—Ese no fue un buen comienzo —dije divertida.

Einar rio mientras caminaba a mi lado; la diferencia de altura era notoria y eso que siempre me había considerado una mujer con una buena estatura.

—Es imposible, el aro es demasiado pequeño para esa botella —dijo relajado Einar.

—Todo porque no pudiste hacerlo —me burlé.

—No puedo hacerlo porque es imposible, periodista —aclaró mirándome con una pequeña sonrisa.

—Creí que no eras de este mundo —proseguí con la broma.

Einar era una gran compañía; cuando no se trataba de hablar de cosas fantásticas, era divertido. Nos movimos entre las tiendas y jugamos a los distintos juegos.

—¡Sí! —grité mientras veía explotar el globo con agua gracias a la pequeña flecha que había tirado.

Einar me observaba a un costado riendo; él ya había jugado así que se mofaba de mi actitud.

—¿Qué me gané? —le pregunté a la mujer que se encargaba de la tienda.

—Tiraste cinco globos, nada. Mínimo diez —comentó de mala gana —. Siguiente.

—No me estás trayendo suerte —suspiré burlona.

—No vengo a traerte suerte, soy tu seguridad personal. ¿No era eso? —preguntó divertido mientras caminábamos.

—Es verdad —dije con una sonrisa.

—¿Qué tal esos de tiro? —preguntó Einar observando los clásicas botellas a las que se les tira una pelota de tenis para derribarlas.

—Deben ser igual que los aros, seguro están pegadas —dije frunciendo el ceño.

—Déjame intentarlo, me divierten —comentó mientras caminábamos hacia allí.

Observamos a varias parejas tirar la pelota hacia las botellas; estas ni siquiera se movían. Parecían de hierro.

—Recuerdo en Francia jugar a derribar botellas con la pandilla —comentó observando el juego.

—¿La pandilla? —pregunté.

—Un grupo de humanos a los que les había caído bien en ese entonces —recordó sin quitar los ojos de las botellas.

Lo observé. ¿Este hombre había tenido alguna vez una amistad verdadera? Debía ser difícil haber vivido tanto tiempo y no haber tenido alguien en quien confiar.

—Lo intentaré —dijo quitándose su chaqueta y pasándomela.

—Einar, este juego es una trampa —le susurré burlona.

Sin más recibió una pelota y observó por un segundo las botellas; con un simple movimiento hizo un tiro ágil y la pelota salió disparada con precisión generando un crujido en el centro de donde se juntaban las botellas; estas claramente estaban pegadas, ya que salieron disparadas para todos lados al desprenderse. El hombre encargado de la tienda se agachó en un intento de no recibir un impacto.

Observé con ojos grandes el estante ahora vacío; el tipo de gorro de lana se puso de pie para observar los sucedido.

—Ni mierdas, chico. ¿Qué comes? —preguntó el hombre mirándolo con mala gana.

—Espinacas —respondió Einar divertido.

—¿Qué premio quieren? Pueden elegir del primer estante; es la primera vez que tiran todas las botellas —comentó el hombre prendiéndose un cigarrillo con molestia.

Einar me hizo una seña con la cabeza. Observé el estante: osos grandes, peines, anteojos, colgantes… pero una sola cosa llamó mi atención.

—Esa pluma… —susurré.

Era dorada con lo que parecía un difuminado en negro que lo hacía ver como si fuese un humo recorriéndola. No sabía si funcionaría, pero me gustaba.

Sin más el hombre me la entregó.

—No pudiste haber elegido algo tan… tú —comentó ahora

abrazándome por detrás.

Lo observé divertida.

—Vamos. —Él volvió a ponerse la chaqueta y pasó su brazo por mi hombro. Caminamos relajados.

El simple tacto de nuestras pieles hacía que sintiera correr una corriente eléctrica entre ambos y aceleraba mi corazón.

Mi celular sonó.

—¿Hola?

—Tab —dijo Didi del otro lado—. Estamos algo atrasados, no creo que lleguemos —anunció con pena—. Vinimos a ver una banda de un amigo de Silas y nos hemos puesto algo borrachos…

—Pero me dijiste que vendrías cuando terminaras de trabajar… —dije confundida.

Einar me hizo una señal de que iría a uno de los puestos de comida, asentí.

—Lo sé, pero Silas ya había quedado con su amigo… —siguió.

—Hacemos esto todos los años, Didi. Para mí también fue difícil venir —intentaba no sonar molesta pero no lo estaba logrando.

—Lo sé, es lo que le dije —repitió.

—¿Y qué? ¿Ahora no puedes decidir por ti misma? —pregunté elevando el tono de voz.

—Lo lamento, Tab. Te lo compensaré —dijo en un intento de arreglar las cosas.

—Está bien —di un suspiro.

—Te quieroooo —fue todo lo que dijo antes de cortar la comunicación.

Observé a Einar caminar hacia mí con palomitas y bebida. Parecía un hombre de aquellas fotos en ferias antiguas. Sonreí sintiendo ternura.

—Muchas gracias, caballero —dije cuando Einar me tendió el bote de palomitas.

—Aumentó tu frecuencia cardiaca, así que supuse que estabas realmente enojada —explicó mientras caminábamos por el lugar.

—Que todos ustedes puedan sentir lo que pasa con mi cuerpo es una invasión a mi privacidad… —Reí—. Gracias por los dulces —dije tirando una palomita hacia arriba y agarrándola con la boca.

—El azúcar es bueno en una porción razonable para aliviar la molestia emocional, sube la dopamina —dijo con su voz lenta y elegante—. Al igual que los besos —susurró ahora mirándome con una pequeña sonrisa de lado.

—¿Y por qué no fuiste por la segunda opción? —pregunté bebiendo un poco de la gaseosa.

Él carcajeó.

—Estoy esperando el momento, periodista. No te apresures —aclaró

reteniendo una sonrisa.

Una pequeña tienda con un ojo dibujado a mano se encontraba algo solitaria.

—Esta no estaba la última vez… —dije mientras caminábamos allí.

Al entrar, olía a sahumerios de distintas fragancias, demasiado invasivo. La luz era algo tenue. Observé cartas de tarot con precios y artefactos que no conocía.

—¿Quieren que les lea el futuro? —preguntó una niña sentada en una mesa con un mantel violeta; era morena, su cabello ondulado estaba suelto y tenía hebillas de todos colores.

—Hola, ¿tú atiendes la tienda? —pregunté al ver lo tierna que era.

—Mi madre y mi padre, pero están discutiendo afuera. Me dijeron que me ocupe de los clientes —dijo lentamente. No debía pasar los doce años—. ¿Quieren que les lea el futuro? —insistió.

—Claro —respondí dándole una fugaz mirada a Einar, que no parecía tan seguro y se movió observando la tienda.

Me senté en una silla frente a ella. Se arrodilló, aplicó ambas manos frente a mi rostro y comenzó a moverlas en círculo a mi alrededor. Fruncí el ceño algo confundida. La niña luego se inclinó hacia adelante y me miró directo a los ojos.

—No te muevas —dijo poniendo sus pequeñas manos frías en mis mejillas.

Observé sus ojos marrones claros; esto era intimidante pero no me moví. Estaba segura de que Einar se estaría riendo atrás.

—Guerrera de vidas —susurró con voz tierna—. El secreto de la memoria está en ti rodeado de marea y fuego esperando a que despiertes —dijo ante de cerrar los ojos y ocupar nuevamente su lugar.

La tienda quedó en silencio.

—Una moneda —dijo estirando la palma de su mano con una sonrisa.

Algo confundida, le tendí la moneda y luego me paré.

—Usted —dijo la niña señalando a Einar, quien parecía aburrido a un lado.

Este me miró; me encogí de hombros sin más. Lo vi sentarse frente a la pequeña mesa circular con algo de pesadez dejando a un lado el pequeño balde.

La niña pasó ambas manos con los ojos cerrados por el frente del morocho. Llevó las manos a las mejillas y se acercó mirándolo a los ojos.

Observé intensamente cómo la niña fruncía el ceño y luego abría los ojos con terror; inclinó su cabeza soltando el rostro de Einar. Era casi como si estuviese haciendo una reverencia.

—No es necesario, solo dime qué has visto —susurró Einar con

tranquilidad sonando suave.

—La destrucción de sus protectores, señor —dijo mirándolo.

—¿Qué más? —preguntó casi como si supiera que algo más había.

—El quiebre de la evolución humana —exclamó con ojos preocupados.

Einar asintió sacando un billete.

—No, no es necesario. —La niña se paró a un lado de la mesa todavía haciendo una reverencia.

Einar dejó el dinero sobre la mesa.

—Gracias por tu colaboración —fue todo lo que dijo. Salimos de la tienda.

—¿Qué fue eso? —dije algo quedada para luego beber de la gaseosa.

—Era una *anjana* —contestó mientras caminábamos—. Son criaturas pacíficas, ayudan a los humanos con pequeños gestos, será una curandera de adulta —dijo sin más.

Me detuve.

—¿Tú la has leído mientras ella te leía? —pregunté levantando una ceja. Él carcajeó asintiendo—. Me gustaba esta noche completamente humana —susurré frunciendo el ceño.

—Lo sé, debe ser agobiante descubrir que la raza humana no es la única. Lo lamento, *belle* —susurró acariciando mi mejilla y haciendo que mi piel se sintiera cálida.

—¿Sabes cómo se puede arreglar? —pregunté mordiendo mi labio inferior mientras pasaba mis manos por sus hombros.

—Me gustaría que me des opciones, si es posible —susurró cortando la distancia de ambos. Sonreí al ver cómo se inclinaba. De repente, escuché gritos y risas provenientes de una carpa roja de la cual salían luces de todos colores.

—No estoy captando tu atención —dijo divertido cerca de mi oído, haciendo que todo en mí se erizara.

—¿Por qué no vamos allí? —pregunté señalando la gran carpa roja con una sonrisa.

Él frunció el ceño mirándome sin entender. Luego, se detuvo a observar la carpa.

—Odio hacer esto, cariño. Pero se está haciendo tarde y la noche vuelve insegura la tierra —comentó mientras veía su reloj de pulsera.

«Cariño» había sonado tan bien en sus labios.

—Último juego —comenté divertida y tiré de su brazo. Caminamos hasta el lugar y observamos el gran cartel de madera con luces rojas que iluminaban desde abajo.

«El infierno».

—Bueno, por lo menos esta atracción la conozco —susurró Einar con el rostro serio.

Sonreí para tomarlo nuevamente de la mano.

—Vamos.

Al entrar había una advertencia y una explicación. Ibas caminando y simplemente irían apareciendo distintas situaciones. No se podía intervenir con los actores ni los robots.

«Abandonen toda esperanza los que entren».

Decía un último cartel en símbolo de leyenda.

Al entrar, las luces rojas nos encandilaron, un humo ficticio se movía en el lugar junto a una música de suspenso de fondo. Reí ante la cabeza de un robot encerrada en una caja que se movía de un lado para otro; el lugar era más divertido que aterrador. Observé a un hombre vestido de zombi que desgarraba una cabeza de plástico; pasamos por lo que parecía una cortina donde había risas y gritos mal grabados. Las luces parpadeaban con fuerza.

«Bienvenidos al infierno» sonó una voz grave de una grabadora.

Luego una persona disfrazada de una mujer con cabello largo y un vestido lleno de sangre nos pedía que la liberáramos.

—Debemos salir de aquí —susurró en mi oído Einar.

—¿Tienes miedo? —me burlé, pero su rostro era serio. La grabación de «Bienvenidos al infierno» parecía no parar de repetirse, de seguro se les había trabado; pocos segundos después todo quedó en oscuras. Agarré con fuerza la mano de Einar. De repente las luces rojas iluminaron el lugar, una mujer rapada estaba frente a nosotros; tenía los ojos negros y una palidez extrema.

—Esto no es de… —susurré viendo cómo Einar miraba a nuestro alrededor.

Otras cuatro personas nos rodeaban; estaban vestidos con ropa oscura y ojos del mismo color. Uno de ellos me sonrió dejando ver sus dientes filosos.

—Entregue al humano, señor —ordenó la mujer. Con rapidez, sacó lo que parecía ser una daga con mango de cristal negro.

—La rebelión de los débiles nunca será tomada en serio si se interponen en el orden —dijo Einar sin moverse, su voz sonó dura y segura.

Mi cuerpo estaba temblando.

«Corre hacia la izquierda, levanta la carpa y escapa». La voz de Einar sonó en mi cabeza casi como un pensamiento.

—El desorden y la destrucción serán nuestra rebelión —dijo la joven sonriendo y dejando ver esa macabra sonrisa con dientes filosos.

Einar me echó una última mirada, sin más salí disparada hacia mi izquierda; como hienas, los seres saltaron hacia Lucson. Quise salir pero la tienda estaba unida al suelo. La máquina de humo seguía generando una neblina espesa.

—¡La tengo! —Sentí cómo me agarraban con violencia del brazo.

Me moví con intensidad intentando zafarme del agarre—. Vamos, no pelees conmigo —gruñó abriendo su boca.

Sin más di una patada en el estómago del agresor. El grito de Einar sonó ante una puñalada en su espalda. Todo se volvió caótico. Busqué entre los artefactos algo que pudiera ayudarme a pelear, tomé una vara de hierro oxidado que se encontraba como decoración. El mismo íncubo de antes se acercó con violencia; intenté golpearlo, pero se movía con una agilidad y rapidez imposibles para un ser humano.

Sentí cómo me agarraban de atrás; reaccioné y clavé la punta de la vara en el nuevo atacante, que gimió molesto por el impacto. Corrí hacia Einar, que estaba siendo atacado por dos criaturas. Una se encontraba en el piso herida.

—*Lux praesidium!* —exclamó Einar con seguridad.

Una gran luz explotó sobre él haciendo que los íncubos cayeran al piso gritando mientras se tapaban los oídos.

—Corre —ordenó tomándome de la mano y caminando por el pasadizo en un intento de encontrar la salida—. No tenemos mucho más tiempo.

—Ahí —grité al ver una parte de la carpa que estaba rota. Salimos con el corazón en la boca.

Einar estaba debilitado, se detuvo un segundo en un intento de recobrar energía; su nariz sangraba con fuerza.

—¿Te encuentras bien? —preguntó un hombre adulto visiblemente preocupado.

Unas risas sonaron a la lejanía. Observamos cómo la carpa se prendía fuego con lentitud.

—Vamos —insistí tirando de su brazo.

—Toma —dijo dándome las llaves mientras se ubicaba como copiloto.

Se encontraba gravemente herido y débil.

Puse en marcha el auto y con algo de torpeza salimos a la ruta.

—¿Qué hago? —pregunté rápidamente.

—Nada —dijo con dolor reprimido en su rostro—. Solo ve a casa.

A los pocos minutos y a toda velocidad ya nos encontrábamos entrando al departamento.

Loretta, quien estaba mirando una película recostada en el sillón, nos observó con el rostro desencajado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con preocupación.

Einar se quitó la chaqueta y se dejó caer sobre la mesa.

Mis ojos casi se salen de órbita al ver una gran herida debajo de su omóplato derecho.

—Madre mía —dije reprimiendo un grito.

—¿Necesitas que llame a alguien? —ofreció Loretta con el celular en la mano.

—Debajo… de mi cama hay un maletín —indicó Einar con el dolor infiltrado en su voz.

Corrí hacia la habitación, tomé un pequeño baúl verde militar de debajo de la cama y se lo llevé a Einar, que ya estaba completamente pálido.

Al abrir el baúl, observé jeringas, cristales de distintos colores, gemas, líquidos y hierbas.

—Necesito que inyectes el citrino —ordenó. Apretó la mandíbula y gruñó del dolor. El sudor recubría su frente—. ¡Rápido!

Mis manos temblaron buscando el líquido.

—No tienen nombres… no tienen… —dije rebuscando en la caja.

—Déjame. —Loretta se acercó.

—No —me negué dura mientras seguía buscando—. Este. —Agarré un líquido amarronado sin realmente saber si ese era el citrino. Einar estaba con los ojos abiertos completamente debilitado.

—¿Cómo sabes que es ese? —preguntó Loretta preocupada.

Sin más cargué la jeringa con el líquido y me acerqué a Einar. Mordí el plástico de la jeringa y abrí con ambas manos la tela de la remera ya rota. De un solo golpe inyecté el líquido en la gran herida circular. Einar gruñó ante el dolor y se agarró con fuerza de la mesa. Deposité todo el líquido allí, para quitar la jeringa. Por mis ojos pasó la medialuna en su nuca.

—¿Algo más? —pregunté.

Einar negó con lentitud mientras yacía casi inerte sobre la mesa. Me dejé caer en la silla con pesadez viendo mis manos manchadas de sangre. Observé con atención que era un rojo tan oscuro que con un poco menos de luz parecería negro.

Los minutos pasaron, Einar no se movió de su lugar pero había dejado de perder sangre.

Un golpeteo en la puerta sonó, con alerta me puse de pie.

—Yo la llamé —dijo Loretta ahora acercándose a la puerta; al abrirla, Pam entró con urgencia.

—¿Qué le hicieron? —preguntó al ver la herida—. Cristales —susurró.

—¿Qué tiene? —pregunté—. Pensé que… ustedes no podían morir —dije al ver que Pam agarraba algo de la herida y lo guardaba en un pequeño frasco.

—Veneno —contestó—. Los cristales pueden ser utilizados para envenenar a las criaturas mágicas; el cuerpo de Einar está debilitado. Por ende, lo tóxico no puede matarlo, pero le haría sufrir espasmos muy dolorosos —explicó.

—Pero ¿él no es poderoso? —pregunté sin entender.

Pam sonrió con acidez ante mi pregunta mientras sacaba de su bolso un líquido y un paño.

—Lo es. Es mucho más poderoso y fuerte de lo que es ahora —contestó pasando el paño por la herida—. Está debilitado, por estar jugando a la novelita humana contigo. En vez de estar haciendo sus deberes como guardián; eso alimenta su poder. Ahora es tan fácil de atacar como un pequeño pajarito —explicó mirándome con ojos serios.

—Yo no…

—No, tú no entiendes. Lo sé —espetó mientras seguía limpiando la herida—. El *caeleus* está desequilibrado, por ende, los íncubos están aprovechando el desorden para no ser castigados ante los superiores. —Su voz era dura, claramente me despreciaba.

—No podemos permitirnos un líder débil, no en este momento. Y tú lo debilitas y lo pones en peligro —me acusó—. ¿Sabes que está prohibido que un guardián tenga siquiera contacto con un humano? —preguntó.

—¿Qué quiere de mí entonces? —dije dura mirándola.

—No lo sé, pero será mejor que te dejes de juegos. Porque de lo contrario la Tierra, como la conoces, se volverá el mismísimo *Naraka* en un solo invierno —sentenció y terminó de curar la herida.

—Vamos, grandulón —dijo Pam ayudando a que un Einar casi inconsciente y débil se apoyara en su hombro. Ambos se perdieron en la habitación que utilizaba de dormitorio.

—Donde hay penas, siempre se encontrará un culpable. Y el más débil azotará a los guerreros, para mantenerlos de roedores —dijo Loretta acostada en el sillón y mirando el televisor en *mute*.

Guerrero. Era la segunda vez en el día que escuchaba esa palabra.

—No le quiero hacer mal —susurré observando la puerta por la que ambos guardianes se habían ido.

—Dudo que tú puedas manejarlo —contestó Loretta sin más.

CAPÍTULO 14

La lluvia había explotado furiosamente en el cielo nocturno. Dentro, Luke jugaba a la Playstation con Didi, quien parecía de mal humor por estar perdiendo.

Era mi segundo cuaderno en dos semanas; los estaba llenando con lo que parecían historias fantasiosas, vinculando a los íncubos, guardianes y humanos. De repente el trabajo de periodista me parecía algo muy alejado de lo que me encontraba haciendo ahora.

—Tab, cielo. ¿Podría hablar contigo un momento? —preguntó Betiana parándose a mi lado.

Con rapidez cerré mi cuaderno y asentí. La seguí escaleras arriba y observé la puerta de mi habitación chamuscada y algo más oscura. Betiana continuó caminando hasta llegar a una de las habitaciones que funcionaba como desván. La casa era grande, por ende, la mayoría de los cuartos se utilizaban para guardar objetos antiguos o libros.

Mi mirada recayó en la caja azul tan conocida por mí, que se encontraba en la mitad del sillón tapizado de rosa. Apreté fuerte mi cuaderno al ver la cara de Betiana.

—¿Quieres explicarme de dónde sacaste eso? —preguntó mirándome a los ojos.

—Era de un compañero de trabajo —dije rápidamente yendo hasta donde se encontraba la caja—. Qué suerte que no se quemó, pensé que la había perdido —suspiré.

—Tabatha, toma asiento, por favor —me dijo con poca paciencia.

Me senté en el sillón mientras ella tomaba asiento en una de las sillas de lectura, un poco más alejada. El olor a polvo, libros antiguos y un poco de sahumerio llegó a mi olfato. Ella dejó salir el aire de un golpe.

—¿De quién es esa caja? —preguntó mientras entrelazaba sus manos llenas de anillos y pulseras.

—Era de Simon Cartier, un periodista del periódico —informé—. Me la llevé cuando me echaron —repuse lentamente.

Betiana asintió.

—Esa caja fue producida por el mal —dijo mirándome fijamente.

Mi estómago dio un vuelco.

—No sé si has leído lo que hay allí, pero son todas historias ficticias… —justifiqué con rapidez.

Betiana hizo una mueca, su cabello gris se encontraba atado con hebillas en una media cola baja. Sus arrugas la hacían ver como si fuese mayor de lo que era.

—Esa información nunca podría venir de un humano —explicó Betiana—. Un bris, un guardián, recapituló la información —dijo mirándome fijamente.

Mi respiración se atoró en mi garganta por un segundo.

—Yo no… —susurré algo perdida.

—Tabatha, te vi crecer como una niña inteligente, curiosa y poderosa —comenzó con voz firme—. Y no puedo permitir que caigas en la trampa de los oscuros —susurró.

—No entiendo. ¿Desde cuándo sabes todo esto? —pregunté frunciendo el ceño—. ¿Qué eres? —pregunté poniéndome de pie.

Mi abuela me observó y respiró hondo.

—Toma asiento, por favor. Y escucha atentamente —dijo con voz suave pero firme. Me senté en el sillón con mi cuaderno en las manos.

—Yo, tu abuela Betiana —comenzó poniendo una mano en su pecho— soy una descendiente de un metratón —dijo mirándome fijamente.

—¿De quién? —dije sin entender.

Ella cerró los ojos por un segundo.

—No te explicaron ni siquiera de dónde provienes… —susurró con molestia.

Betiana se puso de pie y se sentó a mi lado en el sillón. Me tomó de la mano.

—Los metratones fueron los seres más poderosos del *caeleus,* con ellos se formó la memoria y la historia de ambos mundos. El terrenal y el no material —dijo lentamente—. Fueron erradicados por la oscuridad.

—¿Cómo? ¿Por qué? —pregunté.

—Porque guardaban los secretos más importantes, llevaban el camino de cada ser. Por ende, en ellos se encontraba la respuesta a cualquier pregunta —susurró.

—¿Cómo pudieron matarlos si eran los que sabían todo? —insistí.

—La leyenda cuenta que Gaia, una de las principales líderes de los metratones, se enamoró perdidamente de Luzbell, el ser del fuego —explicó—. Él fue su perdición.

—¿Luzbell? Es Lucifer —susurré con ojos abiertos.

—Exacto —asintió.

—¿Por qué haría eso?

—Porque el mundo terrenal que conocemos sería invadido por la oscuridad, terminando así con todas las fuerzas de la luz; Luzbelle sería el nuevo *Shekhina,* el creador y fuerza mayor de ambos mundos que siempre tuvo forma de mujer.

—Y tú eres uno de ellos —susurré.

—No, yo simplemente soy una descendiente, mi cuerpo apenas tiene materia de *lux* —contestó mirándome con ojos fijos—. Pero tú…

—Oh, no, no —dije poniéndome de pie—. No me digas que…

Betiana se paró al ver cómo mi rostro comenzaba a tornarse en terror puro.

—Eres descendiente pura de Gaia —dijo mirándome—. Tabatha, no es casualidad tu existencia en la Tierra —dijo.

—No, basta. Yo soy simplemente Tabatha, una humana —exclamé ahora caminando hacia la puerta.

—Esto —dijo señalando la caja— atrajo al íncubo que estuvo el día del incendio —dijo con voz alta y ojos grandes.

—Esa caja no estaba en mi departamento e igual se quemó —retruqué.

—Te están asustando, eres lo último que nos queda para salvar a los metratones —susurró con ansiedad—. ¿Piensas que te matarían simplemente prendiéndote fuego en un departamento? —preguntó—. Si te matan, te sacrificarán como la última pura de su descendencia —susurró.

—¿Por qué ahora? —dije con los ojos llenos de lágrimas.

—Porque ya has superado suficientes vidas, tu alma es lo suficientemente evolucionada —respondió.

—Esto es una locura. ¡No quiero saber más! —grité.

—¡No dejes que te quiten información! Están haciendo lo mismo que le hizo el señor del fuego a la poderosa Gaia —dijo con ojos intensos.

—¡No! ¡Ellos solo quieren ayudar a la Tierra! —repliqué sintiendo en mi garganta la angustia salir.

—Einar Lucson —dijo con ojos apenados—. Lucson —volvió a repetir— significa «hijo de Lucifer» —susurró viéndome.

Abrí mis ojos sintiendo la angustia, el miedo recorrer mi sangre.

—Te harán lo mismo que a tu ancestra y no queda mucho más tiempo. Los íncubos están atacando y si ellos te encuentran, tendrán el poder —fue todo lo que escuché hasta que abrí la puerta.

Georgina se encontraba del otro lado, nos vio a las dos serias.

—¿Qué ocurre? —preguntó con notoria preocupación.

Pasé una mano por mi mejilla quitando las lágrimas.

—La abuela perdió la cordura —dije apretando la mandíbula.

—Le estaba contando una historia —susurró con los ojos afectados.

—Hay un chico abajo esperándote. Lo hice pasar porque hay tormenta eléctrica —dijo Georgina observándome algo quedada.

Asentí y salí de allí. Al bajar las escaleras observé a Luke jugando solo.

—¿Dónde está Didi? —pregunté.

—La vino a buscar su novio, se fue gritándome porque le gané —contestó sin prestarme atención mientras seguía con el juego—. Hay alguien buscándote —dijo.

Caminé hacia la entrada. Gail estaba allí con una chaqueta amarronada y completamente empapado; me miraba con el rostro preocupado.

—Lamento haber venido, pero necesitas saber que Lucrecia se ha vuelto loca… —dijo con rapidez.

—¿Tienes auto? —pregunté—. Necesito que me lleves a un lugar —le pedí y agarré un abrigo antes de salir.

—Hay tormenta eléctrica —dijo algo quedado.

—¿Le tienes miedo al agua? —pregunté levantando una ceja.

—No.

—Entonces vamos —dije saliendo de la casa junto a Gail.

La lluvia caía fuerte; hacía un buen tiempo que el agua no caía tan intensamente en Cambria. Gail manejó velozmente.

—Lucrecia claramente no se iba a quedar con los brazos cruzados después de la escena en la oficina —explicó Gail.

—Eso lo sabía —dije sintiendo mi cabeza llena de información.

—Mañana saldrá un artículo de cinco páginas sobre tu responsabilidad en el caso Morgan —anunció mirando al frente.

—¿Qué? ¿Por qué? No puede hacer eso, son falacias y va en contra de la ley —reclamé molesta.

—Nuestro diario siempre se basó en estas historias —aclaró con ansiedad en su voz—. No tenemos problemas con la ley porque nos mantenemos en los márgenes amarillistas. No trabajaste tanto tiempo como para terminar de entenderlo, no es algo que se diga abiertamente —repuso.

—¿Y quién del diario colaboraría para escribir sobre mí? —pregunté mientras veía cómo las luces de Cambria aparecían a nuestro alrededor.

—Yo —dijo largando un suspiro.

—¿Qué? —Lo miré con ojos horrorizados.

—Lo lamento, pero Lucrecia me ofreció ir a la sede de Nueva York si lo hacía y era el único de los periodistas que realmente había pasado tiempo contigo —aclaró con rapidez.

—Y con eso podías escribir mentiras más cercanas a la realidad —susurré sin poder creerlo—. Dime, además de señalarme como sospechosa en el caso Morgan, ¿hablan de cómo me acuesto con millonarios por interés? —pregunté mirándolo fijamente.

Gail pasó una mano por su cabello afeitado claramente en signo de frustración.

—Fue idea de ella —susurró.

—Frena aquí —dije dura.

—Espera… —dijo negando con la cabeza.

—¡QUE FRENES! —grité haciendo que Gail pusiera las balizas y se detuviera a un costado de la calle.

—Tab, te vine a avisar para que lo sepas y puedas dar todas las notas al respecto diciendo que mentí. No lo sé, puedes decir lo que quieras de mí, lo lamento tanto —dijo mirándome con ojos grandes.

—Sí, yo puedo decir cualquier cosa de ti. Pero decido no hacerlo —susurré dura—. La has cagado, ni siquiera te interesa buscar la verdad. Solo quieres el dinero. —Abrí la puerta del auto—. Bien, Gail. Lo lograste. Suerte en Nueva York, espero que los verdaderos periodistas de allí te coman vivo —presagié ácida. Cerré la puerta de un golpe.

Caminé apurada bajo la lluvia torrencial, estaba a pocas cuadras; el frío era arrollador y ya me encontraba empapada de pies a cabeza.

Entré a Liberium. Había algunas personas jugando al pool y bebiendo. Pam, que estaba detrás de la barra, me observó con el ceño fruncido. Caminé con seguridad hasta ver a Einar jugando al pool con Tucson y Olaf un poco más alejados. Estaban riendo descontracturados y bebiendo cerveza. La calidez apareció en mi cuerpo, igual que ocurría cuando estaba en la misma sala que él.

—¿Qué haces aquí? —gruñó Pam a mi lado.

—Calla —ordené sin mirarla y comencé a caminar.

La mirada de Einar se levantó casi como si hubiese sentido mi presencia, sus ojos grises me observaron al igual que otras personas. De seguro no eran humanos. Seguí caminando viendo cómo Einar dejaba el palo de pool a un lado y caminaba hacia mí con seguridad. Ambos nos encontramos en la mitad, bajo la mirada de los demás.

—Tú. Arriba. Ahora —ordené dura—. Solo.

—Cuida el tono —me advirtió con el mentón elevado.

—Más bien, cuídalo tú, Lucson —dije caminando hacia las escaleras.

Ya arriba me quité la chaqueta mojada. Tomé el maletín que siempre utilizaba Pam y entré a la sala donde se hacían los *revivre*.

Einar prendió la luz sin dejar de observarme y luego entró.

—¿Qué haces? —preguntó con voz dura.

Mis manos temblaban; tenía ira. Me sentía humillada y utilizada.

—Quiero hacer un *revivre* —dije sacando la jeringa y el líquido.

—Eso no va a ser posible, el último fue demasiado intenso. Tu mente necesita descansar —advirtió tomando mis manos con delicadeza en un intento de que dejara de sacar las cosas del maletín. Sentía que me quemaba y lo alejé de forma brusca.

—¿Hay alguna manera de que ambos vivamos un *revivre* juntos? —pregunté.

Einar me observaba como si estuviese analizándome y frunció el ceño.

—Sí, hay manera. Pero puede ser igual de riesgoso y te repito que tu psiquis necesita descan… —intentó explicar.

—No me interesa —dije mientras lo miraba. Me senté y tomé la

jeringa—. No necesito tu permiso para hacerlo, si te quieres unir… puedes hacerlo —indiqué desde mi lugar, mi mano temblaba con la aguja cerca de mi vena.

Einar se dio media vuelta para dirigirse hacia la puerta, que para mi sorpresa simplemente cerró; luego fue hasta la ventana y corrió la cortina negra. Se sentó en la silla frente a mí y comenzó a rebuscar.

—Deja esa jeringa si no quieres lastimarte —ordenó sin mirarme mientras seguía su accionar.

Luego sacó lo que parecía un tubo de varios metros que conectaba en el medio.

—Para este tipo de *revivre*, se utiliza un líquido conector, un *nexum* —aclaró clavando una pequeña aguja conectada a mi muñeca; era casi como si me pusieran suero. Hizo lo mismo con él y dejó entre medio el tubo conector, para luego inyectar en el centro ambos líquidos.

—Caerá de a poco, dándonos la misma dosis a ambos y así podremos conectarnos en el *revivre* —indicó mirándome—. Ten en cuenta algo, al igual que revivirás tu sueños y pesadillas, pasará con las mías. Se mezclarán ambos mundos —explicó observando la hora de su reloj de pulsera.

Asentí sintiendo mi cuerpo temblar por el miedo.

Sus ojos grises me miraron fijo.

—Lamento si llegas a ver algo que no te guste —susurró con ojos honestos.

Luego como si se hubiese ido la luz todo quedó en negro.

—¿Einar? —pregunté algo perdida.

A lo lejos una luz se encendió, caminé hasta allí; era un lugar de piedra y madera. Observé una sala antigua, iluminada con una vela que flameaba.

—¡Es parte de mi alma! —gritó un joven adolescente.

Lo observé de espaldas agarrar lo que parecía una capa de color negro y una espada.

—Tú sabes qué hacer —dijo un hombre mayor, su voz sonaba demasiado grave; estaba cubierto con un pañuelo y vestido con telas holgadas.

El joven delgado salió por una de las puertas. Lo seguí con rapidez y vi que caminaba entre la gente de un pueblo. Se movía con agilidad y sin llamar la atención. El paisaje se convirtió en una arboleda profunda y verde. El chico comenzó a correr con velocidad, lo seguí como pude y advertí que tenía un objetivo. Me moví intentando seguir su ritmo pero me era imposible hasta que se detuvo y se escondió en uno de los árboles. Parecía observar algo a escondidas.

Una campesina de cabello marrón sostenía un bebé en sus brazos frente a su hogar humilde que daba a un pequeño lago.

El joven salió de su escondite y caminó hasta allí; la mujer lo vio con el ceño fruncido.

—El joven ojos de nube —susurró espantada—. ¿Qué quiere? —preguntó la mujer viéndolo con ojos atentos.

—Estaba caminando —dijo el joven con la respiración agitada por la corrida—. ¿Es su hija? —preguntó.

—Sí, Jehannette —contestó.

Observé la imagen como si fuese un fantasma, debía estar en los sueños de Einar porque esta vez no era partícipe.

El grito de un bebé sonó dentro de la casa.

—¿Puedo sostenerla? —preguntó el joven.

La mujer dudó por unos segundos.

—No le haga mal —pidió tendiéndole a la niña con miedo en sus ojos; claramente conocía al joven.

—Su otra hija está llorando, vaya a atenderla —sugirió el joven. La mujer con el rostro afectado asintió casi como si fuese una orden.

Me acerqué a la imagen. El joven observaba al bebé, quien también lo miraba con algo de curiosidad; sacó su espada y le apuntó a la criatura.

—No —dije al ver la escena—. ¿Qué haces? —pregunté aterrada. Quise agarrar al bebé pero podía.

El bebé lo miró desde su lugar, rio y aplaudió torpemente. El joven lo miró sin entender y cerró los ojos por un segundo para volver a agarrarlo en sus brazos con molestia.

—No será hoy —susurró.

A los pocos segundos la mujer volvió a salir; llevaba el rostro lleno de angustia.

El joven le tendió el bebé; la mujer la agarró con rapidez y dio unos pasos hacia atrás.

—Mi otra hija está enferma. Le agradeceré si puede ayudarla con su hechicería —le dijo con ojos atentos.

—No soy el enviado de los dioses, vengo por la muerte —contestó el joven—. Volveré a verla —fue todo lo que dijo. Dio media vuelta y caminó hacia mí.

Mis ojos se abrieron de sorpresa al ver ahora a un joven Einar; era su cabello negro y sus ojos grises, y estaba algo delgado. Pasó por mi lado volviendo al bosque.

—Sí, he sido un adolescente algo rebelde. —La voz de Einar adulto sonó a mi lado haciendo que me espantara.

—Santa mierda. —Llevé una mano a mi pecho.

—Cuando se junta el nexo, hace que seas espectador —comentó mirando cómo la mujer mecía a la bebé en sus brazos—. Esa es la primera vez que nos encontramos encarnados.

—¿Por qué ibas a matarme? —pregunté.

Él respiró hondo.

—Era parte de mi deber —dijo.

—La segunda hija de la señorita Samplier murió a los pocos días gravemente enferma —comentó—. Me llevé ese cuerpo en reemplazo —reveló.

—¿Por qué estas vidas? —dije frunciendo el ceño.

—Todas las almas de los seres humanos atraviesan diferentes vidas y cuerpos para la evolución —comentó mientras comenzábamos a caminar dentro del bosque—. En tu alma está guardada la información de las vidas pasadas —informó—. Apareciste tan solo cuarenta años después de que yo hubiera llegado a la Tierra, con eso me trajiste todos los sentidos de una vez —señaló.

Levanté mi rostro observando ahora al mismo adolescente en el piso con sus manos agarradas a su cabeza mientras gritaba.

—Suficiente para empezar a cuestionar mi existencia y mi deber como guardián —dijo con el rostro serio sin quitar sus ojos del niño.

El frío atacó mi sistema, de repente no nos encontrábamos en el bosque, sino nuevamente en el valle en lo alto. Observé cómo una mujer pelirroja corría viendo el atardecer.

—Esa eres tú —dijo Einar a mi lado.

Había vivido esta secuencia en el primer *revivre*. La mujer llevaba lo que parecía ser un cofre. Se detuvo a mitad de camino.

—La sombra —susurré al ver cómo se acercaba a mi cuerpo, claramente ella no la podía ver.

—Tu alma no estaba evolucionada para verlas —dijo y de repente vi cómo la mujer caía al piso y un hombre caminaba hacia ella.

Los zapatos.

La ayudó a ponerse de pie y luego se quitó el sombrero. Observé a un Einar con barba algo crecida, camisa de hilo y pantalones; le sonreía a la mujer.

—Tú me salvaste de esa sombra —susurré.

Asintió.

—¿Siempre fui mujer? —pregunté.

—Tu alma se vincula mejor con un cuerpo femenino, por ende, en la mayoría de tus vidas fuiste una. Pero sí, has sido hombre también. Dos veces —contestó mirándome—. Conoce a Timothee —dijo rápidamente.

Ahora la imagen se volvió borrosa y llegamos a lo que parecían las calles de un pequeño pueblo. Un hombre de tez negra caminaba por la calle vendiendo periódicos, debía de tener unos cuarenta años. Y la gente no parecía muy contenta con su presencia.

—¡Cuidado! —dijo un hombre al chocar con él.

—Lo lamento mucho —se disculpó Timothee con respeto.

—Lamento que hayas nacido directo del infierno —balbuceó el

hombre caminando lejos de él.

—Eso fue rudo —dije molesta viendo al hombre.

—Sí, el humano tiene siempre sus sutilezas —ironizó—. Timothee tampoco terminó muy bien. Una de las cosas que vincula a tus ciclos es que la mayoría vivieron poco tiempo, pero al extremo. Eso hizo que vivieras emociones intensas y aprendieras con velocidad —explicó—. ¿Quieres ver algo divertido? —preguntó con una pequeña sonrisa.

Caímos directo a lo que parecía una fiesta en un lugar lleno de gente; parecían ser los años setenta.

—Puedes controlar el *revivre* —susurré observando cómo nuestro alrededor se movía como una pantalla en mal funcionamiento.

—Me enfoco en lo que quiero que veas y te mantengo lejos de mis secretos —comentó divertido.

Nos movimos entre la gente borracha que saltaba de un lado para otro.

Una chica de cabello corto rubio tomó de la mano a un Einar vestido con jeans y remera, que para mi sorpresa no llevaba ningún tatuaje. Su cabello era ondulado y un poco más largo, parecía un estudiante de arte.

Ambos los seguimos.

La pareja se reía y divertía en lo que parecía un pasillo poco iluminado. Algunas pasaban por allí para acceder a otra sala. Por un segundo me sentí celosa de ver cómo tonteaban, de ver a Einar reír a carcajadas. Ella lo atrapó entre su cuerpo y la pared. Einar la tomó de las caderas juguetón.

—Me gustas —susurró ella.

Einar sonrió.

—A mí también me gustas —fue todo lo que dijo y comenzaron a besarse. La química era tan fuerte que se sentía desde nuestro lugar.

—Esta fue nuestra vida compartida más armónica y feliz —susurró a mi lado observando a la pareja besarse con un dejo de nostalgia.

—¿Sabía que eras un guardián? —pregunté.

—No, para ti era un ser humano. —Largó un suspiro—. Te protegí hasta tal extremo que tu alma no llegó a aprender las cosas que debía, haciendo que tu próxima vida fuera… —susurró ahora perdiéndose. La imagen al frente también se perdió y de repente parecíamos en una completa oscuridad.

—Muéstrame esa vida —dije rápidamente.

—No —contestó—. No fui parte de esa vida. Fue el único ciclo del que no fui parte, no lo permitieron. Después de compartir tanto tiempo con una humana, las autoridades se dieron cuenta de que no estaba cumpliendo mi deber como guardián —explicó con lentitud—. Me reprendieron y me mantuve alejado. Fue tu peor ciclo, solo llegué pocos minutos antes de que murieras; por mi lado tuve que demostrar

que era suficiente para ser un líder de la oscuridad.

Pasó una mano por su cabello algo frustrado, con suavidad tomé su mano mirando ahora el anillo; lo toqué con tranquilidad sintiendo el material frío.

—Fue tu idea que nos casáramos —susurró.

Levanté mi rostro, sus ojos tenían algo más.

—Fueron ellos, en ese momento vivías la vida de Leith —dijo sonriendo.

—¿Ellos dos? Entonces terminaron casándose. ¿Y teniendo hijos? —pregunté divertida.

Él se quedó serio, negando con la cabeza.

—No, no puedo tener descendencia con un humano —susurró levemente ahora acariciando mi mejilla.

—¿Y si solo me muestras lo que quieres que piense de ti? —pregunté mirándolo a los ojos—. Muéstrame algo que realmente te importe.

—Todo lo que vimos es importante para mí —dijo frunciendo el ceño.

—No, algo que realmente me muestre quién es Einar —susurré.

Sus ojos no me dejaron. Escuché un poco más lejos lo que parecía un rezo, me separé de Einar y caminé hacia el lugar de donde provenía el sonido.

Estábamos en un cementerio.

—Orson será por siempre recordado… —decía un sacerdote.

Un Einar de unos dieciséis años se encontraba allí, vestido de negro con un traje. Solo dos hombres y una mujer vestidos de granjeros se acercaron a darle las condolencias y luego retirarse.

—Si necesitas algo, niño, acércate a la parroquia —le dijo el sacerdote y se retiró.

Y allí se quedó Einar frente a un rectángulo de tierra fresca; el cielo estaba nublado y parecía a punto de llover. Su rostro estaba serio y parecía molesto; miraba fijamente al frente donde se encontraba la tumba de sus padres adoptivos.

—Eliette y Orson eran católicos —dijo con algo de nostalgia—. Fue mi primer golpe con sentimientos de humano. Él fue el último en irse —susurró Einar a mi lado.

De repente quise correr a abrazar al adolescente, parecía tan solitario.

—Lo lamento —susurré a su lado.

Einar no levantó su mirada de la lápida.

—Contigo es diferente, te veo partir. Pero sé que volverás, tarde o temprano te vuelvo a sentir junto a mí —susurró—. En cambio, ellos no están ligados de ninguna manera a mi alma. No sé si volvieron a reencarnar o si simplemente se perdieron —suspiró.

Lo observé abrazándolo de lado. Casi como si fuese algo pensado, nuestro alrededor se transformó en la fiesta.

—¿Realmente evades los sentimientos, verdad? —pregunté mirándolo con una ceja levantada.

Él sonrió de lado.

—No fui yo. Quisiste inconscientemente volver a un momento feliz y como este fue el último que absorbimos… —comentó divertido.

Abrí mi boca sorprendida al escuchar *I Will Survive* sonar por todo el lugar. Todos comenzaron a bailar con intensidad; me moví con la canción, casi como si fuéramos parte de esa época. Einar rio mientras me seguía.

—Ugh, había olvidado está canción —recordó divertido—. Mira —susurró tirando de mí a la vez que me señalaba una pareja.

Observé a Leith y a Einar bailar casi uno arriba del otro. Se dijeron algo y se retiraron entre risas. Observé ahora a mi Einar quien me estaba observando con una pequeña sonrisa.

—*Sobreviviré, mientras sepa cómo amar, sé que seguiré con vida* — cantó Einar por arriba de la música mientras bailábamos con diversión por el lugar.

Estaba encantada con él, con toda su presencia, su forma de verme, de bailar junto a mí.

Einar era mi pecado más grande y estaba dispuesta a consumirlo.

Tonteamos bailando la música pegadiza y por un segundo todo se me olvidó; el hecho de estar en un *revivre* y de que probablemente algunas personas a nuestro alrededor ya hubiesen fallecido. Einar sonrió anchamente al verme gritar la canción con devoción.

—Carajo, ven aquí —gruñó tirando de mi mano para pegarme a él.

Nuestros labios se unieron en un beso intenso y profundo. Él me apretó a su cuerpo; pasé mis manos por su nuca sintiendo el calor de su cuerpo, el sabor de sus besos tan familiar. Allí, en la mitad de la pista consumiéndonos, en un lugar que ya no existía de la misma manera. Sentí mi cuerpo hervir bajo sus besos, su mano ahora debajo de mi remera me quemaba.

De repente todo se apagó y conocía esa sensación. El mareo apareció, al igual que el sentimiento de pesadez. Abrí mis ojos sintiendo cómo la luz de la sala era demasiado brillante. Sentía mi cuerpo pesado, agotado y algo perdido.

Al frente Einar ya se encontraba también despertando, pero a diferencia de mí parecía que el viaje no lo había afectado. Sus ojos me miraron fijamente.

—Debes darle tiempo al cuerpo a que vuelva a la realidad —explicó con voz suave—. Es intenso para tu psiquis vivir dos *revivre* seguidos —indicó con delicadeza quitando la aguja conectada a mi vena.

—Lo estábamos pasando bien —susurré con voz cansada y algo

perdida.

Escuché una pequeña carcajada de su parte.

—No tenemos apuro, periodista —susurró—. No nosotros —aclaró mientras terminaba de desconectarnos.

—Me iré a casa —indiqué parándome con algo de pesadez y él caminó hacia mí.

—Sí, iremos a casa —dijo corriendo suavemente un mechón de mi cabello por detrás de mi oreja—. Vamos.

Luego de unos minutos, cuando ya me encontraba mejor, ambos bajamos a la planta baja de Liberium donde varios seguían jugando al pool y bebiendo.

Einar caminó a mi lado sosteniendo mi chaqueta.

—Dag —lo llamó Tucson—. Estábamos en una partida —dijo mirándolo fijamente.

—Sí. Me voy —fue todo lo que contestó.

—Es una *hulla* —dijo mirándome con desprecio—. Es la misma que hizo que tuvieras que matar a Sturn —gruñó molesto.

Observé cómo Einar lo tomaba con rapidez de la camiseta y lo levantaba como si no pesara absolutamente nada. Todos observaron la escena. Caminé con lentitud hacia la puerta; sabía que una pelea no podía ser buena para mí.

—Si no quieres terminar como él, *Il est préférable de fermer la bouche* (es preferible que cierres la boca) —susurró con molestia para luego soltarlo bruscamente. Tucson lo observó fijamente con la mandíbula apretada—. Parece que tengo que estar explicando quién mierda manda aquí —espetó con voz segura—. *Je suis le leader* (soy el líder). —Su presencia era poderosa—. Si alguien tiene algún problema con eso lo reto a un duelo, si no, puedo hacer la mierda que me plazca —vociferó observando en general.

Se dio vuelta y abrió la puerta principal; pasé sin más.

El olor a café llegó a mis sentidos. Me moví por la suavidad de la gran cama sintiendo nuevamente mis músculos doler luego del *revivre*. Pero había descansado tan bien que me sentía en las nubes. Con rapidez observé la cama revuelta. Einar había dormido a mi lado, por ende, las pesadillas no habían estado. Era como si él fuese un atrapasueños.

Me paré, teníacon una remera negra de Einar, y pasé por el baño a lavarme los dientes. Fuera del cabello revoltoso, no me encontraba tan mal. Unas pequeñas cosquillas brotaron en mi estómago cuando caminé descalza hacia la cocina; allí Einar se encontraba escuchando una canción que parecía una balada mientras servía café en unas tazas. Mi piel se erizó al ver su espalda fuerte y tatuada. Llevaba simplemente unos jeans negros. En el lugar de la herida de la feria

ahora solo tenía lo que parecía una marca roja junto a una cicatriz en sanación.

—¿Quieres café? —preguntó sin darse vuelta.

Sonreí; la conexión que teníamos era algo fuera de este mundo. Nunca había sentido algo así por otro ser.

—Por favor —dije desde mi lugar.

Él se dio media vuelta ya con su café en la mano y me pasó la taza. Observé rápidamente el collar que siempre llevaba con él; me resultaba muy familiar. Era como un triángulo de perfil con pequeños detalles.

—*Merci, monsieur* (gracias, caballero) —le dije ahora sentándome en la silla al lado de la mesa.

Él por su lado se apoyó en la mesada americana con su taza.

—Eres sexy hablando en francés —susurró con voz levemente ronca.

—La herida de tu espalda se curó en tan solo días —advertí.

—Sí, la cicatrización en mi cuerpo es rápida comparada a la de los humanos —explicó—. Normalmente lleva horas, pero al ser veneno con Erionita fue un poco más difícil.

—Entonces hay manera de hacer sufrir a los guardianes —dije lentamente.

Einar asintió.

—Hay minerales específicos que pueden realmente lastimarnos; un líder de mi rango no podría ser asesinado con una dosis tan pequeña en una daga —comentó—. Tal vez con una mayor dosis, lo cual es difícil, porque ese mineral es bastante difícil de conseguir y manipular —relató.

—Pero más allá de eso los guardianes son invencibles —dije mirándolo.

Él respiró hondo casi como si algo se le hubiese pasado por su cabeza.

—No, ningún ser es invencible completamente. Hay conexiones a la Tierra, principalmente con el fuego, que podrían matar a cualquier ser sobrenatural si se encuentra una de las aberturas.

—¿Aberturas? —pregunté.

—Naturalmente, en la geografía de la Tierra hay aberturas al fuego del inframundo que ayuda a la conexión de ambos universos —relató —. Como si fueran portales. Hay pocos, pero los hay —respiró hondo —. Tener una daga de *draconis* también es otra posibilidad. Son dagas que solo tienen los líderes, pueden matar a cualquier ser en la Tierra; salvo a otro guardián o un principal de mayor rango —dijo lentamente. Recordé la daga de mango verde con pedrería que le había visto.

Parecía no querer hablar del tema.

—No confías en Tucson —dije de repente recordando la escena de ayer.

—Los bris no son seres confiables —comentó mirándome.

—¿Qué hay de Olaf y Pam? —pregunté.

—Son los únicos que han estado a mi lado en todo momento y del grupo encarnado en los principios de los guardines —relató—. Pero sé perfectamente que estoy en el límite y me estoy volviendo loco —largó un soplido.

—Sí, pareces haber perdido la cordura —me burlé y bebí de mi café sin quitarle los ojos de encima.

Él sonrió de lado dejando ver una mueca que hizo que mi corazón latiera con fuerza.

—Me da la impresión de que tú me vuelves loco, Jones —susurró mirándome desde su lugar luego de dar un trago a su café. Lo vi caminar lentamente rodeando la mesada sin levantar sus ojos de los míos. Me puse de pie y di unos pasos hacia él.

—Esto no va a tener un buen final —vaticinó frente a mí.

Su rostro estaba cerca del mío.

—Nunca fui fanática de los finales —contesté mirando sus labios.

Sonrió y pasó con rapidez la punta de su lengua por su labio inferior.

—Entonces eliminemos el final. ¿Qué te parece? —preguntó juguetón con voz ronca.

Me mordí mi labio y pasé mis manos por su pecho desnudo, evitando la cadena con la medalla; luego acaricié lentamente sus hombros fuertes. Su piel caliente era algo maravilloso. Pasé mi mano por su cuello hasta su mandíbula, él no me quitaba los ojos de encima.

—No sabes cuánto tiempo debo esperar para encontrarte nuevamente —susurró rozando mis labios.

—¿Hemos tenido una conexión amorosa en todos mis ciclos? —pregunté rozando la punta de mi nariz con la suya.

—No en todos, solo en dos cumplí mi cuota de romance —se burló —. Luego solo fui acompañante, guía o simplemente espectador. Pero sí, estoy conectado a ti en todo aspecto. —Pasó sus manos por la parte baja de mi espalda lentamente.

—Yo no soy esas personas… —dije mirándolo, sus ojos grises me siguieron.

—Tú eres esas personas y más —susurró—. Aunque déjame decirte que este ciclo es mi favorito. Es increíble lo que compartimos, tanto física como energéticamente. —Sonrió.

Pasé mi pulgar por su labio inferior, que se veía muy apetitoso.

—Me encargaré de que así sea —finalicé pasando la punta de mi lengua por su labio; él sin más allí atrapó mi boca.

Einar me elevó posicionándome sobre la mesa; nuestras bocas se

movieron en una perfecta sincronización. Llevé ambas piernas a su cadera impulsándolo más cerca. Einar besó mi mandíbula y luego se entretuvo en mi cuello, mordiendo y lamiendo.

—Madre santa —suspiré dejando caer mi cabeza hacia atrás.

Él rio contra mi piel.

—Nada de santos aquí, periodista —susurró juguetón y metió una mano por mi remera y comenzó a tocar mi piel con su tacto cálido y suave.

—Einar —suspiré en su oído completamente perdida por este hombre.

No me importaba nada, no me importaba quién decía que él era, no me importaba si esto era un error. Solo quería fundirme en él y en su fuego.

—Vamos a la cama —invité clavando mis uñas en su espalda cuando mordió mi cuello.

Él me tomó por los muslos como si no pesara absolutamente nada y me llevó así hasta la habitación.

—No suelo estar con humanas, pero tú eres la excepción. Siempre lo eres y no sabes el peligro que esto significa para mi puesto —se burló y me tiró de espaldas con suavidad al colchón. Se quedó de pie frente a la cama.

Reí con ganas mientras me quitaba la remera y quedaba solo en bragas.

—No suelo estar con guardianes, pero tú eres la excepción. Siempre lo serás —le susurré con una pequeña sonrisa.

Él pasó su mirada por mi cuerpo, el color de sus ojos grisáceos era ahora de un negro profundo.

—*Je suis foutu* (estoy jodido) —susurró con voz ronca y un excelente acento que hizo que toda mi piel se erizara.

Sin más se inclinó en la cama apoyando una rodilla en esta para tener más acceso; sus labios me encontraron y nos besamos de manera larga y profunda. Einar hacía sentir mi cuerpo en llamas, tanto que pensaba que perdería la cordura completamente. Ambos nos enroscamos en el otro, casi como si el tiempo hubiese parado por completo. Nuestras lenguas se encontraron en la humedad y bailaron con pasión. Reí mientras lo sentía besar mi cuello y bajar con lentitud.

—Espera, espera —susurró y detuvo sus besos. Miró la entrada de la habitación—. Tenemos visitas —gruñó.

Fruncí el ceño al ver cómo se ponía de pie con molestia; con rapidez busqué la remera de Einar y cubrí mi desnudez. Escuché unas voces al otro lado, salí de la habitación sintiendo mi cuerpo flotar. Einar me estaba dando la espalda y parecía estar leyendo algo; del otro lado de la puerta estaba un Oliver con el rostro serio, que al verme frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Ambos me miraron, el morocho sin más levantó la mano mostrándome un periódico. Mi rostro estaba en la primera plana con el título «La prueba clave de Morgan». Rápidamente todo el calor, la comodidad y suavidad que había sentido hacía segundos se esfumó.

—Carajo —susurré caminando hasta allí para arrebatarle el diario y comenzar a leerlo.

—Son todas mentiras —dijo Oliver entrando al departamento.

Einar lo miró de mala gana pero se mantuvo en silencio. Me senté en uno de los sillones sin quitar los ojos de los textos que prácticamente me señalaban como la principal culpable del caso Morgan. Casi como si este no hubiese asesinado al amante de su esposa, ni nada. Simplemente hablaban de la muerte injusta de él y que por alguna razón yo estaba vinculada.

—¡Son mentiras! —grité tirando el diario a cualquier lado.

Oliver, sentado en uno de los sillones, me miró; Einar se encontraba apoyado en el marco de la puerta que daba a la cocina.

—¿Quieres un té? —preguntó Oliver.

—¡No! ¡Quiero descuartizar a Gail! —grité.

—Están poniendo a todos en tu contra para que tu sistema se debilite —explicó Einar con los brazos cruzados y la voz tranquila.

Lo observé sin entender.

—Los íncubos solo pueden entrar a un cuerpo debilitado. A través de la ira, el miedo o la tristeza es fácil para ellos apoderarse de tu sistema —prosiguió.

—No, no es culpa de los íncubos. Es culpa de la maldita Lucrecia —gruñí mientras me ponía de pie y comenzaba a caminar por toda la habitación con molestia.

—Sí, ¿la semidom dominada por un bris? —dijo Einar todavía en su posición. Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Cómo sabes que es una semidom? —pregunté.

El morocho compartió una mirada rápida con Oliver para luego volver a mí.

—Los semidoms pierden las virtudes humanas, son cúmulos de los defectos más grandes. Normalmente son claros con la ira, que es la más fuerte —explicó—. Lucrecia está completamente tomada —indicó mirándome fijamente—. Hay muchos humanos que no sobreviven a eso y su psiquis termina cayendo en una profunda inactividad —comentó.

—¿Cómo puedo identificarlos? —pregunté.

—Es difícil para los humanos identificarlos más que observando los aspectos que se muestran en la personalidad. Se vuelven humanos iracundos, mentirosos y agobiantes —explicó Einar.

—Los guardianes tienen una medialuna en la nuca —dijo ahora

Oliver—. Los íncubos tienen una mancha negra en el mismo lugar; eso puede ser algo fácil para que los distingas. Los semidoms suelen tener moretones en el cuerpo, principalmente por la ira descontrolada; su propio cuerpo quiere deshacerse del invasor del alma.

Por un segundo recordé las imágenes de los asesinatos y los incendios; los muertos llevaban en alguna parte del cuerpo una mancha negra. Ahora levanté mi rostro.

—¿Por qué estabas presente de alguna forma en esos asesinatos? —pregunté mirando a Einar—. Los estabas ayudando… —susurré mirándolo fijamente.

—No —contestó seguro—. Los estaba cazando —susurró—. Intenté mantener el orden cazando a los íncubos que se rebelaban —respiró hondo sin apartar la mirada—. Pero me equivoqué, el orden no era el problema. Se estaban rebelando contra mí —dijo al fin.

Una imagen se cruzó por mi cabeza casi como un rayo.

—¿Qué hay de Florence? —susurré con mi voz ahora levemente rota.

Einar respiró hondo.

—Florence se metió con el íncubo equivocado —explicó.

—¿Era una semidom? —pregunté con ojos aterrados.

Asintió.

—Sí —dijo lentamente—. Fui buscando a su íncubo, pero claramente no estaba allí. Así que con tan solo ver sus heridas pude descifrar qué rango de poder tenía —finalizó con voz neutral.

Me sentía mareada y asqueada. De repente todo estaba dando vueltas.

—Siéntate —me dijo suave Oliver acercándose a mí.

Pesadamente caí en uno de los sillones.

—Te traeré un té —se ofreció el rubio y se perdió por la puerta de la cocina.

—¿Tú me conocías? ¿Tú sabías que estaría allí? —pregunté sin mirarlo.

Lo escuché caminar hasta quedar frente a mí; se puso de cuclillas y buscó mi mirada. Sus ojos grises me encontraron.

—Cuando vuelves a un ciclo, no logro saber con exactitud si has nacido o no —aclaró con voz suave—. Sabía que estabas cerca porque podía sentirlo, normalmente te busco como un sediento busca agua en el desierto —relató con una metáfora que yo solía utilizar.

—¿La primera vez que me viste fue allí? —pregunté.

Él negó con la cabeza.

—Algo así, ya había tenido contacto contigo antes. Meses antes de que Florence falleciera —respondió—. Ustedes estaban caminando por Pardillo —susurró.

—Debe ser la última vez que vi a Florence —dije recordando a mi

amiga.

—Ya tenía una garra del íncubo encima de ella —comentó—. Recuerdo haber sentido que algo malo ocurría y simplemente la seguí —explicó—. Y allí apareciste tú —susurró conectando su mirada con la mía.

—¿Cómo no me di cuenta? Siempre que estamos en la misma habitación… puedo sentirlo.

Él sonrió de lado.

—Tal vez simplemente pensaste que era el clima. —Sonrió de lado —. Por mi lado, no veo los colores. Solo una variedad de grises — explicó.

—Pero tú un día me dijiste que te encantaba el color de lo que llevaba puesto… —susurré.

Einar sonrió ampliamente.

—Cuando te acercas a mi vida, los colores aparecen. —Sonrió—. En ese momento, los colores aparecieron como una maldición. Una divina maldición. Eres la dueña de mis sentidos humanos —susurró roncamente.

Sentía que mi cabeza explotaría. Junté mi frente con la de él, sintiendo la angustia atacar mi garganta.

—Estoy perdida —susurré—. Es mucho. Yo no puedo —dije sintiendo mi voz romperse; las lágrimas llegaron a mis ojos.

—Lo sé, cariño. Lo sé, pero lo estás recibiendo y absorbiendo muy bien —dijo pasando una mano por mi mejilla.

Se escuchó un carraspeo. Observamos a Oliver con la taza de té en sus manos. Einar se puso de pie alejándose.

Caminé por la oscuridad de la casa de Betiana. Al entrar a la habitación de Didi, donde ahora me encontraba durmiendo ya que la mía todavía no había sido refaccionada, me acosté en la cama agotada. Un destello lejano que colgaba en el respaldo de una de las sillas a un costado llamó mi atención. Me paré para luego agarrarlo, era un collar. Un círculo en distintas partes trabajadas, el material de la medalla parecía ser acero y por un segundo me recordó al que siempre llevaba Einar. Un papel yacía arriba del escritorio.

«Llévalo siempre contigo, te cuidará ante cualquier peligro. Bet».

Me lo puse y dejé largar un suspiro. Esto era una locura. Volví a tirarme con pesadez en la cama; a los pocos segundos ya me encontraba completamente dormida.

Mi cuerpo yacía sobre el agua, el collar se perdía en el centro de mi pecho. Observé a un costado cómo las montañas se levantaban por lo alto.

«Los secretos de las vidas yacerán por siempre donde el fuego y el agua se encuentren», susurró antes de sumergirse.

Una vibración sonó con fuerza, con rapidez me desperté escuchando el cantar de los pájaros en pleno día. Con algo de pesadez busqué mi celular en el pantalón.

—Tab —me llamó Didi desde el otro lado.

—Di. ¿Puedo llamarte luego? Estoy durmiendo —le dije con voz cansada y los ojos cerrados.

—Silas me ha dejado —confesó mi hermana de repente con la voz angustiada.

Abrí mis ojos y ensayé una mueca.

—Mierda —susurré—. Ven a lo de Beti, te prepararé algo de comer —dije estirándome.

—No, no puedo —respondió—. No sé dónde estoy y no veo que pasen taxis por aquí —balbuceó molesta—. Soy una idiota —gruñó enojada.

—Tranquila. ¿Qué tan lejos puedes estar? —pregunté.

—Quisimos probar hacer algo de caminata; hemos comprado equipos para montaña y todo —comenzó—. Y el maldito me dejó aquí, con estas cosas pesadas —volvió a decir cada vez más molesta.

—¿Tienes alguna referencia de dónde puedes estar? —pregunté.

—Cuando veníamos pasamos el Plaisir —indicó.

—Bien, pásame la ubicación de tu teléfono. Allí voy —hablé sentándome con algo de lentitud.

—Tráeme comida también; muero de hambre. El idiota se llevó la canasta que había preparado —retuvo un grito—. Y no vengas con nadie, no quiero quedar como una tonta en la mitad de la nada —dijo.

La conocía; estaba llorando y era un llanto de enojo.

Corté la conversación observando el día nublado; de seguro llovería así que sería mejor darme prisa.

Bien, necesitaba un auto. Tan solo tenía a mano el viejo auto de Betiana, que no era bueno ni confiable. Pero era algo. Pasé por el baño: una ducha rápida, dientes cepillados, ropa nueva y salí a buscar a mi hermana.

Puse en marcha el auto, que crujió de golpe saliendo para adelante con brusquedad; cuando se estabilizó mi cuerpo se calmó levemente. No me gustaba utilizar este auto, sentía que se quedaría en cualquier momento.

Busqué un contacto en mi celular y llamé; ya con este en mi oreja escuché el tono por unos largos segundos. Hasta que llevó a la casilla de mensajes.

—Einar, estoy yendo a buscar a Didi cerca del Plaisir. Llegaré un

poco más tarde a nuestro encuentro —fue todo lo que dije antes de cortar.

Observé cómo el pueblo de Pardillo se perdía detrás de mí; el ambiente estaba gris gracias a las nubes. Encendí la radio y lo que parecía un instrumental de piano y guitarra sonó calmando mis nervios. Intenté no pensar sobre el mundo no conocido por mis ojos, pero me fue imposible; mi mente viajó a Florence, luego pasó por Pam, Olaf, hasta llegar a Oliver y por último a Einar. Mi tan preciado tesoro. Sonreí de tan solo imaginarme una vida a su lado, de seguro no me aburriría. Sabía que tan solo era un pensamiento, era imposible que un humano estuviera con un bris. Pero igual así en otra vida habíamos sido eternos.

Ralenticé el paso observando de lejos el Plaisir; la angustia se atoró en mi garganta al ver que lo que antes eran vides ahora solo quedaba tierra. Todo lo que había hecho Einar por tantos años se había perdido en un momento.

Mi celular vibró.

—¿Hola? —pregunté.

—Vuelve —dijo Einar del otro lado.

—Tranquilo, recojo a mi hermana y vuelvo —indiqué suave.

—El Plaisir está cerca del volcán Selpur. Es una abertura, Tabatha —su voz sonó con preocupación.

—Solo buscaré a mi hermana, no puedo dejarla sola. Está por llover y se encuentra en un lugar desconocido. Ya estoy cerca —agregué.

—Tabatha, en serio —gruñó del otro lado—. Pega la maldita vuelta, no estoy jugando. —Ambos quedamos en silencio—. Sé que no lo harás, así que estoy yendo para allá. —Escuché el arranque de su auto de fondo.

—Cuando llegues ya nos estaremos yendo con Didi.

—No, estoy en camino. Espérame dentro del auto y si alguien aparece simplemente arranca. —Su voz sonó demandante—. Solo no bajes del auto. ¿Soy claro?

—Sí, sí. Está bien. —Manejé mirando dónde frenar.

—Prométeme que no te bajarás del auto —dijo algo agitado.

—Sí, lo prometo —dije con honestidad—. Te esperaré, tranquilo.

—Te llamaré en cinco minutos —dijo sin más cortando la conversación.

Le reenvié la ubicación de Didi y observé que ya había llegado; frené el auto al costado de la carretera y puse balizas. Un trueno sonó de fondo.

—Vamos, Einar —susurré al aire luego de varios minutos.

Mi celular vibró.

—¿Dónde estás? Se está por largar a llover —gruñó molesta.

—Estoy estacionada a dos minutos de ti por lo que dice el celular.

Al lado de la carretera —le informé—. ¿Puedes acercarte tú?

Del otro lado no se escuchó nada; observé mi celular, había cortado la llamada.

Un golpe en mi ventana hizo que saltara.

—Madre de la mierda, no hagas eso —le dije a Didi quien ahora me observaba con los ojos como dardos. Bajé la ventana—. Sube.

—¿Puedes explicarme por qué no bajaste? ¿No ves que me estoy congelando allí afuera? —gruñó realmente molesta—. Necesito ayuda con los equipos, Einstein — dijo caminando hacia una arboleda.

Me bajé del auto.

—No puedo acompañarte, te espero aquí —le dije.

Casi como si mis palabras hubiesen hecho algún efecto una pequeña llovizna empezó.

—Tabatha, escúchame. Estuve durante horas muerta de frío en la mitad de la nada con unos equipos demasiado pesados para mí y, a todo esto, mi novio me ha dejado —dijo mirándome fijamente.

—Está bien, me quedaré al borde de la carretera y tú los buscas — ofrecí caminando con ella hasta allí.

—«Vamos a caminar…» —balbuceó molesta como si recordara la charla que de seguro había tenido con Silas—. «Será divertido, compremos equipos para montaña…» —gruñó.

—Te espero aquí —dije deteniéndome antes de que la oscura arboleda empezara.

Didi se dio vuelta con el ceño fruncido.

—Tabatha, por favor. ¡¿Me quieres explicar cuál es tu problema?! —dijo enojada—. No voy a hacer más viajes porque simplemente no quieres caminar —dijo molesta yendo hacia dentro de la arboleda.

—Ya, relájate —la seguí.

Al metros había una gran mochila y calzado para escalar.

—Estoy cansada de que me trate como a una idiota —balbuceó Didi agachándose para agarrar la mochila.

Observé por un segundo su muñeca que al estirarse había quedado sin el abrigo. Un gran moretón azulado se asomaba allí.

—¿Con qué te has hecho eso? —pregunté mientras agarraba los zapatos.

—No lo sé. ¿Por qué preguntas tonterías? —gruñó.

Y por un segundo el frío corrió en todo mi cuerpo alarmándome de que algo iba mal.

—Vámonos de aquí —dije rápidamente.

Al darme vuelta allí se encontraba Arthur, con su aspecto avejentado, levemente encorvado y los ojos completamente negros. Sonrió levemente.

—Al fin —dijo con voz grave.

Sin más observé a mi costado; Tucson me miraba con los ojos fijos.

—Tucson —susurré.

De pronto oí un susurro en otro idioma.

Todo se hizo negro.

Los secretos de la vida yacerán por siempre donde el fuego y el agua se encuentren. El equilibrio de ambos equiparará la fuerza de los más poderosos y detendrá a los débiles adornados en la maldad.

Sentí una gran ventisca azotar mi rostro con fuerza; unas gotas heladas caían sobre mi piel. Me sentía mareada, todo era confuso, hasta que mis ojos hicieron foco. Ya no me encontraba en la arboleda, sino que parecía más bien estar en la altura. ¿Arriba de una montaña? ¿Cómo era posible?

Mi corazón latió con fuerza por el miedo y a su vez estaba congelada. Me puse de pie algo mareada sintiendo mis piernas y manos atadas.

—Te has levantado —una voz masculina sonó.

Di media vuelta; allí estaba Arthur junto a otros que reconocía de previos ataques, la chica de cabello rapado de la feria y, para mi sorpresa, Penélope Garld observaba la situación.

A unos pasos estaba Didi, quien no comprendía lo que estaba ocurriendo.

—Tú eres Silas, ¿verdad? —dije mirando al hombre mayor.

Este sonrió ampliamente mostrándome una sonrisa tan aterradora que tuve ganas de correr bien lejos.

Él caminó lentamente hacia mí.

—En realidad… —susurró y observé cómo su cuerpo se convertía.

De repente mis ojos observaron a un hombre de unos cuarenta años. Morgan, el ministro de Economía, se encontraba frente a mí. Di un paso hacia atrás; todo este tiempo habían estado jugando con mi cabeza.

—Sabes que eres la última pieza del juego, ¿verdad? —preguntó ahora Morgan.

—Están viniendo —avisó Tucson observando en una de las puntas hacia lo que parecía un camino. Morgan ahora me miró con ojos atentos; logré soltarme y corrí hacia Didi pero fui interceptada por la rapada con total rapidez.

—¡La última descendiente pura será eliminada en el fuego! ¡Las almas del inframundo eliminarán los rastros del poder memorial! —anunció Morgan a todos los presentes.

Observé su nuca; llevaba una marca negra.

Debía hacer algo, rápido. La llovizna había frenado, pero el cielo

estaba completamente negro.

—Debemos apurarnos, antes de que lleguen los guardianes —dijo Penélope sacando un pequeño cofre dorado, que me resultaba algo familiar. Entonces tomó del cofre un cuarzo oscuro. Se acercó a mí y con la punta de la piedra cortó la palma de mi mano. Me quise mover por el dolor y la molestia. Tiró el cuarzo con sangre en lo que parecía el centro de la montaña, donde claramente yacía un volcán extinto. Me moví intentando zafarme de sus garras.

—¡Suéltame! —grité con desesperación.

Morgan caminó hacia mí y me agarró con más fuerza.

—¿Está listo Selpur? —preguntó mirando a una Penélope que observaba dentro del volcán.

Un movimiento hizo temblar todo el lugar como nunca antes había visto; de repente el calor nos invadió y la tierra pareció moverse. Observé cómo un brillo anaranjado se juntaba en el fondo del gran hoyo oscuro dentro de la montaña.

—¡SILAS! —gritó Tucson.

Con violencia Einar junto a los demás guardianes de la oscuridad aparecieron al frente. Los ojos del morocho se posaron en mí y luego observó con odio a Morgan. Tenía la respiración agitada y parecía dispuesto a atacar.

—Era de esperarse, el señor tenebroso viene a salvar a su humana. Pobrecito, cree que podrá hacer algo —rio el hombre caminando por el borde del agujero; me sostenía de mi remera y cabello con fuerza haciéndome doler. Intenté moverme pero era imposible.

Mi cuerpo temblaba con miedo y desesperación.

—Déjala ir, podemos llegar a un acuerdo —terció Einar dando un paso al frente. Atrás Olaf, Pam y cinco guardianes más estaban listos para atacar.

—No tienes nada para darme que yo quiera más que a ella en estos momentos —dijo Silas mirándolo—. Tanto tiempo pidiéndote cosas y tú simplemente negándolas —susurró viéndolo—. Hemos sido desechados, usados y humillados.

Tucson, del lado de Morgan, observaba a Einar con la mirada fija. La tierra volvió a moverse.

—Selpur quiere su sacrificio —dijo Morgan divertido.

Una explosión sonó dentro del gran agujero haciendo que todo en mí temblara; el calor de la lava en el fondo era desesperante.

—Quieto, Silas Morgan —una voz de una mujer apareció.

Observé a una mujer de cabello pelirrojo como el fuego que vestía una túnica suelta de colores claros. En su mano tenía lo que parecía un báculo dorado. Era llamativamente hermosa. Detrás de ella, estaba Oliver junto a cinco personas más muy distintas a los guardianes de la oscuridad. Parecían tener un brillo recubriéndolos; eran hipnóticos.

—Elaine. —Sonrió Silas—. Pero qué agradable honor; los dos guardianes pudieron venir a mi fiesta de sacrificio —comentó divertido.

—El sacrificio de un metratón será fructífero. Pero tarde o temprano te castigarán y perderás poder —dijo Einar caminando al frente—. Te ofrezco la *draconis* —dijo sacando de su cinturón la daga con el mango verde tan llamativa.

Silas borró su sonrisa mirándolo con claro interés.

—Entrega al humano y serás referido a un juicio divino.

—Por eso eres aburrida, Elaine —dijo Silas observando a la mujer quien lo miraba con los ojos como dagas.

—*Lux in via* —dijo la mujer antes de golpear con la punta del báculo la tierra haciendo que esta crujiera abriéndose; todo se movió, observé cómo la tierra se rajaba dejando ver luz por debajo. Caímos al suelo.

Aproveché la distracción para empujar a Silas y correr lejos de él. La tierra siguió moviéndose y caí de nuevo al piso al ver cómo todo comenzaba a romperse. De un lado Einar y sus guardianes. Un poco más alejados, Elaine junto a los lux y, por último, Silas con los íncubos. Había quedado en el medio, rodeada de lava saliente de las quebraduras de la tierra. Un trueno sonó en lo alto haciendo que comenzara a llover; mi vista estaba borrosa.

Silas dio un salto hasta llegar a mi porción de tierra.

—Me cansé de este juego —gruñó.

En el mismo momento Einar dio un salto ágil hasta llegar a donde estábamos nosotros.

—Somos dos —dijo el morocho incorporándose con el rostro fijo en Silas.

Y de repente todo se volvió caótico; esas dos palabras parecían haber desatado una guerra. Los guardianes fueron contra los íncubos libres, mientras que Einar fue directo a Silas.

Me moví intentando ver entre la lluvia espesa a Didi que parecía todavía seguir en su mundo balbuceando cosas.

—¡Diana! —grité.

Observé a Einar y Silas pelear con una fuerza poco vista. Mi mirada recayó en Diana, que estaba al filo del abismo. Con rapidez y algo de torpeza salté una de las líneas abiertas. Grité tirándola hacia atrás en el momento que casi da un paso hacia delante.

La angustia y ansiedad se situaban en mi pecho con desesperación.

—Quédate quieta, por favor —susurré al ver sus ojos negros; las venas de su rostro y cuello estaban oscuras. Seguía balbuceando, estaba fuera de sí.

Observé cómo todos peleaban: los íncubos se encontraban liquidados por los bris y los lux. Einar parecía haber ganado ante Silas,

quien ahora yacía en el piso completamente inconsciente. La lluvia seguía cayendo, haciendo todo más dramático.

Einar me observó desde su lugar, caminaba hacia mí con claro agotamiento.

Él está debilitado por estar jugando al romance contigo. Me había dicho Pam una vez.

Llegó hasta mí bajo la lluvia, observé cómo los guardianes habían vencido. Él sin más me abrazó y una idea pasó por mi cabeza.

—*Je t'aime* (te amo) —susurró en mi oído.

Y luego todo fue rápido. De repente observé cómo una manada de íncubos aparecía y rodeaba a los guardianes; nuevamente la pelea comenzó, esta vez mucho más sangrienta.

Einar observó junto a mí.

—Debemos sacarlas de aquí —susurró con urgencia.

Pero antes de que pudiera decir algo lo único que salió de mi garganta fue un grito desolador.

Un Silas sangrando con el rostro bañado en odio clavó la daga de mango verde en la espalda de Einar haciendo que este cayera de rodillas. Me agaché en un intento de ayudarlo.

—¡Einar! —grité viendo cómo su rostro se desfiguraba de dolor.

Oliver corrió hacia nosotros hasta que un íncubo lo atacó. Silas me tomó con fuerza; grité intentando zafarme mientras me arrastraba hasta la abertura del volcán que ahora humeaba y salpicaba el fuego con intensidad.

—*Hic est finis!* —gritó Silas.

Pero antes de cualquier movimiento vi cómo Einar corría hacia él, atrapándolo y llevándolo directo a la boca del volcán. Los dos cayeron al fondo.

Un grito salió de mi boca al ver cómo el cuerpo de Einar se perdía por completo en las profundidades del gran volcán.

—¡SILAS! —Didi gritó con ojos negros y caminó directo a la abertura del volcán.

Con agilidad, Oliver la tiró hacia atrás y ambos cayeron al piso.

—¡Debemos irnos! —gritó Oliver mirándome.

Sintiendo mi cuerpo temblar y mi corazón arder vi cómo el volcán comenzaba a entrar en erupción. Einar se había perdido por completo.

—¡TABATHA! —gritó Oliver.

El calor quemó la piel de mi rostro.

—Vamos, Einar —susurré mientras miraba la lava moverse con fuerza. La lluvia caía con intensidad—. Por favor —susurré desesperada.

—*A custos tuus mortuus est!* —anunció Elaine levantando su báculo que liberó un rayo de luz e hizo que los íncubos que todavía seguían en pie gritaran.

Las palabras habían sido claras en mi cabeza por más que hubiesen sido pronunciadas en latín.

«Un guardián ha muerto».

—¡Vamos! Él no volverá —me dijo Pam tirándome para atrás; observé cómo los lux junto a los bris se hacían cargo de los íncubos que quedaban.

—¡Vamos, Tabatha! —insistió.

Asentí y di una última mirada a la lava. Corrí junto a Oliver, quien llevaba a una Didi desconectada y a una Pam que nos guiaba cuesta abajo. Las lágrimas invadieron mis ojos mientras corríamos bajo la lluvia; algo dentro de mí estaba roto, él ya no estaba aquí. La palma de mi mano sangraba con fuerza.

Observé el cielo; un trueno iluminó todas las nubes y una gran luz salía de la boca del volcán. Elaine.

Nos escapamos de allí. En la carretera me sentía mareada. Oliver acomodó a Diana en el auto y me miró.

—¡Hay que regresar por él! —grité con los ojos llenos de lágrimas.

Pam y Oliver se observaron.

—Él no volverá, Tabatha. —Oliver me miró con ojos tristes—. Debemos irnos cuanto antes.

—¡OLIVER! No puedes dejarlo… —grité desesperada—. ¡Debo volver! —chillé dando un paso hacia el volcán para luego ver cómo una explosión salía de allí. La lava salió disparada con violencia.

—¡Vamos! —gritó Pam metiéndome en el auto.

Cuando me quise dar cuenta, ya estábamos alejándonos a toda velocidad. Observé por la ventana cómo la lava brillaba en la punta del pequeño cerro.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y un grito salió del fondo de mi garganta.

«Los secretos de la vida yacerán por siempre donde el fuego y el agua se encuentren».

FIN DEL LIBRO 1

Grupo Planeta

¡Seguinos!